

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Z-466

PRIMAVERA 1985

II EPOCA

N.º 19

MODERNO Y POSMODERNO

Carlos Moya

EUROPA
EN EL MUNDO
Alfonso Guerra

LAS CONVERSACIONES
DE GINEBRA
Rafael Dezcallar

UNA NUEVA RAPALLO
F. Feher y A. Heller

IDEAS DE LA IZQUIERDA
Joaquín Leguina

MODELO CULTURAL
O PROYECTO POLÍTICO
Josep M. Triginer

EL SOCIALISMO
ESPAÑOL HOY
A. Chazarra y J. García Y.

EL PROBLEMA
DEL PODER
Antonio Monclús

ANDREI
SINIAVSKI
Entrevista



Leviatán

Revista de hechos e ideas



INDICE

Presentación 5

ACTUALIDAD

Europa en el mundo. *Alfonso Guerra* 7

Las conversaciones de Ginebra. *Rafael Dezcallar* 15

La sombra de una nueva Rapallo. *A. Heller y F. Feher* 27

Viejas y nuevas ideas de la izquierda. *Joaquín Leguina* 39

Modelo cultural o proyecto político. *Josep M. Triginer* 51

Una reflexión sobre el socialismo español hoy. *A. Chazarra y J. García* 61

ENTREVISTA

Andrei Siniavski 73

ANALISIS Y DEBATE

Signos del tiempo: moderno y posmoderno. *Carlos Moya* 85

El problema del poder: ámbito y disolución. *Antonio Monclús*. 95

Orwell visto por un economista. *Gumersindo Ruiz* 105

LITERATURA

El lenguaje alejado de la verdad. *J. M. García Rey* 115

LIBROS

Luis Pasamar, Antonio G. Santesmases, Miguel Porta, Santiago Sánchez Torrado, Carlos Gómez 121



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases	Julio R. Aramberri
Ludolfo Paramio	Santiago Roldán
M. Reyes Mate	Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanova
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elías Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. Martínez Reverte
X. Rubert de Ventós	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010-Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A. / Bruc 49. 08009-Barcelona.

Imprime: MARIARSA, Impresores - Tomás Bretón, 51 - 28045-Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



Abre la sección *Actualidad* de este número de *Leviatán* la intervención de Alfonso Guerra (*Europa en el mundo*) en el XIV Congreso de la Unión de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea, celebrado en Madrid en el mes de abril coincidiendo con la conclusión de las negociaciones para la adhesión de España y Portugal a la Comunidad, en la que se apuntan una serie de reflexiones sobre el papel que la Comunidad Europea ampliada está llamada a desempeñar en el mundo. Rafael Dezcallar (*Las conversaciones de Ginebra sobre limitación de armamentos*) estudia las perspectivas que se abren con las conversaciones de Ginebra, así como los motivos que han llevado a ambos países a la mesa de negociaciones y los asuntos de los que se va a hablar en cada uno de los tres grupos negociadores. Ferenc Fehér y Agnes Heller (*La sombra de una nueva Rapallo*), por su parte, analizan las consecuencias que podría deparar una nueva edición del acuerdo de Rapallo, estipulado en 1922 entre Alemania y la Rusia soviética.

El trabajo de Joaquín Leguina (*Viejas y nuevas ideas de la izquierda*), partiendo de la crisis por la que atraviesa hoy el pen-

samiento de la izquierda, describe el proyecto político del PSOE y las dificultades a que se enfrenta, así como los ajustes «ideológicos» que se han producido en el socialismo español, finalizando con el esbozo de algunas ideas que considera siguen siendo básicas en el pensamiento socialista en su expresión actual. Josep Maria Triginer (*Modelo cultural o proyecto político*) distingue el contenido de un proyecto político, que interpreta el conjunto de objetivos de una clase basándose en las expectativas generadas por su experiencia social, del modelo cultural que integra al conjunto de valores y actitudes que se han desarrollado con motivo de su ejercicio. Cierra la sección de *Actualidad* el artículo de Antonio Chazarra y Jesús García Yruela (*Una reflexión sobre el socialismo español hoy*) que, basándose en un documento de la corriente de opinión Izquierda Socialista, hace balance de lo que fue el XXX Congreso del PSOE y señala la necesidad de un partido socialista vivo, imbricado en la sociedad, con capacidad teórica y recursos humanos para liderar a la sociedad española.

La *entrevista* de este número está dedicada a *Andrei Siniavski*, escritor ruso y disidente que actualmente vive en Francia, y que es conocido tanto por su obra literaria como por la resuelta defensa de los valores culturales de su pueblo.

Publicamos en *Análisis y debate* la ponencia que Carlos Moya (*Signos del tiempo: moderno y posmoderno*) presentó a la mesa redonda «Sentido y sin sentido de la Historia», dentro del coloquio *¿Crisis de la modernidad?* organizado por la Fundación Pablo Iglesias y *Leviatán*. Antonio Monclús (*El problema del poder: ámbito y disolución*) analiza desde distintos ángulos el Poder, indistintamente con mayúscula y minúscula, a la luz de los planteamientos de Foucault, Deleuze, pasando por Bakunin y Kerouac. En esta misma

PRESENTACION

sección Gumersindo Ruiz (*Orwell visto por un economista*) hace un repaso de las principales ideas que Orwell desarrolló sobre todo en forma de ensayos, centrándose en la denuncia que el escritor hizo de los métodos manipuladores en que incurren los que poseen algún tipo de poder.

José Manuel García Rey (*El lenguaje alejado de la verdad*) hace una valoración

de las relaciones entre el lenguaje y la realidad, tomando a Julio Cortázar y su obra como guión ilustrativo, en las páginas de *Literatura*.

Termina este número con los comentarios de *Libros*, esta vez a cargo de Antonio G. Santesmases, Carlos Gómez, Luis Pasamar, Miguel Porta y Santiago Sánchez Torrado.

EUROPA EN EL MUNDO

Alfonso Guerra



Tengo la satisfacción de dirigirme a vosotros en el XIV Congreso de la Unión de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea coincidiendo con la conclusión de las negociaciones para la adhesión de España y Portugal a la Comunidad. Permitidme unir mi voz a las que ya se han pronunciado, para felicitarlos por este acontecimiento histórico para Europa, y formular mi gratitud fraterna por la ayuda que han prestado, prestan y seguirán prestando todos los compañeros socialistas de Europa en la tarea de integrar, armónica y equilibradamente, a la Península Ibérica en nuestra Comunidad.

Me corresponde hacer la introducción, el esbozo del tema *Europa en el mundo*, que después desarrollarán los distintos oradores.

Con este motivo me permitiréis una serie de reflexiones sobre el papel que la Comunidad Europea ampliada está llamada a desempeñar en el mundo; en un mundo

llo de inseguridad, tensión, injusticias y desequilibrios cuyo estado actual no puede complacernos a nosotros los socialistas, sino que por el contrario debe ser un estímulo para llevar adelante nuestra resolución de transformar la sociedad. Transformar la sociedad frente a los egoísmos, insolidaridades y expansionismos hegemónicos que se ponen de manifiesto en el interior de nuestras sociedades como en las relaciones entre los pueblos.

Y es que los socialistas de Europa no podemos permitir que se estanque en la inoperancia y la vacuidad lo que, pese a los notables esfuerzos de la Comunidad Europea, impulsados casi siempre por compañeros socialistas, ha sido una insuficiente percepción de la importancia que tienen y deben tener las relaciones exteriores de una Europa abierta al mundo, relaciones que deben desbordar —sin perjuicio de su importancia— los meros cauces de los flujos comerciales.

Esa Europa abierta hacia el exterior debe erigirse sobre unos sólidos pilares que le permitan desplegar su papel principal: el de actuar como factor de transformación y cambio. Su solidez dependerá de la potencialidad de sus componentes internos y del grado de integración que éstos hayan alcanzado.

La nueva Europa ampliada que surgirá tras la incorporación de España y Portugal encierra importantes elementos potenciales: en primer lugar, se tratará de una Comunidad de 320 millones de habitantes, superando ya a las dos grandes potencias, EE.UU. y URSS, con lo que supone de posibilidades de futuro en cuanto a recursos humanos.

En segundo lugar, la Comunidad se convierte en la primera potencia comercial del mundo, con un dinamismo que apenas conoce precedentes en la historia

**Las relaciones exteriores
de una Europa abierta al mundo
deben desbordar
los meros cauces de los flujos
comerciales.**

económica del continente. Su alto nivel de desarrollo, su renovada y modernizada capacidad de producción y su elevada renta «per cápita», componen un segundo

elemento que da un mayor rigor a la presencia de Europa en el ámbito de las relaciones internacionales.

La Comunidad va a englobar a una parte importante de los regímenes políticos democráticos que hay en el mundo y que han hecho de la libertad y de la democracia bandera de su acción en el mundo.

Los países que componen la Comunidad tienen un pasado inigualable colmado de hitos históricos en la ciencia y la cultura, en las artes y las letras. Tienen además un presente prometedor ahora enriquecido con las aportaciones de España y Portugal.

Con estos fundamentos, la Comunidad puede mirar hacia el futuro y proyectar una acción hacia el exterior. Hacia el futuro, para transformar todos estos elementos en una Europa con fuerza política real, en la que la profundización de la democracia y de las libertades será una tarea muy importante en la que los socialistas debemos empeñarnos hasta el límite de nuestras fuerzas con la intención de conseguir una auténtica Europa política.

La Comunidad puede proyectarse hacia el exterior, porque una Comunidad integrada, socialmente más justa, profundamente democrática y solidaria, puede y debe transmitir un mensaje de libertad, aportación decisiva que los europeos podemos hacer a la causa del entendimiento y de la concordia internacionales.

La superación del mundo bipolar

En un mundo básicamente bipolar, en el que predominan la desconfianza y la tensión, la Comunidad Europea integrada

por países amantes de la paz debe asumir un papel activo, no rehuyendo ninguna de las serias responsabilidades que le corresponden, a la búsqueda de iniciativas que, a la par que obtienen mayores condiciones de seguridad para nuestro continente, mejoran también el clima general del actual enfrentamiento a escala global.

Los socialistas no podemos sentirnos satisfechos con una política de confrontación de bloques que divide a Europa en dos campos antagónicos. Desde una solidaridad permanente con nuestros aliados, debemos buscar e imaginar nuevas fórmulas de entendimiento que aumenten el acercamiento entre los dos campos separados. El concepto de distensión parece hoy arrumbado por ambas partes. Desde el bloque oriental, porque los enemigos de la distensión han pretendido ver en ella el mayor peligro para el sistema político impuesto en la zona. Desde el bloque occidental, porque se ha admitido la divisibilidad de la distensión o se ha estimado que la práctica real de la misma sólo reportaba ventajas al «enemigo». Posturas, las dos, casi coincidentes desde perspectivas aparentemente opuestas. Ahora complicados con el asunto de la guerra de las estrellas. Frente a esa política de confrontación los socialistas europeos hemos de luchar por la distensión, especialmente en su escala europea.

Por tanto, en ese mundo bipolar los socialistas debemos impulsar la paz como tarea prioritaria. Contemplamos con satisfacción la reanudación de las conversaciones de Ginebra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y confiamos que constituyan un diálogo serio y constructivo, única posibilidad de que de ella pueda surgir un resultado satisfactorio para las partes directamente interesadas y para las que desde el exterior observen con atención lo que se habla. En este sentido, pensamos que deberían establecerse los mecanismos que permitiesen que en esas

conversaciones se dejase oír más directamente la voz de Europa, al fin y al cabo destinataria primera de cualesquiera medidas que puedan adoptarse como resultados de las conversaciones.

Es cierto que en la familia socialista hallaremos quizá distintas percepciones de los temas de seguridad, producto inevitable de procesos históricos y políticos diferentes, pero no deben ser obstáculo para buscar un denominador común que haga más efectiva la lucha por la paz como uno de los grandes retos europeos.

No es la distensión una palabra mágica que por el simple hecho de pronunciarla atribuya curaciones milagrosas sobre los enfermos. La distensión debe tener un contenido muy concreto, derivado de la profundización del espíritu de Helsinki. Debe contemplar la instauración de medidas de confianza que mejoren el clima de

Deberían establecerse los mecanismos que permitiesen que en las conversaciones de Ginebra se dejase oír más directamente la voz de Europa.

seguridad y provoquen el aumento de los intercambios entre los sistemas socio-políticos. Confianza basada en el binomio conocimiento-comprensión como elemento básico y progresivo. Sin conocimiento mutuo no hay comprensión. Sin comprensión, no aumentará el conocimiento y se caerá en la desconfianza.

Tenemos, pues, la obligación de impulsar las relaciones culturales, económicas, técnicas y comerciales, teniendo siempre como base ineludible el respeto de los derechos del hombre. Faltaríamos a un deber socialista si en esta tarea de fomentar los intercambios no insistiéramos también en otro de los aspectos básicos del desarrollo del Acta Final, cual es el respeto de los derechos del hombre. No se trata de dar lecciones ni de imponer por la fuerza. Es simplemente consecuencia lógica del desarrollo de uno de los principios más importantes de la vida política europea, elevado a categoría constitucional en los países de nuestra Comunidad.

El ideal lógico al que cabría aspirar es

que Europa hable algún día con una sola voz, una voz de distensión y de paz. Pero no por utópico hemos de renunciar a este objetivo a menos que caigamos en el campo de los pesimistas que plantean aspiraciones imposibles para no hacer nada y justificar fácilmente su conciencia. No podemos, como europeos, renunciar a los países que forman la llamada «Europa del Este», ni podemos aspirar a atribuirnos en exclusiva un adjetivo o un sustantivo que también les corresponde a millones de europeos que habitan en este continente.

¿Es que una barrera política puede hacernos olvidar las realidades culturales e históricas, idénticas a las nuestras, que existen al otro lado de una línea trazada en el mapa?

El concepto de Europa no queda completo sin una referencia a Europa Central, a la «Mittel Europa». ¿Acaso no contribuyó en el pasado el imperio austro-húngaro a la configuración de una determinada alma europea? ¿Acaso no forman parte del patrimonio europeo conjuntos arquitectónicos tan impresionantes como el Wawel en Cracovia o el Castillo de Praga? ¿Es que Dvorak, Listz, Penderecki y tantos otros no son compositores europeos?

Tenemos obligación de integrar y no desunir, acercar y no alejar. Pensar siempre que nuestra Europa Comunitaria es una parte de una realidad más ambiciosa, en la que tiene cabida no sólo la Europa de los neutrales y no alineados, la de los países con los que colaboramos y colaboraremos en el Consejo de Europa, sino también la otra Europa.

Abrir Europa al mundo

El segundo gran desafío que tiene ante sí la Comunidad es la apertura al mundo exterior, el abandono de tentaciones proteccionistas y aislacionistas para cumplir con una doble necesidad que le viene im-

puesta: necesidad de justicia y de solidaridad.

Hay que insistir en el hecho innegable de que la Comunidad ampliada está constituida por un conjunto de países que han hecho de la libertad y de la democracia principios irrenunciables, que han escrito páginas inmortales de la cultura y de la ciencia, que constituyen una de las zonas de mayor riqueza del mundo.

No puede, por tanto, la Comunidad encerrarse en sí misma, atesorar codiciosa y vanamente estos bienes sin intentar hacer partícipes a los demás de su progreso. Su apertura al exterior es, pues, una necesidad de estricta justicia. Pero los socialistas no podemos conformarnos con esta necesidad, debemos ahondar en el esfuerzo que la Comunidad ha de llevar a cabo más allá de sus fronteras, porque el socialismo es esencialmente internacionalista o no es socialismo. Tenemos pues una necesidad de solidaridad que nace de nuestra condición socialista y que la hace inevitable en todo momento y circunstancia.

Solidaridad que nos debe llevar a superar tanto caducos chauvinismos y nacionalismos estériles como sus posibles sustitutos, es decir, el sentimiento de que el mundo termina en la Comunidad y que fuera de ella no hay salvación. Nuestra obligación solidaria debe llevarnos a actuar decisivamente en el mundo que nos rodea.

Dirijamos nuestra primera mirada hacia el Tercer Mundo. ¿Sobre qué bases queremos asentar las relaciones Europa-Tercer Mundo para hacer de ellas un factor dinámico de paz, solidaridad y justicia internacional?

En primer lugar, en la diversificación, abarcando campos en los que la experiencia pasada ha aportado resultados positivos y añadiendo nuevas líneas de actuación para responder a los nuevos proble-

**No podemos,
como europeos,
renunciar a los países
que forman la llamada
«Europa del Este».**

mas. Pienso que las transferencias tecnológicas son indispensables para aumentar el grado de autosuficiencia de los países peor dotados. Habría que ayudarles también a buscar soluciones valientes y generosas para los graves problemas financieros, ya que éstos no sólo coartan de modo determinante el desarrollo progresivo de estos países, sino que imposibilitan o amenazan los sistemas democráticos que valientemente puedan crearse.

La Comunidad ampliada está constituida por un conjunto de países que han hecho de la libertad y de la democracia principios irrenunciables.

Y me permitirán una reflexión personal inevitable: la Comunidad ha establecido normas muy concretas para evitar la sobreproducción en el sector industrial, lo que parece lógico, pero también en el sector agrícola. Y de puertas adentro bien está que así sea. Pero si lo que se controla son los productos lácteos o las frutas para evitar excedentes, ¿cómo podemos presentar nuestra ayuda al Tercer Mundo cuando en algunos países que padecen la cruel tragedia del hambre estos excedentes serían suficientes para asegurar la supervivencia de millones de niños? ¿Cómo hacer comprender a los países hambrientos que la Europa que dice abrirse al mundo y ayudar a sus semejantes está, por otra parte, reduciendo su producción anual alimenticia deliberadamente?

En segundo lugar, y enlazando con lo anterior, esa apertura ha de hacerse desde una visión profundamente humanista de desarrollo integral de la persona humana, pues el único destinatario del desarrollo es el hombre, cuya libertad y cuyos derechos están por encima de todo, sin condicionamientos políticos ni económicos, y con el talante de libertad, solidaridad y justicia que inspiran al socialismo democrático.

En la nueva Comunidad ampliada estas consideraciones tienen especial relevancia. Los dos países ibéricos aportan riquísimas experiencias históricas dada su constante apertura al mundo exterior y el carácter privilegiado de sus relaciones con

Iberoamérica, lo que constituye uno de los principales activos que incorporan a la Comunidad. De esta manera, la Comunidad dispone de una oportunidad única

para desarrollar cuantitativa y cualitativamente su proyección iberoamericana, en un momento en que el agravamiento de sus problemas políticos, económicos y financieros hace de esta región un foco de interés preferente.

La Comunidad tiene autoridad moral para denunciar enérgicamente las dictaduras aún existentes en el continente americano que producen salvajes agresiones a los derechos del hombre, como los crímenes recientes en Chile. Frente a ellas hemos de oponer siempre la fuerza de nuestra razón y ofrecer nuestro apoyo a las fuerzas democráticas, especialmente a los compañeros socialistas que luchan por conseguir un futuro democrático y libre.

También tiene autoridad moral la Comunidad para denunciar a todos los sistemas autoritarios que, ahogando el pluralismo, quieren matar la libertad. El mensaje europeo ha de ser de paz y de progreso, siguiendo el modelo de la Conferencia de San José de septiembre del año pasado, a la que nos gustaría verle continuidad en el futuro.

Ante la inestabilidad y la constante amenaza de generalización del conflicto en Centroamérica, Europa debe ratificar su apoyo al espíritu de Contadora, basado en la no injerencia en la zona por fuerzas extranjeras, en la promoción del pluralismo político y en el progreso económico y social. Debemos superar las tentaciones maniqueístas tan próximas y tan fáciles al enjuiciar los conflictos latentes, máxime cuando confluyen en los mismos una pugna Norte-Sur y una confrontación Este-Oeste, lo que les convierte en frágil laboratorio de las relaciones internacionales. ¿Quién hablaría en el mundo de un pequeño y pobre país como Nicaragua si

no estuvieran en juego los intereses estratégicos de las grandes potencias? Europa debe volcarse en el apoyo a aquellos países que han conseguido el retorno a la democracia, Argentina, Uruguay, Brasil. Ese apoyo es ahora más necesario que nunca. Es ahora cuando precisan de nuestra solidaridad y de nuestra generosidad para que los gravísimos problemas económicos y financieros que padecen no pongan en peligro los sistemas democráticos que tan trabajosamente han alzado. La deuda exterior no es un problema exclusivamente financiero, es un problema político frente al que no podemos tener un comportamiento exclusivamente mercantilista. Ni la historia ni los demócratas de esos países nos lo perdonarían jamás.

El centro de gravedad político de la Comunidad se ha desplazado al Sur

Hay otras áreas geográficas que también se han aproximado a la Comunidad con el ingreso de España y Portugal. Me refiero a África, y más concretamente al Mediterráneo meridional. Es evidente que geográficamente la frontera de la Comunidad se ha desplazado hacia el Sur. A esta aproximación física y política, la Comunidad debe responder con un esfuerzo suplementario que la conduzca a un replanteamiento de la política globalmente seguida en esta zona. Ese esfuerzo debe tener ahora carácter prioritario por razones geoestratégicas y debe tener como objetivo primordial la consecución de la paz, la estabilidad, el progreso y el desarrollo de la región.

Deben buscarse fórmulas imaginativas que desarrollen una cooperación integral, basada en la defensa de los intereses y beneficios mutuos, donde no sea tan fácil, como en el presente, descubrir las corrientes unidireccionales de los intercambios comerciales. Hay que persistir en el empe-

ño de asociar a los países mediterráneos a todas aquellas acciones comunitarias que puedan repercutir sobre ellos.

Más allá del Mediterráneo también puede la Comunidad ampliar su irradiación con una presencia más activa en el Mundo Árabe. Desgraciadamente, el conflicto de Oriente Medio sigue constituyendo uno de los focos de tensión más inquietantes, no sólo para la seguridad de aquella zona sino para la seguridad internacional en general. En el marco de la cooperación política, ya ha hecho oír su voz repetidas veces la Comunidad Europea para hacer un llamamiento a la búsqueda de una paz justa y duradera, que debe tener en cuenta los intereses de todos los Estados de la zona y debe garantizar los derechos históricos del pueblo palestino, incluido el derecho a la autodeterminación, y el derecho del Estado de Israel a vivir dentro de fronteras seguras y reconocidas, lo que significa la retirada de los territorios ocupados. En este sentido, debemos seguir con el mayor interés y esperanza las iniciativas recientemente puestas en marcha y el acuerdo entre Jordania y la Organización para la Liberación de Palestina.

A este conflicto endémico se ha sumado últimamente la sangrienta crisis del Líbano, donde las fracciones enfrentadas no consiguen ni siquiera un alto el fuego mínimamente respetado, y donde se hace preciso que cesen las intervenciones extranjeras para que el país pueda recuperar su independencia y su integridad territorial, de manera que se organicen los necesarios procesos de reconciliación nacional.

A estos conflictos habría que añadir la guerra entre Irán e Irak, periódicamente intensificada con un dramático balance de pérdidas de vidas humanas y que amenaza no sólo con provocar la ruina de los dos países sino de extenderse a otras áreas ve-

La deuda exterior no es un problema exclusivamente financiero, es un problema político frente al que no podemos tener un comportamiento exclusivamente mercantilista.

cinas, estratégicamente vitales para el abastecimiento de energía a Europa.

Tendríamos todos que esforzarnos en apoyar los intentos de la ONU y de diversos países y organismos para que cesen las hostilidades entre ambos Estados.

En lo que se refiere a otros puntos conflictivos o zonas calientes del territorio africano, es necesario que la Comunidad, y muy especialmente nosotros los socialistas, mantengamos la condena enérgica de la política de discriminación racial del régimen de Sudáfrica, que constituye un atentado no sólo a la población negra de aquel país y del continente, sino también contra toda la humanidad. En estos días, precisamente, la represión racista está demostrando su verdadero rostro al derramar una vez más la sangre de aquéllos cuyo único delito es el color distinto de su piel. Como socialistas estamos obligados a mantener una firme presión sobre el régimen de Pretoria, haciendo que las medidas de boicot adoptadas internacionalmente sean verdaderamente eficaces.

Además, debemos denunciar la ocupación ilegal de Namibia por parte de Sudáfrica, y aumentar nuestro apoyo para que el pueblo de aquel territorio pueda acceder prontamente a la independencia mediante un proceso que cuente con plenas garantías internacionales.

En el continente asiático la Comunidad debe intensificar su presencia, especialmente ante la constatación de que los derechos del hombre son constantemente vulnerados y pisoteados, con independencia del color del sistema político gobernante.

Hay que prestar atención preferente al despertar de China, el gran coloso asiático, sumida en el desarrollo de un interesante proceso social que debemos contemplar con interés.

Debemos también, con firmeza y rotundidad, condenar la ocupación militar de Afganistán y exigir la retirada de las tropas soviéticas. Hay que continuar la actividad política y diplomática para que el pueblo afgano pueda ejercer su derecho a decidir libremente su propio destino.

En líneas generales, para los conflictos del continente debemos pedir que se respeten los derechos a la independencia, integridad y soberanía de los pueblos teniendo en cuenta sus intereses fundamentales sin olvido de ninguno de los derechos del hombre.

Conclusiones

Este es el diseño general de la proyección exterior que una Comunidad renovada y ampliada está abocada a dibujar y en la que los socialistas hemos de participar activamente.

**La Europa Comunitaria
debe ser un factor dinámico
de paz, justicia
y de libertad
en el mundo.**

La Europa Comunitaria debe ser un factor dinámico de paz, de justicia y de libertad en el mundo. Debe esforzarse en la denuncia de todas las situaciones contrarias al respeto de los derechos humanos, en la promoción de la sustitución pacífica de los regímenes dictatoriales por sistemas democráticos y pluralistas que respondan a las particularidades históricas y culturales de cada uno de los pueblos, en el fomento de una política que refuerce la independencia y la solidez económica de los países en vías de desarrollo.

No podemos aceptar la persistencia de situaciones de opresión social y cultural o de explotación económica en numerosos países del mundo que nos rodea. Nuestro permanente desafío consiste en la cooperación pacífica en las áreas descritas para obtener condiciones de estabilidad, paz y progreso.

No podemos olvidar que el desarrollo de los demás es, a la postre, una garantía de nuestro propio progreso. Por consi-

guiente, aunque sólo fuera por intereses propios, estaríamos ya obligados a trabajar firmemente para desterrar el hambre, la miseria y la explotación como armas políticas susceptibles de desestabilizar la situación internacional en cualquier momento.

La acción exterior de Europa va a ser decisiva para juzgar el papel que puede desempeñar en el concierto internacional. Por su pasado y por su presente alberga unas posibilidades ilimitadas para recuperar el lugar privilegiado que ya desempeñó en otra época. Su futuro esplendoroso o su decadencia dependerán de su capacidad para superar las divisiones internas, los provincianismos absurdos y las rigideces institucionales. Dependerán también

de su capacidad de entroncar el desafío tecnológico urgente e inaplazable con el legado histórico de cultura, arte y civilización.

El verdadero futuro de Europa residirá, finalmente, en su capacidad de asociar a los otros países en la tarea de profundizar los principios de la libertad y de la democracia. Para que así sea, será preciso siempre el ejemplo solidario del socialismo democrático, aquél que estuvo presente entre los fundadores de la Europa Comunitaria y el que trabaja hoy sin desmayo para ser la vanguardia de la lucha en el mundo por la consecución de los ideales que los europeos pusieron ya en práctica hace tiempo y que son necesarios en todas partes: paz, justicia y libertad.

LAS CONVERSACIONES DE GINEBRA SOBRE LIMITACIÓN DE ARMAMENTOS

Rafael Dezcallar



Estados Unidos y la Unión Soviética han acordado iniciar negociaciones sobre la limitación de armamentos nucleares. Es el acontecimiento más importante de signo positivo en las relaciones Este-Oeste desde la invasión de Afganistán, en diciembre de 1979.

Sin embargo, sería contraproducente que se generaran una expectativas demasiado altas sobre los posibles resultados de las negociaciones, porque habría quien luego podría sentirse decepcionado, o incluso engañado, si los resultados no se corresponden con las expectativas despertadas: ésta es precisamente una de las lecciones principales del período de crisis de la distensión iniciado a mediados de los

años setenta, y conviene tenerla presente a la vista de la dificultad de las negociaciones que empiezan ahora.

Las dificultades se derivan, en primer lugar, de la enorme complejidad de los temas objeto de negociación. Las conversaciones que condujeron a la firma del Tratado SALT-II duraron siete años, a pesar de la existencia de voluntad política

de llegar a un acuerdo por parte de ambos países, y a pesar también de que se desarrollaron —en su primera parte al menos— en un período de estabilidad de las

relaciones Este-Oeste. Las conversaciones actuales se inician en un período muy difícil de esas relaciones, y no tienen como objeto únicamente las armas estratégicas, como en el caso de SALT-II, sino el conjunto de los sistemas nucleares ofensivos y defensivos de ambas superpotencias. Es la primera vez que se realizan conversaciones globales de este tipo, y los problemas de comparación y de compensación de asimetrías entre los sistemas nucleares respectivos serán muy complicados. Algunas armas, como los misiles de crucero, plantean dificultades graves para la verificación de un acuerdo que limitara su número, porque resulta casi imposible distinguir exteriormente un misil de crucero armado con cabeza nuclear de otro cuya cabeza es convencional.

Ha aparecido además, con una enorme fuerza, el tema de las armas ofensivas antimisiles, que ponen en cuestión los principios básicos de las estrategias nucleares y la estructura de los arsenales atómicos de ambas superpotencias, dos elementos de fondo en una negociación de esta naturaleza.

Las dificultades no son sólo técnicas, son también políticas. Después de cinco años de confrontación entre las superpotencias, estas conversaciones son consideradas por muchas personas en todo el mundo como el punto de inflexión que puede llevar a un cambio sustancial en la situación internacional. Las conversaciones son casi el único punto de diálogo político directo entre las grandes potencias, y las dos delegaciones llegan al lugar en el que se desarrollan entre nubes de fotografías y de cámaras de televisión. Hay demasiada presión política en torno a un tema demasiado complejo, con lo que si la negociación se retrasa, debido a esa comple-

Estas conversaciones son consideradas como el punto de inflexión que puede llevar a un cambio sustancial en la situación internacional.

jididad, el clima político internacional se resentiría de forma desproporcionada. No es bueno que el conjunto de las relaciones Este-Oeste dependa demasiado de las con-

versaciones sobre control de armamentos. Si realmente existe voluntad por parte de las superpotencias para mejorar sus relaciones, una de las prioridades debería ser ampliar su diálogo político bilateral a otros temas, como la Conferencia de Desarme en Europa que se celebra en Estocolmo, y en la que los avances son lentísimos; como el problema de Oriente Medio, donde los americanos deben reconocer que sin el visto bueno de Siria y de la URSS ninguna solución es posible, por lo que deberían aceptar incorporar a los soviéticos al proceso de búsqueda de salidas al conflicto; o como Afganistán, donde la URSS cometió un error de cálculo que sigue viciando sus relaciones con Occidente, con China y con el Tercer Mundo, con lo que podría interesarle encontrar una salida airosa que respetara sus intereses legítimos.

Para evitar decepciones futuras, es necesario comprender qué es lo que podemos esperar de unas negociaciones de este tipo, y qué es lo que no podemos esperar de ellas. Su función no es la de eliminar el peligro de guerra nuclear, enraizado en desconfianzas y rivalidades que estas conversaciones no puedan extirpar. Su función es la de contribuir a hacer más estable una situación que por naturaleza está cargada de inestabilidad y de antagonismo: una situación en la que dos Estados inmensamente poderosos, con intereses ideológicos y políticos enfrentados, y con un poder destructor enorme, se ven obligados a compartir un mismo planeta, que cualquiera de ellos está en condiciones de hacer volar en pedazos varias veces. El valor de unas conversaciones sobre limitación de armamentos es desde luego militar, pero sobre todo político y psicológico, y por eso deben ser acompañadas por otro tipo de contactos que refuercen ese efecto político y psicológico.

En estas líneas voy a intentar revisar las perspectivas que se abren con las negociaciones. En primer lugar, los motivos que han llevado a uno y otro país a la mesa de negociación: saber por qué un Estado empieza a negociar sobre un tema que permite entender mejor sus objetivos y el posible desarrollo de las conversaciones. Luego trataré de hacer un repaso general de los temas de los que se va a hablar en cada uno de los tres grupos negociadores: armas de alcance intermedio, armas estratégicas y armas especiales, y me detendré especialmente en la cuestión de la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), o guerra de las galaxias, por los enormes efectos potenciales que podría tener su eventual despliegue.

¿Por qué se inician las negociaciones?

El motivo principal está en el cambio de actitud de la Unión Soviética, que se retiró de las conversaciones sobre armas de alcance intermedio y sobre armas estratégicas en 1983, al comenzar el despliegue de los euromisiles. Los soviéticos llegaron a la conclusión de que su estrategia política en el tema del despliegue había fracasado. Fracasó, en primer lugar, por el error de cálculo de pensar que podían impedir la instalación de los Pershing-II y de los misiles de crucero mediante una campaña combinada de presiones a los países europeos y de aliento a las movilizaciones de la opinión pública en Europa Occidental. De haberlo conseguido, la URSS habría minado decisivamente la cohesión de la Alianza Atlántica, pero la estrategia no dio resultado y cuando se inició el despliegue la reacción soviética fue retirarse de las conversaciones de Ginebra. Esta decisión condujo a la URSS a una situación sin salida, y ésto ha sido lo que le ha hecho volver a la mesa de negociación.

La congelación de relaciones con Estados Unidos llevó, efectivamente, a la

Unión Soviética a cerrarse en sí misma, en un autoaislamiento muy peligroso para un país ya de por sí receloso de todo lo extranjero y, al mismo tiempo, vitalmente afectado por los acontecimientos exteriores. Esta actitud tuvo efectos negativos en diversos ámbitos de la política exterior soviética.

En sus relaciones con Occidente, no existía diálogo político alguno con los Estados Unidos y apenas quedaban abiertos los canales de comunicación mínimos entre las grandes potencias, algo que no interesa a nadie.

Por otra parte, el programa de rearme norteamericano se estaba desarrollando al mismo tiempo que una revolución en la tecnología militar occidental, con lo que Moscú se enfrentaba a la perspectiva de una doble carrera de armamentos, en los campos convencional —las «armas inteligentes»—, nuclear y espacial. Ello impondría costes económicos que la Unión Soviética difícilmente podía soportar, aparte de los costes políticos.

Detener esa carrera de armamentos se convirtió en una prioridad absoluta, sobre todo después de que la reelección de Reagan eliminara todo incentivo para abstenerse de realizar acciones que pudieran favorecer su permanencia en la Casa Blanca por cuatro años más.

Existe otro motivo de fondo en el cambio de actitud soviética. Durante los años sesenta, los dirigentes de la URSS llegaron a pensar que la relación de fuerzas entre los campos occidental y socialista estaba evolucionando a favor de este último, de forma coherente con la profecía marxista-leninista sobre la inevitable victoria del campo socialista. En este contexto, la Unión Soviética intentó mejorar posiciones en diversos lugares del mundo —Cuerno de Africa, Angola, Afganistán— y acelerar su rearme militar, y, por lo que se refiere a Europa, impedir el des-

pliegue de los euromisiles. Sin embargo, esta política provocó reacciones inesperadas y muy violentas de los países occidentales, que condujeron eventualmente a la crisis de la distensión —en cuyo mantenimiento está muy interesada la URSS— y a la política dura de Reagan. Parece posible que la URSS haya llegado a la conclusión de que la política de mejorar posiciones que llevó a cabo durante los años setenta fue prematura, y de que las pérdidas y los riesgos fueron mayores que las ganancias. Esta conclusión puede haberle aconsejado volver a una política más cauta y más orientada a asegurar la continuación del diálogo Este-Oeste.

La retirada de Ginebra en 1983 tuvo también efectos negativos en la política soviética hacia los demás países de Europa del Este y China. Igual que sucede con Europa Occidental en relación con Estados Unidos, los países de Europa Oriental tienen un interés mayor que la URSS por mantener las relaciones Este-Oeste por encima de ciertos mínimos, sobre todo en Europa. Sus vínculos históricos, económicos, culturales y humanos con la otra mitad del continente son muy profundos, y tienen mucho que perder si se produce un empeoramiento grave de esas relaciones. Cuando la URSS se retiró de Ginebra y trató de imponer una política dura a sus aliados, hubo algo más que murmullos de insatisfacción por parte de éstos, sobre todo de quienes se vieron obligados a instalar en su territorio los misiles que los soviéticos desplegaron para «compensar» el despliegue de los misiles de la OTAN. Hungría deseaba mantener las relaciones comerciales con Occidente que están en la base de su prosperidad económica; la República Democrática Alemana deseaba mantener su distensión particular con la República Federal, y la resistencia de Ho-

necker a las presiones soviéticas para que suspendiera su visita a Bonn —presiones que finalmente consiguieron su objetivo— fue ardua y prolongada. Hasta Bul-

garia intentó —también sin éxito— oponerse a las sugerencias soviéticas de que su líder Zhivkov suspendiera la visita que igualmente tenía previsto realizar a Alemania Occidental.

Por otro lado, la retirada de Ginebra tuvo lugar en un momento en el que en China se ha iniciado una evolución que desde el punto de vista soviético es profundamente alarmante. Desde Moscú, China aparece como un adversario histórico y racial, que en la actualidad es, además, un antagonista ideológico y político. Este rival de mil millones de habitantes se ha lanzado a una carrera decidida hacia su modernización social y económica, mediante una serie de reformas internas y una importación masiva de tecnología y de métodos de organización empresarial americanos y japoneses, todo ello unido a una interpretación laxa de los principios marxistas. Tal evolución no puede ir separada de un estrechamiento de sus relaciones con Estados Unidos y Japón, los otros dos rivales de la Unión Soviética en Asia. De todos los cambios ocurridos en el panorama internacional durante los últimos años, acaso sea éste el que más inquietud despierta en Moscú. No es difícil imaginar la preocupación de los dirigentes soviéticos ante la perspectiva de una China modernizada, con una economía eficiente y una tecnología avanzada. Ante esta situación, la Unión Soviética no podía mantenerse cerrada en sí misma, necesitaba volver a participar de lleno en la escena internacional.

No todos los cambios que han hecho posible la reanudación de las conversaciones han tenido lugar en la Unión Soviética. La aplastante victoria electoral de Reagan ha dado al Presidente americano una autoridad política que ninguno de sus

**La retirada de Ginebra en 1983
tuvo también efectos negativos
en la política soviética
hacia los demás países de Europa
del Este y China.**

predecesores inmediatos tuvo. Reagan es consciente de que en sus primeros cuatro años de mandato se le ha acusado de seguir una línea belicosa e irresponsable en

sus relaciones con la Unión Soviética. El sabe que en estos momentos tiene un poder y una responsabilidad especiales, y desea pasar a la historia como un Presidente impulsor de iniciativas de paz y no de guerra, como él mismo expresó en la noche de su reelección; por eso ha colocado las conversaciones sobre control de armamentos a la cabeza de su lista de prioridades en política exterior.

Este cambio también está relacionado con el fortalecimiento político de George Shultz, que a principios de 1984 estuvo a punto de dimitir a raíz de la retirada norteamericana del Líbano, pero que en estos momentos tiene una enorme influencia sobre el Presidente y es quien realmente dirige la política exterior norteamericana. El ha apoyado las iniciativas que podían facilitar el inicio de las conversaciones, y él será quien coordine la estrategia norteamericana en las mismas. Sus tradicionales enemigos en el seno de la Administración, el sector duro del Pentágono, encabezado por el Secretario de Defensa, Weinberger, y el Subsecretario, Richard Perle, han tenido que aceptar este nuevo papel de Shultz, pero seguirán dando la batalla para endurecer la postura negociadora americana. Las luchas internas entre el Departamento de Estado y el de Defensa, con ocasionales intervenciones de la Casa Blanca, constituirán probablemente un obstáculo para el progreso rápido de las negociaciones.

Puede quizá señalarse otro motivo para la reanudación de las conversaciones de Ginebra. Las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética pueden ser interpretadas como una sucesión de ciclos: a un ciclo en el que predomina el diálogo sucede otro presidido por la confrontación, al cual a su vez sigue otro ciclo dominado de nuevo por el diálogo. La estabilidad plena es imposible en unas relaciones entre Estados rivales en los planos político e ideológico, y entre los que existe

La aplastante victoria electoral de Reagan ha dado al Presidente americano una autoridad política que ninguno de sus predecesores inmediatos tuvo.

Este-Oeste, como, por ejemplo, en las relaciones entre Europa Occidental y Europa Oriental: la tradición histórica y cultural común y el menor peso político de estos países introduce mucha más estabilidad en sus relaciones.

Pero en el caso de Estados Unidos y de la URSS se producen unos ciclos históricos con puntos máximos y mínimos situados respectivamente por encima y por debajo de una línea mediana. Existen razones estructurales que ponen un límite a la amplitud de estas oscilaciones, impidiendo que los puntos máximos y mínimos se separen demasiado de la línea mediana. Los ciclos altos no pueden nunca ser demasiado altos porque el sustrato fundamental de antagonismo y desconfianza mutua impide que Estados Unidos y la URSS sigan mejorando sus relaciones más allá de cierto punto; y los ciclos bajos no pueden ser demasiado bajos porque ambos países saben que, de alguna forma, tienen que convivir en el mismo planeta y que una guerra entre ellos borraría a la especie humana de la faz de la Tierra.

Cuando las relaciones entre las grandes potencias se han mantenido en un tono de fuerte confrontación durante algún tiempo, acercándose en ocasiones a situaciones realmente peligrosas, se genera una especie de cansancio mutuo de estar permanentemente al borde del abismo que conduce a un período de mejora de las relaciones, con lo que se inicia un ciclo alto. Esto fue lo que sucedió, por ejemplo, tras la crisis de Cuba de 1962, o lo que puede estar ocurriendo en estos momentos, tras el período de tensión 1980-1984.

Cuando, por el contrario, las relaciones entre Estados Unidos y la URSS se han desarrollado durante un período de tiem-

po de forma menos tensa, con una cierta suavización de su rivalidad, diversos factores hacen que acaben surgiendo en uno y otro país voces que recuerdan la perversidad intrínseca de la otra parte y la acusan de intentar adormecer al contrario para obtener ventajas subrepticias, algo que, por otra parte, puede ser perfectamente cierto. Entonces se inicia un ciclo bajo, como el que mató de raíz el primer esfuerzo por terminar con la guerra fría, a mediados de los años cincuenta, o el que puso fin al período de distensión a finales de los setenta. Las oscilaciones entre ciclos altos y bajos pueden tener una amplitud algo menor, pero no desaparecen.

Esta interpretación cíclica de las relaciones entre americanos y soviéticos se opone tanto a la visión optimista que ve en ellas una evolución constante hacia un mejor entendimiento mutuo —olvidando el sustrato de rivalidad y de desconfianza recíproca— como a la visión pesimista que considera inevitable a medio plazo una hecatombe nuclear entre las grandes potencias, olvidando que el uso de las armas nucleares por cualquiera de ellas equivaldría a su suicidio como nación, y que no es muy probable que ninguna de las dos decida suicidarse. Vistas de esta forma, las relaciones entre americanos y soviéticos aparecen como un ejercicio diplomático y político inevitablemente frustrante —porque no es posible llegar nunca a una «solución»—, como un constante baile de percepciones y de compromisos, en el que la valoración de la oportunidad del momento y del estado psicológico del adversario es muchas veces más importante que la discusión de propuestas materiales. Este es, a menudo, el punto débil de la política norteamericana hacia la Unión Soviética: las toneladas de informes y los ejércitos de expertos pueden no ser suficientes para captar las variaciones que se van produciendo en una psicología colectiva tan compleja como la de la sociedad soviética, y algo parecido podría

decirse de Moscú con respecto a Estados Unidos, aunque tal vez en un grado menor.

Las conversaciones que ahora se inician van a estar divididas en tres grandes grupos de negociación, cada uno de ellos dedicado a un tipo diferente de armas: las armas de alcance intermedio, las estratégicas y las espaciales.

Las armas de alcance intermedio

Este tipo de armas ha ocupado un lugar central en las relaciones Este-Oeste durante los últimos años, debido a la decisión de la OTAN de desplegar los euromisiles a partir de 1983. Acaso fuera un error anunciar el inicio del despliegue cuatro años antes de que éste empezara a produ-

cirse, porque en ese intervalo se multiplicaron las presiones americanas y soviéticas sobre los países europeos para asegurar o para impedir que se instalaran los

misiles, creándose un período de fuerte tensión internacional.

El tema de los misiles tuvo, desde el principio, un contenido más político que militar, sobre todo para la Alianza Atlántica. En un primer momento, los europeos solicitaron su despliegue para reforzar la vinculación entre los sistemas nucleares norteamericanos y la defensa de Europa Occidental, fortaleciendo de este modo la confianza de los europeos en la validez de la garantía de defensa norteamericana, sobre la que se habían despertado algunas dudas a raíz del contenido del Tratado SALT-II. Al final, el tema se convirtió en un duelo de voluntades, con la URSS, decidida a hacer todo lo posible para impedir el despliegue, y los países de la OTAN, intentando por todos los medios mantener la cohesión de la Alianza, que habría quedado gravemente dañada de haber conseguido los soviéticos impe-

Las relaciones entre americanos y soviéticos aparecen como un ejercicio diplomático y político inevitablemente frustrante.

dir el despliegue. La sensación que queda de todo ello es que tal vez hubiera sido posible reforzar la credibilidad de la garantía nuclear americana sin necesidad de hacer pasar al mundo por el trauma de la instalación de misiles basados en tierra como los Pershing-II y los misiles de crucero; pero esto habría sido necesario tenerlo presente en 1979, cuando se discutió la doble decisión: una vez adoptada ésta, y en un contexto de presiones soviéticas de todo tipo, los países de la OTAN no podían dejar de ponerla en práctica sin dañar gravemente la credibilidad de la Alianza.

Este duelo de voluntades ha sido fundamentalmente resuelto —salvo sorpresas procedentes de Bélgica y Holanda— y el tema ha perdido mucho de su contenido político, no estando ya en el centro de las relaciones entre los bloques. Su importancia se mantendrá, sin embargo, en el seno de la Alianza Atlántica, como uno de los temas principales de las relaciones entre europeos y americanos. La opinión pública en Europa ya no está movilizada sobre este tema como lo estaba hace dos años, pero mantiene una cierta sensibilización hacia el mismo. Por otro lado, los SS-20 siguen ahí, y el despliegue de los euromisiles aún no ha terminado. Es de esperar que los europeos sigan presionando a los americanos para que lleguen a un acuerdo con los soviéticos sobre las armas de alcance intermedio y que recelen de la actitud de Washington en la negociación, sospechando que podría hacer concesiones a los soviéticos en este tipo de armas a cambio de recibir ventajas en las negociaciones sobre armas estratégicas o espaciales: en opinión de las conversaciones en el Departamento de Estado, un equilibrio en armas estratégicas es vital para Occidente, mientras que un equilibrio parcial en Europa de las armas de alcance intermedio no lo es.

¿Cuáles pueden ser los principales pro-

El despliegue de los misiles tuvo, desde el principio, un contenido más político que militar, sobre todo para la Alianza Atlántica.

blemas en las negociaciones sobre este tipo de armas?

En primer lugar, existe un problema de conceptualización: ¿qué armas deben ser

consideradas como de alcance intermedio? Para los norteamericanos, la cuestión depende del alcance de los misiles: son intermedios los misiles cuyo alcance no supere los 5.000 kilómetros, aproximadamente, es decir, los que no pueden desarrollar misiones intercontinentales. Para la URSS, sin embargo, son misiles de alcance intermedio los que no pueden alcanzar el territorio nacional de ninguna de las dos superpotencias. Esta definición implica que sus fuerzas situadas en Europa, como los SS-20 o el bombardero Backfire, quedan incluidas en esta categoría, mientras que los misiles Pershing-II y de crucero de la OTAN instalados en Europa y capaces de alcanzar el territorio soviético serían considerados como armas estratégicas. Desde el punto de vista de los países de Europa Occidental esta distinción soviética no tiene sentido, puesto que todas las armas de alcance intermedio instaladas en Europa pueden alcanzar sus territorios, con lo que para los europeos serían «estratégicas» según la definición soviética.

La URSS ha utilizado esta interpretación suya de lo que se considera como armas estratégicas para justificar su negativa absoluta a aceptar como legítimo cualquier despliegue de los euromisiles de la OTAN, aunque se tratara de uno solo. Desde su punto de vista los misiles soviéticos en Europa, que no pueden alcanzar el territorio de los Estados Unidos, son de alcance intermedio, mientras que los de la OTAN, que sí que pueden alcanzar el territorio de la URSS, son estratégicos. Aceptar esta interpretación equivaldría a reconocer el derecho de la URSS a tener en Europa una determinada categoría de armas nucleares y, al mismo tiempo, negárselo a Estados Unidos.

En realidad, la distinción entre armas

de alcance intermedio y armas estratégicas es muy difícil de realizar y, en último término, artificial. Es difícil de realizar porque responde en el fondo al desequilibrio geoestratégico existente entre las dos alianzas, en el que la superioridad militar convencional prácticamente inevitable del Pacto de Varsovia, derivada de factores geográficos y políticos, ha sido tradicionalmente compensada mediante el despliegue de armas nucleares de la OTAN, y mediante la vinculación entre estos sistemas nucleares situados en Europa y los sistemas centrales o estratégicos situados en Estados Unidos. Esta discontinuidad no existe en el Pacto de Varsovia, donde la Unión Soviética es al mismo tiempo una potencia europea y una superpotencia mundial, y en cuyo territorio nacional están instalados tanto sistemas de alcance intermedio como sistemas estratégicos (en el caso americano los sistemas intermedios sólo pueden desplegarse fuera de su territorio nacional). Por otra parte, eso supone que el territorio de la URSS, al revés que el de Estados Unidos, es vulnerable no sólo frente a los misiles estratégicos, sino también frente a los de alcance intermedio.

Pero la distinción rígida entre distintos tipos de armas es artificial porque todos los escalones de la disuasión ejercida por uno y otro lado están íntimamente vinculados. Los sistemas centrales americanos, por ejemplo, constituyen la garantía última del compromiso norteamericano de defender a Europa Occidental de agresión exterior. El único motivo por el que se celebraron en Ginebra hasta 1983 conversaciones independientes sobre armas de alcance intermedio fue que los europeos quedaron alarmados por la exclusión de este tipo de armas del Tratado SALT-II, y solicitaron a los norteamericanos que empezaran a negociar sobre ellas con los soviéticos. La conexión política que va a existir en estas conversaciones entre las negociaciones sobre diferentes sistemas de

armas permitirá tomar mejor en cuenta la interrelación que existe entre ellos.

Uno de los primeros problemas que van a plantearse es el de los misiles desplegados por los soviéticos en Europa Oriental, en concepto de contramedidas de represalia cuando se inició la instalación de los euromisiles. Estas contramedidas tenían un contenido más político que militar, pero su significación militar no debe ser infravalorada. Los nuevos misiles SS-22 desplegados por la URSS, una versión modernizada del SS-12, con un alcance de 900 kilómetros, tienen la capacidad de realizar muchas de las funciones del SS-20, por lo que deberán ocupar un lugar importante en la mesa de negociación.

También está el problema de los SS-20 desplegados en Asia. La URSS se negó al principio a incluirlos en la negociación, pero luego su postura se hizo más flexible.

La distinción entre armas de alcance intermedio y armas estratégicas es muy difícil de realizar y, en último término, artificial.

El carácter global de las actuales conversaciones elimina cualquier justificación para excluirlos. Lo mismo podría decirse de las llamadas bases avanzadas norteamericanas en Europa, cuya inclusión en las negociaciones exige la Unión Soviética.

Un tema mucho más complicado es el de las fuerzas nucleares francesas y británicas. Francia y el Reino Unido se niegan a que sean tomadas en cuenta en la mesa de negociación, en primer lugar, porque Estados Unidos y la URSS no pueden negociar sobre fuerzas de otros países sin el consentimiento de éstos. Pero existen otros motivos. Francia y el Reino Unido alegan que sus fuerzas nucleares son estratégicas, con lo que quieren decir que su misión es la de ser la garantía última de defensa del territorio nacional de cada una de ellas, y que su empleo sólo sería concebible como último recurso, una vez agotados todos los demás medios de defensa posibles. Desde este punto de vista, estos sistemas nucleares no pueden ser co-

locados en la misma categoría que las armas de alcance intermedio de las superpotencias, que cumplen una función diferente, sino que su naturaleza es equiparable a la de los sistemas centrales o intercontinentales de Estados Unidos y de la Unión Soviética. París y Londres consideran además que el carácter reducido de sus arsenales en comparación con los de las grandes potencias, y la misión vital que desempeñan para su seguridad nacional, les impiden realizar reducciones en ellos, mientras las superpotencias no acepten eliminar un número importante de armas de sus propios arsenales.

Sin embargo, el hecho es que estos sistemas existen y que están en manos de países miembros de una Alianza defensiva adversaria de la Unión Soviética, por lo que este país difícilmente podría ignorarlos. Sobre todo si tenemos en cuenta que, en caso de que se desarrollen plenamente los programas de modernización de las fuerzas francesas y británicas, éstas contarán en 1990 con un total de 1.200 cabezas nucleares, cantidad no despreciable y que ningún estratega soviético puede dejar de tomar en consideración.

La solución podría venir por dos vías. Los norteamericanos podrían aceptar reducciones proporcionales de sus fuerzas nucleares para compensar a la URSS por la existencia de los sistemas franceses e ingleses, con lo que Estados Unidos consentiría que en determinadas categorías de fuerzas los soviéticos tuvieran una cierta superioridad numérica. Esta salida se enfrentaría a una fuerte oposición interna en Estados Unidos, así como al obstáculo representado por la enmienda de Jackson que, nacida de las críticas del Congreso al acuerdo SALT-I (que nunca llegó a ser ratificado), impide al Presidente norteamericano aceptar acuerdos de limitación de armas nucleares con los soviéticos que establezcan techos numéricos para los sistemas americanos menores que los acordados para los sistemas soviéticos.

Otra solución podría ser que París y Londres aceptaran unilateralmente reducir sus fuerzas nucleares de forma proporcional a las eventuales reducciones acordadas por americanos y soviéticos en sus arsenales respectivos. Sin embargo, y salvo que Estados Unidos y la URSS decidan eliminar un número importante de sus fuerzas nucleares, esta salida no resultaría fácilmente aceptable ni para los ingleses ni, sobre todo, para los franceses.

Existe, por otra parte, un problema más técnico que político que complica las negociaciones. Los misiles de crucero constituyen un tipo de arma nueva, que las grandes potencias están incorporando en cantidades importantes en sus respectivos arsenales. Derivados de la misma idea de la V-1 alemana de la Segunda Guerra Mundial, los misiles de crucero vuelan a velocidad subsónica y a muy baja altura, y su sistema de navegación y teleguiado les permite ir adaptándose a las irregularidades del terreno, con lo que su detección por radar es muy difícil, y llegan a sus objetivos con un precisión muy grande, de pocas decenas de metros. Estos misiles pueden llevar cabezas convencionales o nucleares, y los medios de verificación aceptados hasta ahora por las grandes potencias (esencialmente mediante satélites y otros medios de observación, y excluyendo las inspecciones de los lugares donde se fabrican y se almacenan las armas) no permiten prácticamente distinguir entre los misiles dotados de una cabeza nuclear y los que tienen una cabeza convencional. Sin embargo, ningún acuerdo sobre limitación de armamentos es posible si no existen medios de verificación eficaces; o bien las grandes potencias se ponen de acuerdo en arbitrar medios de verificación más adecuados a este tipo de armas —a lo que se ha opuesto tradicionalmente

Ningún acuerdo sobre limitación de armamentos es posible si no existen medios de verificación eficaces.

la URSS, por consideraciones de seguridad nacional— o bien habrá que renunciar a limitar el número de misiles de crucero, algo cuyas consecuencias serían gra-

ves no sólo por la importancia de estas armas, sino porque existen planes para desplegar una gran cantidad de ellas en los próximos años: Estados Unidos tiene previsto situar 2.000 misiles de crucero a bordo de navíos de guerra, y la URSS tampoco tardará en hacerlo, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayoría de los centros industriales y de población de los Estados Unidos se encuentran cerca de sus costas.

En cualquier caso, el problema de fondo de las armas de alcance intermedio seguirá siendo si la Unión Soviética aceptará como legítima la presencia en Europa de un determinado número de Pershing-II y de misiles de crucero de la OTAN, a lo que hasta ahora se ha negado. Por su precisión y corto período de vuelo, son considerados por los soviéticos como armas de primer golpe, muy desestabilizadoras. En caso de que esa negativa continúe, la cuestión será si los norteamericanos aceptarían retirarlos, y en caso positivo, qué precio exigirían por ello. Habría que ver entonces si ese precio resultaría aceptable para los soviéticos y, sobre todo, para los miembros europeos de la Alianza, de cuya desconfianza ya se ha hablado antes, y que presionarán a Washington para que no ceda en un tema de importancia vital para ellos. Dada la carga política del asunto, parece difícil que al final de las negociaciones la URSS no se vea forzada a admitir la presencia de un cierto número de misiles norteamericanos en suelo europeo. El que entre esos misiles tenga necesariamente que haber un cierto número de Pershing-II es otra cuestión.

Las armas estratégicas

Las armas estratégicas presentan en principio menos problemas que las armas de alcance medio. Pese a que, como hemos visto, la distinción entre armas estra-

La fórmula del «build-down», propuesta por EE.UU., hace compatibles las reducciones cuantitativas de armas estratégicas con la modernización de las mismas.

tégicas y de alcance intermedio no siempre está del todo clara, existe un cierto consenso para considerar como estratégicas a todas las armas capaces de desarrollar misiones intercontinentales, ya se trate de misiles situados en tierra —ICBM—, en submarinos —SLBM—, o de los lanzados desde aviones cuyo radio de acción sea intercontinental.

En los años setenta las dos grandes potencias fueron incapaces de llegar a dos acuerdos —SALT-I y SALT-II— sobre limitación de este tipo de armas. También en estos momentos parecen existir factores que permitirían llegar a un acuerdo, pero la interrelación entre este paquete de la negociación y los otros dos hace que todo dependa de que también haya acuerdo sobre armas de alcance intermedio y espaciales, donde la dificultad es mayor.

Lo que los norteamericanos persiguen en este capítulo es que los soviéticos reduzcan sustancialmente el número de sus misiles intercontinentales basados en tierra (ICBM), especialmente de los misiles pesados con cabezas múltiples (MIRV) y una gran precisión de tiro. Este tipo de misiles, sobre todo los SS-18; son temidos por los norteamericanos porque su precisión convierte en altamente vulnerables a los ICBM americanos, a pesar de los silos reforzados donde se encuentran situados. Estados Unidos considera que este tipo de armas puede resultar particularmente desestabilizados en momentos de crisis, porque crea la tentación para quien las posee —y la amenaza para la parte contraria— de realizar un primer golpe preventivo contra los sistemas nucleares del adversario.

El problema está en que la estructura de las fuerzas nucleares estratégicas soviéticas hace que la URSS dependa mucho más que los norteamericanos de sus ICBM para garantizar su defensa, con lo que le resulta mucho más difícil realizar

cortes sustanciales en este tipo de armas: los americanos han repartido más su capacidad disuasora entre sus ICBM, SLBM y bombarderos, mientras que los soviéticos han concentrado sus recursos en mucha mayor medida en sus misiles situados en tierra.

EE.UU. tratará de utilizar como baza negociadora su nuevo misil MX, que es objeto de fuertes críticas dentro de los propios Estados Unidos. El MX sería, en efecto, un arma vulnerable, cara y desestabilizadora, puesto que sus diez cabezas nucleares y su gran precisión son rasgos típicos de las armas de primer golpe. Sería, además, un arma de vida efímera, porque aún antes de haberse aprobado su despliegue se encuentra ya en avanzada fase de estudio un proyecto de nuevo misil intercontinental destinado a reemplazarla, el Midgetman, de una sola cabeza nuclear. Puede que la URSS se niegue a aceptar como objeto de negociación un misil cuya producción es posible que nunca llegue a aprobar el Congreso, pero la peculiar lógica del equilibrio nuclear puede llevar al Congreso americano a aprobar la instalación de un arma cuyas características considera negativas, simplemente para no hacerle a la URSS el regalo de eliminarla sin que los soviéticos tengan que dar nada a cambio.

Existe un sistema de armas norteamericano que la Unión Soviética desea recortar, y a cambio de ello podría estar dispuesta a reducir el número de sus ICBM pesados. Se trata del sistema formado por los misiles de crucero lanzados desde bombarderos, que preocupa especialmente a la URSS a causa de su capacidad de penetración a través de las defensas enemigas, de su precisión y de su flexibilidad. La preocupación es aún mayor a la vista

de los dos nuevos bombarderos estratégicos que actualmente desarrollan los norteamericanos, el B-1 y el Stealth, pero para que se produzca este intercambio de reducciones entre ICBM soviéticos y misiles de crucero lanzados desde bombarderos americanos habrá que resolver el difícil problema de la verificación de un acuerdo sobre misiles de crucero, al que hemos hecho referencia antes.

Una posible fórmula general utilizable en el caso de las armas estratégicas es la del *build-down* (reducción), propuesta inicialmente por algunos senadores americanos y que la delegación de Estados Unidos llevó a la mesa de negociaciones de las conversaciones START, suspendidas en 1983. El *build-down* obligaría a que el país que quisiera modernizar un determinado sistema de armas eliminara un número de armas antiguas mayor que el número de armas nuevas que instalaría para reemplazarlas. De esta forma se hacen compatibles las reducciones cuantitativas de armas estratégicas con la modernización de las mismas.

Sin embargo, donde la URSS va a concentrar su esfuerzo negociador, donde va a intentar lograr más concesiones americanas, es en el campo de las armas espaciales. La actitud actual norteamericana es la de una negativa radical a realizar esas concesiones, por lo que seguramente éste será el punto crucial de la negociación, el que decida su éxito o su fracaso. Por ello vamos a dedicarle una atención especial*.

* N. de la R.—Por razones de espacio nos vemos obligados a dejar la publicación del apartado dedicado a las armas espaciales para el próximo número de *Leviatán*, con el consentimiento del autor.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS

Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid

Tels. 410 46 96 y 410 47 98

NOVEDADES

El desafío europeo

André Gunder Frank

126 págs. 300 ptas.

Caminos de la democracia en América Latina

VV. AA.

300 págs. 750 ptas.

El sistema soviético hoy

VV. AA.

224 págs. 800 ptas.

EN PREPARACION

Sobre el pacifismo

Agnes Heller y Ferenc Feher

El arsenal barroco

Mary Kaldor

LA SOMBRA DE UNA NUEVA RAPALLO

Ferenc Feher y Agnes Heller



La rebelión contra el espíritu de Yalta podría comprometer lo que ha habido de positivo en el equilibrio posbélico. Es en Alemania donde esta rebelión podría acarrear consecuencias incalculables para Europa y el mundo. Si en los futuros escenarios llegase a tomar cuerpo la idea de una nueva Rapallo, es decir, de un acuerdo ruso-alemán fundado en la neutralización de una Alemania reunificada, éstas serían las consecuencias. Veámoslas.

La pesadilla de una nueva «Rapallo» (reedición del acuerdo estipulado en 1922 entre una Alemania derrotada y sometida al *diktat* de Versalles y una Rusia soviética profundamente herida, que mostraba los primeros síntomas de recuperación después de la guerra civil y la carestía),

¿es una invención de la fantasía febril de los disidentes, atormentada por la imagen del Gran Hermano triunfante? Es evidentemente algo más desde que Rudolf Bahro, el *enfant terrible* de la fase actual del *nacional-bolchevismo*, en el curso de una entrevista, a la pregunta de si aludía a ese

acuerdo, respondió sin vacilar: «¿Rapallo? ¿Por qué no?»¹. Bahro, fuera de toda duda, no es un estadista alemán, ni el portavoz de alguna gran corriente del pen-

La necesidad de una reunificación es tan fuerte para los alemanes que ningún gobierno alemán elegido puede permitirse oficialmente una renuncia.

dente fundado en la neutralización de una Alemania reunificada. Pero no se hizo nada de eso y Berija fue liquidado quizá también por esto, en 1953, después

de los disturbios de Berlín Este.

samiento. Durante la preparación de Rapallo, sin embargo, ya era claro que cierto *nacional-bolchevismo* «marginal» era expresión de tendencias mayoritarias que no intentaban revelar sus intenciones; estas tendencias, además, indicaban que, en la política alemana, ciertas aspiraciones eran formuladas más claramente por observadores externos que por los protagonistas.

Una cuarta opción teórica está representada por un convenio especial ruso-alemán, una reedición, precisamente, de 1922, para la cual, no obstante, faltan los presupuestos positivos (existen, en cambio, los negativos, y ya veremos sus consecuencias).

¿Qué podría significar, en la práctica, una nueva Rapallo, y qué consecuencias podría tener para Europa del Este, sometida al dominio soviético? Para responder es necesario plantearse otro interrogante: ¿qué estrategia de unificación de Alemania podría haber y qué consecuencias tendría?

En 1922, Rapallo fue un acuerdo entre dos grandes potencias debilitadas en casi igual medida, que tenían necesidad la una de la otra y estaban en condiciones de ofrecerse ventajas recíprocas. Hoy, Alemania Occidental y la Unión Soviética son igualmente fuertes, pero de modo diferente. La URSS es la primera potencia militar del mundo, es el último imperio existente, pero su economía, a pesar del crecimiento industrial, está permanentemente enferma y, para colmo, necesitaría inversiones sólidas y a largo plazo de Alemania Occidental. Alemania es económicamente fuerte, pero es débil en el plano militar (inclusive porque no tiene un armamento nuclear propio), y el riesgo de potenciar desde el punto de vista económico a la URSS sin garantizarse una defensa militar eficaz como contrapeso es un riesgo demasiado alto, tanto como para no permitir una reedición lisa y llana de Rapallo.

La estrategia occidental de reunificación ha tenido siempre dos opciones, casi nunca explícitas pero reductibles, en gran medida, a la alternativa poco realista del «*Alles oder Nichts*» («todo o nada»). La primera era la de una victoria norteamericana sobre la Unión Soviética; la segunda, la de una nueva revolución rusa o bien la de un hipotético e imprevisible colapso de la URSS (en cuyo caso la reunificación habría sido algo natural). La primera opción se ha vuelto materialmente imposible, pues comportaría una guerra nuclear total. La segunda no es ni teórica ni materialmente imposible, pero desde el punto de vista político no es una opción al tratarse de una alternativa en virtud de la cual no puede perseguirse ninguna actividad política alemana: se trata, por lo tanto, de una ilusión pía o impía.

Existe también la posibilidad, teórica, de renunciar de una vez por todas a la idea de una reunificación de Alemania a cambio de la pertenencia a Occidente. Sin embargo, la necesidad de una reunificación es tan fuerte para los alemanes que ningún gobierno alemán *elegido* puede permitirse oficialmente una renuncia de esa naturaleza.

Existía una tercera posibilidad teórica (ahora ya no existe): la «opción-Berija». Para el aparato comunista alemán habría sido un suicidio, porque el plan atribuido al último policía de Stalin, injustamente o no, era una renuncia a Alemania Oriental a cambio de un acuerdo global con Occi-

A fin de cuentas, lo que permanece es exactamente el opuesto de la tercera alternativa: ya no el «plan Berija», si ha exis-

tido alguna vez, sino la *auto-finlandización* de Alemania Occidental; considerada hace diez años como privada de sentido, una no-opción, hoy se ha convertido en una opción efectiva, auténtica, a la orden del día. Su forma real puede consistir sólo en una confederación, en la cual el aparato alemán oriental mantendría su poder sobre la población, conservando su completa independencia interna, y cuyo presupuesto sería la salida de Alemania Occidental de la OTAN (en la práctica, el desarme alemán). Cualesquiera sean las ilusiones de Alemania Occidental acerca de una «reunificación en términos republicanos federativos», sólo podrá efectuarse según el modelo finés: tornar la soberanía alemana *formalmente dependiente* del bienestar soviético, al menos por lo que respecta —por el momento— a los asuntos exteriores. *Este es, potencialmente, el orden del día de una nueva Rapallo.*

¿Cómo una opción tan inverosímil, inconcebible en el pasado, ha podido volverse en menos de una década una auténtica alternativa? Ante todo es necesario comprender que, de uno u otro modo, de manera clandestina y raramente expresada de manera verbal, tal opción ha existido siempre en el sentimiento de frustración de los alemanes frente a la indiferencia del mundo por el legítimo malestar alemán.

Sin embargo, existen también razones más sustanciales. Hoy Alemania sabe ser una colonia portadora del Occidente: después de los Estados Unidos, «Occidente», en Europa, significa Alemania Occidental. En segundo lugar, después de Vietnam y a pesar de los esfuerzos de Reagan por invertir esa tendencia, la hegemonía norteamericana ha sufrido un colapso. En tercer lugar, con la aparición de Reagan Occidente tiene de nuevo un gobierno fuerte, pero es *el menos sensible* al malestar alemán. Reagan personalmente, y los miembros de su administración de manera colegiada, han cometido todos los errores

posibles en relación con Alemania (y Europa Occidental en general). Parte de esta política era y es estructural para el capitalismo norteamericano: ha sido trasladado a Europa el costo de la recuperación económica norteamericana. La otra parte está constituida por lisos y llanos errores.

El resultado ha sido lo que el *Spiegel* ha llamado la «sublevación» contra los misiles, definida por Karl Kaiser «sublevación nacional con consignas antinucleares». El término es exagerado sólo en apariencia. En efecto, detrás del movimiento antimisiles hay una sublevación *contra el sistema Yalta-Potsdam* (cuyo mayor impulso viene del centro «romántico» y de la izquierda, pero que está difundiéndose cada vez más en toda Alemania). Además, no es casual que, para provocarla, la cuestión de los misiles haya sido el último paso —a los ojos de los pacifistas— de una larga concatenación de «actos peligrosos,

irresponsables, etc.», realizados por los norteamericanos en el marco de su estrategia global.

Se puede afirmar, en base a la documentación Brandt-Ammon, que la cuestión de los misiles *siempre ha tenido un significado nacional* para todos los alemanes que no han aceptado la opción Adenauer como definitiva. Evidentemente, no tiene sentido intentar definir en qué proporciones, en la protesta antimisiles, se mezclan el miedo y consideraciones de orden nacional. Interrogado en tal sentido, cualquier objetor dirá, en efecto, que está movido por el miedo, y ¿quién podría descartar declaraciones emotivas de ese tipo (sin hablar del hecho de que hay razones de sobra para tener miedo)? No obstante, el punto importante es que los políticos socialdemócratas, hasta cuando se han opuesto a la integración de Alemania Federal en la alianza occidental, presentaban argumentos contra los misiles precisamente en base a consideraciones nacionalistas. Por ejemplo, Fritz Erler en 1958: «Señoras y señores, permitidme citar el *Times*,

Detrás del movimiento antimisiles hay una sublevación contra el sistema Yalta-Potsdam que está difundiéndose cada vez más en toda Alemania.

un periódico muy apreciado por vosotros: “Tenemos, a grosso modo, las siguientes alternativas: o los silos de misiles en Alemania Occidental, que consolidarán la división del país durante generaciones enteras, o bien un sistema de desempeño militar de alguna clase...”»². En otras palabras, todas las fuerzas antinucleares han iniciado su campaña, conscientemente o no, tanto en el Oeste como en el Este, presentando esta elección como un obstáculo de fondo para la reunificación alemana. Y la corriente mayoritaria del movimiento no está interesada tanto en los misiles Pershing o Cruise cuanto en la reunificación de Alemania.

Debemos repetir que esta última es una causa absolutamente legítima y, desde luego, justa; la cuestión, empero, es saber (como siempre en los casos de unificación nacional) *cuáles serán las modalidades y a qué precio se realizará la unidad*. En este punto nuestras críticas se basarán en más de cien años de tradiciones socialistas, democráticas y liberales que, para mantenernos en el ámbito de Alemania, han sostenido con fuerza la unidad alemana *en abstracto*, pero han condenado del mismo modo la específica forma bismarckiana en que ha sido realizada.

Una nueva Rapallo promete ser cualquier otra cosa menos un buen augurio. Sólo sería una modificación, con o sin tratado formal, del acuerdo de Yalta-Potsdam *con menoscabo de Occidente y a favor de la URSS*. Esto significaría una Alemania «neutralizada», hostil a Occidente, bajo la tutela de la política exterior de la Unión Soviética y en condiciones de ayudar a los regímenes soviéticos con sus enormes recursos tecnológicos y financieros, de mitigar sus problemas económicos sin contrapartida, sin liberalizar sus brutales sistemas represivos internos, ofreciendo indirectamente, de tal modo, un respaldo (irónicamente, gracias al éxito de un movimiento antinuclear) a la máquina

bélica soviética. Este resultado sería la peor conclusión de la segunda guerra mundial, si se excluye la victoria de Hitler o el inmediato acaparamiento de Europa Occidental por parte de Stalin. Y no debemos hacernos ninguna ilusión: si hay una nueva Rapallo, éstos serán los términos del falso compromiso.

¿Por qué puede considerarse realista esta amenaza? Por la creciente fragmentación de la alianza occidental, por el debilitamiento de Norteamérica (los Estados Unidos no podrían servir de contrapeso en este proceso, y de cualquier modo *contra* una voluntad europea y sobre todo alemana), y —aún más importante— por las tendencias predominantes en el interior del único sujeto potencialmente en condiciones de concluir un acuerdo tal: la socialdemocracia alemana. Es previsible la objeción de los «expertos» en este sentido. La socialdemocracia alemana —afirmarían— no se alistaría nunca en contra de la alianza occidental. Muy recientemente, pronunciándose contra la instalación de los misiles renovaba su empeño en el seno de la alianza occidental. No obstante, aparte el hecho de que en política la palabra «nunca» no existe, aparte el hecho de que en 1978 todos los portavoces autorizados del laborismo británico se habrían negado a asumir la posición de desarme unilateral que en los años sucesivos sería la línea oficial del partido, hay otras pruebas en apoyo de nuestra tesis. Kaiser, en el artículo mencionado, definía la posición de Egon Bahr en materia de seguridad como un (ilusorio) «retorno a la posición de la nación-Estado, no conciliable con la idea de la alianza», una forma de gaullismo alemán a la cual, empero, le faltarían los presupuestos necesarios de la política de De Gaulle. Sin embargo, por lo que puede notarse, las dinámicas internas del SPD

**Una nueva Rapallo
sólo sería una modificación
del acuerdo Yalta-Potsdam
con menoscabo de Occidente
y a favor de la URSS.**

impelen al partido hacia el unilateralismo, lo que, en el caso de Alemania, se identifica con la neutralización y con el abandono de la alianza.

Esta dinámica interna radica en las profundas contradicciones del partido. El SPD *ha adoptado el nacionalismo*, siguiendo la huella de los centristas «románticos»

La socialdemocracia alemana, asumiendo una posición nacionalista, tiene graves responsabilidades en el proyecto, por ahora teórico, de una nueva Rapallo.

y de los nacional-bolcheviques, cuyo mérito innegable ha sido declararle la guerra al eslogan derrotista *finis Germaniae* y hacer pública la propia «voluntad de nación». No obstante, este nacionalismo, que ha iniciado su discutible carrera con *la traición de Polonia* en 1981, sólo puede conducir a una nueva Rapallo y, en definitiva, a una conclusión anti-occidental de la segunda guerra mundial ³.

¿Puede una nueva Rapallo, en los términos esbozados arriba, conducir a la nación alemana fuera de las antinomias que ella misma se plantea cuando dejó que abortase la revolución antihitleriana? Nuestra respuesta, sin vacilación, es negativa. Si es verdad que una nueva Rapallo puede realizar al menos el símbolo de la unidad de una confederación, ésta conducirá nuevamente a la nación alemana a la encrucijada en la que los caminos de la libertad y de la idea nacional *se encuentran para luego separarse*, y esto por un período muy largo, aunque no sea ésta la primera vez. Una confederación no podrá nunca aliviar el fardo de Alemania Oriental (o «central» ⁴), a excepción de la única cuestión, importante por sí misma, de los contactos personales entre alemanes. Sin embargo, no puede haber ninguna duda sobre el hecho de que el aparato de la RDA no dejaría de poner como condición para la creación de una confederación el retorno obligatorio de los ciudadanos del «Estado federal oriental» a su domicilio de origen ⁵. En consecuencia, es poco probable que el sistema interno de opresión pueda liberalizarse y, de cualquier modo, ni siquiera será eliminado. En la mejor de las hipótesis los alemanes occidentales podrán mantener su Estado liberal-conservador que ellos, de manera bastante pertinente, llaman *Obrigkeitsstaat* (Estado autocrítico). Este último podría inclusive em-

peorar a través de un nuevo maccarthismo que actuaría contra todos aquéllos, de izquierda o de derecha, que criticasen el consenso nacionalista responsable de la

«nueva Rapallo»; no consentiría, por cierto, ningún espacio social al socialismo como democracia radical. Actualmente, los alemanes de cada alineamiento político se lamentan de su soberanía limitada y, si bien sus declaraciones pueden parecer a menudo excesivas y a veces poco auténticas, el hecho sigue siendo verdadero. En la huella de una nueva Rapallo, como consecuencia de la auto-finlandización, se aprendería qué quiere decir tener una soberanía limitada *à la soviétique*. Con todo esto ni siquiera hemos señalado la posibilidad, obviamente no inminente, de intentos de soviétización de toda Alemania, soviétización a la cual la confederación serviría, por lo menos, como cabeza de puente.

La primera pregunta a hacer sobre los efectos generales de una nueva Rapallo es la originaria: ¿a quién le conviene? Antes de responder es necesaria una observación metodológica. Las consideraciones que siguen sólo pueden ser conjeturas o previsiones (negativas). No estamos, por tanto, en el campo de la ciencia rigurosa. Podemos extrapolar, sin embargo, algunas *tendencias efectivas del presente*, extrayendo de su combinación la idea-guía de un futuro muy amenazante.

El principal beneficiario de una nueva Rapallo puede ser sólo una *nomenklatura* soviética conservadora que intente mantener el actual sistema de opresión sin la más mínima reforma. Esta tendencia, por lo demás, después del derribo de Jruschov, se ha mostrado bastante evidente en el seno de la *nomenklatura*, y sólo se la puede pasar por alto por una resolución preconcebida o deslumbrados por intereses y preocupaciones particulares. Un signo particularmente inquietante es que casi todos los observadores occidentales, liberales o conservadores, de la escena soviética han

pasado por alto una importante tendencia reciente: la rehabilitación gradual pero casi oficial de Stalin y la paralela abjuración del XX Congreso del PCUS⁶. Para una Unión Soviética ultraconservadora y opresiva de la época posruschoviana, una nueva Rapallo crearía, ante todo, un cordón sanitario indispensable alrededor de Europa Oriental ingobernable.

Pero por cordón sanitario entendemos algo diferente de lo que las potencias occidentales habían intentado crear en torno de la URSS después de la primera guerra mundial a través de Estados conservadores (regidos, además, por dictadores), concebidos como bases militares para una nueva intervención, si bien nunca utilizados como tales. El «cordón sanitario» de que hablamos no tiene, en efecto, ningún significado militar, puesto que no existe, en Occidente, «potencias regionales» con una fuerza comparable a la de la URSS.

Los países de Europa Oriental, cualquiera sea el consenso tácito detrás de la propaganda oficial, no tienen confianza en la ayuda occidental y, por tanto, no recurrirían a ella.

Hasta hoy, no obstante, los ciudadanos de estos países han vivido en un clima político de solidaridad, al menos de palabra, con respecto a su lucha por la emancipación. De Praga del 68 en adelante esta solidaridad se ha extendido hasta implicar a los eurocomunistas, los cuales, en 1956, habían calificado a la revolución húngara como «contrarrevolucionaria». Este tipo de apoyo puede parecer demasiado etéreo en presencia del enorme poder material de la Unión Soviética, pero sostenemos que sirve para algo. Basta pensar en la España franquista, ese fantasma agonizante de la «memoria profunda de la izquierda europea», como lo definió Jorge Semprún, donde la protesta incesante contra esa anomalía tuvo un papel innegable en la transición de la España posfranquista hacia el liberalismo⁷.

Podemos afirmar sin exageración que,

Para una URSS ultraconservadora y opresiva, una nueva Rapallo crearía un cordón sanitario indispensable alrededor de una Europa Oriental ingobernable.

al menos en la izquierda alemana y en el centro «romántico», ya existían los presu- puestos de una nueva Rapallo, o bien de una auto-finlandización. Los disidentes alemanes orientales, a no ser que suscriban, como Bahro, una especie de *nacional-bolchevismo*, son difícilmente tolerados en el movimiento antinuclear que es el motor de la actual turbulencia social, como además lo ha demostrado el escritor Jürgen Fuchs, denunciando la irritación hacia las «interminables lamentaciones» de los disidentes orientales como él por parte de los nacional-pacifistas. Después del vergonzoso silencio en los días de la tragedia polaca ha habido un amplio consenso, desde los socialdemócratas y la izquierda «romántica» hasta el centro liberal (piénsese en *Die Zeit*), en el hecho de que Jaruzelski ha salvado, gracias a su «realismo y patriotismo», a Europa y la paz mundial. Precisamente quien está amargado por la «soberanía limitada» de Alemania aplau-

de sin reservas al hombre que, una vez más, ha permitido la reafirmación de la supremacía y del dominio de la URSS sobre Polonia. La guerra librada por los so-

viéticos en Afganistán (con crueldades comparables a los crímenes de la *Wehrmacht* y de las *Einsatzgruppen* en Ucrania entre 1941 y 1943) ha desaparecido de los discursos públicos del movimiento o, a lo sumo, es sólo objeto de alusiones. Mientras el culto de la Hungría kadarista, indudablemente el más liberal e iluminado de todos los Estados policiales de Europa Oriental, se ha vuelto ya un dogma indiscutible en la prensa liberal alemana. A su vez, *Der Spiegel* ha asumido el papel cumplido por los comunistas franceses en 1956 y ha publicado por entregas un reportaje sobre la revolución húngara (de David Irving, un hombre que se ha autodefinido como «fascista moderado») que trata este acontecimiento crucial en el proceso de emancipación de Europa del Este como una sospechosa agitación popular.

Un segundo, y aún más evidente resul-

tado, de una nueva Rapallo sería la expulsión de los Estados Unidos fuera de Europa a través de los alemanes, sin llegar así a una directa confrontación entre las dos superpotencias. Una solicitud soviética directa sería ignorada; una amenaza provocaría una reacción casi universal; una solicitud alemana, en cambio, provocaría disgusto y resentimiento, pero tendría el efecto de producir un nuevo aislamiento norteamericano y, a lo sumo, un nuevo tratado de alianza Francia-EE.UU. Por lo tanto, si la URSS tuviese el coraje político de dar los pasos necesarios para llegar a una nueva Rapallo, y la *nomenklatura* lograra encontrar un *partner* alemán dispuesto a este cambio, la segunda guerra mundial concluiría con un retiro norteamericano de Europa, que se pondría, al fin, bajo la tutela soviética.

Una ventaja ulterior de una nueva Rapallo para la URSS consistiría, indudablemente, en la posibilidad de «importar reformas económicas». A partir del inicio de los años 60 invocar la necesidad de una reforma económica ya no es una herejía absoluta⁸. La exigencia de introducir modificaciones en la «economía socialista» ha sido a menudo sostenida públicamente y a veces realizada con decisiones de la cumbre. Pero, sin pretender hacer un balance, podemos decir que las tentativas de reforma se han quedado en declaraciones vacías y se han malogrado (con excepción de Hungría, que había anunciado una reforma global —nunca realizada—, y ha llevado a cabo sólo una reforma parcial de la agricultura) porque la *nomenklatura* ha buscado siempre lo imposible: cambio económico sin cambio social. Por otra parte, aún en su errónea visión, la *nomenklatura* se da cuenta de que el restablecimiento de una auténtica economía de mercado (ni simulada ni fragmentaria) podría tener consecuencias sociales para ellas incontrolables⁹. Una nueva Rapallo resolvería los dilemas de la *nomenklatura* desde el punto de vista eco-

La exigencia de introducir modificaciones en la «economía socialista» ha sido a menudo sostenida públicamente y a veces realizada con decisiones de la cumbre.

nómico, al menos en un breve período. Una Alemania confederada, con una producción conforme a los criterios de una racionalidad de mercado, constituirían una unidad bastante amplia para proveer a las principales necesidades de la URSS; y su misma existencia resolvería la cuestión de las dos Alemanias. Se tendrían así inversiones y oferta de productos de alta calidad para la industria como para los consumos privados, a cambio de materias primas soviéticas y productos agrícolas del Este europeo. A efectos prácticos esto resolvería las tareas de las reformas económicas en la sociedad soviética sin necesidad de cambiar algo en su estructura social, satisfaciendo así el supremo deseo de todos los representantes modernizadores, pero ultraconservadores, de las *élites* dominantes.

Otra ventaja para la *nomenklatura* rusa consistiría en la «bipolarización del odio» en la Europa Oriental, si bien como efecto no programado. Contrariamente a las expectativas, por sondeos en profundidad desarrollados de manera ocasional en países extraeuropeos, resulta que los «rusos» no están entre los más odiados, como nación o grupo étnico, por las poblaciones locales¹⁰; de todos modos, lo son invariablemente a efectos prácticos. Esta no es sólo una carga psicológica, es también un potencial riesgo político. Una nueva Rapallo modificaría esta situación en el sentido de que todos los tradicionales sentimientos anti-alemanes de estas regiones, que tienen raíces históricas diversas y muy complejas, se volverían a encender de golpe.

¿Qué ganarían los alemanes, orientales u occidentales, con una nueva Rapallo? Ante todo, la satisfacción simbólica de una unidad nacional basada en una especie de confederación alemana: una unidad cultural, más que política, basada sobre todo en una considerable reducción y autorreducción de libertad. Con nuevas contra-

dicciones: por ejemplo, Alemania, gracias sobre todo al vacío creado por la renuncia de Norteamérica a su compromiso en Europa, se volvería mucho más poderosa

La neutralización de Alemania sería el principal efecto de una nueva Rapallo y provocaría el fin de la OTAN.

de lo que ha sido hasta ahora, mientras que al mismo tiempo, al ser dependiente de la URSS para todas las cuestiones exteriores, no podría disfrutar de este poderío acrecentado (que se convertiría, así, en fuente de una nueva tensión en Europa). Pero, a pesar de todo esto, Alemania ya no sería una nación derrotada que persigue una nueva Rapallo, una condición que ha afligido a la nación entera de cuarenta años a esta parte. Para cualquier comunidad que pone en primer puesto esta autoestima simbólica recuperada, con respecto a sus libertades políticas y a las de sus vecinos inmediatos, ésta es una solución satisfactoria ¹¹.

Una nueva Rapallo ofrecería, además, evidentemente ventajas económicas a dos generaciones alemanas como mínimo. La recesión ha terminado por golpear a la poderosa economía alemana occidental, y esta vez no hay ninguna «medicina norteamericana». Los Estados Unidos, muy por el contrario, con la sobrevaluación artificial del dólar y con la política de las elevadas tasas de interés, están transfiriendo buena parte de las propias dificultades económicas, en particular las derivadas de su gigantesco déficit de la balanza de pagos, a los países europeos, y, en este escenario, Alemania es el país más proclive a experimentarlas. Una nueva Rapallo, con sus grandes posibilidades de inversiones en una economía soviética que tiene gran carencia de éstas, podría proporcionar un estímulo a la ganancia y a la ocupación en Alemania.

Bajo la guía de una nueva Rapallo los dirigentes de Alemania Oriental saldrían inequívocamente como los principales vencedores, reforzando su posición de manera considerable. Si una nueva Rapallo tomase cuerpo, Ulbricht, ese despreciable

sátrapa de la hegemonía soviética, aparecería, en retrospectiva, como un Cavour alemán, puesto que esta victoria se habría obtenido no sólo contra Norteamérica sino también contra la voluntad de los dominadores soviéticos. La *leadership* alemana oriental, la más tenaz y al mismo tiempo más homogénea fuerza social reaccionaria, que cumple públicamente un papel pionero en la abolición de las reformas checoslovacas (y probablemente un análogo papel clandestino en el caso de las reformas polacas), se convertiría en la potencia política dominante —sólo después de la jerarquía soviética— en todas las cuestiones de Europa del Este.

El relativo peso económico del «Estado federativo socialista de Alemania Central» se acrecentaría enormemente, en comparación con los otros países de la región, como consecuencia de la unión confederal; y superaría no sólo a una Polonia en bancarrota crónica, sino también a su tradicional competidor industrial: Checoslovaquia. Además, si Alemania Oriental, en cuanto miembro de la confederación alemana, tuviese un peso decisivo en las cuestiones internas alemanas (y, por tanto, en las cuestiones europeas más importantes), muy difícilmente rompería las relaciones políticas, económicas y militares con el bloque soviético.

La neutralización de Alemania sería, pues, el principal efecto de una nueva Rapallo, y provocaría el fin de la OTAN. Es inútil intentar prever qué alternativas de política exterior se mantendrían abiertas al resto de Europa Occidental y a los Estados Unidos. Por lo que respecta al bloque soviético, sería lógico esperar la disolución formal del Pacto de Varsovia, y de qué modo puede suceder esto sin cambiar su esencia lo explica la historia: Stalin, precisamente en el momento en el que reforzaba su control sobre los partidos comunistas que subían al poder, disolvía formalmente el Komintern. La disolución

del Pacto de Varsovia, en otras palabras, aún presentando una evidente ventaja propagandística, no afectaría a la integración política y militar soviética de Europa Oriental (de la cual el Pacto es la fachada y el resultado externo, no ya la base ni su auténtica estructura organizativa).

La Unión Soviética, por fin —y es tal vez lo más importante—, vería abrirse múltiples opciones alternativas. El efecto más inmediato, evidentemente, sería un tratado de paz separado entre una Alemania (confederada) y la URSS, con las siguientes implicaciones: no sería reconocido, casi seguramente, por las potencias occidentales, y esta nueva fractura haría saltar lo positivo que se le puede atribuir al sistema de Yalta y Potsdam (un sistema que, de algún modo, ha funcionado). La liquidación del sistema inaugurado en Yalta y Potsdam le libraría las manos a la *leadership* soviética en Europa, sobre todo en la amplia región que se extiende entre las fronteras soviéticas y las alemanas.

¿Cuáles son las principales consecuencias de esta nueva condición de completo aislamiento de Europa Oriental? Hasta hoy, cada vez y donde quiera que la *leadership* soviética se ha impuesto límites, o al menos ha intentado conservar una respetabilidad exterior, ha sido por la voluntad de no comprometer algunas de sus simpatías, sobre todo en Europa Occidental. Con una nueva Rapallo, que extendería la tutela paternalista de la URSS hasta el corazón de Europa, estas autolimitaciones ya no serían necesarias y la estrategia imperial soviética entera mudaría radicalmente. Ante todo, los dirigentes soviéticos no tolerarían ya zonas de independencia real o relativa. Esto comportaría una inmediata amenaza para Finlandia y Yugoslavia. La finlandización (o auto-finlandización) de Alemania significaría casi inevitablemente la soviétización de Finlandia. Y, después de haber derrotado a aquéllos que más tienen que perder (Fin-

landia, Yugoslavia y Albania), la *nomenklatura* soviética podría poner término fácilmente a las extravagancias de Ceausescu, reemplazándolo, con toda su camarilla, sin tener que cambiar en lo más mínimo la estructura social de Rumanía (lo que lo dice todo sobre Ceausescu).

Pero éstos serían sólo los pasos preliminares hacia una transformación más fundamental: la revisión de los límites y la ulterior expansión del núcleo del imperio, en particular en relación con Polonia. Plantear la cuestión de la soberanía nominal de Polonia puede parecer de por sí absurdo. Pero ésta ha sido puesta en duda por autorizadas fuentes polacas. Por mencionar alguna, de las veladas amenazas dirigidas por los sucesivos gobiernos polacos a una población rebelde en los turbulentos años entre 1968 y 1981 (pero con particular énfasis antes de la introducción de la ley marcial por parte de Jaruzelski), la principal era la observación, extraña de por sí, de que la «soberanía» polaca era dañada por las exigencias de la oposición. Esta advertencia significa sólo una cosa: los dirigentes soviéticos, que ya habían proferido amenazas análogas a Checoslovaquia a través del mariscal Grecko, en la primavera de 1969, obligando a Dubcek a renunciar y a desaparecer para siempre, habían hecho comprender que si los comunistas polacos hubiesen vacilado en aplastar a los rebeldes de *Solidaridad*, «portadores de falsos sentimientos patrióticos incompatibles con las posiciones de clase del marxismo-leninismo», el problema se habría resuelto directamente a través de los soviéticos: la soberanía de Polonia habría sido abolida y el país integrado en la URSS. Este designio tiene sus precedentes históricos; además de en la anexión forzada de partes de Polonia al interior del imperio de los Romanov, en la ideología y en la conciencia de la *nomenklatura*.

**La finlandización
de Alemania significaría,
casi inevitablemente,
la soviétización
de Finlandia.**

«Los bolcheviques no se resignaron nunca al hecho de que el resurgido Estado polaco escapase a su control y de que no pu-

diesen someterlo a su dominio en 1920. El ministro de asuntos exteriores soviético, Molotov, en mayo del 39, definió la República polaca como "el monstruoso bastardo de la paz de Versalles"», y Stalin la definió sarcásticamente: "Si se me perdona la expresión, un Estado"»¹².

**Los países recalcitrantes
del Este,
como Polonia,
correrían el riesgo de ser
incorporados a la URSS.**

Las ulteriores consideraciones generales hechas por Gerner se revelan aún más profundas cuando se presta atención a las *chances* de Polonia después de una nueva Rapallo. «La nación polaca está situada, a lo largo del eje Este-Oeste, entre Alemania y los países eslavos del Este, dominados por los rusos. Siempre que Prusia o Alemania y Rusia o la URSS han sido fuertes, los polacos han tenido grandes dificultades para defender su independencia nacional. Significativo es el hecho de que la soberanía del Estado polaco fue reconstituida en 1918, cuando tanto Alemania como Rusia estaban temporalmente debilitadas, y de que dejó de existir cuando estos países readquirieron fuerza y unieron las de cada cual en 1939... Las relaciones con Alemania son, por así decirlo, la otra cara de las que existen entre Polonia y la Rusia soviética. La razón que está en la base de la creación del imperio sudoriental y centro-europeo de la URSS era la de la salvaguarda de los rusos de cualquier amenaza posible de Alemania. Vista desde una perspectiva polaca, la naturaleza de las relaciones de Polonia con Alemania (Occidental) debería influir también en sus relaciones con la URSS. El acuerdo con Bonn en los finales de los 70 tuvo, al menos teóricamente, los mismos fundamentos de la subordinación de Polonia a la URSS, en el sentido de que la URSS era una potencia capaz de —y dispuesta a— defender la frontera occidental de Polonia contra el revanchismo y el revisionismo de Alemania (Occidental). El significado potencial de la *Ostpolitik* es cultivado, en efecto, por la prensa polaca»¹³.

De todas estas observaciones se pueden extraer las siguientes conclusiones. An-

te todo, puesto que Polonia siempre ha tenido sus *chances* cuando Alemania y Rusia (URSS) eran simultáneamente débiles, y, en sentido inverso, cuando ambas eran fuertes, lo que ha sido siempre fatal para su soberanía (en el siglo XIX, en 1939), se sigue de ello, lógicamente, que una nueva Rapallo supone una amenaza igual para Polonia. Secundariamente, aunque sea verdad en teoría que la nueva *Ostpolitik* podía, eliminar en gran parte la ideología que legitimaba el predominio soviético sobre Polonia, contribuyendo a acrecentar su soberanía, en los hechos las cosas no se han dado así: a medida que el acrecentado nacionalismo germano-occidental y las concesiones a una política soviética expansionista minaban las potencialidades emancipadoras de la *Ostpolitik*, ésta se ha transformado en una política objetivamente antipolaca (con un espíritu muy similar al de Rapallo versión 1922), y el mundo entero ha podido darse cuenta de ello en diciembre de 1981 cuando se impuso la ley marcial en Polonia. En tercer lugar, en el caso de la coincidencia de algunas circunstancias, podría ser el interés común de una fuerte confederación alemana y de una Unión Soviética aún más fuerte eliminar formalmente la soberanía polaca.

La historia futura no puede ser inventada, por cierto, y, sin embargo, tal escenario es por completo inconcebible. Si Polonia continuase dando señales de intranquilidad social (lo que, no obstante el actual clima deprimente de capitulación, no es improbable); si además el núcleo del imperio, la URSS, tuviese necesidad de ulteriores contingentes eslavos contra una creciente población musulmana, no eslava, que en la próxima década representará el 51 % de su población (y el polaco sería un contingente eslavo que, por añadidura, ha sido tradicionalmente hostil a los ucranios, otra población intranquila en el interior del imperio), es entonces del todo posible que lo que en 1981 era una ame-

naza se convierta, en el futuro, en una realidad. Cualquiera que sepa a qué extremos pueden llegar el nacionalismo polaco, por un lado, y la represión soviética de la resistencia interna, por el otro, habrá comprendido seguramente el peligro de esta

hipótesis. Son todos escenarios posibles —si bien podrían imaginarse otros: la historia futura no está escrita— en torno a la formación de una nueva Rapallo.

Traducción: Mario Merlino

¹ Cfr. R. Bahro: *Rapallo - Why not? (Reply to Gorz)*, «Telos», n.º 51, primavera 1982.

² *Die Linke und die nationale Frage*, editado por Peter Brandt y Herbert Ammon, Hamburg, Rowohlt, 1981, pág. 162.

³ En política, la palabra «traición» tiene un significado dudoso después de 60 años de propaganda comunista contra los socialdemócratas. No obstante ello, la usamos deliberadamente porque consideramos que la socialdemocracia alemana jamás había conocido, después de los peores momentos bajo Scheidemann y Noske, días más oscuros que aquellos durante los cuales Schmidt y Honecker «estaban disgustados» por lo que «necesariamente había ocurrido» en Polonia (el golpe de Estado de Jaruzelski), y Brandt, en nombre de la II Internacional, atenúa la protesta hasta tal punto que los socialistas de los países latinos sintieron el deber de declarar públicamente que el presidente de la Internacional no hablaba en nombre suyo. Todos sabemos cuál es la justificación moral en estos casos: los alemanes hemos hecho bastante contra los rusos como para mantenernos en silencio, o por lo menos discretos, cuando son ellos los que han de ser demandados. En el caso de Polonia, no obstante, esta excusa es extraña, si no hipócrita: basta recordar que la segunda guerra mundial comenzó con la agresión alemana a Polonia.

⁴ Teniendo en cuenta la Prusia oriental incorporada en la URSS y los territorios cedidos a Polonia cuando Stalin la desplazó a Occidente «como un armario» para incorporar a Polonia oriental.

⁵ Un tácito acuerdo en este sentido está ya en vigor entre Austria y Hungría. No estamos en condiciones de decir hasta qué punto este acuerdo se ha formalizado secretamente.

⁶ Inmediatamente después de la caída de Jruschov, circularon rumores en Moscú de que estaba en marcha una tendencia (refiriéndose en particular al poderoso grupo Shelepin-Semyciastny) para rehabilitar a Stalin y condenar a Jruschov en el XXIII Congreso del PCUS, el primero sin él. El plan falló tal vez a causa de una reacción violenta y colectiva por parte de los intelectuales soviéticos más conocidos, algunos de los cuales eran todavía prestigiosos exponentes del *establishment*, como por ejemplo Sajarov. Pero, desde entonces, dos tendencias, una negativa y otra positiva, confluyeron casi públicamente en los últimos años de Breznev. La negativa en el rechazo de cualquier

crítica a Stalin en la vida política y cultural soviética. Las «violaciones de la legalidad socialista», un eufemismo por no decir genocidio, no tenían ya un sujeto que las ordenase, supuesto que los hechos fuesen mencionados. El aspecto positivo fue un retorno progresivo a la exaltación de Stalin, sobre todo en la forma de *héroe nacional*, en narraciones de guerra de amplia difusión. La tendencia alcanza su ápice en la última edición de la *Enciclopedia soviética* (que en las cuestiones políticas refleja siempre las posiciones del *Politburó*) en los últimos años de Breznev, durante los cuales la figura pública de Stalin se exalta formalmente de modo acrítico. Véase a este respecto *The Rebirth of the Stalin Cult in the USSR*, en V. Zaslavsky, *The Neo-Stalinist State*, New York, Harvester Press, 1982 (el ensayo es anticipado por *Mondoperaio*, n.º 11, 1978).

⁷ Algo análogo ocurre en Hungría entre 1953 y 1956, donde las críticas de los intelectuales, y en particular de los escritores, reflejaban una opinión occidental y cumplían un papel importante en el debilitamiento del aparato. Sin los elementos reformistas en el aparato la revolución húngara habría sido inimaginable.

⁸ El mejor resumen de las reformas económicas hasta finales de los años 70 sigue siendo la *Storia economica dell'Europa orientale 1950-1980* (Roma, Ed. Riuniti, 1983); cfr. en particular el cap. III, *Alla ricerca di uno sviluppo equilibrato*.

⁹ En realidad, supongamos que las cosas se hayan dado exactamente al contrario de la declaración del ministro de justicia de la URSS, Trebilov (citada en el interesante libro de Kristian Gerner, *The Soviet Union and Central Europe in the Post-War Era*, Lund, 1983). Gerner cita una declaración oral en la que Trebilov habría afirmado que los dirigentes soviéticos habrían estado dispuestos también a introducir el sistema yugoslavo de los consejos obreros, si sólo hubiese demostrado que funcionaba. Supongamos, en cambio, que los dirigentes soviéticos no pueden crear las condiciones necesarias para introducir las reformas, porque temen que éstas puedan turbar, a continuación, el orden social.

¹⁰ En los años 60, A. Heller realizó una investigación de este tipo en Hungría (de la que se han publicado sólo las partes que concernían a los autoestereotipos de los húngaros). Las partes inéditas, sin embargo, demostraban, en un nivel metodológicamente convincente, que los húngaros experimentan sentimientos negativos sobre todo con res-

pecto a los rumanos y, curiosamente, con respecto a los servios. A Waliczki nos ha dicho que los resultados de una indagación análoga desarrollada en Polonia habían demostrado, esta vez sin sorpresas, que los alemanes eran los peor vistos por los polacos, seguidos, en segundo lugar, por los rusos.

¹¹ A aquéllos que insisten en decir que la soberanía alemana está limitada también en el marco de la hegemonía norteamericana, respondemos, contrariamente a todo lo que hemos dicho hasta ahora,

que existe una solución alemana alternativa: un preciso movimiento de masas alemano-occidental, sin falsas ilusiones respecto del régimen soviético, sin una aspiración nacionalista en una nueva Rapallo, pero con un resuelto deseo de cambio de la posición de Alemania en el interior de la alianza occidental para llegar, gradualmente, de una soberanía política y militar limitada, a una soberanía completa.

¹² Kristian Gerner, *o. c.*, pág. 56.

¹³ *Ibidem*, págs. 41-62.

VIEJAS Y NUEVAS IDEAS DE LA IZQUIERDA

Joaquín Leguina



Hablar de las «Viejas y Nuevas Ideas de la Izquierda» es afán, al menos, pretencioso y más si se pretende expresar en el corto tiempo de una conferencia. El rigor reclama en este caso la humildad. Intentaré, en primer lugar, describir cual es, a mi juicio, el proyecto político del PSOE como importante parte de la izquierda, aquí y ahora, señalando algunas dificultades con las que se enfrenta. En una segunda parte procuraré expresar los ajustes «ideológicos» que se han producido en el seno del socialismo español y las dudas legítimas que la novedosa situación actual provoca entre los socialistas. En último lugar, señalaré algunas ideas que, creo, siguen siendo básicas en el pensamiento socialista en su expresión actual.

Lo que caracteriza hoy al pensamiento de la izquierda es la conjunción de dos crisis: la económica y la político-ideológica.

La crisis económica a la vista está. De su profundidad y duración dan buena cuenta indicadores y calendarios. Esta cri-

sis no sólo ha afectado a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales en su comportamiento diario, sino que todo un modelo —el Estado del bienestar—, defendido con tesón desde los partidos socialistas o socialdemócratas, se ha visto seriamente dañado como oferta social realizable. Ello trae consecuencias políticas que intentaré exponer más adelante.

La múltiple «estampida» del 68 que tuvo sus ejes «occidentales» en Estados Unidos, Francia e Italia, trajo consigo también, al otro lado, la primavera de Praga. No parece exagerado pensar que la invasión de Checoslovaquia enterró definitivamente a la III Internacional, reabriéndose, esta vez en sentido inverso, la crisis que en los años veinte significó la ruptura de la II Internacional, con las consiguientes crisis nacionales de los distintos partidos socialistas.

A partir de 1968 se produce, especialmente en el Sur de Europa, donde los partidos comunistas occidentales mantienen una mayor fuerza social, una «vuelta a los orígenes» del socialismo.

De todas formas la crisis del 68 marca un punto de innovación, es decir, de negación de los dogmas leninistas o, si se quiere, marxistas-leninistas en favor de un pensamiento más vivo.

La crisis económica y su ya citada secuela ejercida sobre el llamado *Estado del bienestar* merece una reflexión algo más detallada.

Durante los años sesenta y setenta, en los países del capitalismo avanzado se da una clara tendencia hacia «expectativas sociales crecientes», en torno a una capacidad, también creciente, del Estado para resolver problemas sociales, mediante la creación de servicios y dotaciones tendentes a compensar situaciones de desigualdad o de injusticia.

**A partir de 1968
se produce, especialmente
en el Sur de Europa,
una «vuelta a los orígenes
del socialismo».**

La política socialdemócrata había puesto contra las cuerdas ideológicas y políticas a los defensores de la «mano invisible» que Adam Smith asignara al mercado como mecanismo regulador de la sociedad. El crecimiento de los ingresos, la generalización del seguro de desempleo y de la contratación colectiva pusieron en marcha nuevos mecanismos: el Estado, la patronal y los sindicatos aparecen como los interlocutores a través de cuya negociación se garantiza la estabilidad social, el crecimiento económico y una elevación del bienestar de los trabajadores. Materias cuya regulación se dejaba anteriormente en manos del mercado son ahora objeto de negociación política.

La creciente intervención del Estado en materia salarial supone, a la vez, una politización y una despolitización de las relaciones capital/trabajo. La despolitización de las relaciones inmediatas lleva, paradójicamente, a una politización, en el seno del Estado, de las reivindicaciones laborales económicas. El Estado se aparece a los ciudadanos como el responsable del progreso económico. Cada vez más aspectos de la vida cotidiana se convierten en aspectos de *dominio público*. La frase feminista «Lo personal es político» resume y denuncia la falsa escisión entre lo privado y lo público.

En la situación de expansión económica existente durante la larga posguerra mundial, el *Estado del bienestar* incrementó las prestaciones sociales en respuesta a las reivindicaciones de una amplia gama de movimientos sociales.

Esta dinámica hizo que en el inicio de los años setenta, en los países de capitalismo avanzados, se creara, como ya se ha indicado, un clima de «expectativas crecientes». La crisis, cuyo detonante puede colocarse en 1973 con la brusca subida de los precios del petróleo, y cuyos orígenes pueden detectarse algunos años antes,

trae consigo estancamiento e inflación poniendo a los Estados en una situación de crisis fiscal. De repente el *Estado del bienestar* es incapaz de cumplir sus promesas.

Esta situación general, al inicio de los años setenta, llega a España en el peor de los momentos posibles: con el mismo clima de expectativas pero con un nivel de gasto público, calculado sobre el producto, muy inferior a la media europea, con un sistema de Seguridad Social basculando directamente sobre las cotizaciones, con una economía semiperiférica y, además, con un sistema político débil e ilegítimo. El deseo de evitar la politización de los conflictos llevó, en los años finales del franquismo y los iniciales de la transición, a pactos salariales que en otro contexto político hubieran sido incomprensibles.

La transición política se inicia a partir de 1975 combinando una cultura reivindicativa, adquirida durante el último franquismo, junto a la esperanza de conseguir, en la anunciada democracia, las mejoras sociales que no se alcanzaron antes. A ello se une, naturalmente, la permeabilidad ideológica internacional que hace aparecer en España nuevos movimientos con escasa implantación pero con una innegable presencia.

No parece exagerado decir que en el inicio de la transición las expectativas sociales eran en España no demasiado diferentes a las detectadas en los países capitalistas avanzados. A ello se une una visión del Estado desde la sociedad caracterizada fundamentalmente por la *desconfianza*.

Durante el franquismo, y frente a la realidad de una activa sociedad civil, la esfera política se contemplaba como una farsa. Farsa que se convierte en desconfianza por parte del ciudadano espectador que la contempla. No es difícil deducir

que esta actitud conduce a una cultura política fragmentaria y, en definitiva, al corporativismo.

El primer ejemplo de superación del corporativismo lo ofrece el movimiento obrero con los distintos acuerdos interconfederales, donde los sindicatos defienden los intereses generales de la clase frente a los intereses parciales de tipo corporativo.

La incapacidad de los gobiernos de centro y derecha, que se suceden durante la transición, para ofrecer un proyecto aglutinante político y económico no son sino síntomas de un hecho: la quiebra de la hegemonía de la derecha. Bajo esta perspectiva las elecciones del 28 de octubre de 1982 no representan un simple relevo electoral sino la oferta de «una nueva hegemonía».

Ahora bien, si la característica funda-

En el inicio de la transición las expectativas sociales eran en España no demasiado diferentes a las detectadas en los países capitalistas avanzados.

mental de la cultura política española durante la transición es la dificultad de implantación de un proyecto nacional, ¿qué posibilidades existen de establecer una nueva hegemonía liderada por el PSOE?

La primera conclusión a la que pareció llegar el PSOE, bastante antes de las elecciones, fue la de que una hegemonía no es ni sólo, ni principalmente, una cuestión ideológica, sino que supone, antes que cualquier otra cosa, un nuevo consenso.

La vieja tesis marxista de *la clase* como sujeto de la hegemonía política y social es claramente desechada. En segundo lugar, se llega a la conclusión de que es imposible alcanzar el necesario consenso uniendo corporativismo con expectativas crecientes en un caldo de cultivo en que la economía se ha estancado.

Sólo una nueva cultura política «no corporativa», es decir, solidaria, permitirá la penetración de un discurso de austeridad-solidaridad articulador de un proyecto

nacional. Este, sin duda, es el empeño del PSOE, pero a nadie se le ocultan las dificultades de tipo social, político e ideológico.

No haré aquí mención externa a la estrategia de la derecha que, sinceramente, se me aparece petrificada en un intento más obstaculizador que otra cosa. Tampoco entraré en un análisis, que sería prematuro, de la profunda y persistente crisis del comunismo español, crisis que, indudablemente, va a acabar diseñando un nuevo esquema para el conjunto de la izquierda.

Antes de seguir adelante es preciso señalar que el proyecto que el PSOE quiere poner en marcha no pretende ser neutral en el esquema derecha/izquierda. Lo que haya de hacerse debe ser hecho desde la perspectiva de la izquierda.

Pasaré por alto las resistencias al proyecto de «nueva hegemonía» desde la derecha y desde los fuertes reflejos corporativos de numerosas fuerzas sociales.

En el seno de la izquierda la comprensión y el apoyo global al proyecto existe, pero las cosas no son tan simples. Los problemas a resolver tienen, a mi juicio, dos componentes importantes: comunicación y contrapartidas.

A nadie se le escapa que la capacidad de explicación cotidiana de lo que se hace y por qué se hace es extraordinariamente complicada y ello por varias razones: a) por las reticencias que todo ciudadano tiene ante el mensaje del poder; b) por las dificultades o «ruidos» que los medios por donde transita dicho mensaje introducen, y c) porque el mensaje es complejo y frecuentemente de difícil expresión y comprensión.

Piénsese, a título de ejemplo, en tres aspectos claves de la política gubernamental: la política económica, la política exte-

rior y la política de seguridad ciudadana. No puede afirmarse que esas tres políticas hayan recibido, en conjunto, especiales o insalvables resistencias en los medios de comunicación. En algunos casos, como por ejemplo en el de la OTAN, la política del Gobierno se ha encontrado con chocantes unanimidades. En efecto, en meses pasados mientras las encuestas de opinión daban porcentajes muy superiores al 50 por ciento en contra de la permanencia de España en la OTAN, los medios de comunicación apoyaban casi unánimemente dicha permanencia. Estas tres políticas, pese a su «necesidad» tienen, a no dudarlo, dificultades para ser entendidas global o particularmente en el seno de la izquierda por diferentes y conocidas razones.

El segundo problema es el de las contrapartidas: en primer lugar las sindicales. Decía anteriormente que han sido los sindicatos, en especial la UGT, quienes primero han roto el corsé corporativo asumiendo la responsabilidad de un sacrificio generalizado de tipo salarial. Sin entrar ahora en los efectos que tales sacrificios han podido ejercer sobre la inversión y el empleo, es evidente que los sindicatos reclaman contrapartidas a este esfuerzo solidario y ellas tienen un contenido político evidente. Cuando se reclama la democratización interna de las empresas públicas, en definitiva la presencia sindical en la gestión de dichas empresas, se está reivindicando una contrapartida política o, dicho de otra forma, de reparto del poder político. La puesta en funcionamiento del Consejo Económico y Social, aparte de la previsión constitucional, va en esa dirección.

Desde el Gobierno socialista pueden verse con simpatía tales reivindicaciones, pero es evidente que al Gobierno se le

**El proyecto que el PSOE
quiere poner en marcha no pretende
ser neutral
en el esquema
derecha/izquierda.**

aparecen como una complicación añadida a la propia acción de Gobierno. En un Estado que se ha dotado de todo tipo de contrapesos: Consejo del Poder Judicial,

Tribunal Constitucional, recurso previo de inconstitucionalidad, leyes orgánicas, Defensor del Pueblo, etcétera, no deja de ser lógico que cualquier «nueva» complicación se perciba con reticencias. No es una valoración de la bondad o maldad de tal posición, señalo simplemente su lógica interna.

El segundo tipo de contrapartidas es de carácter territorial, o si se prefiere, estamos ante la componente territorial del reparto del poder político.

En primer lugar, aparece como una evidencia la necesidad de integrar, en cualquier proyecto general que se quiera viable, a las fuerzas políticas nacionalistas, con una alta representación en importantes zonas del territorio español, portadoras de una concepción del Estado en donde el reparto del poder político es pieza clave.

Es preciso señalar que el conjunto de la izquierda, y en particular el PSOE, ha jugado un papel importante para que la Constitución y los Estatutos de Autonomía recogieran e integraran buena parte de estas ideas. Sin embargo, desde el Gobierno, sin negar tal esquema, se percibe también su puesta en práctica como una dificultad añadida. Insisto en lo dicho anteriormente, no entro a valorar su oportunidad, bondad o maldad, simplemente constato un hecho y señalo su lógica interna desde la óptica de la gobernabilidad del Estado.

Esta dialéctica de las contrapartidas tiene una expresión social o de política general, pero también adquiere sus reflejos en el interior del PSOE. No es preciso disponer de una bola de cristal para prever que el debate ideológico dentro del socialismo español va a tener, si no lo está teniendo ya, las componentes políticas que aquí hemos llamado *contrapartidas*: sindical y territorial.

Han sido los sindicatos quienes primero han roto el corsé corporativo asumiendo la responsabilidad de un sacrificio generalizado de tipo salarial.

importante en los últimos años. Por ello, no parece delectación «morosa» el detenernos un tiempo en un breve análisis histórico.

En los Congresos XXVII y XXVIII el PSOE reproduce la vieja polémica de principios de siglo entre *Bernstein* y *Plejanov*. Con Engels casi recién enterrado, Bernstein se había atrevido a decir: «*Lo que se llama ordinariamente objetivo final del socialismo no significa nada para mí, el movimiento lo es todo*». La respuesta del «socialismo científico», representado por Plejanov, consistió en los anatemas de rigor justificados sobre un marxismo esclerotizado y de manual. «Socialismo científico. Si alguna vez la palabra ciencia ha sido degradada a nuevo catecismo, este es el caso», respondió Bernstein.

Esta batalla la había ganado Bernstein hacía tiempo en las socialdemocracias europeas, pero la volvería a ganar muchos años después en España y en el seno del PSOE, aproximadamente en las fechas del Congreso número XXVIII. Lo hizo frente a dos enemigos reforzados durante la clandestinidad.

Los «enemigos reforzados» eran, de un lado, el viejo partido, congelado por la guerra civil, cuyo renacimiento tiene una componente «pablista» fundamental. El viejo PSOE renació tras la clandestinidad con las señas ideológicas del «pablismo». La integración de Prieto y Araquistáin, de Meabe y Zugazagoitia, de Largo Caballero y Besteiro, sólo se sostiene porque, por encima de ellos, se recupera el patronazgo de Iglesias. Iglesias, en su larga vida política, nunca abandonó dos ideas: Guesde y la conciencia sindical, y Guesde chocaba con el revisionismo de Bernstein.

Por otro lado, el nuevo socialismo nacido contra el franquismo, y cuyo arquetipo pudiera ser una persona entre 35 y 45 años en la primavera de 1979, era vicario de una historia personal y de una ideología. Esta gente, por ejemplo, leyó a Frantz Fanon durante la guerra de Argelia y se convenció que la historia estaba del lado de los «condenados de la tierra». La OAS y otras desmesuras de la derecha le habían demostrado lo correcto de sus posiciones. Los Ortega y Unamuno de su juventud dieron paso a la lectura de Lukacs y de Sartre, prefiriendo en éste *Los caminos de la libertad* al *Ser y la nada*.

La revolución cubana, una revolución sin teoría revolucionaria, conocida, quizá, a través de Wright Mills, forma parte, aún hoy, de la cultura política de esa generación. Lo mismo que la guerra de Vietnam, los escritos de Giap o del Ché, la guerrilla latinoamericana desde Camilo Torres a los Tupamaros, *la explosión del 68 y la revolución cultural china*, han sido grandes referentes para esa generación. El 68 representó, en su momento, la posibilidad de la rebelión con un efecto social innegable: salir del «ghetto» para cambiar radicalmente las cosas. Fue un fogonazo de esperanza que, al apagarse, trajo una nueva reflexión y, curiosamente, una precaria y última agudización del leninismo en la izquierda intelectual europea y española.

El maoísmo, con su revolución cultural, también estuvo presente en la explosión del 68. Mao, el «gran timonel», había dejado escrito, entre otras frases propias de Confucio: «El imperialismo es un tigre de papel». Un buen día Nixon visitó, a bombo y platillo, Pekín, y *Le Monde*, otra de las biblias de entonces, tituló a todas las columnas posibles en primera: «El tigre de papel, con el gran timonel». Aquel día, y pese a las explicaciones «a toro pasado» que todo ser pensante suele hacer en sus momentos bajos, algunas es-

camas debieron de caerse a pares de los ojos de muchos creyentes.

La generación posbélica de socialistas leyeron, en buena parte con la fe del catecismo, a Lenin y a Mao-Tse-Tung, y con cierto rigor a Marx, quizá vía Althusser, y a Rosa Luxemburgo. Esa atención hacia la «teoría» iba unida a una práctica política más bien lejana.

A la corta distancia del tiempo cronológico transcurrido y a la larga distancia del tiempo histórico pasado, sigue chocando la rápida adaptación de la dirección del socialismo español al terreno de la «realidad» y su homologación con el nuevo socialismo europeo que renace con pujanza tras las ruinas del proyecto comunista de sociedad. Praga juega su papel —ya se ha dicho— pero también lo juega la quiebra del guevarismo rural y urbano en América Latina.

El 68 presentó la posibilidad de la rebelión con un efecto social innegable: salir del «ghetto» para cambiar radicalmente las cosas.

El caso chileno, la experiencia fracasada de la Unidad Popular, trae consigo también una profunda reflexión sobre la

viabilidad de un proceso de cambio radical dentro del cauce *democrático-formal*. Se llega por entonces a una simple, pero sustanciosa, conclusión: *para avanzar es preciso contar con el sufragio popular y ello implica no ir demasiado rápido, y, podría añadirse, ni demasiado despacio.*

Voy a leer una cita: «La clase obrera no tiene lista una utopía para introducirla por decreto. Sabe que para alcanzar su propia emancipación y, al mismo tiempo, una forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad moderna, en virtud de su desarrollo económico, deberán afrontar largos avatares y pasar por una serie de procesos históricos que transformarán radicalmente a los hombres y a las cosas». La cita no está sacada de un discurso de Felipe González sino de un libro, *La guerra civil en Francia*, cuyo autor es Karl Marx. Como puede verse, no están las cosas tan lejos de los orígenes.

Es preciso reafirmar esto aquí, porque la discusión dentro del PSOE a propósito de la definición «marxista» del partido tuvo caracteres religiosos que hicieron relativamente incomprensible el debate. Negarse a definir al PSOE como marxista no equivale, obviamente, a definirle como a-marxista o anti-marxista. El pensamiento del padre del «materialismo histórico» forma parte, en mayor o menor medida, de cualquier posición política progresista; es más, forma parte de la cultura de este siglo de una forma determinante.

En 1977 el PSOE obtiene algo menos de un tercio de los sufragios, cosa que repite en el 79. Bernstein está listo para ganarle de nuevo la partida a Plejanov, Kautsky, Otto Bauer y tantos otros «renegados» y «filisteos, en el decir leninista, van a reaparecer en el horizonte con pujanza. Entretanto, Régis Debray, un guevarista autor de *Revolución en la revolución*, no oculta sus simpatías por Mitterrand. Ha escrito, para entonces, *La crítica de las armas*, una visión tan lúcida como europea del movimiento guerrillero latinoamericano.

Tres años después el PSOE gana sonoramente las elecciones generales, y el proyecto «felipista» de nueva hegemonía («España necesita una larga pasada por la izquierda», «es necesario que el PSOE gane las elecciones para que España funcione»), empieza a dar sus primeros pasos.

José Ortega y Gasset fue uno de los *dos* filósofos españoles (el otro era Donoso Cortés) que Lukács tuvo a bien citar en su libro *El asalto a la razón*. A Ortega este libro, de obligada lectura para la izquierda española de los sesenta, le dedicaba apenas unas líneas: «El típico anti-demócrata de nuestros días» decía, refiriéndose al autor de *La rebelión de las masas*.

Una de las mejores novelas del anti-franquismo ha sido, sin duda, *Tiempo de*

silencio. Su autor, el médico Luis Martín Santos, fue con Amat, Múgica, Redondo y Rubial, representante del nuevo socialismo vasco durante el franquismo tardío. En la citada novela hay una escena en la que un filósofo, sin lugar a dudas se trata de Ortega, se dirige a un auditorio de «señoras con pieles» a quienes hace una demostración de «elegante vaciedad»: «¿Ven ustedes esta naranja? —pausa—, yo también la veo —pausa—, pero la vemos —gran pausa— desde distinta perspectiva», dice el filósofo en la novela de Martín Santos. «Muy conocido en las universidades alemanas de provincias», adjetivaba el narrador refiriéndose al filósofo al hilo de la acción. En los bajos del local donde el filósofo diserta hay un baile en el que el pueblo llano, ajeno a tales sutilezas, retoza.

Pues bien, si en los últimos tiempos ha habido un «revival» mayor que el de Machado, éste ha sido el de Ortega, que, sin ser obra exclusiva del socialismo, ha sido propiciado y apoyado desde el Gobierno actual sin reticencia alguna.

He puesto el ejemplo de Ortega por no referirme a cosas más pedestres o inmediatas y porque, en definitiva, la integración en el proyecto actual del PSOE de lo que representó la Institución Libre de Enseñanza y el viejo republicanismo, con D. Manuel Azaña a la cabeza, era condición indispensable para dar amplio contenido a un proyecto nacional de progreso.

Sin embargo, ya se ha dicho, este proyecto tiene otras raíces ideológicas que no pueden obviarse. El PSOE no florece sobre la nada sino que es deudor de una historia (con mayúsculas y con minúsculas) y una forma de entender el mundo.

Cuando Bernstein dice que «el movimiento lo es todo» no se refiere al movimiento hacia cualquier sitio, sino del movimiento hacia adelante, o, dicho con más precisión, hacia lo que el socialismo ha

La discusión dentro del PSOE a propósito de la definición «marxista» del partido tuvo caracteres religiosos que hicieron relativamente incomprensible el debate.

entendido siempre era ir hacia adelante. Movimiento hacia adelante que tiene objetivos a corto, medio y largo plazo, y que siguen consistiendo en la libertad y la liberación de todas las clases; en suma: la igualdad dentro de la libertad individual y colectiva.

Pese a lo que la derecha, privada del Gobierno, proclama a propósito de no se sabe qué «rodillos», cualquier espectador atento a la cosa pública se apercibe de una cierta «perplejidad» de los socialistas ante el ejercicio del poder. Por debajo de la unidad política conseguida dentro del PSOE, indispensable para poner en pie cualquier proyecto con la necesaria eficacia, se constata una «lectura» crítica sobre la práctica política que desde el Gobierno se realiza.

En palabras más llanas, la pregunta que se realiza es simple: «¿Es esto lo que hay que hacer?». La respuesta, desde el Gobierno, consiste en señalar: Es esto lo que se puede hacer.

En definitiva, hay dos cuestiones latentes en la pregunta y en la respuesta. La primera cuestión trata sobre si realmente estamos en lo cierto o si, por el contrario, actuamos no bajo la intención de mentir sino con el comportamiento que Sartre definió como *de mala fe*. El segundo interrogante hace referencia a la posibilidad ¿qué es lo posible? Evidentemente, lo que se hace es posible, caso contrario no se haría, pero, ¿no hay otras acciones significativamente distintas e igualmente posibles?

Van ustedes a permitir que me detenga ante estas dos cuestiones, ante estas dos dudas, que aquejan seguramente a muchos socialistas. En primer lugar, *la mala fe*. Aclaremos que, siguiendo a Sartre, *mala fe* y *mentira* son cosas bien diferentes. Cito textualmente: «A menudo se asi-

Por debajo de la unidad política conseguida dentro del PSOE se constata una «lectura» crítica sobre la práctica política que desde el Gobierno se realiza.

mila *mala fe* con mentira. Se dice indiferentemente a una persona que da pruebas de *mala fe* o que se miente a sí misma. Aceptaremos que la *mala fe* es mentirse a

sí mismo, pero distingamos, inmediatamente, el mentirse a sí mismo de la mentira a secas». «Para quien practica la *mala fe* se trata de enmascarar una verdad desagradable o de presentar un error agradable.»

Evidentemente, Sartre hace referencia aquí a la conciencia individual, pero es perfectamente legítimo el traslado sobre la conciencia colectiva, por ejemplo, de un partido político, quitándole al concepto, eso sí, toda componente moral.

Sigamos con Sartre. Voy a tomar literalmente de él un ejemplo que puede ser esclarecedor de lo que algunos puedan pensar es *mala fe*. «He aquí, por ejemplo, una mujer que ha acudido a su primera cita. Sabe muy bien las intenciones que el hombre que le habla abriga respecto a ella. Sabe también que, tarde o temprano, deberá tomar una decisión. Pero no quiere sentir la urgencia de ello: se atiene sólo a lo que ofrece de respetuoso y de discreto la actitud de su pareja, pero ella sabe lo que desea: es profundamente sensible al deseo que inspira, pero el deseo liso y llano la humillaría y le causaría horror. He aquí que él le coge la mano. Este acto de su interlocutor corre el riesgo de cambiar la situación provocando una decisión inmediata. Se trata de retrasar lo más posible el instante de la decisión. Sabido es lo que se produce en ella: la joven abandona su mano pero *no lo percibe*. Se ha cumplido el divorcio del cuerpo y del alma: la mano reposa inerte entre las manos cálidas de su pareja; ni consentidora ni resistente: otra cosa». «Diremos —concluye Sartre— que esta mujer es de *mala fe*.»

Esta larga cita puede sustituir con ventaja literaria a la descripción del «abrazo aristocrático» que denunció en su tiempo

Larski refiriéndose al Gobierno laborista.

En política un partido o un gobierno siempre corren el riesgo de no llegar o de pasarse. Es difícil detectar cuándo ha ocurrido eso, pero se comprende que haya gente en la izquierda, fuera y dentro del PSOE, para quienes el Partido Socialista puede estar representado por esa mujer del relato sartriano que se deja tomar la mano por un galán, en forma de empresario, arrullada por el «realismo» del ambiente.

La segunda cuestión que se plantea en el diálogo anterior entre *lo que es preciso hacer* y *lo que se puede hacer* se refiere a la *posibilidad*. ¿Cómo se define *lo posible*?

En esa discusión quien está en el poder parte con ventaja, pues la *política real* es, obviamente, una *política posible*. Además Hegel ya había dicho que *lo real es racional*. Por otro lado, la historia no admite la metodología del laboratorio, en la historia no hay «*prueba y error*». Lo sucedido y lo que sucede no es sustituible. Ocurre y basta.

La discusión filosóficamente no es muy nueva, ya los marxistas arremetieron contra Hegel aun admitiendo su influencia, pero quienes más se han opuesto al concepto hegeliano de «posibilidad» (como un momento superado por la «realidad») han sido los existencialistas, siguiendo en ello a Kierkegaard, quien había dejado escrito:

«Si yo fuera, aún, capaz de desear algo [para mí, ello no sería ni las riquezas ni el poder sino la pasión de la posibilidad, ese ojo eternamente joven y ardiente que por todos lados ve posibilidades.»

Si lo real es racional y lo racional es todo y sólo aquello que se realiza, la posibilidad no tiene cabida en sentido *prospectivo* o de futuro. Cuando se sabe qué es lo

La idea de la igualdad en la libertad sigue siendo la idea-fuerza del socialismo.

real y lo reconstruimos racionalmente llegamos a la «*profunda conclusión*» de que lo real era posible. Más de una clase de «realismo político» propende a este tipo de reflexiones tautológicas.

El choque con *la realidad* es siempre el reencuentro con el *sentido común*. Por eso conviene recordar, a quienes tienen la cercanía de la «realidad política», es decir, a quienes tienen el poder político, que el «sentido común» que la realidad se empecina en insuflar en la acción de gobierno puede estar muy alejado no sólo de lo deseable sino también de lo razonable y de lo posible.

El socialismo se caracteriza de progresista, y ello no debe ser olvidado, porque parte de una convicción: los hombres son quienes hacen la historia, es decir, pueden torcer el curso de los acontecimientos. El «realismo», llevado a sus extremos más pragmáticos, acaba por negar esa convicción para convertirse en una suerte de impotencia o de resignación ante los hechos. Venerar lo existente ha sido patrimonio tradicional de la derecha.

Que existan dudas sobre la acción del Gobierno y que se manifiesten no sólo es legítimo, es también necesario, pero ello no debe hacer pensar que ideas y objetivos no estén claros.

En un mundo inmerso dentro de una crisis económica profunda, lo fácil es predicar la desigualdad, la diferencia, en definitiva el «sálvese quien pueda»; y a ello se aplica, con singular énfasis, una derecha universal que ha redescubierto los beneficios sociales que los egoísmos privados provocan inexorablemente no se sabe muy bien a través de qué extraños mecanismos.

Sin embargo, y pese a ser más difícil repartir sin crecimiento económico, esta idea de la igualdad en la libertad sigue siendo la *idea-fuerza* del socialismo. So-

bre esa idea descansa una concepción del Estado como instrumento coercitivo en favor de la solidaridad, es decir, contra la desigualdad. Sobre esta idea descansa también toda una estrategia no sólo para convivir en la crisis, sino también para salir de ella.

El mercado, que es un elemento relativamente válido para asignar ciertos recursos, no aseguró nunca la propia supervivencia de la especie. La existencia de mecanismos no mercantiles, llamados en general «beneficencia», no fue antaño capricho de las distintas iglesias o fruto de la bondad de los poderosos, sino que representaron una necesidad para la supervivencia sin la cual la sociedad, dejada al albur de la «mano invisible» del mercado, hubiera quizá desaparecido físicamente.

Nadie parece negar que, hoy en día, es el Estado quien ha sustituido los mecanismos de la «beneficencia», pero para el socialismo el Estado debe ir más allá. No se trata de predicar el intervencionismo en todos los aspectos de la vida privada, sino que se asegure una, cada vez más, real igualdad de oportunidades y se impida las desigualdades. No es por casualidad que haya dos políticas cuya discusión está especialmente cargada de emotividad y no sólo en España. Una es la política educativa, otra la política sanitaria.

No voy a entrar aquí en el comentario de esta Ley o aquélla, simplemente voy a señalar algunos principios que desde una óptica de izquierdas me parecen sustanciales.

Si se enuncia que todos los ciudadanos tienen derecho a la educación se está simplemente ante un artículo de nuestra Constitución, pero para un socialista el enunciado va más allá: *Todos tienen derecho a la misma educación*, quiere esto decir que el Estado debe *impedir* activamente que por la vía de la educación se gene-

ren desigualdades difícilmente salvables posteriormente.

El derecho a la educación, para un socialista, se enuncia no desde la óptica de los mínimos para todos, sino desde «la posibilidad de máximos». O, dicho de otra forma, el objetivo a conseguir es que ningún condicionamiento económico y social impida acceder a cualquiera hasta los más altos niveles educativos o, en general, de formación.

No se trata de uniformar ni mentes ni cuerpos, todo lo contrario. En este sentido, el «Informe del Colegio de Francia», recientemente comentado en la prensa, coincide profundamente con el pensamiento de la izquierda. Una educación para la libertad no pretende uniformar nada; pretende, eso sí, un discurso educativo antijerárquico, lo cual puede no gustar a todo el mundo y, especialmente, como es lógico, a las jerarquías.

Si se dice que todos los ciudadanos tienen derecho a que se les proteja la salud no por ello se está asegurando

que todos tienen los mismos derechos respecto a la salud. Hay algo que repugna a la mente y es la existencia de diferencias, en función del dinero, frente a la enfermedad y frente a la muerte. Si en el caso de la educación un sistema mixto público/privado podría asegurar bajo ciertas condiciones la igualdad de oportunidades, en el caso de la sanidad el sistema mixto es generador, simple y llanamente, de privilegios. No se trata de negar el derecho del enfermo para escoger *médico* se trata de afirmar el derecho a un trato igual en la enfermedad y ello no se consigue con el sistema mixto.

No se trata, con lo dicho, de reclamar posiciones más radicales de este Gobierno ante los problemas educativos o sanitarios; se trata, por el contrario, de señalar las diferencias que en estos dos concretos asuntos separan, en cuanto a objetivos, a la derecha y a la izquierda.

**Repartir lo escaso
para poder convivir podría
resumir la posición
de la izquierda
ante la crisis.**

La concepción que el socialismo tiene del Estado, como ya he dicho, implica la coerción, pero sobre todo conlleva el concepto de servicio público. Mucha parte

del discurso conservador antiestatalista se basa en un axioma: el Estado es un pésimo gestor. Ocurre a veces que ello es cierto, pero se me escapan las razones metafísicas que puedan hacer veraz la afirmación universalmente. El pensamiento socialista no es, ni ha sido nunca, especialmente estatalista, pero el papel que el socialismo asigna al Estado exige de éste un funcionamiento correcto sin el cual difícilmente puede asumir el papel de servicio público, papel que consiste precisamente en «servir al público» y no en cosa distinta. Ello exige, en el caso español, una profunda y desgraciadamente lenta transformación del Estado. Quien piense que tal meta se conseguirá mediante una simple o compleja norma legal se equivoca radicalmente.

Pese a las dificultades debidas al escaso crecimiento económico, o quizá más aún, debido a ello, el concepto de igualdad se une al de *reparto*. Repartir lo escaso para poder convivir podría resumir la posición de la izquierda ante la crisis; sin embargo, ese reparto plantea dificultades serias.

Para empezar, repartir el trabajo escaso no es cosa fácil, los condicionantes son de sobra conocidos: Seguridad Social, que representa un cierto «impuesto sobre el empleo», competitividad internacional, sistema salarial, etc. Sin embargo, sigue siendo una idea de cuya viabilidad puede depender la solución, y no sólo del paro, sino de algunas cosas más.

Pensemos que la obsolescencia de las máquinas en el momento actual depende en menor medida del uso de las mismas que del tiempo. Cualquier máquina tiene grandes probabilidades de «envejecer» técnicamente antes de verse deteriorada por el uso. Lo razonable sería usar las máquinas más intensivamente cuanto mayor sea

En España hay, en este momento, más de quince millones de ciudadanos que sólo han vivido en la crisis.

la velocidad de su obsolescencia técnica. Tal solución implicaría un sistema de turnos que, de generalizarse, haría cambiar el modo urbano de vida. Tal planteamiento puede parecer utópico pero, seguramente, las cosas irán en esa dirección.

Una máquina usada en tres o cuatro turnos diarios se desgasta físicamente tres o cuatro veces más rápido. Se consigue con ello una adecuación en el ritmo de las dos obsolescencias: la física y la técnica. Ese equilibrio es el ideal pues se evita el despilfarro que significa tener que «tirar» máquinas aún en perfecto uso por exigencias de las nuevas técnicas que se introducen a un elevado ritmo.

Evidentemente ello sería factible cambiando en buena parte los usos de la vida cotidiana. Los países que primero encaminen sus pasos en esa dirección conseguirán, sin duda, ventajas comparativas nada desdeñables. No se debe ocultar que detrás subyace un problema de demanda, pero, el hoy maltratado, Keynes dejó escritas algunas páginas razonables al respecto.

Las nuevas tecnologías no van a hacernos felices de la noche a la mañana, ni siquiera van a transformar radicalmente los conflictos en la sociedad, pero sí deben permitirnos tener más tiempo libre. Esa batalla del tiempo libre también se puede perder. Si las conciencias no están alerta el tiempo libre puede convertirse en el menos libre de los tiempos, tal es la capacidad de manipulación que los medios audiovisuales tienen; ese tiempo que se gane al trabajo puede convertirse en un tiempo tan alienado o más que el otro. La capacidad de sociabilidad puede ser también convertida en ese aislamiento que la mirada perdida en la ventana del televisor representa. Recuperar la calle como lugar de encuentro y diversión puede ser un buen antídoto contra la uniformización

de las conciencias, la «galaxia Gutenberg» seguirá jugando en esta dirección, a no dudarlo, un papel mucho más importante que aquel que le asignó el profeta Mc Luhan.

En España hay en este momento más de quince millones de ciudadanos que sólo han vivido en la crisis. Es este el problema mayor con el que se enfrenta nuestra sociedad: la juventud recibe y soporta machaconamente el mensaje del pesimismo. La solución quizá no está a la vuelta de la esquina, pero hay dos discursos que será preciso combatir: uno es el ya citado del pesimismo, un tanto senequista, que nos habla permanentemente de los inevitables males de la Patria; el otro es el discurso de la «competitividad». Según este último todo lo arreglaría la competencia entre las gentes. La repetida imagen de un Carl Lewis corriendo más rápido o saltando más lejos nos llevará, mediante el sano darwinismo social, donde sobrevivirán los más aptos, hacia un mañana espléndido lleno

de promesas cumplidas. Nada más falso ni más viejo. En un mundo profundamente dividido, pendiente una amenaza nuclear permanente, con millones de mujeres y hombres malviviendo, con unas diferencias entre países y clases que, en términos mundiales, no han decrecido en los últimos quince años, parece llegado el momento de la reflexión colectiva sobre el futuro. Un futuro donde la paz ha de imponerse, por primera vez en la historia, como necesidad para la supervivencia de una especie que tiene en su mano la capacidad de destruir el planeta.

Me permitirán que termine expresando mi particular punto de vista: más o menos pronto tendremos que elegir colectivamente entre la solidaridad y la libertad, como modelo de convivencia, o la barbarie. La elección no es dudosa.

Texto de la conferencia pronunciada por Joaquín Leguina en el Club Siglo XXI. Madrid, abril de 1985.

MODELO CULTURAL O PROYECTO POLÍTICO

Josep María Triginer



5

La historia nos ha enseñado que cada clase social ha desarrollado su propio proyecto político partiendo de su experiencia. El apoyo social parte de una identidad común, en los términos y atributos que configuran la clase social, y se vertebra alrededor de los valores que se consideren más apropiados para cubrir los objetivos que persigue la sociedad civil.

En estas consideraciones pretendemos distinguir el contenido de un proyecto político y el soporte de un modelo cultural. Es decir, mientras el proyecto político interpreta el conjunto de objetivos de una clase, basándose en las expectativas generadas por su experiencia social, el modelo cultural integra al conjunto de valores y

actitudes que se han desarrollado con motivo de su ejercicio. En otras palabras, mientras el modelo cultural expresa las raíces de la experiencia colectiva, el proyecto político orienta la dirección que emprende una clase social.

Las aportaciones del marxismo nos han

permitido analizar los modelos en los que se vertebra una actividad social, formulando un diagnóstico sobre la base de sus contenidos más anti-téticos. Es decir, la di-

Mientras el modelo cultural expresa las raíces de la experiencia colectiva, el proyecto político orienta la dirección que emprende una clase social.

cotomía entre los valores más significativos ha servido para que la clase trabajadora elabore un proyecto político antagónico al de la burguesía. Es por ello que acostumbramos a identificar como un todo indisoluble a los modelos culturales y proyectos políticos, pero un análisis más preciso de la realidad política nos induce a disociar uno y otro aspecto de la dinámica social si queremos profundizar en los respectivos análisis.

El examen de lo que está sucediendo en la actualidad nos ilustra acerca del sentido de los criterios que acabamos de reproducir. Con la crisis económica se han pulverizado las teorías tradicionales hasta el extremo que son pocas las personas que acuden a teóricos relevantes para avalar el contenido de sus posiciones. El problema, por otra parte, no reside en el cuestionamiento global de las teorías sino en el rechazo de aquéllas que se destinaron a la interpretación de la realidad social. En tales condiciones, el panorama es el siguiente:

La crisis económica ha dado lugar a la aplicación de políticas de adaptación a la disminución del crecimiento. Un observador exterior a la realidad tendría la impresión de que no hay diferencia entre las políticas económicas que aplica la derecha o la izquierda, pues ambas utilizan los mismos criterios de racionalidad económica, pero se observa una diferencia sustancial al considerar los valores que orientan el conjunto de la actividad política.

La derecha tradicional profundiza en lo que fueron los tradicionales valores del capitalismo. Es decir, pretende aplicar la competencia y el individualismo hasta sus últimas consecuencias, dando lugar a concepciones que conocemos como «neolibe-

ralismo» y que sólo se han probado, con toda su dureza, en países tales como Argentina, Chile y Uruguay, con las desastrosas consecuencias que conocemos.

La política económica de la izquierda insiste en aplicar la necesaria solidaridad entre todos los ciudadanos de un país. Según sean las organizaciones políticas se insiste en otros valores como la igualdad, el pacifismo, etc. Pero la izquierda ha perdido la confianza en su tradicional discurso político, cuya carga determinista abría esperanzas de un mundo mejor para quienes sufrían las consecuencias de la aplicación del capitalismo duro y salvaje.

En otras palabras, la insuficiencia teórica es la misma en la derecha que en la izquierda, pero el crecimiento económico se basa en los tradicionales valores del capitalismo; con lo cual resulta que, ante la crisis, si bien se cuestionan los modelos teóricos que no han podido interpretar la nueva realidad, se profundiza en los valores que se identifican como vertebradores de la experiencia que fue más gratificante para la identidad humana.

El recurso a los valores que conforman la identidad de una cultura se adecúa a una respuesta típicamente adaptativa. Es decir, ante la incertidumbre que provoca la crisis se acude a la seguridad de aquellos comportamientos que demostraron su eficiencia a lo largo de la historia.

La selección de valores y pautas de conducta

Con la división del trabajo nos encontramos con valores, o con métodos, de gran importancia social, pero verificados por un número muy reducido de personas. El ejemplo más sencillo lo tenemos en el conocido método científico, que sólo acostumbra aplicar la comunidad acadé-

mica y cuantas personas se vinculan a la investigación básica o aplicada. En lo que a valores se refiere, hay ocasiones en las que es difícil establecer la correlación entre el cumplimiento de los objetivos y la aplicación de los valores utilizados para tal fin; tal sería el caso, por ejemplo, de la libertad o del individualismo.

Las dificultades para seleccionar y aplicar los valores culturales más eficientes es lo que justifica la teorización sobre los mismos, dando lugar a las conocidas ideologías. Pero las dificultades en épocas de prosperidad son pocas en relación con las que aparecen en la actualidad. Efectivamente, el recurso a los comportamientos más probados se convierte en una selección que implica acentuación de unas pautas de conducta y exclusión de otras. Se trata de un «confinamiento cultural» que afecta a los comportamientos culturales más verificados ¹.

El «confinamiento cultural», en los términos descritos, implica una sobrevaloración de la experiencia cultural y, por tanto, una acentuación de la identidad. Nos referimos a la identidad que configura el conjunto de comportamientos que han vertebrado la experiencia que nos haya proporcionado una mejor adaptación al entorno en el que vivimos. Pero la naturaleza de la respuesta adaptativa es tal que integra comportamientos de naturaleza muy dispar, mezclándose señas de identidad con valores, éstos con métodos, aquéllos con instituciones y éstas con pautas de conducta que regulan las relaciones interpersonales.

El «sujeto» (individual o colectivo), sometido a «confinamiento cultural», es el que decide los valores, métodos y pautas de conducta que deben confinarse. Es decir, el «sujeto» afectado es el que selecciona los atributos de la identidad que deben estimularse en función del grado de verificación apreciado. Pero cuando se trata

de señas de identidad no se discrimina un comportamiento para ensayar un nuevo modelo adaptativo, sino que se discrimina a otras identidades. En tales circunstancias, el «sujeto» afectado es quien decide las condiciones de pertenencia a la identidad confinada.

El «confinamiento cultural», en los términos citados, puede conducir a la frustración de sus protagonistas si se esperaban más frutos de los que se puedan alcanzar. Poco significativas serían sus consecuencias prácticas si no fuera porque el «confinamiento cultural» no se comporta como un modelo cognoscitivo y, por tanto, no distingue entre «causas» imputables al «sujeto» o al «objeto». Es decir, el sujeto sometido a «confinamiento cultural» no acepta como propias las responsabilidades derivadas de sus actos. Se trata de una reiterada experiencia de la historia de nuestra civilización, en la que algunos pueblos se han creído acosados por enemigos, provocando respuestas que han

contribuido a llenar las páginas más negras de la historia.

El resultado de todo este proceso es conocido por los comentaristas políticos como

«fundamentalismo», o «integrismo», si afecta a conductas vinculadas con la moral religiosa, y los ejemplos más significativos suelen situarse en el mundo islámico a resultas de la revolución iraní y de la presión política ejercida por los «hermanos musulmanes» en los demás países del Islam. Pero el fenómeno adaptativo no se reduce al mundo religioso, lo cual nos lleva a constatar, por ejemplo, el parecido que hay entre el «fundamentalismo» que aplica Jomeini y el que defiende Reagan; aunque, obviamente, sean completamente distintas sus raíces culturales.

Consecuencias políticas

La respuesta adaptativa que se ha aplicado para hacer frente a la incertidumbre

La política económica de la izquierda insiste en aplicar la necesaria solidaridad entre todos los ciudadanos de un país.

provocada por la crisis se expresa en desiguales términos según sea la experiencia cultural de cada uno de los sujetos implicados. En los EE.UU., el «fundamentalismo» de Reagan se proyecta hacia tres direcciones fundamentales:

— Recurso a la amenaza exterior (incluyendo a la de Nicaragua) para afianzar la identidad del pueblo americano.

— Acumulación de capital en los EE.UU. con el recurso al ahorro de otros países, gracias a los elevados tipos de interés y fomento de grandes planes de investigación destinados a aplicaciones militares.

— Fomento de los valores asociados al origen y esplendor del capitalismo americano.

Los resultados obtenidos han entusiasmado a los observadores más parciales que han considerado el fugaz crecimiento de la economía americana como la «locomotora» que podría arrastrar el crecimiento de los demás países, postrados en un largo letargo del que no saben cómo salir. Pero los buenos resultados se ven ensombrecidos por el déficit público, el mantenimiento del paro, el déficit de la balanza de pagos y la fragilidad de algunas instituciones financieras.

Si fijamos nuestra atención en lo que sucede en el Japón nos percatamos de que se siguen acentuando, y profundizando, los valores que sostuvieron la organización y relanzamiento de la gran potencia industrial que hoy todos conocemos:

— Adaptación de la sociedad a las tecnologías extranjeras para asumirlas como propias, y perfeccionamiento de todos y cada uno de los productos y procesos productivos.

— Integración en los objetivos de cada empresa a todas y cuantas personas se vinculan con ella, reproduciendo allí el carácter nuclear de la tradicional familia

**En España resulta difícil
asociar el crecimiento económico
a determinados
valores
culturales.**

japonesa que, tras la segunda guerra mundial, los americanos quisieron reformar sin éxito.

— Integración de su economía en el contexto internacional, tratando de aprovechar todas las ventajas que les confiere su elevado nivel de integración en las tareas productivas y el acceso a recursos de bajo precio en el contexto internacional.

En Europa podemos encontrar los mismos valores que en los EE.UU., pero la tradicional presencia de una izquierda integrada en la sociedad civil ha dado lugar a que sus valores se hallen presentes en la experiencia histórica de sus naciones. En Europa, por ejemplo, los partidos conservadores no pueden prescindir de mecanismos de solidaridad con la facilidad que podría hacerlo el gobierno americano o el japonés. Los condicionamientos culturales de tal naturaleza, extensivos a otros valores, han dado lugar a que algunos prestigiosos comentaristas valoren la nueva situación en términos de «decadencia europea».

En las llamadas economías comunistas nos encontramos con los problemas tradicionales, aunque agravados por el constante descenso de los índices de crecimiento en los países que no han sabido, o podido, introducir sustanciales reformas. La subvaloración de las teorías parecer ser una constante en los países del Este, aunque ello no implique la negación de los valores que las justificaron.

En cualquier caso, cabe recordar que el aislamiento de las economías comunistas respecto a los mercados occidentales nos obliga a considerarlas con evolución propia y, por tanto, no tienen por qué reproducir las características de la crisis que

afecta a Occidente.

La importancia que cabe atribuir a tales cuestiones se debe a que en la actualidad se libra una lucha muy singular, pues ya

no son las empresas las que compiten libremente poniendo a prueba sus mejores técnicas o los productos apropiados. La presencia de las grandes multinacionales

Al no haberse producido la «revolución burguesa», los empresarios españoles no han tenido necesidad de confiar su suerte a su propia capacidad.

en cada una de las áreas económicas da lugar a una gran homogeneidad en las prestaciones de los productos y en la eficiencia de las técnicas empleadas para producirlos, con lo cual resulta que la auténtica competencia se traduce en la verificación de los valores que cada cultura incorpora en la producción de bienes. El contenido cultural de la actual competitividad es lo que sirve para cuestionar su legitimidad, pues no se está poniendo a prueba la capacidad creativa de sus protagonistas sino la propia identidad de los pueblos.

La situación española

En España resulta difícil asociar el crecimiento económico a determinados valores culturales. La etapa de mayor crecimiento coincide con la dictadura, pero también es la época en la que se desea entrar en el Mercado Común, al que se asocia con el progreso y la riqueza. Es decir, no resulta fácil la asociación de la «dictadura» con el «crecimiento económico», aunque algunos ultraconservadores estimen lo contrario.

Bajo un punto de vista histórico se aprecia la ausencia de un proyecto político que haya orientado y dirigido el destino de España: nos hemos limitado a reproducir las tecnologías, instituciones y relaciones industriales de los países que hemos pretendido imitar. La desvinculación nacional ha llegado al extremo de que los españoles hemos estimado más lo producido en el extranjero que lo hecho por nosotros. Por el contrario, y al mismo tiempo, el español medio ha considerado a su tierra como el mejor lugar del mundo donde vivir, dando a su identidad colectiva un sentido más vivencial que de experiencia social.

Este sentido vivencial de la identidad española, y el importante peso de las costumbres e instituciones tradicionales, ha dado lugar a la configuración de una Es-

paña marcada por el signo conservador. Al no haberse producido la «revolución burguesa», los empresarios españoles no han tenido necesidad de confiar su suerte a su propia capacidad, pues era más provechoso disfrutar de los favores del Poder que de su bien hacer. Desde tal perspectiva, el ciudadano medio ha confiado más en el disfrute de privilegios que en la fuerza e iniciativas de la propia sociedad. En tales condiciones, la dinámica política se ha basado más en la identidad respecto al poder establecido que en el protagonismo del esfuerzo colectivo.

A resultas de tales hechos, la lucha tradicional de los demócratas perseguía el propósito de modernizar España en función de las experiencias que al respecto se habían ensayado en otros países. Bajo la influencia de un vago estructuralismo, los teóricos de la democracia española pusieron más énfasis en las reformas institucionales que en el impulso de un proyecto político que fuera más allá de las conquistas democráticas. Si la democracia era sinónimo de progreso, la reforma de la estructura del Estado era identificada como la lucha más eficaz contra los obstáculos que impedían la modernización del país.

Para los socialistas, la España de las autonomías era una respuesta a la pluralidad cultural, respondía al propósito de aproximar las instituciones a la sociedad, y expresaba la resultante de todo un modelo estratégico. Es decir, ante las supuestas dificultades para acceder al Gobierno, en un Estado que se estimaba autocrático y en un país que se consideraba conservador, el Estado de las Autonomías respondía a una estructura que permitiría la progresiva conquista de «parcelas de poder». Pero los hechos nos han enseñado que aquella estrategia se basaba en una subva-

loración de la capacidad de cambio de la sociedad española ².

Los modelos culturales de la España democrática

En la historia de España se aprecia la existencia de unos «nacionalismos» recluidos en las nacionalidades catalana y vasca que desarrollaron frustrados proyectos políticos para toda España. También encontramos ocasiones en las que se defendieron privilegios que no se adecuaban con la época y el nivel de desarrollo alcanzado. En ambos casos se agotaron los respectivos proyectos políticos con la consecución de los Estatutos de Autonomía.

Aunque sea difícil llevar a cabo un examen pormenorizado de la experiencia autonómica, si nos atenemos a la experiencia catalana y vasca hay algo que llama poderosamente la atención, pues ambas administraciones han priorizado las políticas que corresponden a tareas de actividad donde no ha habido una notoria experiencia histórica. Es como si, desde la respectivas administraciones, se tratara de estimular las reconocidas insuficiencias de la propia comunidad.

Quienes seguimos de cerca el desarrollo de los acontecimientos en una y otra nacionalidad podríamos aportar argumentos para justificar las razones que avalan cada una de las citadas políticas, pero la realidad sigue siendo la misma: los llamados «nacionalistas» promueven y estimulan valores que nada tuvieron que ver con los que fueron utilizados para vertebrar a sus respectivas nacionalidades. En otras palabras, la realidad «nacional» de las citadas comunidades se explica mejor desde la perspectiva de una «crisis de identidad» que desde la plataforma de un proyecto político ³.

La experiencia socialista

Si la característica del gobierno de la UCD estaba marcada por la ambigüedad, que acrecentaba la incertidumbre producida por la crisis económica, la práctica del Gobierno socialista ha sido todo lo contrario. Hemos conocido la experiencia de un gobierno que dirigía la política del país de acuerdo con el interés general en todas y cada una de las actividades que le han sido confiadas. Se han democratizado las leyes, adecuándolas a los mandatos constitucionales; se ha reforzado la autoridad y legitimidad del Poder; se ha ensanchado el protagonismo internacional de España, y se han abordado todos aquellos temas pendientes que la historia reciente había considerado como intocables.

En el orden económico se ha aplicado

Los llamados «nacionalistas» promueven valores que nada tuvieron que ver con los que fueron utilizados para vertebrar a sus respectivas nacionalidades.

una política restrictiva con el fin de racionalizar el caos al que se había llegado. Ha sido necesario reconvertir la industria básica, el sector energético, el textil y el transporte, otro tanto cabe decir respecto a la banca y los seguros, pero el ajuste más duro y costoso lo ha llevado a cabo el mercado, sin el concurso de la Administración, siendo responsable del fuerte incremento de la «economía sumergida». También se han flexibilizado las condiciones de la nueva contratación laboral, y se ha acudido a la financiación indirecta con el fin de estimular la creación de nuevos puestos de trabajo. Han existido ocasiones en las que hemos tenido la impresión de que todavía estaba todo por hacer.

Algunos observadores consideran que la política económica del Gobierno es de signo conservador, en la medida que se ajusta más a las típicas recomendaciones de la OCDE y del FMI que a la tradicional ortodoxia socialista. Tales acusaciones han sido reiteradamente recusadas por el Presidente del Gobierno, que manifiesta no conocer otras posibles alternativas.

Efectivamente, al igual que se hace por los socialistas de otros países, se gobierna con la racionalidad de la economía tradicional pero se aplica desde los valores de la izquierda.

Una de las paradojas de la situación actual es la de que se espera del Gobierno socialista una capacidad de acción que excede con mucho a sus competencias y posibilidades. Se le imputan responsabilidades, por ejemplo, sobre el desarrollo de una crisis económica cuyo origen se remonta al advenimiento de la propia democracia. Las críticas de tal naturaleza son ilustrativas de una actitud que sólo es comprensible desde una concepción «omnipotente»⁴ del Estado; incompatible con la distribución de poderes del modelo occidental, que limita las competencias del Gobierno a la capacidad reguladora de las relaciones que se generan en el seno de la sociedad.

Desde la perspectiva de la lógica democrática, las críticas habituales eluden cualquier comentario a los aspectos positivos de la gestión económica. Nos referimos a aquéllos que la derecha soñaría alcanzar en el supuesto que estuviera en el gobierno. Exitos tan notables como la reducción de la inflación, un sustancial incremento de las exportaciones y el mantenimiento de razonables niveles de crecimiento, son ignorados por una derecha que entiende la oposición como sinónimo de descalificación del adversario.

Por otra parte, la atípica evolución de nuestra democracia ha afianzado un conservadurismo que reniega de su pasado. En otras palabras, nos encontramos con unos conservadores cuyos naturales valores (competitividad, individualismo y libertad económica) corresponden a una experiencia social basada en el monopolio, el corporativismo y el privilegio. Se trata de una dicotomía cuyas contradicciones ponen de manifiesto la inconsisten-

cia de la derecha cuando se aleja del poder y sus dificultades para articular un proyecto político, o desarrollar un modelo cultural, que vaya más allá de la simple suma de contradicciones.

En tales condiciones, el socialismo está asumiendo el papel que históricamente correspondió a la burguesía, pues aplica y difunde en la sociedad la lógica que vertebró la sociedad occidental. Pero su aplicación no se hace en sus originales condiciones: la competencia, el mercado y los propios productos, son regulados por la ley y ayudadas las empresas en determinadas situaciones; el individualismo está sometido a las restricciones que impone el interés general, y la solidaridad pretende contrarrestar los efectos negativos de la desigualdad que resulta de aplicar unos valores destinados a favorecer la eficiencia productiva.

La política actual de los socialistas se vertebra en relación a un modelo cultural claramente definido. Se trata de aplicar criterios de eficiencia y racionalidad que no contribuyen a incrementar las desigualdades que sufren los ciudadanos españoles. Se trata de que prevalezca «el todo» sobre «las partes», lo público sobre lo privado, la sociedad sobre el individuo, etcétera. Los parámetros de tal modelo cultural pueden no ser suficientes para salir de la crisis, pero no se nos puede pedir que apliquemos una política que vaya contra el sentido de los valores indicados.

La lectura del comportamiento indicado es muy distinta según sea el sujeto afectado. Para algunos «nacionalistas» se está anteponiendo el «españolismo» de los socialistas a los derechos de los llamados «pueblos históricamente oprimidos».

Para otros, estamos conculcando los «derechos adquiridos» al afectar a tradicionales privilegios o intereses corporativos. Pero también hay quienes esperan que lo

**En España se gobierna
con la racionalidad de la economía
tradicional
pero se aplica desde los valores
de la izquierda.**

solucionemos todo, que podamos resolver una crisis que excede a las posibilidades de un solo país.

Sin que los socialistas nos lo hayamos

propuesto nos estamos convirtiendo en la clase social que lleva a cabo la aplazada modernización de la sociedad española. Pero también somos el centro de las iras de todos aquéllos que no han conocido más que los privilegios, o de quienes creen que sólo importa su problema o punto de vista. Es la servidumbre que nos corresponde asumir como consecuencia de la responsabilidad que nos ha asignado nuestro electorado.

La identidad de la izquierda

En el seno del socialismo francés se asiste a un debate entre quienes se identifican con la corriente tradicional del socialismo, que no renuncian a la unidad de la izquierda, y quienes postulan una corriente modernizadora, «*deuxième gauche*», con el propósito de redefinir los postulados de la izquierda. El problema es el mismo en otros países, aunque nos encontremos con casos en los que lo tradicional haya sido la política socialdemócrata y lo renovado consista en buscar una aproximación con los movimientos ecologistas o pacifistas.

Lo que está sucediendo presenta rasgos muy comunes con la experiencia vivida con motivo de la depresión del año 1929⁵. Ante la crisis se llevan a sus últimas consecuencias los supuestos ideológicos que configuran la identidad de cada fuerza política, verificando tales planteamientos con la prueba de la realidad. Si el «confinamiento cultural» expresa el carácter de una respuesta adaptativa, la verificación negativa del proyecto político (modelo interpretativo de la realidad social) abre la oportunidad para ensayar un nuevo modelo cognoscitivo que sea capaz de integrar la imprevista realidad.

**La atípica evolución
de nuestra democracia ha afianzado
un conservadurismo
que reniega
de su pasado.**

El fracaso, en Francia, de la política basada en la unidad de la izquierda ha servido para ratificar la fragilidad de las concepciones tradicionales, aunque se man-

tenga la convicción de que el protagonismo fundamental, en la sociedad, siga siendo el que polariza la derecha y la izquierda. También ha servido para evidenciar la incertidumbre que se produce como consecuencia del fracaso del tradicional proyecto político, teniendo que recurrir, desde la perspectiva de la izquierda, a la aplicación de la denostada lógica del sistema capitalista.

La incertidumbre acusada por la izquierda también se observa en las posiciones de la derecha, que profundiza en sus tradicionales concepciones para atrincherarse, después, en los atributos de su experimentado modelo cultural. Así tenemos a los democristianos que se aferran a sus concepciones, otro tanto sucede con los liberales y lo mismo pasa con los conservadores, aunque las diferencias entre ellos nos puedan parecer pueriles desde la perspectiva de la izquierda. Pero ninguno de los grupos indicados se atreverá a defender una determinada posición en nombre de la interpretación que al efecto haya aportado un teórico de reconocido prestigio.

La incertidumbre producida por los actuales proyectos políticos ha dado lugar a la descrita respuesta adaptativa, de cuya renovada experiencia puede surgir una reorientación cultural. Cualesquiera sean los resultados obtenidos, como consecuencia de los ensayos practicados al amparo del «confinamiento cultural», seguiremos necesitando el modelo cognoscitivo que sea capaz de interpretar la realidad actual, pues sólo podemos orientar el futuro desde la perspectiva de la experiencia vivida. Es decir, para recuperar la confianza en el futuro es necesario superar la incertidumbre producida por el presente, y para reorientar la actividad social nece-

sitamos un renovado proyecto político que sea capaz de integrar la realidad de nuestros días ⁶.

Efectivamente, los acostumbrados recursos a la solidaridad no bastan para paliar las consecuencias del desempleo, pues quien no disponga de un trabajo estable se encuentra desvinculado de la estructura de la sociedad, considerándose como un ser que no participa de la común actividad social, aunque sea más lucrativa su actividad marginal. Por otra parte, el recurso a la experiencia del pasado, por estimar que las nuevas tecnologías traerán consigo la creación de nuevos puestos de trabajo, sólo puede interpretarse como la constatación de un hecho histórico que no se confirma en la actualidad dadas las dificultades para alcanzar un razonable crecimiento económico.

Las actuales expectativas

A juzgar por la duración de la crisis, y por los resultados obtenidos, podríamos encontrarnos en una situación similar a la que describe Lester C. Thurow en su libro titulado *Sociedad de Suma Cero*, de cuyo análisis se desprende que en la crisis actual todo cuanto se da a uno se le quita a otro. En términos más «económicos» resultaría que las inversiones realizadas en el sistema productivo, teniendo el propósito de conseguir el incremento de la productividad, se aplican sobre una producción prácticamente invariable. Bajo otro punto de vista podríamos definir la misma situación diciendo que las empresas consiguen el incremento de la productividad transfiriendo a la comunidad la responsabilidad social del mantenimiento del empleo. Desde otra perspectiva, definiríamos la situación enunciando que el incremento de la productividad sólo se consigue a costa del aumento de las desigualdades.

La valoración de la crisis en los términos citados es propiamente especulativa.

El futuro de la política basada en la unidad de la izquierda en Francia ha servido para ratificar la fragilidad de las concepciones tradicionales.

No vamos a extendernos sobre las razones que avalan su enunciado por exceder a las pretensiones del examen que nos ocupa, pero son tan legítimas como las de quienes todavía creen en una recuperación de la actividad que sitúe el contexto económico en términos semejantes a los barajados en la década de los sesenta. Por otra parte, el debate teórico que al respecto pueda iniciarse sólo podrá zanjarse por la propia realidad de los hechos.

La naturaleza del problema político que se plantea está en relación al carácter de las expectativas que puedan suscitar la recuperación de la confianza. Es decir, tratamos de vislumbrar si la alternativa a la crisis actual vendrá de la mano de las innovaciones tecnológicas o, por el contrario, supondrá una revisión de los planteamientos culturales básicos. La diferencia es sustancial, pues en el primer caso se trata de profundizar en los valores más significativos de la sociedad actual; pero en el segundo caso se trata de ensayar la emergencia de otros valores, hasta el extremo que puedan implicar un replanteamiento de los objetivos perseguidos por la sociedad.

El problema, por tanto, se plantea para el supuesto que las políticas destinadas a la profundización de los valores tradicionales no sean suficientes para conseguir el nivel de crecimiento económico capaz de absorber el desempleo. También se plantearía en el supuesto que se consolidara la «sociedad dual», con un crecimiento económico basado en la disociación de la sociedad. En ambas circunstancias podría surgir una respuesta social que cuestionara el objetivo del crecimiento económico, replanteando la interpretación de la realidad desde perspectivas completamente distintas.

Sin que ello implique avanzar acontecimientos, la nueva lógica social tendría que plantearse en términos antitéticos a los que resultarían de la interpretación de

la situación actual. En tales condiciones, los aspectos globales tenderían a prevalecer sobre los particulares, la productividad se vería limitada por las exigencias de vinculación social, y se desarrollarían nuevas fórmulas, e instituciones, para regular los ámbitos de relación que emergieran como consecuencia de la nueva realidad social.

Todas estas reflexiones nos conducen a la necesidad de replantear los supuestos básicos del debate político que se necesita en el momento actual. Si los proyectos políticos tradicionales han sido abandona-

dos porque no han podido explicar lo que está sucediendo en la actualidad, la respuesta adaptativa nos lleva a acentuar los valores y métodos que, hasta la fecha, habían demostrado su eficacia. Pues bien, esto último es lo que se está haciendo en la actualidad, pero no basta para recuperar la confianza en los actos y decisiones humanas. Para recuperar la confianza en el futuro, y en nosotros mismos, necesitamos interpretar nuestra propia realidad y disponer de la capacidad para orientar nuestro futuro. Tal es el propósito del presente artículo.

¹ Obsérvese que nos estamos refiriendo a dos métodos de verificación completamente distintos. El «confinamiento cultural» se verifica en relación a la identidad humana, aceptando los supuestos en los que sea positiva o negativa. Por el contrario, la verificación de los «modelos cognoscitivos» se hace por analogía respecto a la realidad, admitiendo una mayor riqueza de matices, o interpretaciones, que puedan explicar las desviaciones apreciadas en el examen de la correspondiente correlación.

² En la voluntad de aproximación de los poderes públicos con la sociedad subyace la convicción de que existe una dicotomía entre los propósitos de la Administración y los intereses de la comunidad. El pacto político ha supuesto la parcelación del poder, pero no ha resuelto el problema fundamental de la vertebración nacional, que sólo podrá superarse cuando todas las partes se reconozcan depositarias de los mismos y comunes objetivos, con independencia de las formas culturales en que se manifiestan. Por otra parte, la crisis no contribuye a unificar los objetivos pues cada sujeto tiende a acentuar su identidad respecto a la de aquéllos con los que interactúa, ensanchándose la brecha de la insolidaridad.

³ Desde la perspectiva de nuestro análisis, por ejemplo, atribuimos el calificativo de «crisis de identidad» a aquellos supuestos en los que sus protagonistas proyectan sus expectativas en relación a lo que podría haber sucedido si la historia de su pueblo hubiese transcurrido en otros términos. Por el contrario, el nacionalismo proyecta su futuro partiendo de su propia experiencia cultural, mutilando y tergiversando la historia si con ello se sirve a su proyecto político. La diferencia es sustancial, y la posibilidad de atribuir ambas actitudes a una misma realidad política implicaría negar la existencia de «efectos» completamente dispares en cada uno de los casos.

⁴ La herencia cultural que hemos recibido nos atribuye una concepción «fatalista» de la vida. Tal concepción es propia de aquellas civilizaciones agrarias dependientes de las alteraciones climáticas, pues la «causa» de su suerte se situaba más allá del ámbito reservado a su cotidiana actividad. Desde una

perspectiva histórica, el «fatalismo» corresponde a una concepción completamente antitética a la desarrollada por la burguesía, cuya noción de la «libertad» se basa en la confianza depositada en los actos decididos por cada persona. La concepción «fatalista» de la vida es pareja con la concepción «omnipotente» del poder, que se sitúa más allá de la realidad de cada persona. La concepción «omnipotente» del poder político debe entenderse por analogía a las concepciones que hemos descrito. Desde una perspectiva más coloquial diríamos que hay quien responsabiliza al poder político de todas las aventuras y desventuras que se desarrollan en la sociedad. La citada concepción se ha visto reforzada por la herencia determinista de nuestra filosofía, que imputa a las relaciones sociales y a las estructuras la «causa» que determina su evolución.

⁵ Los socialdemócratas de la época creían que la depresión era producida por los excedentes de producción del sistema capitalista (de acuerdo con las tesis de K. Marx), con lo cual dedujeron que era necesario esperar a que la sobreproducción fuera reabsorbida por el mercado, pero la falta de medidas sólo contribuyó a empeorar la situación, facilitando el ascenso de Hitler al poder. El éxito de la política económica nazi fue decisivo para que el pueblo alemán asumiera concepciones que, en caso contrario, nunca hubiesen podido prosperar. El fracaso de las tradicionales concepciones también sirvió para que los socialdemócratas alemanes abandonaran, más tarde, su tradicional ortodoxia.

⁶ Es decir, el carácter antitético de la interpretación que Marx atribuyó a la dinámica social se basaba en que sus valores eran contrapuestos a los de la burguesía; y, por el mismo motivo, la clase dirigente asume interpretaciones completamente antagónicas a las que se postula desde la clase trabajadora. Las nuevas interpretaciones deben vertebrarse con el auxilio de los valores asumidos por el «sujeto», de tal suerte que no cabe plantearse un modelo cognoscitivo que no sea capaz de integrar los valores ensayados por la sociedad.

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL SOCIALISMO ESPAÑOL HOY

Antonio Chazarra y Jesús García Yruela



6

Pasado ya hace algún tiempo el XXX Congreso Federal del PSOE y los congresos provinciales, regionales y de nacionalidad, no será ocioso el detenerse a hacer algunas reflexiones, con el convencimiento de que un partido que no reflexiona, que no ejerce en su interior un permanente debate, analizando y presentando alternativas, no sólo al presente, sino adelantándose al futuro, es un partido muerto.

Y no cabe duda de la necesidad de un partido socialista vivo, imbricado en la sociedad, con capacidad teórica y recursos humanos para liderar a la sociedad española en una dirección inequívocamente socialista.

Y desde esta perspectiva se ha pensado cuanto aquí se escribe, con el deseo de que estas ideas puedan ser debatidas, analizadas, aceptadas o rechazadas. Si algo de esto ocurre, se habrá cubierto casi todo el objetivo de estas líneas.

El realismo como mito

En los meses anteriores al XXX Congreso y en los debates, pudo constatarse, no sin cierta decepción para muchos, que el «realismo» era elevado a la categoría indiscutible de mito.

Recordando a Jost Herbig, conviene insistir en que la utopía hace más referencia a un camino que a un posible estadio final. Es decir, se trata de detenerse a observar el trayecto, la dirección y el punto de destino hacia el que se orienta y por donde camina la acción y la expresión del socialismo español.

En esta perspectiva, son pocos los que niegan ya que donde ha desaparecido el horizonte utópico no hay pensamiento de izquierda: los hombres pasan de ser «el sujeto de la historia» a ser «sujetos históricos».

Desde este punto de vista, no se opone a un pensamiento de izquierdas el hecho de avanzar lentamente si las posibilidades reales impiden hacerlo más deprisa; pero, desde luego, contará con el horizonte utópico la dirección concreta de acciones y expresiones en una línea transformadora. De lo contrario, sin horizonte de izquierdas, puede llegarse a colaborar de hecho en una real ficción consistente en que la estrategia socialista, la metodología y la táctica se separen, e incluso se aparten completamente, del propio referente ideológico del PSOE, que no es otro que su programa máximo.

Indudablemente es relevante plantearse el índice de coherencia o incoherencia que se muestran en las referencias de los socialistas al programa máximo de su partido, toda vez que se hace la reafirmación continua de él, a la vez que se afirma y hasta se reafirma la orfandad teórica del socialismo español. Así surge una permanente contradicción que en no pocos puede empezar a convertirse en la asunción de hábitos de esquizofrenia ordinaria.

El proceso de desideologización del PSOE ha alcanzado cotas que académicamente pueden ser calificadas de serias.

Más en concreto. El programa máximo del PSOE se convierte en un altar en el que arde el fuego sagrado y al que se alude retóricamente y enfáticamente; mientras tanto,

en los niveles prácticos puede llegarse a realizar una política que nada, o muy poco, tiene que ver con los presupuestos o ideas contenidos en dicho programa máximo. En este sentido, también resulta paradójico el hecho de que haya desaparecido de las resoluciones de los congresos su cita textual, aduciendo como razón la seguridad y necesidad de su conocimiento por parte de todos los militantes.

No es difícil oír que el PSOE sufre una excesiva acumulación ideológica. Hoy es fácil comprobar que esto es difícil de mantener. Una afirmación así sería, con toda seguridad, muy controvertida, pues ya pocos dudan que el proceso de desideologización ha alcanzado cotas que académicamente pueden ser calificadas de serias para un partido que se proclama todavía de izquierdas. Tanto es así, que no es fácil responder con prontitud a preguntas del siguiente tenor: ¿cuáles son, en 1985, las señas de identidad del socialismo español?, ¿a quién dirige su mensaje?, ¿cuáles son sus objetivos tácticos prioritarios?, ¿qué intereses intenta servir desde su acción?...

Para responder a la base de estas preguntas habría que referirse a la práctica política y dialéctica del socialismo español actual y, quizá en mayor medida, a las justificaciones y conceptos emergentes en la reflexión de muchos socialistas. Uno de estos conceptos es seguramente el de «realismo».

Este concepto de realismo, como ocurrió anteriormente con el término cambio, se utiliza en una vertiente que tiene más de mágica que de política. Así, «lo real» en el pensamiento y en la expresión de algunos socialistas ha pasado a significar «lo verdadero», «lo auténtico», «lo absoluto» y

lo que, en suma, no admite réplica; pues fuera de ese acatamiento del concepto sólo existen las tinieblas dantescas del «¡abandonad toda esperanza!». Y lo mismo ocurre con conceptos como moderación y responsabilidad, patrimonializados con sentido e intención «realista».

Seguramente que no escapa a muchos el que este planteamiento, que además de mítico es reduccionista, pueda llegar a ser lamentable, dado que vivimos en un entorno marcadamente catafórico donde todo está anticipando alguna cosa.

Y en este sentido quizá se advierte un mensaje conservador que se oculta tras esa constante apelación al «realismo». Es el hecho que, en la historia de la reflexión socialista española, han desaparecido el marxismo, la neutralidad... Desde esta misma historia cabe preguntarse si el socialismo español se mueve o no en un coyunturalismo desideologizado. Y en esta misma dinámica puede entenderse, quizá, la asunción del realismo como un talismán mágico de respuesta, sin saber a ciencia cierta cómo se van a enfocar mañana los problemas políticos, sociales, económicos o culturales. Desde estas arenas movedizas y en este juego por aproximarse más y mejor que nadie a la «realidad presente», nadie sabe si en el futuro será necesario sacrificar algún concepto más, genuinamente socialista.

Nadie puede asegurar que el resultado de esta devoción realista no sea el que los cambios acelerados que la sociedad está ya experimentando —tercera revolución industrial— nos sorprendan desprevénidos.

¿Es posible identificar al socialismo español actual en base a lo que le definió en el pasado? O planteada la pregunta desde otro ángulo: ¿tiene el derecho la sociedad española a esperar planteamientos y pautas para el porvenir en línea con lo que se

considera un partido de clase? No hay que perder de vista que el error sería no sólo estar en trance de perder la herencia transformadora, sino presentar la imagen de renuncia, de hecho, a definir y ordenar las pautas socialistas del futuro. De este modo cada vez son más los que piensan en la necesidad de que los socialistas tengan claro quiénes son, qué modelo de sociedad proclaman y a dónde puede conducir el coyunturalismo desideologizado.

La responsabilidad de los socialistas en el poder democráticamente conseguido no es otro que intentar —y haberlo conseguido para poder hablar de gestión eficaz— la realización del socialismo en la sociedad; en otros términos, una gestión democrática socialista tendría que justificar el poder otorgado por el pueblo para caminar en dirección a la creación de condiciones para la implantación y desarrollo de la utopía socialista.

Y no habría que extrañarse de que, en el camino de cumplir con la responsabilidad de gestión socialista, alguna vez haya que someter la utopía a la realidad; sin embargo, algunas veces no habrá más remedio que someter los componentes de la realidad a la utopía. De no ser así, no podrá hablarse de «la lentitud necesaria en la realización de una política socialista, debido a las concretas dificultades» para lograr una sociedad más justa; por el contrario, habría que hablar, lisa y llanamente, de un cierto reduccionismo mental y/o de un abandonismo a prácticas que nada tendrían que ver con la imaginación socialista en el poder político.

Y es que no es difícil organizar un discurso «realista» para negar la utopía; mas no por ello dejan de existir, tozudamente, las «realidades» que el sistema capitalista genera en el mundo de hoy, tales como la «realidad» de la explotación, la «realidad» de la carrera hacia el egoísmo insolidario donde la competencia se convierte en agujero negro, la «realidad» de la evo-

**Quienes se muestran
contra el sentido socialista
de la utopía luchan a favor
de la inclusión del pesimismo
en el presente.**

lución imparable del capital hacia el monopolio por concentración, la «realidad», en suma, del incremento de la lacra histórica de la desigualdad política, social y económica, generación tras generación.

Seguramente no es ocioso decir que la utopía a que se refiere el socialismo no es un talismán preparado para el espectáculo de la magia, de forma tal que mecánicamente y deterministamente consiguiera la justicia. Es necesario tener el propósito de conseguirla, adecuar los medios y ser respetuosos con la «realidad» tanto de lo que ocurre como de lo que debería ocurrir. Pero cuando los socialistas denominan utópico a todo aquello que significa un paso adelante en la justicia, queriendo significar que es inconseguible y, por tanto, no perseguible, consciente o inconscientemente obstaculizan el camino que el socialismo tiene obligación de recorrer desde su propio origen y en virtud de sus propios referentes teóricos.

Aún sin saberlo, quienes se muestran contra el sentido socialista de la utopía —sean o no socialistas— luchan a favor de la inclusión del pesimismo en el presente, con el ineludible efecto, amplificado y «socializado» por los medios de comunicación social, de brindar una victoria a quienes pretenden negar la esperanza de un futuro creado solidariamente por y para todos.

Socialismo y posmodernidad

Es habitual en escritos actuales y en los medios de comunicación social la reflexión sobre lo que pueda significar la situación de posmodernidad. Y también cabe preguntarse: ¿qué va a aportar el socialismo a la posmodernidad? o ¿qué va a deparar la posmodernidad al socialismo?

Puede entenderse que la posmodernidad, sea o no el término más apropiado, va a deparar un conjunto de situaciones a

Predecir el fin del socialismo con el advenimiento de la posmodernidad es una oscura construcción que confunde malévolamente la realidad con el deseo.

las que todos estamos abocados. No es ocioso, por tanto, hacer un esfuerzo de análisis y reflexión.

Se ha llegado a decir que el socialismo ha sido una ideología, un método de análisis y un corpus de valores con capacidad para resolver los problemas del pasado; pero que seguramente es de dudosa eficacia para acometer el futuro dado su carácter obsoleto. Quien así se expresa está emitiendo un juicio con excesiva precipitación.

Por el contrario, parece que la ideología socialista y sus métodos de análisis tienen la suficiente vigencia, profundidad y seriedad para enfrentarse con éxito a los problemas del presente y, por tanto, del futuro.

Llegar a predecir el fin del socialismo con el advenimiento de la posmodernidad es una oscura construcción que confunde malévolamente la realidad con el deseo, y un histérico grito que pretende cerrar por su cuenta y riesgo un capítulo de la historia. Es una alta muestra de trasnochada frivolidad.

Nadie puede negar que amenazan peligros como el de una sociedad basada en la dominación a través de la técnica o en la endoctrinación institucional; pero esos peligros son evitables si se atajan los efectos combatiendo las causas de raíz. Para ello, desde una perspectiva de clase, los derechos y libertades, que son la esencia del socialismo, deberán ser mantenidos en el centro de la reflexión y acción política. Igualmente desde el socialismo podrá contribuirse a que no se genere una práctica de poder omnímodo del Estado en perjuicio de la conformación social y participativa de la propia sociedad.

Es evidente que en vísperas del siglo XXI no es posible seguir anclados en el XIX. Pero es un error olvidar que el siglo XIX ha pasado, y que tampoco ha pa-

sado en balde lo que va del siglo XX. De ahí que la trayectoria del movimiento obrero y la ideología socialista constituyan dos puntos de referencia imprescindibles para abordar el futuro. Citemos un ejemplo: la lucha de clases continúa hoy plenamente vigente y sólo la niegan quienes desean enmascarar la realidad y vestir al maniqueo del color de sus deseos. Sin embargo, no es menos cierto que, aunque la sociedad de las últimas décadas del siglo XX presenta explotadores y explotados, sí es necesario detectar el nivel de estratificación y complejidad en las clases y en la relación entre ellas. El proceso necesita ser abordado y analizado en conceptos y modelos de hoy y no basta repetir hasta la saciedad textos de libros «sagrados», pues para el socialismo democrático no hay libros sagrados.

Es cierto que existen personas y grupos que no mantienen su antigua solidez en la

concepción transformadora del socialismo. Existen, aún proviniendo de la familia socialista, quienes consideran que el socialismo no es una fuerza con capaci-

dad transformadora y, por tanto, tratan de atemperar los programas y administrar y gestionar sobre modelos sociales de economía de mercado, sin entrar siquiera en la consideración de posibles modificaciones de estructuras sino sólo introduciendo algunos tímidos retoques. De ahí que se haya llegado a decir que una política es socialista porque se denominan socialistas quienes la llevan a cabo. Poco significaría semejante afirmación si no fuera un claro exponente de la incapacidad o clara falta de voluntad para esbozar una política socialista.

Hagamos algunas comprometidas preguntas: ¿Qué futuro tiene delante de sí el socialismo en nuestro país? ¿No sería escaso si siguiera diluyéndose, difuminándose o haciéndose irreconocible a sus propios militantes, simpatizantes y electores? ¿Acaso sería iluso pensar que con las lí-

neas políticas y las decisiones que se han adoptado el factor credibilidad no se vería seriamente dañado, aún cuando en el panorama de las fuerzas políticas ningún partido ni coalición se percibe con capacidad para cuestionar la presencia del partido socialista en el Gobierno? ¿No podría ocurrir que, aún ganando otras elecciones —cosa tan deseable como probable—, el socialismo podría haber perdido cotas quizá irreparables de confianza política?

De una sociedad que votó el cambio ilusionada podría estarse pasando a una situación en la que, a la vez que amplios sectores identifican al partido socialista como la única fuerza capaz de garantizar y vertebrar la democracia, cundiera el desánimo y la decepción o porque se les prometió mucho más o porque esperaban mucho más. Si esto es así existiría un problema de no pequeña envergadura: muchos pueden pensar que se ha establecido una

disociación teórica e incluso práctica entre los conceptos de democracia y consecución de una sociedad socialista.

Mas todavía hay quien entiende que el socialismo es consolidación real de libertad y democracia, pero manteniendo la tensión de su finalidad última: la transformación de las estructuras de la sociedad injusta.

En este sentido, pocos dudan que la modernización general emprendida por el PSOE es necesaria para España. No obstante, el partido hegemónico y eje vertebrador de la democracia quizá debiera afrontar el proceso de modernización de manera que no se confundiera su papel con el de la burguesía histórica española.

Por otra parte, además de que no debería alejarse un juicio sobre la incoherencia intelectual y política que significa la disociación entre lo que se entiende por pensamiento socialista en la historia del pensamiento europeo y las ideas y acciones mostradas en la realidad política concreta

El PSOE quizá debiera afrontar el proceso de modernización de manera que no se confundiera su papel con el de la burguesía histórica.

de los gobiernos socialistas, se hace urgente en nuestro país una reflexión, desde el socialismo del PSOE, sobre la necesidad de que la izquierda se configure teórica y prácticamente como defensora y mantenedora de la aplicación urgente de prácticas políticas que ahonden la justicia y solidaridad para con los sectores a los que el socialismo debe servir.

Retomemos, a estas alturas del discurso, la pregunta que nos viene guiando: ¿Cuál es el futuro del socialismo en nuestro país? Seguramente tenemos derecho a ser optimistas y puede contestarse que es bueno. Pero, para no ser ingenuos, habrá que condicionarlo a que sepa hacer frente a los retos tecnológicos sin perder su identidad y a que aspire, desde las palabras y con los hechos, a una sociedad sin dominación de clase. Mientras se dice que el socialismo ha muerto, prestigiados pensadores formulan rigurosas teorías que abren nuevos caminos de esperanza. La revolución científica y tecnológica va a transformar no sólo la relación hombre-naturaleza y hombre-producción, sino también la relación hombre-conocimientos.

Más en concreto, puede lanzarse la mirada a la realidad del paro, que de coyuntural se está convirtiendo en estructural, para contemplarlo desde nuevas perspectivas que incluyan la reducción de jornada como un hecho objetivo e incontestable. Adam Schaff no dibuja arrebatados ni idílicos cuadros sobre las consecuencias históricas de esta tercera revolución industrial. Pero formula con rigor que el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, claramente en aumento y de forma acelerada, es incompatible —o lo va a ser en poco tiempo— con lo que hasta ahora se ha entendido como propiedad privada de los medios de producción, esto es, con la nueva cara del sistema capitalista.

¿No es ésta una sugestiva teoría que merece un discurso socialista sobre el có-

La humanidad va a vivir transformaciones profundas en las próximas décadas que van a hacer posible la revolución socialista en la posmodernidad.

mo, el método y el ritmo? ¿Es que es impensable que nos encontremos en los umbrales de una nueva era donde la transición al socialismo sea perfectamente posible, si éste es capaz de liderar el proceso o de dar las respuestas adecuadas a la acelerada marcha de los acontecimientos? Nadie duda de que estas transformaciones se van a producir en los próximos veinte años en los países altamente industrializados. De ahí que deba adoptarse como imperativo socialista un esfuerzo intelectual, desde el propio partido socialista, para el esbozo de una certera estrategia.

¿No sería deseable que se abriera sobre estos problemas un debate en el seno del PSOE? Sin duda es un asunto de gran trascendencia, dado el carácter mundial de esta transformación tecnológica —que no política y social—, el diseño claro de objetivos y la elaboración de alternativas con sentido de futuro para no quedar al margen de los acontecimientos.

Lejos, pues, de compartir el pesimismo conservador de quienes vocean el fin del socialismo. Existen datos objetivos que permiten afirmar que la humanidad va a vivir transformaciones profundas en las próximas décadas que van a hacer posible —con la ayuda del pensamiento y los hombres socialistas, eso sí— la revolución socialista en la posmodernidad.

La crítica al partido y la crítica en el partido

En el XXX Congreso Federal del PSOE, y especialmente en la crítica a la gestión de la Comisión Ejecutiva, se han escuchado voces, no sólo de la Izquierda Socialista, que han analizado un aspecto preocupante: la práctica desaparición del partido como referente para la sociedad española, la subordinación de la Comisión Ejecutiva al Gobierno y el apoyo incondicional y acrítico a las medidas coyuntura-

les de éste. A ello había que añadir el vaciamiento del partido en las instituciones, la ausencia de incompatibilidades que ha operado en la práctica en perjuicio de la dedicación a las tareas del partido, y la ausencia de instrumentos de comunicación social para dar a conocer a la sociedad las razones de las decisiones adoptadas y para generar debate en torno a la línea política, estrategia y programa del partido, y en torno a los problemas políticos de candente actualidad.

Un partido como el PSOE ha de mirar mucho más al futuro que al pasado. De ahí la necesidad de iniciar ya ese futuro porque la necesidad de prever y de orientar lo-que-no-ha-sido-nunca todavía define la potencialidad política de una organización fuerte y segura.

El funcionamiento de las corrientes de opinión tras los acuerdos de la Conferencia de Organización y Estatutos, y su posterior aprobación por el Comité Federal, hoy recogidos en las resoluciones del XXX Congreso, ha sido positivo para la recuperación del debate y la revitalización interna del PSOE. Es sabido que Izquierda Socialista considera el sistema de mayoría corregida un paso, y sólo un paso, hacia el reconocimiento de la proporcionalidad al que aspira, acatando escrupulosamente las resoluciones de los congresos, pero formulando la necesidad del voto por delegado en la crítica a la gestión, por ejemplo, o una votación que recoja los porcentajes reales.

Nadie podrá dudar la importancia de la contribución de Izquierda Socialista a que los congresos provinciales, de nacionalidad y de región, y el propio XXX Congreso Federal, hayan constituido un ejemplo de debate vivo, sereno y riguroso. Sin las ponencias de I.S., sus enmiendas y votos particulares, quizá los congresos hubieran discurrido de forma anodina reproduciendo las unanimidades de anteriores ocasio-

nes que proyectaron una imagen muy alejada de un partido participativo con capacidad de debate y con la flexibilidad interna suficiente para integrar mayorías y minorías en su seno.

El funcionamiento de las corrientes de opinión en el PSOE no ha hecho sino iniciar su andadura, pero debe afirmarse que los primeros pasos han sido lo suficientemente positivos como para mejorar y configurar un modelo de partido plural y unido, con respeto y cauces de participación para las minorías y donde hacia dentro todo, absolutamente todo, pueda ser sometido a debate.

Hay quienes, desde dentro, opinan que para que la sociedad española siga manteniendo la confianza en el PSOE hay que empezar inmediatamente a establecer mecanismos correctores sobre la política que se ha llevado a cabo en el pasado. En primer lugar, habría que

**Confundir partido
y Gobierno es un claro
reduccionismo de la acción
del partido y un flaco favor
al Gobierno.**

llevar a la sociedad la idea de que el partido y el Gobierno son instituciones democráticas distintas. Confundir el partido con el Gobierno es, a corto plazo, un claro reduccionismo de la acción del partido, pero al mismo tiempo un flaco favor al Gobierno. La acción y el horizonte del partido han de ser necesariamente más amplios que los del Gobierno, y cuanto más fuerte sea el partido, más implantación tenga y más independencia y autonomía, mejor servicio prestará al Gobierno mientras esté en el poder. El PSOE, obviamente, apoyará al Gobierno socialista porque es un Gobierno salido del partido que obtuvo la confianza del electorado concurriendo a los comicios. El partido debe apoyar, pues, al Gobierno y, por ello, exigirle que cumpla el programa. La sociedad ha de tener claro que el Gobierno es un Gobierno del partido y no puede seguir pensando por más tiempo que el partido es un mero instrumento de apoyo al Gobierno.

Por otra parte, un partido para la transformación social ha de tener objeti-

vos de mucha más envergadura y alcance que los sucesivos programas electorales con los que se concurra a las elecciones; y esos objetivos transformadores ha de llevarlos a la sociedad, sembrarlos para que den fruto; y, a la vez, el partido ha de tener los ojos abiertos y actuar como una esponja para recoger las alternativas, las ideas y los proyectos de colectivos tan llenos de futuro como los pacifistas, ecologistas, feministas, etc., dando a esos proyectos sectoriales un contenido de clase, alternativo y global.

Las posibilidades de afrontar el futuro estarán enormemente mermadas si la sociedad no confía más en el Partido Socialista que en el Gobierno socialista. El partido es el motor que garantiza la continuidad del proyecto socialista, en tanto que el Gobierno ha de afrontar proyectos y programas coyunturales circunscritos a legislaturas de cuatro años y a la lógica alternancia que marquen los resultados electorales y las posteriores alianzas. Además, ha de considerarse que los eventuales errores y torpezas cometidos en la ejecución del programa es el Gobierno quien debe asumirlos, debiendo el partido, en la medida de lo posible, no verse involucrado en las consecuencias y en el desgaste que se derivan del ejercicio del poder.

Debe desearse, sin duda, un partido para la transformación social y no un partido para la mera gestión del poder; pero hay algo más: si se quiere transformar la sociedad no puede limitarse el PSOE a ser una maquinaria electoral que satisfaga los estados de opinión actuales, previamente recogidos en encuestas y sondeos, sino que, con toda la moderación que tiempos difíciles como éstos exigen, debe incluirse en el Programa de Gobierno, pero sobre todo en las resoluciones de partido, aspiraciones y alternativas de claro contenido transformador y que vayan mucho más allá de un pacto con las condiciones sociales existentes. En caso contrario, ¿dónde estaría la vocación transformadora del

partido?, ¿por qué modelo de socialismo estarían apostando los socialistas? Satisfaciendo las demandas de una sociedad en buena medida derechizada, corporativista y desvertebrada; se está haciendo cualquier cosa menos socialismo. Y socialismo es, sin duda, lo que debe hacer el PSOE y no reformismo como objetivo final.

Cada vez es más claro que es preciso dar contenido político a los programas éticos, por la obligación de no defraudar expectativas y de no abandonar el horizonte hacia el que se dirige el socialismo. Lamentablemente suenan ya bastantes voces afirmando que el socialismo del Sur de Europa se muestra, en no pocos aspectos, como una experiencia decepcionante, hasta el punto de que las otrora denostadas socialdemocracias del Norte y Centro de Europa parecen haberse mostrado más serias, más eficaces y con un proyecto más sólido.

¿Es posible reconocer la equivocación? ¿Puede afirmarse que el llamado socialismo de los países del Sur de Europa es un proyecto quebrado? Si la respuesta fuera afirmativa debería intentarse reemprender el camino por otros derroteros. Sería preciso recuperar un sentido de partido de vocación transformadora que aspire por métodos democráticos a realizar la transición a una sociedad pluralista, porque no es concebible un partido que no se plantee como alternativa la necesidad de avanzar hacia un modelo social distinto y alternativo. Hay que afirmar que la meta es esa sociedad solidaria sin la existencia de explotadores y donde los hombre y mujeres sean dueños del fruto de su trabajo. Hacia esa sociedad se puede caminar a un ritmo más rápido o más pausado, pero lo absurdo sería dirigir los pasos en dirección contraria.

**El Gobierno
es un Gobierno de partido,
y no es el partido un mero
instrumento de apoyo
al Gobierno.**

Miremos ahora hacia el interior del PSOE. La militancia es cuantitativamente pequeña y deberían esbozarse campañas

capaces de atraer a nuevos militantes al partido, especialmente trabajadores, mujeres y jóvenes. Dichas campañas deberían tener cierto sentido de la imaginación y conocer los problemas específicos de estos sectores, así como invitarles a sumarse a un proyecto transformador.

Pese a la relación escasamente satisfactoria militantes-votantes, un buen número de los actuales afiliados al PSOE son el resultado de sucesivos aluviones, el último de los cuales tuvo lugar poco después del 29 de octubre de 1982.

Hay quienes, cada vez con mayor insistencia, afirman que a la sombra del poder, primero, y tras el 28 de octubre después, han sido muchos los oportunistas y tráfugas que han llegado no parece que a servir al partido sino a servirse del partido. Más aún, es posible que existan quienes consideren al partido del Gobierno como una oficina de colocaciones y quienes, en clara demostración práctica del principio de Peter's, aspiran a colocar parientes y afines, de un lado, y de otro, a ocupar neuróticamente puestos en las administraciones públicas.

Evidentemente, nadie deberá negar la necesidad de que en cualquier «Administración socialista» se haga valer el principio de la capacidad y fiabilidad políticas para incrementar la presencia del socialismo en las instituciones. Pero pocos serán los que no estén de acuerdo en que a los oportunistas, desideologizados y corruptos hay que desenmascararlos y echarlos, pues con sus trapicheos están mancillando la memoria histórica del socialismo y el prestigio de la propia organización. Sobre esta plaga son muchos los que han escrito palabras plenas de buen juicio, para cuyo enunciado no es preciso aludir a elevados y exquisitos argumentos. Basta dejarse dirigir por el simple dictado del sentido común. Quienes se comporten como negociantes, prevaricadores o corruptos no só-

Si se quiere transformar la sociedad, el PSOE no debe limitarse a ser una maquinaria electoral que satisfaga los estados de opinión.

lo no hacen socialismo sino que simplemente lo arruinan.

Es un valor la disciplina, y con disciplina han de cumplirse y hacerse cumplir los deberes, los programas y resoluciones. Pero el PSOE no será el gran partido que todo socialista desea si la democracia interna no se robustece día a día, si el partido no se abre más a la sociedad o si se configurase un modelo cesarista de dirección donde las órdenes de la cúpula sean en la práctica la ley y donde por negligencia, fervor, carisma, etc., existan hombres y mujeres que acepten esos mandatos a rajatabla y a ciegas aunque en ocasiones vayan contra sus convicciones más profundas. Quizá no es muy aventurado indicar que en algún tema de política internacional han podido ocurrir, tanto en el Pre-Congreso como en el XXX Congreso Federal, muchos desgarros producidos por la disociación entre las propias convicciones y la obediencia al líder, cuyas consecuencias últimas sería pronto aún evaluar.

Nadie pone en duda que resulta imprescindible el que exista una formación sólida en el seno del PSOE. Desde aquí, y con la mirada puesta en el futuro, no es válido dejar de leer a los clásicos del socialismo, porque sus enseñanzas siguen siendo fecundas. Sólo desde la frivolidad más vacía o desde la ignorancia más pertinaz se podría defender de hecho o negligentemente permitir que no se difunda y se debata en el interior de un partido como el PSOE el pensamiento de K. Marx, F. Engels, Pablo Iglesias, Besteiro, Largo Caballero, Araquistáin, Zugazagoitia, y de tantos otros, ampliando esos debates con los temas de mayor actualidad como la revolución tecnológica y sus consecuencias, la reconversión industrial, los medios de comunicación y su control, las nuevas formas de alienación, etc.; y junto a éstos, temas municipales, sectoriales de educación, sanidad... en cuya gestión está el partido implicado. Las finalidades son claras. En primer lugar, para que los mili-

tantes socialistas estén mejor y más críticamente preparados para defender al partido, al socialismo, en cuantos foros sean necesarios; en segundo lugar, para preparar a los militantes políticamente con vistas a la gestión socialista de la realidad pública, así como para la participación en movimientos vecinales, culturales, APAS, etc., recuperando la necesidad y el placer del debate, de un lado, y, de otro, la ilusión porque el partido sea una auténtica escuela de formación.

En otro orden de cosas, quizá deberían mejorar los canales de información interna, pues es un signo preocupante el que los militantes sólo puedan enterarse de las noticias relativas al partido y a las posiciones políticas del PSOE exclusivamente por la prensa. Los boletines de las federaciones, y *El Socialista*, quizá también podrían pasar a ser un instrumento operativo y eficaz al servicio de la dinamización interna y de la proyección externa del PSOE. Ahí pueden abrirse debates en los que sería realidad la participación abierta continua, tal y como sucede en las tribunas durante los períodos pre-congresuales socialistas.

En no pocas ocasiones se habla de que las Casas del Pueblo languidecen con una vida mortecina. ¿Por qué? Seguramente porque no se ofrece tarea política a los militantes. Da la impresión de que los recursos humanos del partido están clamorosamente desaprovechados. También se podría incrementar la ayuda y prestar más atención a las campañas y acción política que está desarrollando Juventudes Socialistas, quienes, por sólo mérito propio, están encontrando cada vez más eco en determinados sectores de la opinión pública.

Nos hemos referido más arriba a la posible o pretendida orfandad teórica del socialismo español; pero, huyendo de las recetas, hay que insistir en la labor terapéutica del esfuerzo, del trabajo y del debate, de la expresión oral y escrita, de las opiniones y del respeto a las minorías.

Fue Rosa Luxemburgo quien dijo que la libertad es el derecho de las minorías a defender sus opiniones. Y, desde luego, sin libertad de expresión de todos están las demás libertades claramente amenazadas. También parece clara la necesidad de volver a los clásicos, sin cuyo conocimiento y asimilación de ideología la aportación del socialismo a la posmodernidad será seguramente baldía. F. Engels, en carta a Bebel, en noviembre de 1892, formula unas ideas no sólo actuales sino que van más allá de la práctica de los propios partidos socialistas europeos y de los partidos que alguien, con cierto sentido del humor, ha calificado de pertenecientes al proto-socialismo: «Es absolutamente necesario que tengáis en el partido una prensa que no sea directamente dependiente ni de la dirección ni siquiera del Congreso del partido; es decir, una prensa que esté en condiciones, incluso, de criticar libremente, dentro de límites admisibles para el partido, la propia táctica y el propio programa».

Hoy asistimos al espectáculo de ver cómo es la izquierda la que intenta apoderarse de símbolos, ideas y referencias acuñados por la derecha.

Antonio Machado, quizá en uno de sus pensamientos más lúcidos, hablaba de que hoy es siempre todavía; y todavía se está a tiempo de practicar la herencia de los clásicos sin renunciar a imaginar respuestas actuales a problemas actuales.

Otra carta de F. Engels a G. Trier, en diciembre de 1889, pone el dedo en la llaga sobre el ejercicio de la crítica. Sin libertad de crítica el socialismo es realmente imposible. A este respecto, en esa carta, escribe Engels: «La vida y el desarrollo de cada partido son en sí tales que en su seno aparecen tendencias más moderadas y más extremas que se combaten mutuamente; si alguna de ellas excluye a las más extremas no consigue más que acelerar su crecimiento. El movimiento obrero se basa en la crítica más acerada a la sociedad existente; la crítica es el elemento vital de este movimiento. Si eso es así, ¿cómo puede él mismo sustraerse a la crítica, buscar la prohibición de la discusión?,

¿exigimos a los demás que nos otorguen libertad de palabra y la aboliremos en nuestras propias filas?».

La cultura de izquierdas

El PSOE es heredero de una cultura de izquierdas. La derecha, de hecho, ha vivido al menos ciento cincuenta años apoderándose de ideas, banderas y símbolos de esa cultura de izquierdas para construir una parafernalia, aparentemente atractiva, que ocultase su insolidaria defensa de intereses y su explotación, no por más refinada menos burda. Pues bien, paradójicamente, con honrosas excepciones, muchos intelectuales que deberían reclamar-se de esa cultura de izquierdas parecen haberse olvidado de ella. Y hoy asistimos al esperpéntico espectáculo de ver cómo es la izquierda la que intenta apoderarse de símbolos, ideas y referentes acuñados por la derecha. El resultado es la confusión y la pérdida de horizonte.

El abandono de esa cultura de izquierdas ha arrojado a algunos a un vacío teórico en medio del cual, irremediablemente, naufragan. ¿Quién pone orden en este desconcierto? Los hechos son tales, que hemos descubierto que se puede ser pacifista en el interior de la OTAN, internacionalistas estando en buenas relaciones con los «contras» nicaragüenses, y hasta generadores de empleo a través de los canales de la economía sumergida...

En este contexto, si a alguien se le ocurriera afirmar que es revolucionario, podría dar un susto mortal a socialistas que han encontrado en el progresismo la nueva doctrina redentora y el saber soteriológico que consolida, cual bálsamo de fierabrás, democracias y que, por si fuera poco, moderniza. Pero que tenga que ver este progresismo interclasista con el socialismo es otra triste paradoja más.

Sin pretender, ni

mucho menos, realizar un análisis exhaustivo del amplio y pregonante concepto de lo que en la actualidad se entiende por «cultura de izquierdas», esbozamos, en un esfuerzo de síntesis, algunos aspectos que consideramos claves y representativos para entender la necesidad de la lucha por la justicia en las sociedades actuales, que a nuestro juicio conforman el haz de referentes que definen un planteamiento ideológico-cultural de izquierdas.

¿Acaso ha desaparecido la explotación en nuestra sociedad? Si la explotación no ha desaparecido sigue vigente la lucha de clases, aunque haya que adecuar la reflexión de sus contenidos a nuevas situaciones para las que no son válidas recetas decimonónicas. De todos es conocida la importancia del lenguaje en relación a la expresión del conocimiento, y la relación intrínseca existente entre lenguaje y pensamiento. Wittgenstein, en su libro *Sobre la certidumbre*, ha puntualizado que los juegos del lenguaje cambian con el tiempo en una dimensión catafórica. En estas mismas coordenadas y parámetros se sitúan el esfuerzo encomiable de Habermas en *La reconstrucción del materialismo histórico* de reconstruir, adaptándose a las nuevas necesidades, el materialismo histórico desde una perspectiva simbólico-comunicacional. Es necesario adaptarse a los tiempos modernos y posmodernos, pero sin despojarse irresponsablemente del patrimonio de miles de hombres y mujeres que han dedicado su capacidad intelectual, su esfuerzo y su vida a avanzar hacia una sociedad socialista.

Si existe plusvalía, y si la plusvalía le es arrebatada al trabajador manual o intelectual, ningún liberalismo, ninguna ideología que pretenda perpetuar este estado de cosas, merece otra actitud que una contestación contundente desde una posición socialista.

**El socialismo tendrá
que arbitrar el esfuerzo por
desactivar el intento conservador
de ahondar diferencias culturales
para perpetuar las desigualdades.**

Si los socialistas son herederos de esa cultura de izquierdas estarán presentes en

las manifestaciones pacifistas, denunciarán al invasor de cualquier país o el minado a aguas territoriales propias. No se olvidará citar a ningún invasor ni agresor. Los herederos de una cultura de izquierdas son neutralistas, anti-imperialistas y, por ello, antibloques.

La cultura de izquierdas hará reflexionar, asimismo, a los sindicatos. Si quieren ser fuertes y potentes, consolidar la democracia y defender los intereses de los trabajadores, tendrán que mantener con fuerza su independencia.

La cultura de izquierdas, que no sólo es heredera del legado de Marx y Engels sino que también engloba, por ejemplo, los postulados del Manifiesto Russell-Einstein, junto a las aportaciones de todos los teóricos socialistas del pasado y presente, considera hoy como una prioridad la lucha por la paz y el desarme. Todos aquéllos que se sienten portavoces y miembros de la cultura de izquierdas asumen un discurso opuesto a los bloques militares, y son plenamente conscientes de a dónde conduce la estrategia de la disuasión por el terror, del incremento desconsiderado de los presupuestos de defensa, de las industrias directa o indirectamente ligadas a la fabricación de armamento y de su exportación, y también del significado de los riesgos y amenazas nucleares que para nuestro país comporta la permanencia en un bloque militar.

Desde una visión de izquierdas es preciso observar que el ocio se convierte en un espacio conflictivo y problemático de la sociedad posindustrial, donde hunden sus raíces las industrias de la comunicación

social (cine, radio, prensa, televisión, libros, discos, etc.), hasta llegar a constituirse en el eje de la tecnocultura contemporánea, con las secuelas posibles de deshumanización y alienación.

Una cultura de izquierdas deberá posicionarse frente a la relación hombre-electrónica. La antropotrónica tendrá que contemplar en el futuro las nuevas dimensiones de la relación hombre-trabajo-ocio, desde la perspectiva tanto del uso de la tecnología como la de salvaguarda de la capacidad de creación humana y del disfrute por parte de todos de los avances técnicos. De tal manera que, a modo de ejemplo, habrá que contar con el televisor como célula activa de la sociedad telemática.

A todo ello el socialismo deberá naturalmente dirigir su sentido de transformación social para conseguir, desde la sociedad de la informática y telemática, la participación real de los ciudadanos en la creación de un modelo social liberador y desalienado; de igual forma, desde una posición de izquierdas, el socialismo tendrá que arbitrar el esfuerzo por desactivar el intento conservador de ahondar diferencias culturales para perpetuar las desigualdades.

La reflexión que contienen estas páginas es una adaptación, para ser publicada en *Leviatán*, del documento interno de la corriente de opinión del PSOE, Izquierda Socialista, que, con el título de «El socialismo que defendemos y el socialismo al que aspiramos», fue asumido por los integrantes de I.S. de Madrid. Quienes firman estas páginas fueron los coordinadores del amplio equipo de redacción que colaboró en su elaboración.

clandestinidad, y los juicios y condenas de los luchadores por la libertad y la democracia en nuestro país nos eran más próximos y dolorosos.

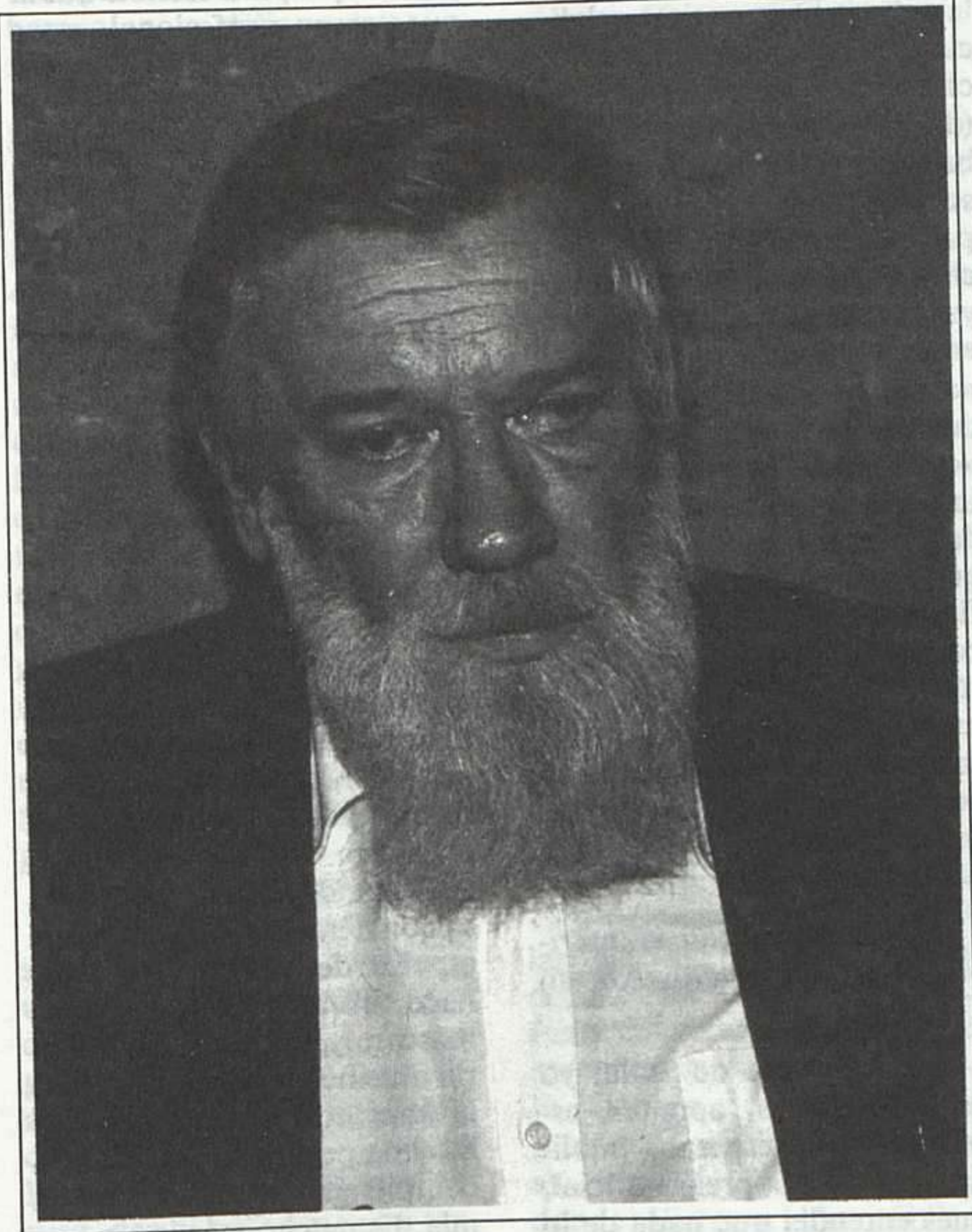
Han pasado muchos años, pero la crítica al bloque soviético, al modelo de sociedad soviético, aunque ya no se tache sin más de reaccionaria o revisionista, ni se califique de progresista toda alabanza, sigue siendo una actitud sospechosa.

Algo ha cambiado, es cierto. Pero, ya sea por pragmatismo, porque «aquello queda lejos», o por falta de memoria, o porque los viejos amores nunca dejan de doler, se ignora, o en el mejor de los casos se mira con prevención e incomodidad, a los críticos, incluso a los testimonios críticos del «socialismo real», a los disidentes.

Entre tanto la disidencia, monótona, incansable, pesadísima, sigue balbuceando a nuestros oídos frases sobre «derechos humanos», «millones de muertos», «clínicas psiquiátricas», «campos de concentración»... y repitiendo una y mil veces «¿por qué?, ¿por qué?»...

Eso es lo que nos llega y en eso queda. Cuando a nuestro entender —con todos sus histriones y profetas, plañideras y guerreros— hay mucho que aprender de la disidencia.

Oigamos, pues, a la «otra parte», a un hombre que no quería ser disidente ni representante de nada, sino sencillamente diferente; conozcamos a un «personaje negativo» de la realidad soviética, para así, desde un prisma distinto, acercarnos más a ella.



ANDREI SINIAVSKI

Han pasado casi veinte años desde que los nombres de Abram Terts (seudónimo de Andrei Siniavski) y Nikolai Arzhak (el de Iuli Daniel) aparecieron en la prensa. El juicio y las condenas de estos

dos escritores soviéticos clandestinos que osaron publicar sus obras en el extranjero provocaron reacciones de repulsa y protesta en el mundo occidental¹. Pero en España eran años de dictadura, de otra

Andrei Siniavski, que actualmente vive en Francia donde da clases, escribe y da conferencias sobre cultura y literatura rusa y soviética, es conocido en los medios intelectuales tanto por su obra literaria² como por la resuelta defensa de los auténticos valores culturales de su pueblo. De su obra, de su vida, de su concepción del arte, de su visión de la realidad cultural y social soviética y occidental nos habla en esta entrevista.

Es un hombre mayor, avejentado, de sólo 59 años, barba y pelo blanco, mirada perdida, hablar titubeante al iniciar las respuestas y luego, encontrado el hilo, pausado, vehemente.

Junto a él María Rózanova, su mujer, de vez en cuando interviene y «corrige».

Sentado en el borde de la silla, fumando sin parar, Siniavski dirige su oído «bueno» a la entrevistadora y pregunta mirando al magnetofón: «¿ya se puede?».

—Sobre la biografía de Siniavski, en fin, en pocas palabras: tuve una infancia revolucionaria, unos ideales revolucionarios, una familia pobre, una concepción idealista de las cosas: la revolución mundial era el ideal del futuro; el comunismo, el objetivo principal por el que uno se debe sacrificar... Igual que mi padre, que sacrificó toda su vida por la revolución... Luego entré en las juventudes comunistas, después vino la guerra. No luché en el frente, aunque sí me enfrenté con la vida real y empecé a distanciarme de aquella visión color rosa de la vida. Más tarde entré en la universidad y allí sí... Las tesis del Comité Central

(contra «el servilismo frente a la cultura burguesa»), y el discurso de Zhdánov contra Zóschenko y Anna Ajmátova (dos escritores que no encajaban en el cauce del «realismo socialista»), representaron para mí un duro golpe. La lucha contra el cosmopolitismo, ya sabe (el giro nacionalista en la cultura y «antitista» y «antisionista» en la política; de hecho la mayoría de los «cosmopolitas» resultaron ser judíos), los ataques contra todas las corrientes artísticas que yo más admiraba y, en fin, la sensación de que el arte como tal se había acabado, todo ello trajo consigo que mis ideales políticos comunistas entraran en contradicción con mi idea de la cultura, con mis ideales estéticos.

—¿Cómo surgió el escritor? ¿Cómo nació Abram Terts?

—Ya en vida de Stalin yo escribía cositas, apuntes, esbozos que no esperaba publicar nunca en la prensa oficial, pues entendía que nada de lo que escribía podía caer por ninguna de sus puertas. Ni por el estilo, que era grotesco, expresionista, ni por los temas, claro.

Me hice crítico literario, colaboré con *Novi Mir*, la revista de Tvardovski³. Allí empecé a tener mis disgustos, de poca monta, por supuesto. Por ejemplo, tras el asunto de Pasternak me echaron del Instituto. Pero éste era el destino normal de todo crítico de ideas abiertas...

...Yo tenía un programa mínimo, leer libros, y otro máximo, escribirlos. Por la experiencia de mi padre, que escribía novelas, obras de teatro, pero muy flojas, com-

prendí que para escribir había que ser un profesional, estar dentro de la literatura y no sentarse un día y empezar a verter sobre el papel tus vivencias, tu vida, como lo hacía mi padre... Por otro lado, viendo el panorama de la literatura estalinista de entonces, vi que aunque me retorcieran el cuello no podía ni quería pertenecer a ella... Y allí aparece Abram Terts. Doy ese paso arriesgado de enviar mis cosas al extranjero... y desde entonces vivimos bajo la amenaza de la detención.

...Abram Terts nace cuando Siniavski comprende que no puede existir como escritor soviético, cuando se da cuenta de que tampoco «escribir para el cajón» tiene sentido, es decir, cuando la labor literaria se convierte en riesgo, en una especie de crimen. Entonces nace Abram Terts, nace la máscara... una máscara literaria que incluso físicamente me la imagino distinta a mí, como una persona de apariencia completamente diferente a la mía. Es mucho más joven que yo, escuálido, sin barba, claro, con unos bigotitos, una gorra de visera calada hasta las cejas, las manos en los bolsillos de los pantalones, los andares cautelosos de un ladrón. Es un tipo astuto, con ojos de lince, delgado, rápido, siempre preparado a saltar, a reaccionar de pronto. Lleva navaja, claro. La misma expresión de A. T. suena para mí como una cuchillada en el costado... De modo que ya ve, en ruso Abram (Abraham) suena muy rebajado, muy vulgar, lo cual corresponde en cierto modo a mi estilo, y Terts, al menos para mi oído, suena como una cuchillada en el costado. Así pues elegí un seudónimo con el que se relacionan estos dos aspectos

tos: primero la referencia al hampa, a la delincuencia, y segundo, a la cuestión judía. Y yo me sentía muy bien con los dos. Por un lado, para el poder soviético yo era un delincuente, incluso peor que un ladrón, y, por otro, era un judío, un perseguido... Tanto María como yo nos formamos a finales de la época estalinista, en los tiempos de la lucha contra los llamados cosmopolitas, contra los judíos... El caso de los médicos asesinos nos conmocionó (un proceso montado contra los médicos, en su mayoría judíos, que según la acusación querían eliminar a toda la cúpula del poder; proceso que se vio interrumpido con la muerte de Stalin)... El tema judío era algo muy doloroso...

...Por lo demás, con mi seudónimo daba la vuelta a una tradición extendida. Muchos de los escritores judíos se ponían seudónimos rusos y además biensonantes, del tipo de Mijaíl Svetlov o Eduard Bagritski. En cambio yo, un ruso, decidí buscarme uno tan repulsivo como *Abram Tert*s.

—*Por fin lo detienen, lo juzgan y lo condenan a siete años de campos de concentración. ¿Puede hablarnos del juicio?*

...Casi todo lo cuento en *Buenas noches*... Antes del juicio pasé por los interrogatorios... Ellos lo sabían todo. Ya hacía un año que a los dos, a mí y a Daniel, nos habían instalado micrófonos en casa, y a pesar de que lo sabíamos siempre se te escapaba algo. El hecho es que lo sabían todo, especialmente por sus contactos en Occidente. Así que nos detuvieron. Era ridículo mantener durante largo tiempo que yo no era yo,

de manera que desde el principio me decidí por la siguiente postura: «sí, éste soy yo, pero no me reconozco culpable». En eso me quedé y me mantuve. Es decir, yo no creo que la literatura pueda someterse a juicio, pueda considerarse como objeto de delito. Por cierto, muchos interrogatorios se desarrollaban como auténticas discusiones teóricas, largas discusiones —porque la cosa duró días y días— con el investigador en las que cada uno intentaba pescar al otro... No, no hubo torturas físicas.

—*¿Ni físicas ni psicológicas?*

—Psicológicas sí las hubo. Las hubo, claro. No paraban de amenazarme: «vamos a detener a tu mujer» o «el crío la va a palmar». Psicológicas sí las hubo. O «de lo que digas depende los años que te den». Pero físicas no, ninguna. Se comportaban con todo respeto. Dormía y lo demás. Porque tenían miedo. Eso ocurría al poco del XX Congreso, donde salieron a la luz pública aquellos métodos... Me acuerdo que en uno de los interrogatorios se me acabaron los cigarrillos y pedí uno. Entonces uno de los chequistas, porque al principio eran muchos, casi una decena de personas, me dice: «No ve, Andrei Donátovich, que si se comportara de otro modo tendría tabaco y todo lo que...». A lo que yo le contesté con calma: «¡Ah!, ¿resulta que me quieren presionar? Entonces no hace falta. No fumaré». Todos se levantaron y: «Pero, por Dios, Andrei Donátovich, qué dice, tenga, tenga un cigarrillo». Tenían miedo, entiende. No había ninguna forma física de tortura. Sólo trabajaban con la lógica y la presión psicológica.

Del juicio... Allí estaba tranquilo. Pero el juez no me dejó decir nada. El juez era en realidad un segundo fiscal, aún peor..., al principio me sentía tranquilo, intentaba polemizar... Además estaba el acusador público... Pero cuando pude intervenir lo hice en términos muy contundentes... El hecho es que yo estaba furioso y por eso aparecí como el peor...

Los dos estuvimos en Mordovia (región de Rusia Central sembrada de campos de régimen especial), pero siempre en diferentes campos. Nunca nos dejaron coincidir... Siempre lo han hecho así: juntar a los enemigos y separar a los amigos.

De modo que estuve en Mordovia, en tres campos diferentes... De Moscú enviaron la orden de «emplearme sólo en trabajos físicos pesados».

...Sí, tuve varios trabajos, pero siempre fueron duros. Primero me pusieron a hacer cajones. Había que cumplir una norma muy alta... Nunca he hecho trabajos físicos, ni siquiera he hecho deporte. Ahora da risa recordarlo. Al principio nunca cumplía la norma. En el campo por tu trabajo te corresponde un sueldo, miserable, claro, pero era un sueldo. Por ejemplo, durante mis tres primeros meses lo que ganaba no me alcanzaba ni para un paquete de tabaco. Mi primer sueldo fue de 47 cópecs. Piense que cuando me detuvieron yo ganaba 300 rublos.

Fue realmente muy duro. Mi segundo trabajo fue recoger viruta. Recogerla y cargarla. Sólo se podía trabajar con máscara, si no te ahogabas,

pero la máscara era mala, no te dejaba respirar... Luego fui barrendero... Lo único que intentaba evitar siempre era trabajar en algún torno o máquina. Me considero del todo negado para las máquinas, para cualquier mecanismo... Y, finalmente, los tres últimos años tuve un trabajo que yo llamaría bueno. Hice de cargador. Era muy duro, es verdad, pero era bueno, porque, cómo le diría, trabajaba a ratos. Por ejemplo, llegaba un camión, lo cargaba o descargaba como podía, pero luego quedaba libre, y mientras esperaba la carga siguiente escribía. O, si trabajaba por la noche, tenía todo el día siguiente para mí.

Era un trabajo muy duro, pero a mí me iba bien... Fui cargador... Y, otra anécdota, en los papeles que tuve que hacer para marcharme al extranjero, en el apartado de «título académico» ponía «doctor en filología», y en el de «última profesión»: «cargador».

(Siniavski habla de los campos de «criminales de Estado especialmente peligrosos», sobre los prisioneros que allí había: «el asesino de un presidente de koljós, el autor de una octavilla ¡Abajo el PCUS!, estaban allí todos los guerrilleros ucranianos, algunos policías de los alemanes, un grupito de los llamados «beristas» —colaboradores de Beria—... todos ellos considerados como comunes, aunque no lo fueran...» y pasa a contar su «liberación», uno de los muchos episodios tragicómicos que tanto tienen en común con las fantasmagorías «tertsianas».)

—Un día me llamaron, «que me presentara con todas

mis cosas». Así era, cualquier día sin más te llamaban y te enviaban Dios sabe a dónde. Pero en esta ocasión ni el jefe de la policía del campo sabía nada. «¿A dónde lo llevan?», me preguntó para mi asombro. El hecho es que fui a parar a Potma, prisión de tránsito y centro de distribución de todos los campos de Mordovia. Llegó la hora de comer y no me dieron nada. Porque me liberaron de una forma muy extraña. Como se aclaró más tarde, tampoco el director de la prisión sabía nada...

En Moscú a María la llamaron y con mucho secreto le dijeron que «podía ir a recoger a Siniavski». Cuando María llegó a Potma fue a ver al director de la cárcel, una persona bastante cruel, por cierto, y éste le dijo: «Sí, Siniavski está aquí, pero no puede verlo. Y eso que dice usted de que en Moscú le han informado de la liberación de su marido, eso es imposible. Esas cosas no pasan y además es imposible. De modo que ya puede volverse a casa».

Pero luego supongo que llamó a Moscú y dio permiso a María para verme. Y cuando la vi me dijo con una sonrisa: «Creo que te van a soltar».

Luego tenían tanta prisa en liberarme que me dejaron con todos mis harapos de campo puestos. Es algo increíble porque generalmente te dan un traje nuevo... Lo tengo todo en París: el chaquetón, el gorro... una ropa que daba vergüenza verla... llena de alquitrán, pringosa... Y así viajé a Moscú, en un vagón de lujo y con mis harapos.

Aquel tiempo lo recuerdo como una enorme conmoción. Por cierto, todo aquello

de algún modo me ayudó psicológicamente a emigrar, por raro que pueda parecer.

Cuando me liberaron, aquello fue un «shock» mucho más fuerte que el arresto, porque la detención me la esperaba.

El hecho de que me cogieran y me llevaran como una cosa a otra parte me hizo comprender que podían hacer con una persona lo que les pareciera.

...Lo que se les antojara: un día estás en el campo y al siguiente ¡zas! y en libertad, pero luego ¡zas! te agarran por el cuello y de nuevo al campo o a la cárcel. De modo que el hombre no es nada, eres un ser impotente, no eres nada. Por un lado yo ya no era un detenido, me habían puesto en libertad, pero al mismo tiempo no era nada. Podían hacer conmigo lo que quisieran. Y por eso, cuando se presentó la oportunidad de emigrar, me dije: la emigración es, claro está, algo muy duro, pero, ¿quién me asegura a mí que mañana no me meterán de nuevo entre rejas? Al menos allí (en el extranjero) podré seguir escribiendo. De modo que, psicológicamente, me resultaba indiferente dónde estar. En mi fuero interno estaba tan furioso que todo me daba igual.

Y ha de saber que tuvimos suerte. Vivíamos muy bien. María aprendió el oficio de joyero... Cuando me detuvieron, a ella la echaron del trabajo; daba clases en el Instituto de Cinematografía de Moscú. Al principio lo pasamos muy mal...

—¿Cuándo a usted lo detuvieron ya había nacido el hijo?

—Sí, tenía ocho meses... Pero luego, de crítico de arte se convirtió en artista, bueno, artesana, joyera. María trabaja muy bien con las manos. Se puso a hacer joyas y, por cierto, con gran éxito... Hacía anillos, pulseras, pendientes... Y lo curioso es que con eso se gana muchísimo dinero. Porque las mujeres son mujeres en todas partes, les gusta adornarse. Y en Rusia hay muy poco de todo esto.

De modo que durante aquellos dos años María traía el dinero a casa y yo continuaba escribiendo. Mi situación entonces era muy curiosa: volvía a escribir, pero sabía que no podía hacerlo. Fue entonces cuando escribí *La voz del coro*. Es una novela que escribí en el campo...

—¿Cómo?

—La cosa fue así. Yo en el campo tomaba notas. Teníamos derecho a escribir dos cartas al mes. Pero la extensión de las cartas no estaba limitada. Como en el campo hay continuos registros, constantemente se controla lo que haces, lo que escribes, se me ocurrió lo siguiente: comencé a escribir cartas en forma de diario. Es decir, en los ratos libres escribía un poco y lo copiaba en veinte trozos. O sea que en realidad no se trataba de una carta, sino de fragmentos de una obra. Así comencé a escribir sobre Pushkin. Algunos trozos trataban del paisaje, otros eran completamente abstractos... La censura del campo no se enteraba de nada, porque, ¿qué busca la censura?: que no se hable de política, que no se escriban quejas...

—Pero, ¿cómo lo hacía?

—¿Cómo? Pues empezaba una carta convencional: «Querida Masha, espero que estés bien...» y luego metía un fragmento sobre Pushkin, o sobre el paisaje. Pero este fragmento ya era un párrafo del libro. De modo que a lo largo de estos cinco años y pico se fue acumulando todo ese material. María recibió todas las cartas. Y cuando regresé, lo primero que hice fue coger mis cartas y extraer de ellas todos aquellos fragmentos. Así escribí *La voz del coro*.

—Dice usted que fue justamente en el campo donde se encontró con el auténtico pueblo ruso.

—Por diversas circunstancias de la vida siempre me he encontrado en estrecho y constante contacto con gentes a las que acostumbramos a llamar pueblo —pueblo llano—. He trabajado en koljoses, he estado en el ejército —tres años— y más tarde mi mujer y yo hemos viajado mucho por el norte de Rusia. Es decir, no he vivido aislado en un medio puramente intelectual y tenía una idea clara de lo que era el pueblo. Y, no obstante, en el campo se produjo un encuentro con el pueblo que me impresionó y enriqueció mi experiencia. El hecho es que el campo es un mundo donde el pueblo aparece de forma concentrada, donde se encuentran detenidas personas fuera de lo común, gentes de una vida muy peculiar. La mayoría de las veces son personas muy inteligentes, que piensan.

A pesar de haber entrado en conflicto con el Estado, estos hombres no eran detenidos políticos, en la mayoría

de los casos no tenían nada de políticos. Aunque lo cierto es que descubrían el rostro del pueblo desde distintos ángulos: en el aspecto histórico, en el plano biográfico... Eran, por ejemplo, gentes que habían huido de la URSS en diversas épocas y luego, bien engañados o por nostalgia, habían vuelto e ido a parar a los campos, o gentes que habían colaborado con los alemanes, entre ellos auténticos monstruos sobre cuya conciencia pesaban decenas de muertos, aunque a veces personas completamente inocentes que habían aceptado colaborar con los alemanes. También miembros de diversos movimientos guerrilleros surgidos antes, durante y después de la guerra mundial en Ucrania, en los países bálticos... Y, finalmente, fieles de diferentes sectas religiosas e iglesias, personas de profundas convicciones morales que habían sacrificado sus vidas por sus ideas religiosas...

(Cuenta Siniavski nuevas historias «increíbles»: la de un anciano, único superviviente de una familia de «viejos ortodoxos» que vivió aislada en Siberia desde los tiempos de la revolución y que fue descubierta desde un helicóptero por una expedición de geólogos; la de otro viejo de una secta clandestina «que se había pasado un total de cuarenta años en el campo. Lo detuvieron por primera vez en el 19. Y el hombre me decía con una sonrisa amarga que Dios se había apiadado de él concediéndole la gracia de no haber conocido casi aquel maldito régimen soviético».)

...Estas sectas son muy interesantes y se remontan a tiempos muy remotos. Siempre me ha interesado el pro-

blema de la fe popular rusa. Todas estas sectas no se conocen porque viven en clandestinidad. Pero de vez en cuando los pescan los «chequistas» y los encierran en los campos. Aunque otros siguen su vida clandestina. Y cuando los vuelven a dejar en libertad regresan a sus catacumbas.

En suma, vi un mundo colosal y muy abigarrado. Además yo tenía una gran ventaja: siempre me han tratado bien en los campos. Los jefes, mal; pero los detenidos, muy bien. Para los presos el que yo hubiera salido en los periódicos era la mejor recomendación. La prensa escribía que *Siniavski*, este ser malvado, escribía obras prohibidas que enviaba al extranjero. Por lo tanto, para los presos aquellas obras debían ser buenas y decir la verdad. Y por esto se me tenía un gran respeto: mira, un escritor que han metido en la cárcel. Sabían además que yo no era de los que van a contar lo que ellos me decían, y por eso me contaban su vida. Por otro lado, cuando un hombre lleva mucho tiempo encerrado necesita hablar con la gente, contar sus cosas. Algunos me decían: «tú, que eres escritor, a lo mejor escribes sobre esto». De modo que me vi abrumado de relatos e historias sobre los campos.

Y al mismo tiempo se me produjo la impresión de que el pueblo ruso, y no sólo el ruso, que los pueblos que habitan la URSS son gentes de un gran talento y pueden dar frutos maravillosos en el mundo de la cultura, en la vida intelectual y espiritual. En una palabra, si se me permite el tono elevado, recobré la fe en mi pueblo, fe no en el sentido de que podría algún día libe-

rarse y lograr una vida feliz en la URSS, sino en el de que seguiría creando en el plano cultural una vegetación interesante, atrayente... e incluso en el plano de la fantasía, porque toda aquella gente tenía una vena fantástica extraordinaria, si la comparamos con la aburrida norma media soviética. Y si calamos aún más hondo, nos encontramos con una tierra todavía viva que podrá crear algo.

Quiero decir que en el plano de los cambios socio-políticos en la URSS soy pesimista, es decir, no creo en una pronta liberalización, no creo en las buenas intenciones del Estado, estas intenciones no existen en absoluto, el sistema mismo es muy conservador y si cambia lo hace con extrema lentitud. Pero en lo que se refiere a las posibilidades culturales de este pueblo, a sus posibilidades creativas, yo las he descubierto y he creído en ellas justamente en el campo de concentración. Esto no se producirá necesariamente en forma de espléndidas obras que se editarán en enormes cantidades, no, sino lo importante es que la vida de la cultura sigue.

—¿Qué impresión le produjo Occidente?

—Las impresiones fueron muy diversas. La primera, que es la impresión general de los rusos que llegan a Occidente, es la sensación de fragilidad de las democracias occidentales, que un poco más y las tropas soviéticas entrarán, al menos en Europa. Esto se ve especialmente en países como, por ejemplo, Italia.

Al poco de salir de Rusia nos invitaron a Roma y todo comenzó con un episodio tra-

gicómico. Volábamos a Roma cuando de pronto nos informaron por los altavoces de que el aeropuerto no nos daba permiso para aterrizar porque el personal estaba en huelga. No sabíamos bien si podíamos volver a París... en fin, era una sensación extraña, absurda. Entretanto el avión seguía dando vueltas y más vueltas sobre la ciudad. Hasta que por fin acabó la huelga y nos dejaron aterrizar. Si hasta los aeropuertos hacen huelga, nos decíamos, ¿qué podía venir luego?... eso era el desmoronamiento definitivo.

Pero con los años llegas a la convicción de que estas democracias de apariencia tan frágil en realidad son más elásticas de lo que se podía suponer y que además su fuerza no se debía a las armas o a su poderío industrial, sino ante todo a la solidez de su propia estructura. Existen en ellas unas ciertas células, que son muchas y están relacionadas entre sí, y por esta razón la sociedad se sostiene independientemente de los cataclismos o de los procesos dramáticos que la pueden sacudir.

Justo después de la guerra, hacia el año 46 o tal vez más tarde, en el 48, yo, y no sólo yo, los lectores de la prensa soviética estábamos perplejos ante aquella especie de orgía política que se estaba produciendo entonces en Francia, cuando el gobierno cambiaba cada mes, y teníamos la sensación de que de un momento a otro Francia iba a desmoronarse. Si en la URSS hubiera pasado algo parecido, el país sería un completo caos. En cambio Francia seguía existiendo; es decir, la sociedad tal vez exista independientemente del gobierno de turno y

quizá por eso no se desmorone.

Luego ya en Occidente me convencí de cómo la gente aquí está digamos que soldada, no en el sentido del colectivismo, sino en el del interés recíproco entre sus distintas partes, por ejemplo, entre la ciudad y el campo, o entre las distintas profesiones y especialidades. Y me vino a la cabeza esta imagen: que la estructura occidental recuerda un panal de abejas. Se trata de una construcción muy ligera, pero, según afirman los físicos, es a la vez muy sólida, porque todas sus celdas están unidas entre sí por muchas uniones. Una estructura así no se da en la URSS. Si en la URSS se retiraran todas las medidas represivas que aplica el gobierno a su población, empezaría un movimiento digamos que caótico, en fin, se produciría una especie de anarquía... Porque en la URSS la gente está de hecho muy poco interesada en su trabajo, en su profesión, y si el gobierno no presionara constantemente y no mantuviera un enorme control, la sociedad se convertiría en una papilla amorfa...

...Yo tengo otra imagen del tipo del panal. El sistema soviético no tiene estructura. La sociedad soviética se parece a un saco. Un saco fuertemente atado, lleno bien de polvo, bien de oro —aquí las opiniones divergen, unos dicen que está lleno de mierda, otros de pepitas de oro—. El caso es que el asunto se mantiene porque el saco está fuertemente atado. Pero si lo desatamos o lo agujereamos, todo eso se deshará, se desmoronará, porque no tiene unos enlaces internos. Este fenómeno (la pérdida de la cohesión inter-

na) se produjo especialmente tras la colectivización, cuando el pueblo fue arrancado de la tierra y perdió todo interés por trabajar unas tierras que no eran suyas. Por eso estas estructuras, que por lo general articulan la sociedad independientemente del gobierno, están rotas. La sociedad soviética sobrevive gracias al control, a la presión del poder del Estado. En cambio, en Occidente las cosas son diferentes. Después de vivir cierto tiempo en Occidente llegas al convencimiento de que el mundo occidental es vivaz.

Otro aspecto importante de nuestra relación con Occidente es el poder haber satisfecho lo que se podría llamar la nostalgia por la cultura occidental, actitud heredada de la antigua *intelligentsia* rusa. El hecho es que todos nosotros desde niños leemos libros, vemos películas y nos imaginamos en rasgos generales el mundo occidental, pero la gente no tiene la posibilidad de conocer todo esto con sus propios ojos, y surge entonces una especie de angustia, una situación en cualquier caso trágica: un hombre conoce, por ejemplo, la cultura, la lengua francesa, se dedica a ello, pero nunca ha estado ni podrá visitar ese país. Si es que no se encuentra entre los privilegiados, claro. He conocido el caso de un especialista en arte japonés que nunca ha estado en Japón. Estos casos son muchos.

—¿Hasta qué punto literatura y disidencia van unidas?

—En efecto, entre la literatura no sometida a censura y la disidencia existe una relación estrechísima, y ésta radica en primer lugar en el fenómeno de la propia disidencia,

que no es, claro está, ningún partido ni nada parecido, es en realidad un proceso de pensamiento. Es pensar, es hablar y, claro está, escribir; pensar en primer lugar sobre los destinos de tu propio país, de tu pueblo.

Ello se explica también por el hecho de que la disidencia, el proceso, se desarrolló después del 56, cuando el propio Estado hizo públicos los colosales crímenes que se cometieron en la época de Stalin, pero sin ofrecer ni poder ofrecer ninguna explicación, ni social ni cualquier otra. Sí, hubo un tal señor Stalin que fue muy malo y por esto sucedió lo que sabemos. No sé cuantos millones de personas exterminadas y ninguna explicación. Después de un hecho así la gente no puede quedarse como si tal cosa, seguir creyendo en el partido por el simple hecho de que éste haya jurado que a partir de ahora estas cosas no pasarán y que todo estará en orden. La gente dejó de creer en juramentos que nunca se han cumplido y se negó a seguir viviendo en contra de su conciencia. Además la responsabilidad de todo lo sucedido también recaía sobre el pueblo, aunque fuera por haber callado o apoyado «unánimemente» las represiones. Y de ahí nació el deseo de pensar por sí mismos y de escribir. De hecho las primeras obras trataban justamente de este tema, como, por ejemplo, la novela de Grossman *Todo fluye*, que fue un intento por comprender qué era lo que había pasado, quién había tenido la culpa de todos aquellos crímenes.

Por otro lado, la literatura disidente no puede imaginarse sin el *samizdat* («autoedición»), copias principalmente

a máquina de manuscritos y libros prohibidos o no editados en la URSS). El *samizdat* nació con la copia de poesías imposibles de obtener, de comprar. Luego todo esto se extendió, y por eso mismo el fenómeno de la disidencia está relacionado con la obtención de ciertos libros, materiales, y con su distribución; pero no como una actividad premeditadamente delictiva, sino en el sentido de que cualquier persona que ha leído un libro interesante desea compartir su descubrimiento con sus amigos: lo ha leído y lo ha dejado a un amigo. Se trata de un hecho natural, por eso a la KGB le cuesta tanto luchar con el *samizdat*. Claro que se detiene a mucha gente, pero es un proceso imposible de frenar, es algo imposible, porque es imposible arrestar a todo el mundo. Y además es un proceso irreversible. Aunque el movimiento democrático, el movimiento en favor de los derechos del hombre está prácticamente destruido, la disidencia en el sentido amplio de la palabra continúa existiendo y muy a menudo en su forma literaria. Los libros circulan, en proporciones limitadas pero siguen circulando, los manuscritos siguen llegando a Occidente... de modo que es algo imposible de detener.

—¿Podría hacer un breve balance de la literatura disidente?

—Entre los escritores disidentes hay, claro está, nombres notables, entre ellos algunos conocidos como Solzhenitsyn, el más destacado. Yo personalmente valoro mucho su obra, en particular la más temprana, como también su *Archipiélago Gulag*. Pero, como dice María, Solzhenitsyn

se encuentra en una situación muy difícil porque empezó por su mejor obra: *Un día de Iván Denisovich*. Es muy difícil superar una obra así... Pero con el Solzhenitsyn posterior yo personalmente tengo mis diferencias. Tanto con sus opiniones sobre Rusia, como con sus obras, como esos «nudos» que escribe en su *Rueda roja*. Por ejemplo, la última versión de *Agosto del 14* es peor que la anterior. La obra de Solzhenitsyn se ha convertido en un intento de confirmar sus propias teorías de la historia rusa, en una deformación de la historia. Incluso su teoría de la revolución es discutible. El viene a decir que la revolución (rusa) fue obra de un grupúsculo de gente malvada que se dedicaron a enturbiar las aguas pacíficas de Rusia, que la revolución era algo evitable...

—¿Y de otros escritores?

—De entre los demás destacaría a Vladímov y su *Fiel Ruslán*, escrito en Rusia y publicado fuera. Otro escritor interesante es Voinóvich con su *Chonquin*. Aparecen también escritores jóvenes que hace poco se han publicado en Occidente como Limónov o Sasha Sokolov.

También en la URSS hay autores interesantes. Algunos de ellos se publican censurados en el país y en versión íntegra en Occidente, como Fazil Iskander con su *Sandro de Chequem* y Andrei Bitov y su última obra *La casa de Pushkin*. Bulat Okudzhava es otro de los novelistas y poetas interesantes, como lo son una serie de escritores, Rasputín y otros, que escriben sobre el campo y los campesinos.

—¿Qué autores occidentales le interesan o le han podido influir?

—Más que de influencias yo hablaría de coordenadas o puntos de referencia. Cada persona, y más si se trata de un escritor, tienen sus autores preferidos, pero no necesariamente lo son porque literariamente sean próximos o te hayan influido. Hay una serie de nombres que leo y releo, aunque a veces se trate de autores alejados de mí. Por ejemplo, admiro a Merimée, sencillamente por su sentido de la forma. La literatura occidental es un mundo muy amplio, pero puedo citar a Poe; en poesía, a Beaudelaire; por raro que parezca, me gusta Céline, aunque de él sólo he leído su *Viaje al fin de la noche*. Pero la figura que me es más próxima, por la que siento más afecto, es el romántico alemán Hoffmann, del que destacaría el que hubiera unido la fantasía con la realidad más baja, creando este choque de ambos planos. Y junto a Hoffmann me viene a la mente otra figura, Gógol, autor capital no sólo para mí. La tradición gogoliana se ha mantenido en el siglo XX, especialmente en el modernismo, en Andrei Beli y en especial en Mijaíl Bulgákov.

—Estos días hemos hablado de arte, de la relación entre cultura y realidad. Y usted ha expuesto su idea del arte como algo más radicalmente real que la propia realidad...

—Es un tema muy amplio. Simplemente creo que el arte no es sólo un reflejo de la vida, es algo más que esto, es un fenómeno que va más allá de todo esto y que hunde sus raíces en los fundamentos del ser. Los profesionales del arte

lo único que hacen es, en cierto modo, recoger los granitos de arte que andan desperdigados por todas partes y son el impulso del nacimiento de la obra de arte, que es una creación de las manos y del espíritu humano.

—¿Cómo nace en Abram Terts la obra de arte?

—Bueno, eso es algo que no es propio sólo de mí, sino de cualquier artista. Al menos yo ignoro qué es lo que me llevará a escribir tal o cual cosa. Por ejemplo, éste es un caso de mi biografía literaria. Yo tenía que llevar mi ropa a la lavandería. Es un asunto tedioso y poco agradable. Se forman unas colas larguísimas, luego debes distribuir tu ropa, antes tienes que ponerle un número... Se trata en suma de un asunto desagradable hasta físicamente. Y en una ocasión, al entregar mi ropa a la lavandería y viendo cómo lo hacían los demás, me vino a la cabeza la imagen que se ha reflejado en mi relato *Pjents*: una especie de jorobado que entrega su ropa, un humanoide ajeno a toda aquella gente que lo único que quiere es huir de ahí.

Por otro lado, otro rasgo específico, pero no sólo propio de mí, aunque en este caso mío, es que en mis obras no puedo repetirme. Cada cosa nueva debe ser distinta, debe ser un nuevo giro. En mi fuero interno tengo una clara sensación de camino, de proceso. Incluso puedo definir y dividir como crítico literario mi obra en diferentes períodos. Un primer período es el que va hasta la detención, es la etapa de las novelas fantásticas, de la que *Liubímov* sería la culminación. La segunda etapa es la del campo de

concentración y está relacionada de manera especial con mis consideraciones sobre el arte: *La voz del coro*, que es una cosa creada a partir de los materiales del campo; *Los paseos con Pushkin* y *A la sombra de Gógol*. Los dos años que viví tras la liberación en Rusia son, en cierto modo, la culminación de esta etapa caracterizada por los tres libros. Y la tercera etapa es la de la emigración, que representa otro nuevo giro en mi obra, caracterizado más que nada por mi última novela *Buenas noches*...

...Todo lo que escribe *Abram Terts* es equivalente. Tanto el *Gógol* como *Buenas noches* es prosa, no tiene nada que ver con la crítica o el ensayo, es literatura... Lo que escribe *Abram Terts* es literatura fantástica, y en el caso de que el tema sea un autor o su obra es literatura fantástica inspirada no en la realidad sino en la propia literatura. Digamos que para mí la literatura es tan real como la vida misma y, del mismo modo que podemos transformar el mundo que nos rodea convirtiéndolo en una ficción fantástica, también lo podemos hacer con la literatura. Yo llamo a eso ensayo literario fantástico. Se distingue del ensayo académico —que es lo que haría *Siniavski*, como lo he hecho con V. Rózanov, un filósofo ruso— tanto por el estilo como por toda la concepción del género. Por ejemplo, en el caso de Pushkin tomé una serie de tesis conocidas y les di la vuelta de forma bastante insolente...

Quisiera añadir, para acabar con la pregunta, unas consideraciones en este caso ya propias sobre el proceso li-

terario. Para escribir algo hay dos cosas que siempre deben darse. Primero, debe haber amor, un gran amor... Sólo del amor nace el gran deseo de escribir. Por difícil que sea, por duro que sea, el amor superará esas dificultades. Por otro lado, al menos yo lo creo así, el texto literario debe ser misterioso, enigmático incluso para el propio autor, no sólo para el lector, es decir, desconocido hasta el final por la vía de la razón. Y me permitiré una especie de comparación también relacionada con el amor. Es como una mujer, que debe representar cierto misterio que tú adoras, y no un terreno llano; eso es, esa misma sensación te debe producir el texto sobre el que trabajas, que te inquieta y te atrae. Yo creo que sólo se puede escribir cuando lo que haces te interesa. Nunca me pondría a escribir algo que claramente me pareciera aburrido. Nunca escribiría una obra realista sobre cómo la gente vive o algo así. No, nunca lo haría.

—Y, sin embargo, la literatura clásica rusa ha representado mucho para usted.

—La figura de Pushkin es simbólica, simbólica para toda la literatura rusa. Pushkin es el principio. Pushkin, como he escrito, es un *universum* que lo abarca todo y es un extraordinario representante del arte puro, del arte por el arte. Esta era la tesis que me interesaba confirmar tras mi juicio. Y por eso el libro sobre Pushkin es, en cierto modo, la continuación de mi última declaración en el juicio.

El caso de Gógol es distinto. Con él mantengo una rela-

ción más estrecha. De él me interesa el problema de las relaciones entre realidad y fantasía, como el problema del humor, también presente en mi obra, de un humor que todo lo engulle, el problema de la risa. Me interesaba mostrar a Gógol como un escritor de una risa bondadosa, afable, no de una risa malvada como, por lo común, se cree de él. La risa del Gógol satírico es una risa bondadosa. Y deducir de ello que todo el arte en su conjunto es un cierto humor.

—¿Y sobre los demás escritores realistas?...

—Mire, en la literatura rusa del siglo XIX se observa, en términos generales —es un esquema muy primitivo—, dos corrientes, dos líneas que a veces se entrecruzan y otras se separan. Una de ellas —que se formó en el siglo XIX y se vio apoyada después, en el período soviético, desarrollada y alimentada— es lo que podríamos llamar realismo, un arte adaptado en sus formas a la vida. Aquí podemos encontrar a Turguéniev, Tolstoi, Chéjov... éstas serían las figuras más representativas. Y otra corriente, no tan visible porque a veces también se mezcla con el realismo, es lo que yo llamo en términos de trabajo, a modo de fórmula de trabajo, como «prosa de la desmesura», a contrapelo de la prosa realista. Se trata de escritores como Gógol, Dostoievski y Leskov, y que posteriormente renace en el modernismo. En los años veinte esta línea sigue desarrollándose dando espléndidos ejemplos como son Babel, Zóschenko y Bulgákov; pero este hilo fue roto por el poder soviético. Y yo quisiera conti-

nuar en esta línea. Yo me considero dentro de esta tradición, que yo llamo «prosa de la desmesura».

—¿Cuáles son sus planes para el futuro?

—Tengo muchos, claro, lo que pasa es que la vida toma un giro imprevisto y algo emerge repentinamente y desplaza los viejos planes, los cambia.

Entre las cosas que quisiera hacer sería escribir varios libros de carácter monográfico —no como *Terts*, sino como *Siniavski*— sobre literatura rusa, que es en realidad lo que he hecho toda mi vida. Sería una lástima que este material desapareciera. Entre los proyectos más cercanos quisiera escribir, por ejemplo, sobre la poesía rusa de principios de siglo, sobre las figuras más destacadas: Blok, Pasternak, Maiakovski, Jlébnikov, Tsvetáieva, etc. Otro libro que querría escribir es sobre las creencias religiosas populares rusas, sobre el folklore cristiano ruso, sobre las sectas religiosas y todo eso... De hecho, podría escribir sin gran dificultad toda una serie de libros sobre el tema, porque el material que tengo reunido es enorme.

Además me gustaría escribir algo del tipo de un diario de viajes. Sobre mis impresiones de la vida en Occidente, impresiones sobre diferentes países: Italia, Israel, Norteamérica... y tal vez también un trocito sobre España...

Y, claro está, también una gran novela, completamente fantástica; pero es pronto para hablar de esto, prefiero no hacerlo...

—¿Y todos estos planes y proyectos se realizarán en Occidente? ¿No piensa volver a la URSS? ¿No tiene ninguna esperanza de volver algún día a su país?

—No, no tengo ninguna esperanza sobre este particular. Solzhenitsyn, por ejemplo, ha comentado más de una vez que cree que algún día volverá a Rusia, no sólo con sus libros (citando al propio Solzhenitsyn), sino él en persona, físicamente, y asocia su regreso con determinados cambios que se producirán en Rusia. Yo no creo en la posibilidad de estos cambios y por esto no tengo ninguna esperanza en poder volver algún día.

Ya se lo he dicho antes, soy pesimista en el terreno político, pero sí sigo creyendo en las posibilidades culturales del pueblo ruso... Por eso lo que yo quiero es escribir, escribir...

Escribir, escribir... *Construir, entre el rítmico ir y venir de la imprenta donde María Rózanova fabrica de principio a fin los libros y la revista Sintaxis, mundos imaginarios, fantásticos y absurdos como la realidad... Reconstruir, penetrar un poco más las sombras recluidas en la mente, castigo o bienaventuranza divina de una tierra nunca olvidada, madre y madrastra, cuenco y espada, piedad e ira... Dejar escrito algo más, hablar con los ángeles y los silvanos, sobre algo tan gratuito, pero inevitable y vital, como es el hecho literario, el arte de la palabra.*

Esta es la petición impenitente, la voz serena y decidida de Andrei Siniavski y de Abram Terts, de un devoto del arte y de un proscrito jo-

vial y astuto, de un judío hampón e irreverente que clava con cada letra su navaja en el pesado vientre del poder. Escribir, escribir...

Mario BÁBEL

¹ Véase *Proceso a los escritores. El Estado Soviético contra Siniavski y Daniel*. Actas del juicio traducidas, preparadas y pro-

logadas por Max Hayward. Ed. Americanas. Buenos Aires, 1967. También A. Guinzburg confeccionó un libro blanco sobre el proceso, editado en ruso en Possev Verlag. Francfort del Maine, 1967.

² En España se han publicado tres obras del autor: *Liubímov*, trad. de M. Vázquez Montalbán, Ed. Lumen, 1967; *La helada*, trad. de Durán, Ed. Lumen, 1972, y *La voz del coro*, trad. de Agustín Puig, Ed. Plaza y Janés, 1978. Siniavski ha intervenido en

el simposio organizado por la Fundación Pablo Iglesias «El sistema soviético hoy», Madrid, 1983, y en los Seminarios organizados por la Universidad Menéndez y Pelayo en Barcelona sobre «Cultura y barbarie» (1984).

³ La revista literaria *Novi Mir* recogió bajo la dirección de Tvardovski los aires renovadores del «deshielo». En ella aparecieron, entre otras, la primera novela de Solzhenitsyn, *Un día de la vida de Iván Denísovich*, y otras obras de talante crítico y renovador.

Clásicos del Pensamiento

Una nueva colección de Editorial Tecnos.

Las obras de especial significación en la evolución del pensamiento, en ediciones críticas anotadas y comentadas por especialistas.

Un panorama completo de la historia del pensamiento que incluye textos decisivos no publicados hasta ahora en castellano.

*LA CIUDAD IDEAL

Abū Naṣr Al-Farabi

Presentación de Miguel Cruz Hernández

Traducción de Manuel Alonso Alonso

*CARTA SOBRE LA TOLERANCIA

John Locke

Edición a cargo de Pedro Bravo Gala

*DEL ESPIRITU DE LAS LEYES

Montesquieu

Introducción de Enrique Tierno Galván

Traducción de Mercedes Blázquez

y Pedro de Vega

*SOBRE LA NACIONALIDAD

Pasquale Stanislao Mancini

Edición de Antonio E. Pérez Luño

Traducción de Manuel Carrera Díaz

*EL CAPITAL FINANCIERO

Rudolf Hilferding

Presentación de Julio Segura

Traducción de Vicente Romano

*LA PAZ PERPETUA

Immanuel Kant

Presentación de Antonio Truyol y Serra

Traducción de Joaquín Abellán

tecno

Pedidos a
GRUPO DISTRIBUIDOR EDITORIAL, S.A.
D. Ramón de la Cruz, 67. 28001 Madrid
Tel. 401 12 00



GRUPO
GSR

SIGNOS DEL TIEMPO: MODERNO Y POSMODERNO

Carlos Moya

análisis y debate



No recuerdo ahora el año exacto de la muerte de Martin Heidegger. Debió ser entre 1974 y 1976. No tengo a mano el número de *Spiegel* —de aquella semana— en que la muerte del gran pensador autorizaba al director del famoso semanario alemán, Rudolf Angstein, para publicar la larga entrevista con el filósofo que había tenido lugar doce o catorce años antes con el compromiso explícito de su no publicación por el entrevistador hasta el fallecimiento del entrevistado. No dispongo aquí de un teléfono-pantalla conectado a cualquier terminal que me pueda localizar y retransmitir por video-texto el facsímil electrónico de aquellas páginas del *Spiegel*.

En plena eclosión tecno-pop de la sociedad informática mis anticuados hábitos biblio-literarios, unidos a mi agobiante falta de tiempo, me obligan a resignarme a mi simple y desvaída memoria particular a la hora de contarles esta notable conversación. Angstein entrevistando así a Heidegger significa todo un acontecimiento a caballo entre la historia universal del pensamiento occidental y el fabuloso despliegue contemporáneo de *mass-media* y tecnotrónica teletemática disparando la emergencia de

ese nuevo horizonte/falta de horizonte que en nuestros días se dice con la expansiva moda y vigencia del prefijo «post». «La idea de la sociedad postindustrial es una prognosis social sobre un cambio en el entramado de la sociedad occidental», escribe en 1973 Daniel Bell. 1973 es el año en que se dispara la crisis monetario-energética que todavía sigue arrasando las economías nacionales de la Comunidad Europea —incluida, por supuesto, la de su novísimo miembro que es nuestro democrático país—, por no hacer mención de la generalizada quiebra que tan mundializada crisis ha supuesto sobre casi toda Latinoamérica.

Con la propia y sucesiva evolución de tal crisis —cuya comparación con la de 1929 produjo y consumió miles y miles de páginas de supuesta ciencia económica— coincide la insidiosa expansión del singular horizonte de inmediato futuro que indica el prefijo «post». De la sociedad industrial a la sociedad postindustrial, de la modernidad occidental a la posmodernidad: de la vanguardia a la posvanguardia. De *Triunfo* en los años sesenta a *La Luna de Madrid* ahora mismo, de Luckács, Gramsci y Gian Carlo Argan a Marcel Duchamp, Andy Warhol, Tom Wolfe; la transvanguardia es la última moda estética de la pintura «post» (Aquille Bonito Oliva, Arco 1985).

«El tiempo moderno, el tiempo lineal, homólogo de las ideas de progreso e historia, siempre lanzado hacia el futuro; el tiempo del signo «no cuerpo», empeñado en dominar a la naturaleza y en domeñar a los instintos; el tiempo de la sublimación, la agresión: nuestro tiempo se acaba. Creo que entramos en otro tiempo, un tiempo que aún no revela su forma y del que no podemos decir nada excepto que no será ni tiempo lineal ni tiempo cíclico». Octavio Paz acechando desde 1964 la vuelta y revuelta de nuestro tiempo: su vértigo de signos disolviendo la ilustrada ilusión moderna de una historia lineal.

El argumento fluye en palabras y frases, saltando de un hombre a otro, de una a otra fecha, de una figura de tiempo que ya vivimos a la elusiva indicación del nuevo tiempo que ya nos es presente y emergente futuro. Nos asomamos a la decisiva metamorfosis histórica de nuestro colectivo tiempo existencial: con el salto a la sociedad postindustrial se cumple y agota el ciclo histórico clásico de la modernidad occidental. En aquella entrevista con Angstein, Heidegger esquematizaba su entendimiento sobre el pasado, presente y futuro del tiempo histórico de los occidentales. Quisiera localizar aquel número de *Spiegel*. José Luis Aranguren definió una vez *El País* como una suerte de colectivo intelectual orgánico de la democracia española. Con esa misma metáfora podríamos indicar el papel estratégico del semanario *Spiegel* en la democracia de la Bundes Republik.

Frente al circundante estruendo y miseria intelectual de una campaña progre que excomulgaba su propio nombre y pensamiento, Heidegger concedió su entrevista a Rudolf Angstein, inventor y director de *Spiegel*. Sólo cuando el filósofo hubiese muerto su entrevistador podría presentar al público esa penúltima y definitiva conversación. El autor de *El ser y el tiempo* hubo de repensar la historia del pensamiento occidental asistiendo al mundializado apocalipsis europeo que fue la segunda guerra mundial. A ese explosivo resplandor hubo de meditar la esencia de la Técnica y el fin de la Metafísica. En su agotado lugar emerge la hegemonía operacional de la logística y la informática sobre el mundializado imperio de la Técnica. Hasta aquí mi reducida memoria de aquellas declaraciones y su pertinente sentido en esta conferencia.

Bajo el prefijo «post» se moviliza toda una suerte de ilustrada reflexión a caballo entre la moda y el talante epocal. Caben aquí toda suerte de ánimos afrontando las incertidumbres del novedoso futuro que emerge sobre la común constatación del agota-

miento del ciclo plurisecular de la modernidad occidental. Lo decisivo es advertir cómo toda una serie de científicos sociales, críticos de la cultura, historiadores del arte, etc., que en los años cincuenta y sesenta teorizaron la expansiva dinámica revolucionaria de la modernidad industrial, devienen teóricos del horizonte «post» desde los años setenta a los ochenta: Alain Tourain, Daniel Bell, Raymond Aron, Jurgen Habermas, por citar nombres significantes reduciéndome aquí al ámbito estricto de la *intelligentzia* sociológica.

Desde Hegel y Burckhardt hasta nuestros avanzados días podemos pensar el ciclo histórico de la modernidad occidental como la sucesiva y acumulativa metamorfosis histórico-cultural del mundo occidental que acontece desde el Renacimiento y la Reforma hasta los años sesenta. Sobre ese extenso espacio histórico se hace posible toda suerte de sofisticadas reconstrucciones analítico-empíricas destacando las pautas y tendencias estructurales subyacentes a la configuración típico-ideal de un mundo y humanidad específicamente modernos. Sobre la mínima e inicial exploración del emergente futuro que connota el término posmoderno, apenas podemos encontrar mayor contenido que una cierta conciencia irónica sobre la acelerada obsolescencia del horizonte histórico-ideológico de los años cincuenta y sesenta. ¿Cómo visualizar con aceptable plausibilidad la incierta figura emergente de una nueva época? ¿Cómo ascender desde la cronificada crisis contemporánea a la transparente imaginación/construcción de un nuevo horizonte de futuro?

En esa empresa, a la vez diagnosis y resolución del crítico agobio generalizado sobre nuestro inmediato presente, quiero destacar dos libros publicados en 1980: el de Joneji Masuda, *La sociedad informatizada como sociedad postindustrial*, y *La tercera ola* de Alvin Toffler. Entre los dos textos cabe registrar las multiplicables diferencias de estilo analítico-intelectual entre el japonés y el norteamericano. También como un argumento sustancial esquematizable en la cita de Herbert A. Simon que preside el libro de Masuda: «La historia escrita registra tres saltos de cambio suficientemente poderosos como para alterar la vida básica del Hombre: la introducción de la agricultura... la revolución industrial... (y) la revolución tecnológica del ordenador en el procesado de información».

Más allá de las argumentables divergencias en su particular tratamiento analítico-ideológico del tema, el mismo esquema historiográfico en Masuda y Toffler. Primero fue la revolución neolítica de la agricultura y después vino la revolución industrial; ahora se inicia la era de la «sociedad informática», el novísimo despliegue tecno-social de la tercera ola —Hegel, Marx, Weber, Ogburn, G. H. Mead, Toynbee—, nuestro propio Ortega y Gasset preparando esta novísima síntesis histórica en la que el japonés y el norteamericano prosiguen a su propia cuenta, el replanteamiento de todo aquel discurso desde los términos de Marshall McLuhan y Kennet Boulding, B. de Souvenal y Daniel Bell, Norbert Wiener y J. Monod, D. Riesenmann, Ihia Prigogin y Rene Tom, Margaret Mead, R. Agon, Le Roy-Gurhan, tantos otros, impulsores y coetáneos de ese novísimo mosaico de disciplinas científicas o para-científicas que son la Semiótica, la Informática, la Teoría de Sistemas, la Logística, la Electrónica, la Futurología.

«A los efectos de este libro, consideramos que la Era de la primera ola comenzó hacia el 8.000 a. de C. y dominó en solitario la Tierra hasta los años 1650-1750 de nuestra Era». La audacia con que Alvin Toffler se atreve a reconstruir la historia tecnopolítica de los humanos presupone su conexión con todo ese esquematizado discurso tecnocientífico occidental desde la particular sintonización de la República Imperial USA con el horizonte imaginario, meta histórica de la ciencia ficción. Al final de esta conferencia volveremos sobre este estratégico género literario.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo transmitió una vibración de energía a la cultura y la economía de Europa en vísperas de la revolución industrial. Dentro de sus

fronteras, pese a masivas depresiones económicas y a una horripilante destrucción de vidas humanas, la civilización de la segunda ola mejoró claramente el nivel material de la vida de la persona corriente». También se halla presente el lado oscuro. Si bien la civilización de la segunda ola hizo mucho por mejorar las condiciones de vida de nuestros padres, también provocó violentas consecuencias externas, imprevistos efectos secundarios... Nunca hasta ahora había creado ninguna civilización los medios para destruir, literalmente, no una ciudad sino un planeta. Desde 1960 hasta aquí, con la dominante emergencia de la tercera ola, «estamos experimentando los primeros temblores de un terremoto económico, y debemos prepararnos para el mismo... Lo que está ocurriendo no es una recesión sino más bien una reestructuración de toda la base técnico-económica de la sociedad. Es algo parecido a un terremoto que hace elevar un nuevo terreno» (Toffler, *Avances y Perspectivas*, 1983).

Desde el vértice hegemónico del mundializado imperio de la Técnica, Toffler avizora el futuro: «Para De Jouvenal y para la mayoría de los futurólogos actuales no hay un futuro. Sólo existen futuros, en plural... Los escritores de ciencia ficción, por ejemplo, nos presentan una amplia disposición de futuros posibles. En contraste, los pronosticadores que trabajan para el Gobierno o para las empresas están típicamente preocupados por los futuros probables. Tienden a considerar la mayor parte de los escritos acerca de futuros posibles como utópicos o distópicos, pero nada prácticos... Enfocan las cosas estrechamente... Tratan de identificar corrientes que existan en el mundo de hoy y, simplemente, las extrapolan... linealmente».

La sintaxis lógico semiótica del idioma japonés, a la vez que permite la retraducción tecno-conceptual del discurso científico occidental, juega de otra forma; la particular forma en que los ilustrados occidentales han dicotomizado identidad y diferencia, ser y deber ser, concepto y metáfora, género universal e individuo particular, conocimiento y acción. El lector de Masuda —desde *Conutopía* (1966) hasta *La sociedad informática como sociedad postindustrial* (1980)— puede chocar con esa suerte de mística geometría teórico-formativa en que una milenaria tradición de pensamiento oriental, tras la apocalíptica culminación de la revolución industrial en Hiroshima y Nagasate, es capaz de afrontar y propulsar la aceleración tecno-social de la tercera ola en términos categorialmente coherentes con la filosofía de Spinoza y el evolucionismo científico-teológico de Teilhard de Chardin; «El renacimiento del sinergismo teológico entre el hombre y el Ser Supremo» debe y puede ser el telos trascendental de la novísima sociedad informática. La idea del «Ser Supremo, o si se prefiere, la última fuerza viva» —«expresiones con significado tanto para los que tienen fe religiosa como para los que no son religiosos»— está a caballo entre el argumento spinoziano «Natura naturans/Natura si ve deus» y el despliegue divino/humano que culmina en la Noosfera de Teilhard.

«La Humanidad está entrando en un período de transformación, de una sociedad industrial a una sociedad de la información; mi intención, en este libro, es predecir su carácter y estructura y presentar una visión global de lo que la sociedad debería ser.»

«Cuando miramos atrás en el desarrollo de la sociedad humana vemos que la historia del hombre se ha desarrollado según tres tipos diferentes de sociedad: la cazadora y recolectora, la agrícola y la industrial. Es importante advertir que las innovaciones rápidas producidas en el “sistema de tecnología social” se han convertido generalmente en las fuentes axiales que han provocado estas transformaciones de la sociedad.» (Masuda)

Resulta inmediatamente evidente la homología entre el esquema historiográfico de Masuda y el de Toffler, más allá de las diferencias analítico-literarias entre estos dos notables futurólogos. «La sociedad cazadora procedía de la innovación en la tecnología

social basada en sistemas relativos a la caza. De la misma manera, las bases para la transformación social, primero a la sociedad agrícola y después a la sociedad industrial, fueron innovaciones en los sistemas de tecnología social, en la relación con la producción agrícola e industrial. El hombre, ahora, está en los umbrales de un período de innovación en una tecnología social basada en la combinación de la tecnología de los ordenadores y de las comunicaciones. Este es un tipo absolutamente nuevo de tecnología social, bastante distinto a cualquiera del pasado. Su sustancia, que es inevitable, es la información. Esta nueva tecnología social producirá una transformación social que, en un doble sentido, no tiene precedentes». De la innovación tecnológica orientada a maximalizar la productividad física de bienes materiales pasamos ahora a un nuevo sistema de tecnología social en el que la innovación se orienta a maximalizar la productividad de información. «La producción de valores de información y no la de valores materiales será la fuerza conductora motriz» en el desarrollo de la novísima sociedad emergente. «Por esta razón, puede esperarse que produzca cambios fundamentales en los valores humanos, en tendencias de pensamiento y en las estructuras políticas y económicas de la sociedad. Será necesario construir audazmente un nuevo paradigma libre de conceptos tradicionales, si es que vamos a ofrecer la imagen futura de esta sociedad de la información. Esto puede hacerse utilizando la analogía histórica y el análisis de modelos de sociedades pasadas» (Masuda).

Releyendo estos párrafos no puedo por menos de referirme a mis particulares investigaciones sobre tecnología social y sobre la revolución neolítica y la posterior historia de los humanos y sus cambiantes formaciones sociales. Ello funcionaba como espacio mental/experimental de mi singular elaboración de los conceptos «Tecnología social» y «sobredeterminación mítico-ritual» dentro de un marco analítico categorial capaz de diagnosticar situaciones presentes y de anticipar escenarios de futuro en términos a la vez genético-estructurales y analítico-analógicos. Perdónenme que resuma aquí y así estos veinte últimos años de trabajo y voluntad de ciencia social en el agobiante marco de la universidad española, sin atreverme a molestar a este público con mayor autobombo y autobibliografía. Ello me sirve para introducir aquí una moda crítica a este esquemático resumen de Toffler y Masuda.

La culminación urbana de la revolución neolítica acontece como invención del Estado. La colectiva invención y desarrollo de la escritura en sus sucesivas y múltiples formas. Anterior al Estado, la invención neolítica de la Realeza sagrada. La expansión territorial del poder soberano que habita la ciudad-palacio-templo y sobre un multiplicado espacio social, étnicamente heterogéneo, implicando a la vez una organización militar permanente y una multiplicación de los intercambios exteriores e interiores, parecen ser prerequisites para la aparición del Estado. El requisito absoluto para que propiamente quepa hablar del Estado es la invención de la escritura como supuesto semiótico-tecnológico de tan novedosa formación político territorial. Entender la objetiva identidad físico-social de la historia del Estado con la de la escritura equivale a entender la identidad objetiva entre formación política y forma de representación simbólica. «La forma inicial de la política no es la dominación (represión) sino la representación... Las grandes revoluciones de la sociedad humana son cambios en la forma de la representación simbólica: reorganización del teatro, del tablado para la acción humana. La materia sigue siendo la misma... Pero la forma cambia, la forma de la representación pública» (Brown, 1972, 118, 123). Ningún cambio más radical en la historia objetiva de las formas sociales de la vida humana y del comportamiento en general que aquél que se dispara con la invención de la escritura/invención del Estado. Ninguna transformación tan radical en las formas de representación simbólica a lo largo de los ocho o diez mil años de historia humana sobre los que poseemos una mínima información arqueológica/antropológica analíticamente inteligible. Su revolucio-

nario desarrollo en términos de multiplicadas y sucesivas metamorfosis teje el argumento mayor de esa acumulativa historia objetiva que va desde el final del neolítico hasta nuestro planetario tiempo, regido por la Sociedad Industrial Avanzada.

Encuentro demasiado esquemáticos y analíticamente ingenuos muchos de los desarrollos teóricos de Masuda en su notable reconstrucción de la evolución y revolución tecno-informática de la historia humana. Tal vez sea porque tengo que leerle desde la linealidad tipográfica de su traducción al castellano en lugar de entenderlo en su originaria lengua y semiótica textual japonesa, Masuda resume en cuatro estadios el proceso de objetivación de la información a lo largo de la historia humana, sobre la invención originaria del lenguaje como comunicación/información oral, las sucesivas revoluciones lingüístico-cognoscitivas que serán la escritura y la impresión tipográfica, para saltar a la actualidad del complejo electrónico de telecomunicaciones presidido por el ordenador. La comunicación humana oral y tipográfica, verbal y postverbal, tiene una pluriforme dimensión práctico-simbólica irreductible a la pura función informático-cognoscitiva. Ello es lo que he tratado de mostrar a lo largo de toda una serie de trabajos sobre las génesis/expansión/metamorfosis de esa capital tecnología social que es la escritura —supuesto y contexto de la posterior invención y evolución de la moneda— y de su moderna revolución a partir de la imprenta Gutenberg y su sucesiva y expansiva galaxia tipográfica.

Con la emergente revolución tecnotrónica de las telecomunicaciones, los *mass-media* y las computadoras, el despegue de la «nueva sociedad informática» deviene coetáneo de la metamorfosis estereofónica de la democracia industrial de masas. Trataré de aclarar mínimamente esta particular reconstrucción analítica de una hipótesis aventurada entre 1964 y 1972 por el gran poeta italiano Eugenio Montale.

«El arte popular moderno al que aspiran los ascetas de hoy existe ya hace mucho tiempo y está formado por la masa de imágenes audiovisuales que nos asalta desde todas partes como nunca había ocurrido antes de este siglo. Esta masa comprende todo, incluso lo que en otros tiempos se había definido como arte... Dentro de algunos decenios, probablemente la guerra fría en pro y en contra de los *mass-media* se mostrará carente de sentido.»

Montale escribe en 1964, en plena boga intelectual de la disputa sobre la «cultura de masas» y la «industria cultural». En 1972, a la hora de publicar *Nel nostro tempo*, seguirá manteniendo su argumento. «Las hipótesis optimistas avanzan la suposición de que el hombre permanecerá extraño a la máquina, no será modificado absolutamente por ella e incluso estará en condiciones de dirigirla a los mejores fines, mientras que la observación demuestra que el hombre-masa quiere, crea su propio destino, y, a tal efecto, se procura los instrumentos necesarios. Las utilidades de masa constituyen el fundamento no sólo de la industria pesada sino de toda la nueva industria cultural llevada, fatalmente, a ampliarse sobre planos cada vez más bajos, una vez alcanzados los cuales siempre será posible esperar en nuevas bajuras, realizando la hipótesis de un futuro hombre estereofónico, incapaz hasta de reflexionar sobre su propia suerte.»

Quiero indicar aquí una mínima genealogía contextual del pensamiento de Montale. De una parte la gran discusión teórica sobre la cultura de masas desde Horkheimer y Adorno (*Dialéctica de la Ilustración*, 1944) hasta McLuhan, Shils, Kornhauser, Merton, Marcuse, D. Bell, E. Morin, U. Eco, J. Habermas: desde el final de los cincuenta hasta avanzados los años sesenta. Por otra parte, el pensamiento heideggeriano sobre la esencia de la Técnica y el replanteamiento de las tesis nietzscheanas sobre la muerte

de Dios y el último hombre aguzándose desde Max Weber hasta la argumentación de Levy Strauss (coetáneo de Montale) sobre la muerte del hombre. ¿Cómo no advertir sobre estos últimos años occidentales la realización definitiva de la hipótesis de Montale sobre un futuro hombre estereofónico? Otra cosa es que la retraducción científica de tal hipótesis y su investigación empírica sobre la novísima juventud que habita nuestro más avanzado tiempo nacional/occidental deba poner entre paréntesis su originario y sustancial pesimismo poético.

Todo el novísimo complejo electrónico de los *media* se impone e incorpora a sus consumidores individuales desde la doméstica privacidad de su originario hogar familiar hasta la de su posterior piso/apartamento matrimonial o celibatario. Habitando la cotidiana intimidad modesta de los sobre-urbanizados occidentales, esa novísima y compleja extensión del aparato audiovisual corporal, presidida por la televisión, ha desencadenado una mutación de las relaciones familiares, impulsando una explosiva crisis del tabú patriarcal del incesto. He aquí uno de los mecanismos colectivos estratégicos para entender las sucesivas oleadas de movilización/disidencia/subcultura juvenil que van desde el final de los años cincuenta hasta 1968 y nuestros días. La abstracción analítica de las otras líneas de cambio convergentes sobre esta íntima revolución de la existencia e identidad doméstico-familiar de los occidentales no intenta otra cosa sino explicitar y destacar la sustancial conexión entre la emergente humanidad estereofónica y su específica matriz doméstico-familiar. Para llegar a mostrar cómo esa metamorfosis de la percepción/representación/interpretación de la existencia en el mundo, alterando el autoritario complejo tradicional de relaciones interpersonales y catexias afectivas, transforma la colectiva maquinación de aquella megavariante que llamo «sobredeterminación» mítico-ritual del comportamiento social. Y así, la específica articulación de todas las relaciones de comunicación y dominación en el seno de la democracia industrial de masas.

La mundializada explosión juvenil de 1968 fue también la eclosión de una emergente humanidad estereofónica a caballo entre la agobiante articulación tecnopolítica del poder adulto y el choque conflictual entre la segunda y la tercera ola. La explosión esquizoide del tabú patriarcal del incesto que entonces se produjo fue argumento capital en ese ciclo de efervescente revuelta juvenil y parricidio simbólico colectivo. Debo remitir al curioso lector a mi libro *Señas de Leviatán* (1984) para evitar aquí mayores precisiones analítico-conceptuales. También quiero indicar que la propia consolidación de los rostros Reagan/Vojtyla sobre el teatro político-religioso del planeta occidental, indica la paulatina estabilización tecno-política del neo-sistema con la progresiva digestión colectiva de aquel dramático «abismo intergeneracional» que tan decisivamente analizó Margaret Mead (*Cultura y compromiso*, 1970). Lo que tipifica la democracia industrial de masas de nuestros días es el desplazamiento de la escritura impresa en nombre de la Razón como forma hegemónica de representación simbólica. En su lugar, una acelerada metamorfosis estereofónica de la percepción/representación/interpretación del mundo, susceptible de progresivas formas de organización y precisión telemático-informáticas, asegurando el control y la productividad del salto colectivo hacia la nueva era que abre la tercera ola.

Sobre la inmediata actualidad de esta articulación tecno-semiótica de la democracia industrial de masas son altamente significantes las respuestas de Andy Warhol a una entrevista en 1981: «Prácticamente no estoy nunca en casa. Vivo sólo con dos perros. Mi esposa es un televisor. Mis máquinas favoritas actualmente son la que hace el *pop-corn* y los auriculares Sony... Actualmente voy mucho a Washington, me fascina la idea de tener un verdadero actor como presidente». Andy Warhol, *superstar* tecno-pop, es una suerte de irónico profeta testimoniando el glorioso advenimiento de la

humanidad estereofónica. Recordar su particular crucifixión en su mágico escenario neoyorkino en 1968: el disparo de revólver a cargo de Valery Solanes, que así «lanzaba» su delirante panfleto «feminista» *S. C. U. M.*

«Cuando pensamos en el futuro del mundo nos referimos siempre al lugar en que estará si sigue el camino que lo vemos seguir ahora, y no pensamos que no sigue un camino recto sino curvo y que cambia constantemente su dirección» (Wittgenstein, 1929).

Asistimos ahora al cumplimiento definitivo en España del viejo programa de la modernidad occidental planetariamente custodiado por el bicéfalo imperio USA/URSS. Pues tal es el esquizoide argumento político del mundializado imperio de la técnica sobre nuestros días. Su estereofónica y omnipresente actualidad, rígidamente asegurada por la administración tele-pánica del terror nuclear, acaso repite, con su trepidante agovio, el arquetipo multiseccular del Bajo Imperio. Como Roma y Bizancio en aquel tiempo, Washington y Moscú encarnan en el nuestro las dos mitades, «occidental» y «oriental», del Imperio Uno. Las dos mitades actuales no tienen otro peligro bárbaro exterior que su particular barbarie interna, tecnocráticamente regimentada bajo una u otra figura —«liberal» versus «popular»— de democracia industrial de masas.

Encandilada con el boom latinoamericano de su propia lengua, y cronificada en la paranoia crítico-dogmática de su autarquizante ilustración anterior, la *intelligentzia* oficial del país no acaba de enterarse de ese particular género literario que es la ciencia ficción: la *S/F* para sus masivos fans contemporáneos. A recordar aquí la serie *Fundación, Imperio y Segunda Fundación* de Isaac Asimov, el más popular escritor USA en el género «*digest*» enciclopédico, y uno de los definitivos clásicos en la contemporánea ficción novelesca del futuro espacial de los terrícolas: hace tres años reanudó su trilogía de los años cincuenta con *Los límites de la Fundación*. A recordar aquí Arthur Clarke, Ph. K. Dick, Frank Herbert, clásicos ya de ese mismo género literario de masas y progresivas élites, impulsando la novísima transformación de la filmografía *S/F*. A partir de *2001* de Kubrick, la ciencia ficción se convierte en argumento clave del mejor cine USA. Recordar *Encuentros en la 3.ª fase* y *ET*, las películas de Spielberg, la serie de Lukas sobre la *Guerra de las galaxias*, la genialidad de *Blade Runner*, la inmediata actualidad de *Dune* y *2010*. Sobre la mundializada articulación del esquizoide Imperio Uno —Janus Bifronte USA/URSS, interpretando la voluntad del imperio planetario de la Técnica (Heidegger) la novísima guerra de las galaxias pesa ya más que la vieja lucha de clases que presidió el despliegue eurocéntrico del neolítico industrial—. Ahí están las conversaciones de Ginebra, preparando ya la inminente cumbre entre Reagan/Gorbachov. Penúltimas noticias de ahora mismo son también noticias del futuro: lo puede comprobar cualquier tele-espectador que atienda a la recuperación NASA del satélite «Discovery», repitiendo a escala de ahora mismo el argumento literario/filmográfico de la secuencia *2001/2010*.

Intentamos entender la actualidad de la «guerra de las galaxias»: un logotipo telemático-estereofónico cuyo polimorfo argumento nos permite entrever el futuro mundial más allá de nuestra inmediata crisis eurocéntrica. Como fórmula tecno-militar, la nueva estrategia «guerra de las galaxias» tiende a limitar y sustituir la territorializada logística del ajedrez nuclear de misiles, centrando el reto científico-tecnológico USA/URSS en una competitiva carrera por la exploración del espacio y la multiplicada puesta en órbita de satélites artificiales. Las aventuras galácticas de los dos Grandes, aconteciendo en el espacio exterior, son menos detectables y padecibles por la opinión pública que las localizadas y localizables bases militares y plantas de misiles. El tele-pánico nuclear podría aliviarse así, reduciéndose a los puros límites patrióticos-publi-

citarios de su pública argumentación presupuestaria. Desaparecería de esta forma una buena parte del insidioso miedo colectivo que anima la depresividad posmoderna y mueve la marea ascendente de las movilizaciones pacifistas entre la desinformada sociedad civil de la democracia industrial de masas. Cualquier mínimo conocedor de lo que Toffler llama «infosfera» y lo que Masuda dice «sociedad informática» sabe también el multiplicable volumen de negocios que ello supondría, tirando hacia adelante de la inversión económica y el desarrollo científico tecnológico. Contribuyendo así a la acelerada construcción de ese marco-futuro que se dice «sociedad informática» avanzando con la tercera ola. En cuyo horizonte histórico deviene decisiva la estereofónica auto-identificación de masas de tele-espectador y con los héroes estelares de la conquista humana del espacio. Nueva frontera y excitante espectáculo para todo audaz ciudadano de esta sobredomesticada civilidad fin de siglo, cuyo cáncer interno occidental es la depresión y aburrimiento que causa el existir sobre un mundo sobre-urbanizado, sobre-burocratizado, frenéticamente trivial, monótono, agobiante; falto de sentido con harta frecuencia para demasiada gente.

Volvamos a Masuda y a Toffler para cambiar de óptica. Tanto el uno como el otro apuestan por la democracia radical y la autorrealización individual como resultado y meta de la progresiva informatización de esta nueva sociedad que llega con la tercera ola. De esta forma tratan de conjurar también los riesgos emergentes de una pesadilla orwelliana basada en el control telemático-estereofónico de sus computarizados ciudadanos: un mundo de alienados tele-espectadores en el que guerra y paz, servidumbre y libertad, programación colectiva y reflexión singular serían palabras simbióticamente homogeneizadas e intercambiables.

De momento, lo que parece seguro es que el progresivo desarrollo de las nuevas tecnologías y medios de comunicación es rigurosamente coetáneo de una progresiva privatización del comportamiento espontáneo personal, correspondiente a la sobredomesticación tecno-burocrática que invade el viejo espacio público de la libre responsabilidad individual. La progresiva articulación telemático-estereofónica de las relaciones de dominación en nuestro tiempo parece reforzar el poder de cuadros organizados y masas tele-adictas frente a toda potencial herejía «disidente», produciéndose desde el habla en singular de las relaciones interpersonales entre individuos concretos. La integración en cerradas organizaciones corporativas y en masificables coros consensuales, regidas por la moda, no parece ser el mejor caldo de cultivo para los valores clásicos de libertad y razón en cuanto atributos de toda responsable autonomía personal. ¿Cómo confiar sin más en la masiva autorrealización individual allí donde la pura intensidad del habla en singular deviene sospechosa extravagancia frente a la observable mansedumbre/apatía/autismo social en sectores clave de las jóvenes generaciones? Los problemas de la socialización verbal en el marco englobante del novísimo medio tecnocrónico plantean una multitud de interrogantes/incertidumbres que hoy por hoy siguen sin despejar. Un observador marciano del universo «post» que nos rodea podría llegar a una irónica conclusión: jamás en la historia humana la construcción colectiva del futuro dispuso de una masa social tan blanda y moldeable como materia política experimental para esa titánica voluntad de voluntad que preside el horizonte de las nuevas tecnologías.

Los horrores de los últimos doscientos años de mundializada transformación industrial y arrasamiento de la tierra son la otra cara de la historia occidental del progreso y la democracia de masas. En nuestros días, esa historia sagrada se recapitula, sobre el planeta occidental, en metamorfosis estereofónica de los valores que presidieron el despliegue progresivo de la ilustrada modernidad, para culminar en la inmediata actualidad de la democracia industrial de masas y su progresiva vertebración imperial.

La acelerada difusión/expansión social del novísimo complejo tecno-social, en su democratizante sobredeterminación mítico-ritual, nos absuelve de inmediato de todo apocalíptico pesimismo.

Que los próximos treinta años sigan teniendo que ver con una ancestral apuesta de razón y libertad va a depender, decisivamente, de nuestra inmediata y sucesiva capacidad para seguir apostando, decidida y reflexivamente, por ese trascendental legado del ciclo histórico que ahora concluye.

Hay ya mucha gente, de contrapuesto signo, imaginando un posible Renacimiento a caballo de la Nueva Era que ya comenzó. El futuro crece bajo nuestros pies, celestialmente iluminado por el resplandor estelar de la guerra de las galaxias.

Ponencia presentada en el coloquio «¿Crisis de la Modernidad?» que, organizado por *Leviatán* y la Fundación Pablo Iglesias, tuvo lugar en Madrid los días 20, 21, 22, 23 y 24 de mayo de 1985.

Nº 4 – Printemps 1985

LETTRE

Directeurs A.J. CHEHM, PAUL NOIROU

MILAN KUNDERA ENCORE SUR LE ROMAN

LES RICHES LES PAUVRES LES AUTRES
R. DAHRENDORF
J.C. CALBRATH
H. SCHMIDT E. NOSOV

DU MODERNISME DE L'ART DE L'ARGENT
R. BARIET
R. CHATTUIC
A. SAURA
R. HUGHES

PETER WEISS LES VAINCUS
W. CROMWELL E. ATKINS L. L. SIMMEL

MAX FRISCH L'EXIL
J. BERGER
H. NEF
E. NICOLAS

Le numéro 30 F. Abonnement 100 F, étranger 140 F.
14-16, rue des Petits-Hôtels, 75010 Paris Tél. (1) 523-48-40 – FRANCE

EL PROBLEMA DEL PODER: ÁMBITO Y DISOLUCIÓN

Antonio Monclús

análisis y debate



2

El poder, un tema y una realidad tan antiguos como el hombre, en particular el hombre occidental, ha sido puesto nuevamente de relieve en estos últimos años desde múltiples ángulos. Seguramente el replanteamiento del tema no es ajeno al desafío contemporáneo de un brutal fortalecimiento del sistema del poder, del Poder con mayúscula, como dejan ver los mecanismos tecnológicos y las estructuras económicas sistematizadas y progresivamente desarrolladas a partir de la última guerra mundial. El hecho es que los tonos decimonónicos de corte anarquista clásico, las aportaciones psicológicas de Adler, los análisis de Nietzsche, o los viejos tratamientos del poder desde el campo de la filosofía política han encontrado recientemente unos sucesores que al analizar el tema ponen en cuestión hasta aquellos manidos discursos sobre el poder.

El problema del poder, superado el estrecho marco de una perspectiva política particular, enfocado como una realidad psicológica y social que envuelve todo, se pre-

sentaría como un nuevo Absoluto de no ser porque es precisamente el interés por evitar los Absolutos lo que mueve estos nuevos planteamientos. Pero el interés por el Poder, con sus innumerables ramificaciones, no sólo puede elaborar una verdadera Antropología —que sería lo menos interesante—, sino que puede ser la aportación histórica más válida de este siglo, al descubrir y plantear el centro de un sistema que, haciéndolo desaparecer o diluir, puede dar lugar a la persistente y ansiada liberación del hombre y de los pueblos. En todo caso hay que evitar la ingenuidad de creer que todo puede consistir en descubrir un elemento central de un genial análisis, como hicieron en el siglo pasado Freud o Marx. Por su propio modo de ser y presentarse el Poder se escapa en realidad al descubrimiento de un principio-eje de un posible sistema doctrinal, aunque este sistema doctrinal sea lo abierto que pueden serlo el marxismo o el freudiano. Los análisis sobre el Poder revelan una estructura tal que sería caer en sus mismas redes el construir un sistema que, tras analizarlo, pretendiera destruirlo. Aquí nos movemos en otro terreno, antiguo y nuevo, y fundamental no porque el concepto de importancia lo defina sino porque el Poder parece informar todo, desde el Estado, la escuela o la sociedad, hasta el lenguaje o las estructuras de la comunicación.

Las aportaciones analíticas de Foucault

Como dejan ver los análisis de Foucault, entre tantos otros estudiosos del tema, es preciso un replanteamiento de los viejos esquemas si se pretende un cuestionamiento que trate de abordar un Poder considerado por algunos, incluso, como sencillamente inabordable.

Foucault, dando vueltas al celeberrimo principio de Clausewitz, para quien la guerra es la continuación de la política por otros medios¹, piensa más bien que es la política la continuación de la guerra por otros medios. La estructura jurídica del poder no comienza más que cuando cesa el ruido de las armas, la guerra. La Ley nace de las batallas, de las conquistas. Pero eso no quiere decir que la Ley, el Estado, sean como el armisticio. La paz, bajo el Estado, hace y continúa la guerra. Nosotros en la sociedad estamos todos en guerra; se es, necesariamente, el adversario de alguien. Un enfrentamiento binario recorre la sociedad.

Cuando hay una visión binaria de la sociedad se ve cómo hay dos grupos, uno contra el otro, es la guerra que continúa, una guerra permanente. Y la concepción binaria dice que continúa la guerra en la sociedad porque la batalla definitiva no está terminada.

El primer discurso histórico-político es el discurso del Derecho. El Derecho está a la vez insertado en una historia y desplegado en una universalidad jurídica. Pero es, además, una visión de la verdad a partir de su propia visión particular. La «verdad» pertenece esencialmente a la relación de fuerzas, y terminará por dar la victoria más a un lado que a otro.

Y hay una racionalidad cada vez más abierta a la astucia y a la maldad de los que tienen la victoria. La razón está del lado de la astucia y de la maldad. Por otra parte está la brutalidad, pero una brutalidad que está del lado de la verdad.

Todo este discurso, como añade Foucault, es por lo demás un discurso que se desarrolla en una dimensión histórica, un discurso tal vez triste y negro, pero es un discurso que se encuentra dado así, entre razonamientos y mitos.

Para Foucault sería incluso inadecuado creer que la dialéctica puede aparecer, en el fondo, como una reconversión de este discurso, sino que más bien ella juega como el viejo discurso a propósito de su teoría de la contradicción. Porque Hegel y todos los que le han seguido se presentan como la pacificación por el orden filosófico, e incluso político, de la guerra social que se definirá como lucha de clases ².

En una entrevista hecha por Roland Jaccard, a propósito de Szasz repetía el pensador francés una de sus constantes denuncias y preocupaciones: la represión que el Estado hace se pone de manifiesto como en ningún otro sitio en lo que se ha dado en llamar «los marginales», la locura, la brujería, los criminales, los presos. Centrándose en el caso concreto de la psiquiatría, que Szasz analiza, recuerda que hay todo un juego de relaciones de poder hasta en los métodos más recientemente presentados como alternativos. «Pero el médico “libre” de la medicina “liberal”», el psiquiatra de gabinete o el psicólogo de cámara no son una alternativa a la medicina institucional. Ellos forman parte de la red, incluso en el caso en que estén en un polo opuesto al de la institución. Entre el Estado terapéutico del que habla Szasz y la medicina en libertad hay todo un juego de apoyos y de reenvíos complejos. La silenciosa escucha del analista en su sillón no es extraña al cuestionario oprimente, a la vigilancia apretada del asilo. No pienso que se pueda aplicar la palabra “libertaria” a una medicina que no es más que “liberal”, es decir, ligada a un provecho individual que el Estado protege tanto más cuanto que se aprovecha de ello por otro lado» ³.

La estructura de las prisiones y sus presupuestos sociales y políticos manifiestan también que el problema se mantiene intacto a pesar de los cambios «liberales» que puedan haber existido. De hecho, las revueltas acontecidas en la prisión, en casi todos los sitios, no han sido sólo contra las malas condiciones tradicionales, sino también contra los modelos nuevos, contra el servicio educativo, los psiquiatras y el confort. Foucault sostiene que lo que se atacaba en tales revueltas era la prisión misma en cuanto instrumento y vector de poder, visible también a través de la tecnología del poder sobre el cuerpo a la que la moderna tecnología del «alma» no puede compensar porque no es más que uno de sus instrumentos ⁴.

El análisis de la prisión, hoy como ayer, es el análisis de un modo privilegiado del poder. Un poder que constituye la sociedad y los individuos no menos de lo que lo han podido constituir los contratos y los intercambios. A menudo se repite que el modelo social se basa en una serie de elementos a partir de la asociación de individuos bajo las formas jurídicas abstractas del contrato y el intercambio. Así, por ejemplo, la sociedad mercantil viene representada como una asociación contractual de sujetos jurídicos aislados. La misma teoría política del XVII y del XVIII parece seguir este esquema. Pero, como Foucault sigue diciendo, no hay que olvidar que ha existido en la misma época una técnica determinada para constituir efectivamente a los individuos como elementos correlativos de un poder y de un saber. «El individuo es, sin duda, el átomo ficticio de una representación “ideológica” de la sociedad; pero es también una realidad fabricada por esta tecnología específica del poder que se llama la “disciplina”. Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: “excluye”, “reprime”, “rechaza”, “censura”, “abstrae”, “enmascara”, “oculta”. De hecho, el poder produce; produce lo real, produce dominios de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que se puede sacar de ello revelan esta producción» ⁵.

El poder ha ido transformando en Occidente sus mecanismos a través de la historia, desde la *patria potestad* romana hasta las nuevas peculiaridades que desarrolla en la época contemporánea. El descontento tiende incluso a ser una pieza entre otras que

tienen funciones previas de incitación, reforzamiento, control, vigilancia y organización de fuerzas sometidas al propio poder, el cual está destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y a ordenarlas más bien que a rechazarlas o destruirlas. Como señala en «La volonté de savoir» (*Historia de la sexualité, I*), el viejo derecho de muerte con la clásica enunciación respecto a sus súbditos, por parte del poder, tenderá a desplazarse o a apoyarse sobre las exigencias de un poder que se refiere ahora a la vida y que pretende adecuarse a cuanto ésta reclama. La muerte, base del derecho del viejo soberano para defenderse o pedir que se le defendiera, va a aparecer como el simple envés del derecho que el cuerpo social tiene de asegurar su vida, de mantenerla y desarrollarla. Es el formidable poder de muerte del siglo XX —piénsese en las últimas guerras— lo que hace que el poder cambie únicamente el discurso, y sea ahora el mismo poder de muerte el que se dé como complementario de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida. Ya no se hacen las guerras en el nombre del soberano al que es preciso defender, sino en nombre de la existencia de todos. Las poblaciones se matan entre ellas para vivir. Y es precisamente como garantes de la vida y la supervivencia, de los cuerpos y de la raza, como tantos regímenes han podido llevar a cabo tantas guerras y han podido hacer matar tantos hombres.

Es más, el mismo discurso sobre la liberación del deseo y de la sexualidad en el Occidente contemporáneo abre una serie de dudas provocadas al constatar que esta «liberación» viene precisamente promovida por el poder. Foucault concibe su dedicación actual en el vasto proyecto de su historia de la sexualidad como el contrapunto también del problema del poder. Como anunciaba en anteriores escritos, se trataría de seguirlo en sus mecanismos y efectos positivos. Habría que escribir una historia de la sexualidad que no esté ordenada a la idea de un poder-represión, de un poder-censura, sino a la idea de un poder-incitación, de un poder-saber.

Los mismos intelectuales forman parte de este sistema del poder. La concepción de que los intelectuales son los agentes de la «conciencia» y del discurso forma igualmente parte de este sistema. Por ello, la función del intelectual, según el autor francés, no es ya colocarse «un poco adelante o un poco al lado» para decir la verdad callada por todos; es más bien luchar contra las formas de poder allí donde él es a la vez el fin y el instrumento: en el orden del saber, de la conciencia y del discurso⁶. Lucha contra el poder no por «una toma de conciencia», pues hace mucho tiempo que la conciencia como saber ha sido adquirida por las masas y, que la conciencia como sujeto ha sido cogida y ocupada por la burguesía.

La globalidad del poder. Entre Deleuze y Lyotard

Deleuze confirma, sustancialmente, la posición de Foucault al respecto. Para Deleuze, de la consideración de la situación actual se deduce que el poder tiene forzosamente una visión total o global. Todas las formas de represión actuales, en su diversa multiplicidad, se totalizan fácilmente desde el punto de vista del poder: la represión racista, la que se da en las fábricas, en la enseñanza, contra los jóvenes en general. Frente a la política global del poder, centralista y jerárquico, Deleuze propone una serie de respuestas locales, de uniones laterales, de redes, de bases populares.

Es esa estructura centralista y jerárquica la que se deja ver en todos los terrenos. Basta analizar someramente las relaciones de producción capitalista y se puede descubrir todo un sistema de líneas semejantes a las que utiliza la dinámica del mario-

netista. El poder bancario está al nivel de conversión entre la estructura de financiamiento (línea abstracta) y las líneas concretas (medios de pago-bienes producidos); de manera semejante a la línea abstracta en que consistiría el centro de ligereza de la marioneta, y las líneas concretas de los movimientos parciales de las figuras, y la de los momentos de la historia representada a través de las marionetas ⁷.

Por todo ello, en *Rhizome* ⁸, una vez más escrito con Guattari, piensa que el rizoma podría ser la alternativa oriental, no sólo en el mundo de la naturaleza sino también con su correlación en la vida social y personal, frente a la estructura vertical, arbórea, de la lógica y el mundo occidentales. Si bien es cierto que con ello el poder no desaparecería, tal vez se tuviera una pista importante para vislumbrar que el panorama tan asfixiante del poder en el mundo occidental no tiene siempre un correlato exacto ni tan total fuera de él.

El poder, para Deleuze, se manifiesta también de una manera privilegiada a través del lenguaje, como intenta hacer ver al analizar las concepciones sobre el mismo. Comienza por rebelarse contra el tópico de que el lenguaje es transmisión y recepción de informaciones. «Cuando abrimos el televisor nosotros no recibimos informaciones, recibimos órdenes». En la escuela los efectos que se reciben no son tampoco informaciones, son órdenes: los niños construyen con lo recibido según el esquema que detenta el poder.

El lenguaje es una formalización de transmisiones en una sociedad, según el poder. A partir del análisis de la redundancia, entre la información y el ruido, Deleuze hace ver cómo, en su opinión, hay un esquema de poder. La redundancia (ejemplo, un hombre que repite una orden) es una forma de repetir la orden, es una forma de mandar. El lenguaje, entonces, no es la información sino que sería repetir las órdenes, la redundancia absoluta. Si la redundancia absoluta es la forma de orden, la información es solamente la condición relativa bajo la cual las transmisiones de las órdenes corresponden a estas órdenes.

El esquema podría ser: orden (Redundancia)/información/silencio. El silencio sería lo que pasa entre la orden y la respuesta a la orden. Deleuze sigue analizando las redundancias y plantea que tal vez hasta en las relaciones interpersonales puede haber una redundancia-resonancia, la de los elementos subjetivos, como en espiral, la que hace responder cuando el otro toma la iniciativa, o la que puede obligar al otro a tomar la iniciativa para responderle ⁹.

También cabe un enfoque del tema desde una perspectiva histórica no menos reveladora, analizando las estructuras que han consolidado en Occidente un común sistema de poder bajo diferentes modos culturales o sociales. Esta consideración, en la que por razones de espacio no entramos, concluiría más de una vez con la célebre frase brechtiana de *Galileo Galilei*: «desgraciada es la tierra que necesita héroes»; conclusión algo triste cuando el heroísmo ha sido una de las sistematizaciones ideológicas más claras en el mundo occidental, ya desde los tiempos de lo que pasó a consagrarse como la época clásica por excelencia. Como sostiene Lyotard, «la force des faibles» redescubre a los marginales griegos —marginales incluso para el discurso oficial sobre el clasicismo griego, fuente de la cultura occidental— contra las instituciones sociales y la sabiduría oficial de la época. Son los sofistas y los cínicos, en cierto modo despreciados por los grandes «maestros» Platón y Aristóteles, como fue despreciada la corriente dionisiaca —y marginada— por la apolínea. El propio Sócrates en su peculiar ironía buscaba la muerte, pues en su muerte sabía que estaba su victoria; y no se equivocó: pasó a la historia como mártir. Sería, en cambio, im-

posible imaginar un Protágoras mártir por sus convicciones sobre «la verdad». Como Gorgias, que para su desgracia prefería lo «verosímil» a lo «verdadero», y hacía parecer pequeño lo grande y grande lo pequeño, según la acerada crítica de Platón ¹⁰.

El mismo Lyotard, al analizar «la condición posmoderna» del saber en las sociedades más desarrolladas, va a plantear que la invención siempre se hace en el disenti- miento, y que el saber posmoderno no es solamente el instrumento de los poderes, sino que va a hacer más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias y va a fortalecer nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable ¹¹. De este modo cabe una relativa posibilidad de resistencia frente a la imposición que caracteriza al saber tecnologizado de las sociedades desarrolladas.

Las contradicciones internas del anarquismo clásico

A la luz de los análisis anteriores, el viejo anarquismo que enarboló la bandera más furibunda contra el poder no sólo queda desfasado, sino presa de las redes de aquéllo que pretendía destruir: el poder. No basta pregonar que se pretende como meta la destrucción del poder para lograrla, ni siquiera para evitar repetir el habitual esquema de dominación que el poder conlleva. De hecho, el viejo anarquismo no creo que haya presentado una auténtica alternativa al poder como tal, pues en las comunidades autogestionarias —por ejemplo, las del anarcosindicalismo español de los años 36 y 37 en Cataluña o Aragón—, sin negarles su intención de hacerlo, se estaba excesiva- mente condicionado para lograr algo más que aspectos parciales que, para ello, cohabi- taban con una serie de *líneas* del esquema. Otros anarquistas podrían objetar que no pretenden construir nada, sino que la búsqueda de la destrucción del «orden caótico» ya es una auténtica construcción y tiene en sí misma su propia autojustificación. Sin embargo, el problema no se termina con promulgaciones de intención tampoco. El poder, con todos sus vectores, no por ello desaparece. Y además, en frecuentes oca- siones, la actitud de aquellos viejos anarquistas han tenido una doble derivación signi- ficativa, así, la autoconciencia de creerse en la verdad les ha hecho intolerantes —una de las manifestaciones más expresivas del poder—; en otras ocasiones ha derivado hacia una concepción moralista de la vida. En la mente de todos están más de una declaración asombrosa, «aperplejante», de más de uno de aquellos viejos anarquistas que volvían del exilio a recordar viejas glorias y heroísmos.

Por centrarnos en Bakunin, es chocante pero no inesperado que después de leer su furibunda diatriba contra el concepto de Dios, lo cristiano y el Estado burgués, llegue en algunos momentos de *Dios y el Estado* a afirmar que: «En el cristianismo también hubo grandes hombres, santos que han hecho realmente o que al menos se han esforzado apasionadamente por hacer todo lo que decían, y cuyos corazones, desbor- dantes de amor, estaban llenos de desprecio por los goces y los bienes de este mundo» ¹². De admitir su discurso habría que deducir como ejemplar una de las máximas forma- lizaciones del poder, el heroísmo con el discurso religioso.

El mismo Bakunin en una carta a Neciaev el 2 de junio de 1870, fechada en Locarno, expresa el programa anarquista en unos tonos que, en parte, coinciden con el joven Neciaev, y, en parte, disienten, explicando así la ruptura violenta que tuvo con el que en un principio consideró revolucionario prototípico:

«Este programa puede ser expresado claramente en pocas palabras: destrucción total del mundo estatal-legalista y de toda la así llamada civilización burguesa, por medio de una revolución popular espontánea, dirigida no por una dictadura oficial

sino por una dictadura colectiva, imperceptible y anónima de los partidarios de una liberación completa del pueblo de toda opresión, firmemente unidos en una sociedad secreta, que actúen en todas partes y siempre con vistas al mismísimo fin y en base a un mismísimo programa...

Pero mi sistema se diferencia del vuestro en cuanto éste no reconoce ni la utilidad ni la posibilidad misma de una revolución diferente de aquélla espontánea, popular y social. Estoy profundamente convencido que cualquier otra revolución es deshonesto, nociva y funesta para la libertad y para el pueblo, porque es presagio de una nueva miseria y de una nueva esclavitud para el pueblo; por lo demás, y esto es lo esencial, cualquier otra revolución se ha convertido en imposible, irrealizable e inactuable.»

La carta citada sigue hablando del espontaneísmo del pueblo y a la par de una sociedad secreta revolucionaria y dirigente, en una conjunción tan difícil de hacer que roza incluso la imposibilidad de imaginarlo. De este modo encontramos en Bakunin una contradicción interna fundamental. Proclamándose opuesto al autoritarismo de toda índole, utiliza un lenguaje y un discurso específicamente autoritario, el que argumenta en su personal convicción, y salta a la dogmatización de la imposibilidad de lo que se aparta de su convicción. Por otra parte, reaparece el moralismo de calificar a quienes difieren de su personal convicción con «vicios» morales, la deshonestidad, la nocividad.

En la misma carta Bakunin habla de destrucción y de rechazo de todo poder, y a continuación se explaya en proponer una revolución popular dirigida «por medio de una fuerza invisible que no es reconocida por ninguno y que no se impone a ninguno; por medio de la dictadura colectiva de nuestra organización, *que será tanto más potente* en cuanto que se mantendrá invisible y desconocida, y que estará privada tanto de derechos como de posiciones oficiales». El subrayado es mío, como es obvio, para recalcar la introducción más o menos involuntariamente —a nivel consciente— del poder.

Tal vez en la idea de la fiesta y lo lúdico de una gran parte de los modernos movimientos ácratas quedan elocuentemente puestas en evidencia las contradicciones internas que encerraba el anarquismo de los «maestros» bajo sus programas de honestidad y seriedad; programas que desde su moralismo descubrían las redes del discurso del poder.

Poder: ambigüedad entre el ámbito y la disolución

Hay un texto de Kerouac particularmente relevante que, tal vez, logra expresar el ámbito extraño de un poder que además en Occidente ha logrado superar incluso el discurso ortodoxamente racional:

«Y luego la cuestión de por qué, por qué, es sólo el Poder la única naturaleza mental exudando sus potencialidades infinitas. Qué sentimiento tan extraño leer que en Viena, en febrero de 1922 (meses antes de que yo naciera), ésto y lo otro ocurría por las calles, ¿cómo podía existir una Viena, ni siquiera el concepto de Viena, antes de que yo naciera? Es porque la naturaleza mental prosigue, nada tiene que ver con los individuales que llegan y parten, que la soportan y pagan por ella y que por ella son tasados. Así que hace 2.500 años fue Gautama Buda quien tuvo el más grande pensamiento de la Humanidad, una gota en un cubo aquellos años en aquella Naturaleza Mental que es la Mente Universal. Veo en el gozo de mi monte que el Poder se complace y alegra, tanto en la ignorancia como en la claridad, de otra forma no habría igno-

rante existencia junto con inexistencia iluminada, ¿por qué habría el Poder de limitarse a una u otra?, bien en forma de dolor, o como éteres impalpables amorfos indoloros, ¿qué importa? Veo la luna amarilla hundirse mientras el mundo gira, tuerzo el cuello para ver cabeza abajo, y las montañas de la tierra son las mismas burbujas colgantes colgando sobre un ilimitado mar de espacio. Ah, si hubiera otra vista además del *ojo*, ¿qué otros niveles atómicos veríamos?; pero aquí vemos lunas, montes, lagos, árboles y seres sensibles tan sólo con nuestra vista. El Poder se goza en todo ello. Se recuerda a sí mismo que es el Poder, tal es por lo que el Poder es en realidad sólo éxtasis, y sus manifestaciones sueños, es la Eternidad Dorada, siempre pacífica, este encubierto sueño de la existencia es sólo un encubrirse en sí —me faltan las palabras—...»¹³

Este magnífico texto de Kerouac es casi una tentación a derivar en una cierta mistificación del Poder. Pero este texto en su tono «beat», entre místico y contestatario, es mucho más propiamente una denuncia y una constatación en cierto modo subversiva: descubre un ámbito, el del poder, en el que inexcusablemente estamos instalados de manera semejante a lo que, en un lenguaje más prosaico, vienen a concluir los análisis de Foucault y Deleuze. El poder es un ámbito que recorre desde lo político a lo existencial, que parece casi una atmósfera totalitaria que se respira necesariamente. Un poder omnipresente, totalitario, que produce el odio visceral característico de todo imperialismo del que se es su víctima directa. Por ello, la constatación de Kerouac es una auténtica contestación subversiva, porque planteando un tema que corre el riesgo de rozar una mística trasnochada es capaz de romper un tabú convertido en tal por el sistema establecido, el sistema que recorre los diversos campos en que hoy transcurre la vida del hombre del siglo XX; un sistema que encuentra su coronación más sutil en la manipulación del sentimiento religioso, por un lado, y en un determinado tipo de Moral por otro, que en su laicismo no logra ocultar su constitución.

El Poder con mayúscula, hipostasiado, sustantivado y desencarnado, acecha por todas partes y llega incluso a arrastrar como marionetas a los que se presentan como sus detentadores, en frase de Aranguren¹⁴.

Aquí radica la cuestión: el poder es un ámbito que nos circunda, y pretender su destrucción en el mejor de los casos puede no ser más que un donquijotismo contra los molinos de viento. No se trata tampoco de calificar el poder de bueno o malo. Y, sin embargo, tampoco se puede ceder al mito, «en definitiva fascista, de la irresistibilidad del Poder» —Aranguren—, aunque la empresa carezca de las ilusiones que caracteriza en tantos intentos revolucionarios decimonónicos. Si el poder no se puede destruir de la noche a la mañana hay que descubrirle sus flancos de ataque más o menos limitados.

El planteamiento del poder como un ámbito y el descubrimiento de sus filtros es ya un primer flanco. Lejos de la «fabricación de ideales» denunciados por Nietzsche, el problema propedéutico consiste en evitar un sueño de la razón que produzca monstruos goyescos. Como escribe acertadamente Rubert de Ventós¹⁵: «El Poder, violencia física cruzada de violencia simbólica, no sabe sino unificar, es decir, desordenar. Y sólo podemos salvar nuestro medio de tal desorden desarticulando aquella simbiosis de un poder que queda así grotescamente escindido en órdenes inoperantes y símbolos vacíos».

Las puertas quedan de este modo abiertas a la búsqueda de nuevas alternativas, al intento interminable pero progresivo de hacer más habitable la atmósfera contaminada que el Poder provoca. Si la destrucción del Poder puede ser, sin más, una pretensión, no es necesariamente imposible, en cambio, la empresa de la paulatina disolución o

neutralización del mismo. No se trata de buscar una victoria, puesto que no se trata de caer en el mismo esquema que pretende evitar ese tipo de lógica, la lógica de la victoria. Esa disolución enfoca su objetivo hacia el desvelamiento de la no-omnipotencia del poder, de su no-irresistibilidad, de su relativa carencia de fuerza. Disolución a partir de la crítica, la denuncia, el análisis, la contestación y la búsqueda de nuevos tipos de conducta personal y social. A partir de las acciones de lucha contra sus manifestaciones, con la preocupación metodológica de intentar simultáneamente su sistema y la repetición de ese sistema una vez derribado el anterior por parte de quienes pretendían su disolución.

Uno de los intentos de disolución, que ahora sólo planteamos, podría ser una alternativa estética radical, frente a los sistemas que basándose en los conceptos de *la Razón* y *la Moral* han actuado de eficaces vectores de un poder profundamente ramificado. Esos intentos deberían pasar seguramente por la búsqueda de una multiplicidad que se niegue a cerrarse en un horizonte uniforme y dogmático, en la línea de una apertura a la variedad/variación caracterizadas inicialmente por el rechazo a la imposición del monoformismo.

Rubert de Ventós señala, con razón, que tras el cuestionamiento del orden teórico y del orden espacial en que se fundan nociones tales como ideología, dialéctica, metodología, planificación urbana, etc., hay que descubrir la sombra de un poder que ordena y define tanto las cosas como las naciones, un poder del que hay que rescatarlas para devolverles su sentido y su eficacia. La lectura de un medio social y cultural degradado por este Poder llevaría, para finalizar, a la conclusión de que la defensa de este medio no dependería de un orden *mejor* sino de un orden *menor*¹⁶. Y ello nos introduciría en otro capítulo diferente y complementario de cuanto venimos analizando: los usos del poder y las concesiones al realismo político en función del posibilismo y el planteamiento del sentido de la dinámica utópica al respecto.

Hace unos pocos años se publicó una colección de estudios de diferentes especialistas de diversas partes del mundo que llevaba un título elocuente: «dominación o participación», «dominar o compartir», donde se resumía el planteamiento de lo que resulta ser una opción fundamental tanto a nivel interpersonal como socio-político¹⁷. En esa opción se justificaba la preocupación por encontrar el sentido a problemas tales como el del desarrollo endógeno o la llamada transferencia de conocimientos. Detrás de todo ello, como tras los análisis del proceso de comunicación que hacía Deleuze, de la fundamentación del saber informatizado de las sociedades posmodernas o de la estructura de la relación política, aparece antes o después lo que constituye su núcleo fundamental, y que con una expresión consagrada se suele denominar el problema del poder, ambiguamente escrito casi de manera indistinta con minúscula y con mayúscula.

¹ «La guerra es una simple continuación, por otros medios, de la política. Vemos, pues, que la guerra no ya sólo es un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una realización de ésta por otros medios». (*Arte y Ciencia de la Guerra*, cap. I, 24, pág. 31. Ed. Grijalbo, México, 1972).

² Del curso que Foucault dio en el «Collège de France» en el año 1975-76.

³ «Sorcellerie et Folie», en *Le Monde*, 23-4-76.

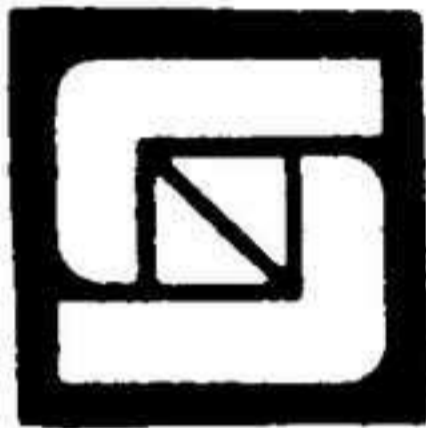
⁴ *Vid. Surveiller et punir*, pág. 35. Gallimard, 1976.

⁵ *O. c.*, págs. 195-196.

⁶ Entrevista Michel Foucault-Gilles Deleuze, «Les intellectuels et le pouvoir», en *L'Arc*, n.º 49, pág. 4.

⁷ Ver el paralelismo completo, como él lo expone, en su ponencia en el coloquio de Milán de 1974 sobre *Psicoanálisis y semiótica*.

- 8 En Les Editions de Minuit, Paris, 1976.
 9 Estos trazos están sacados de su curso dado en la Universidad de Vicennes en el año 75-76.
 10 Lyotard, J. F., «Sur la force des faibles», en *L'Arc*, n.º 64, pág. 64 y ss.
 11 Ver *La condición posmoderna*, pág. 11. Cátedra, Madrid, 1984.
 12 Nota al pie de la pág. 72 en la edición de *Dios y el Estado* hecha por Júcar, Madrid, 1975.
 13 *Desolation Angels* (I, 20), pág. 50. Trad. cast. (*Angeles de desolación*), en Geralt, Barcelona, 1975.
 14 Ver «¿Irresistibilidad del Poder», en *El País*, 18-1-77, pág. 9. También *El País* del 5-1-77, pág. 9.
 15 *Ensayos sobre el desorden*, Kairós, Barcelona, 1976, pág. 9.
 16 *Ensayos sobre el desorden*, o. c., pág. 20. Es interesante seguir la trayectoria de los escritos de Rubert al respecto, y comparar este texto, por ejemplo, con sus reflexiones sobre la correlación entre los nacionalismos y los imperios. (Ver «Del nacionalismo al nuclearismo», *El País*, 10-6-1984, págs. 12-13).
 17 Ver *Domination ou partage?*, UNESCO, París, 1980.



NUEVA SOCIEDAD

MARZO/ABRIL 1985

No 76

Director: Alberto Koschuetzke
 Jefe de Redacción: Daniel González V.

ANÁLISIS DE COYUNTURA: Nueva Voz: Guatemala: ¿Volverán los Militares a sus Cuarteles?; D.F. Maza Zavala: La Difícil Austeridad.

ENTREVISTA: Diálogo con Leopoldo Zea. La Juventud Latinoamericana: Crear lo que Nunca Han Tenido.

TEMA CENTRAL: JUVENTUD LATINOAMERICANA: ¿UNA FICCIÓN? Juan Carlos Tedesco: 5.380.000 Preguntas al Futuro. La Educación Superior en América Latina; Felipe Carrera Damas: Jóvenes y Sexo; Mario Marcel: La Generación Pendiente; Miguel Bonasso: De los "Desaparecidos" a los "Chicos de la Guerra"; Gloria Ardaya: Mujer Joven: Discriminación y Participación; Edgar Montiel: Conformismo y Rebeldía; Ana María Foxley: Marginados entre Marginados. Los Jóvenes Artistas; Ricardo Solari: Entre la Ilusión y la Desconfianza; Claudio Fermín: Lugares Comunes y Ópticas Erradas. Políticas Estatales para la Juventud; Friedrich Welsch - Germán Campos: ¿Juventud = Problema? Una Definición de Juventud a Partir de Ella Misma; Mario Toer: ¿En Búsqueda de un Nuevo Perfil? Los Movimientos Estudiantiles en el Cono Sur.

POSICIONES: Nuestra Conducta Partidaria y la Gestión del Gobierno de la UDP. Una Evaluación Crítica y Autocrítica del MIR Boliviano.

POLÍTICA—ECONOMÍA—CULTURA: Andrés Serbin: El Caribe Oriental: Las Secuelas de Granada; Roberto Díaz Castillo: Rabinal Achi, Macho Ratón, Mambo... El Hecho Folclórico Danzario; Alcides Hernández: La Reaganomics para Honduras; Roberto López: Exportaciones Tradicionales y Crisis Centroamericana; Nils Castro - Oyden Ortega: Nuevas Causas de Conflicto. El Canal de Panamá a Cinco Años del Tratado.

NOTICIAS — INFORMES — RECENSIONES

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)

	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.

Dirección: Apartado 61.712-Chacao, Caracas 1060-A, Venezuela.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

ORWELL VISTO POR UN ECONOMISTA

Gumersindo Ruiz

análisis y debate



3

La obra de George Orwell (seudónimo de Eric Blair, 1903-1950) posee dos constantes: una apasionada defensa de la libertad y la igualdad entre las personas, y una denuncia de los métodos manipuladores en que incurren los que poseen algún tipo de poder.

Aunque es más popular por sus novelas, Orwell desarrolló sus principales ideas en forma de ensayos; uno de ellos, un libro autobiográfico, *Homenaje a Cataluña* (1937), resulta clave para interpretar su obra. Orwell había venido a España en 1936 a combatir el fascismo; luchó en el frente de Aragón, cayó herido y, en plena guerra, recogió sus vivencias en este libro que en buena parte inspira política y documentalmente sus escritos posteriores.

Orwell, que formaba parte del libertario Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), con las milicias voluntarias, sufrió la dura experiencia del enfrentamiento entre anarquistas y comunistas en Barcelona, en mayo de 1937. Este hecho desencadena

en él una aversión profunda hacia el comunismo, al que considera responsable de interrumpir la experiencia revolucionaria y libertaria que se vivió en Barcelona los primeros meses de la guerra.

Cuando regresa del frente a la ciudad, comprueba con desilusión que «...se iba produciendo un aburguesamiento general, una deliberada destrucción del espíritu revolucionario que imperó en los primeros meses de la revolución»¹. De tal manera había quedado prendido por el aspecto revolucionario de la guerra española, que llega incluso a achacar la falta de una mayor agresividad de la población contra el fascismo a la pérdida de ilusión por una verdadera revolución, sustituida por la lucha para la restauración de la democracia burguesa republicana².

Este fracaso de la revolución social que tiene lugar en los primeros momentos de la guerra lo relaciona especialmente con la desaparición del incipiente igualitarismo, pues para él el socialismo no es sino igualitarismo en libertad. Orwell tuvo ocasión de vivir en la realidad la experiencia que constituía la utopía revolucionaria; de ahí su desencanto al ver la desaparición de los signos igualitarios que habían convertido a Barcelona en una comunidad única.

Su oposición al partido comunista tiene no sólo un fundamento ideológico, como es que «...los comunistas insisten siempre en el centralismo y en la eficacia; los anarquistas en la libertad y la igualdad»³, sino que la versión que circuló de los acontecimientos del 3 al 7 de mayo de 1937 en Barcelona, que responsabilizaba a los anarquistas del enfrentamiento, suponen para él una terrible violación de lo que ocurrió en realidad. A partir de aquí consideraría la manipulación y la utilización de tácticas de descrédito de los oponentes como algo sustancial a los totalitarismos. El libro, aparte de recoger sus vivencias de guerra —que luego utilizaría como material para sus novelas—, es un alegato contra el tratamiento que la prensa internacional liberal y de izquierdas daría a lo sucedido en Barcelona acusando al POUM y a los anarquistas de contrarrevolucionarios y defendiendo la posición comunista. El episodio le serviría de partida para su campaña contra el movimiento de simpatía que la experiencia socialista de la URSS despertaba en los radicales de izquierda de los países occidentales.

Este hecho histórico lo extiende Orwell a la tolerancia y justificación, por parte de demócratas y liberales, de los métodos de manipulación, pues para él los fines progresistas o revolucionarios no pueden lograrse nunca por procedimientos manipuladores.

Socialismo y capitalismo; manipulación y desigualdad

Su obra *Granja animal* es una parábola igualitaria donde la idea de la revolución traicionada por el igualitarismo y la manipulación aparece en su forma más cruda.

Y es aquí donde la economía juega un papel destacado, pues le sirve para describir y referir al lector a situaciones reales. En *Granja animal* nos encontramos ante una versión libre y caricaturesca de una «Historia económica de la URSS», que comienza con el reparto de excedente o plusvalía que antes obtenía el capitalista (el granjero); una «crisis económica», que es causa de miseria y malestar, origina revueltas y disturbios y la ulterior represión desencadena la rebelión. La parábola es muy ingenua, y tras esta explicación de la revolución aparece el tópico de que los nuevos revolucionarios pasan a ocupar el papel de los antiguos capitalistas apoderándose de la plusvalía, fruto del trabajo colectivizado.

Sin embargo, la discusión sobre la organización de la producción (se discute si construir un molino de viento o aumentar la producción agrícola, de consumo), que termina con la eliminación de uno de los líderes contendientes, alude a hechos reales, a la discusión sobre la acumulación primitiva socialista que enfrentó en la URSS a Stalin y Bujarin, por una parte, con Trotsky y Preobrazhensky, por otra. Así, mientras los primeros eran partidarios de favorecer a las empresas agrícolas los segundos apoyaban la idea de la industrialización forzosa financiada por la agricultura; esto se traduce en una enconada disputa donde se mezclan las dificultades de implantar el socialismo en un único país y la necesidad de la internacionalización, con la de reducir el poder de los campesinos propietarios.

Stalin, que elimina a Trotsky y Preobrazhensky, y que haría lo mismo, más adelante, con Bujarin, adopta las ideas de los primeros y lleva a cabo una explotación del campesinado hasta extremos que éstos no habrían imaginado ni, por supuesto, aceptado, para favorecer así la construcción de la industria pesada, de bienes de producción, soviética.

Este episodio de historia económica inspira la discusión en la granja entre la alternativa de construir un molino, bien de producción, o el aumento de la producción de bienes de consumo (alimentos). La adopción del primer criterio (que era el del enemigo perseguido) implica, como ocurrió en Rusia, imponer sacrificios a la población y una caída de la producción agraria.

Hay suficientes datos en la obra de Orwell como para que la parábola no pueda tomarse como un ataque abstracto al totalitarismo, pues identifica y transmite al lector mediante hechos históricos concretos la imagen y la historia de la URSS de Stalin, incluyendo las purgas de disidentes. En los aspectos económicos se describen los triunfalistas objetivos de producción, el fetichismo de las cifras, el productivismo, los records en todas las producciones.

Pero Orwell no realiza esta crítica para mostrar las ventajas de un sistema de mercado; antes al contrario, destaca la mayor capacidad de una sociedad cooperativa sobre el capitalismo. La escasez como característica y los problemas de inexperiencia productiva se superan con la voluntad de los trabajadores, y sólo la mala administración y la orientación del sistema impiden un mayor bienestar. En efecto, el fracaso del sistema no es económico sino de organización política; las condiciones productivas mejoran efectivamente, pero es un incremento de los bienes de producción, no del consumo; los burócratas y clases dominantes se benefician, no los trabajadores; hay, en fin, que mantener un volumen de gastos de defensa (y una política interior). La necesidad de adquirir algunos productos para la producción y el consumo obliga a comerciar con el exterior, y las potencias extranjeras, si bien recelosas del país revolucionario, toleran el intercambio en cuanto les supone un beneficio económico. Al final, esas potencias aceptan la «granja animal», con la cínica reflexión de que «¿no era el problema de los obreros el mismo en todas partes?»⁴.

Hay una tergiversación voluntaria de los principios de la revolución y un continuo cambio de principios y justificación de las contradicciones. Esta manipulación, en la que los animales inteligentes de la granja (los cerdos) mantienen a sus camaradas, voluntariosos pero poco instruidos, en un estado de ineducación, y en que las ovejas balan las consignas del Partido interrumpiendo cualquier posible actitud crítica, concluye con lo que es fundamental para Orwell: el rompimiento absoluto del principio igualitario, andando los cerdos a dos patas.

«Todos los animales son iguales,
pero algunos animales
son más iguales que otros»⁵.

Sin embargo, en esta feroz crítica al estalinismo no se plantea que el sistema socialista sea ineficiente o inadecuado; al contrario, muestra ventajas sobre el capitalismo. Lo que se denuncia aquí es una forma de concebir la organización social caracterizada por la acumulación de poder y la pérdida de respeto hacia las individualidades.

La presencia de la economía en la obra más conocida de Orwell, *1984*, es importante por el papel que juega la privación y la escasez en el mantenimiento del poder; y, además, por la caracterización de un sistema de economía planificada.

Orwell quiere impresionarnos describiéndonos una sociedad futura de manipulación y poder absoluto. Sin embargo, al igual que ocurre en *Granja animal*, el mensaje se sustenta en una realidad tan concreta que los lectores identifican la economía planificada de la URSS a partir de todos los tópicos y clichés con que se ha presentado en Occidente. Las deficiencias son una constante: ascensores, agua caliente, calefacción, tuberías..., nada funciona. Se vive en un mundo sórdido y frío, de malos olores, donde los habitantes se protegen de la intemperie en casas desvencijadas, con huecos cubiertos por cartón y hojalata. Los productos primarios de consumo escasean y son de mala calidad: jabón, cordones de zapatos, hojas de afeitar, botones, hilo de coser, ginebra, pan, carne, mantequilla, azúcar, té, chocolate, tabaco⁶. Todo está racionado. La ropa, en fin, es basta y de muy mala calidad; los comedores públicos sucios, ruidosos, atestados de gente uniformada con monos azules que salen de grandes oficinas donde desempeñan tediosas tareas burocráticas. La economía se planifica trienalmente; el triunfalismo en la producción y consecución de objetivos de producción, en una expansión productiva en que continuamente se intenta producir más de todo, se enfrenta a una realidad de colas y escasez generalizada, descubriendo la evidencia de la miseria la falsedad de los datos. Hay, en fin, un importante mercado negro que caracteriza, como un dato adicional, a la economía planificada.

Y llegamos así a otra caracterización fundamental: estamos en una economía de guerra, y este hecho determina cualquier acción dentro de la novela.

La existencia de una situación de guerra generalizada entre las tres grandes potencias en conflicto, en las que ha quedado dividido el mundo, no tiene un motivo económico, pues las economías son autárquicas y no hay —como en el pasado imperialista— competencia por los mercados y las materias primas. La guerra sí sirve, sin embargo, para dominar a los países no alineados y obtener de ellos manos de obra barata para la producción de armamentos. Pero lo relevante es que la finalidad de la guerra no es un dominio o una victoria sino un terrible intento de provocar una permanente escasez.

Orwell, como buen pensador de sociedades utópicas, sentía que la técnica iba a eliminar las lacras de miseria social y a reducir desigualdades: la técnica elimina las principales diferencias sociales y hace posible la igualdad. La servidumbre de los trabajos más penosos y las diferencias de base, como la educación, serían suprimidas por una tecnología que libraría a la humanidad del condicionamiento de la producción, cubriría las principales necesidades y provocaría forzosamente una redistribución de la cuantiosa productividad general⁷. Pero esta elevación del nivel de bienestar y de cultura marcan la tendencia de reducción de desigualdades que efectivamente tiene lugar en Europa por la aparición de una clase media (que Orwell detectó), así como por la abolición de ciertos privilegios que ocurren tras las grandes guerras. Y esto no resultaba deseable para los propósitos de la clase dirigente que vislumbra Orwell, pues: «a la larga, una sociedad jerárquica sólo sería posible basándose en la pobreza y en la ignorancia»⁸.

La producción de armamentos tiene, pues, como objetivo, no ganar una guerra (imposible por la situación de equilibrio de las tres superpotencias) sino mantener un estado deliberado de miseria interna que garantizara el dominio y control del pueblo.

La solución económica a los problemas de superproducción es ciertamente ingenua, pues el equilibrio económico se logra mediante la aplicación del excedente (después de un consumo mínimo, de subsistencia) a la industria de guerra, la cual tiene garantizada una demanda, mientras que la destrucción por obsolescencia de las armas permitiría aumentar ininterrumpidamente la producción ⁹.

Obviamente, Orwell se aparta aquí de la descripción de la economía soviética y entra de lleno en cómo podría ser el ejercicio de un poder absoluto y de los métodos para conseguirlo. La idea es que «un estado generalizado de escasez aumenta la importancia de pequeños privilegios y hace que la distinción entre un grupo y otro resulte más evidente» ¹⁰. El mantenimiento de una cierta miseria es, pues, conveniente a una clase que quiera mantener el poder mediante la diferenciación.

El tema más destacable en la obra de Orwell es, sin duda, el de la igualdad y los intentos por mantener posturas inigualitarias y de poder. Para destacar su idea posee la virtud de identificar mediante referencias muy simples y concretas a personajes y hechos cotidianos; la clasificación en tres clases (alta, media y baja), buscando la media sustituir a la alta y apoderarse de sus privilegios, es una de las inevitables caricaturas de Orwell que aparecen en *1984*, pero resulta un fiel reflejo del pensamiento popular de que el que toma el poder lo utiliza de inmediato en beneficio propio. Así, aunque los miembros superiores del partido pertenezcan a esa nueva clase frugal para la que la pasión de mando es mayor que su deseo de bienes materiales, la verdad es que su poder se concreta en algo tan popularmente comprensible como el disfrute de privilegios de consumo.

También aparece en Orwell una actitud hacia los desposeídos que le lleva a presentar las clases más bajas como ajenas a las consecuencias de cualquier proceso, pues son las que han sido siempre explotadas y lo continúan siendo bajo el nuevo régimen; embrutecidos por la monotonía de su vida y trabajo, son indiferentes a las variaciones y carecen de conciencia política, rebelándose sólo ante problemas y carestías concretas.

Aunque Orwell está absolutamente fuera de toda duda en cuanto a sus simpatías socialistas, su feroz ataque al socialismo de la URSS y al comunismo merecen un análisis complejo. Pues si bien Orwell expone sin ambigüedad que la situación terrorífica de *1984* procede directamente del socialismo planificado, no se encuentran en él atacados con tanta virulencia los fuertes inigualitarismos consustanciales al capitalismo, de la que el desempleo es quizá la principal manifestación. Ni hay tampoco intentos adivinatorios de cómo podría evolucionarse hacia una sociedad manipulada, partiendo de una organización formalmente democrática. ¿Cómo explicar este parcialismo que ha llevado a utilizar la obra de Orwell como propaganda contra los países comunistas y como argumento para la defensa occidental?

Para mí la respuesta es que Orwell consideró que el capitalismo no tenía un serio futuro y, por tanto, no podía derivarse de él peligro alguno; está tan sometido al azar, es tan débil, posee tantas contradicciones, tal «irracionalidad», que difícilmente puede mantenerse como sistema permanente de poder. Deja demasiadas posibilidades de escape. Por el contrario, el peligro real estaba, como veremos, en la racionalización, en la aparición de un poder con ideología, con capacidad para racionalizar y hacer científicas las relaciones sociales, de producción y distribución.

La postura de Orwell queda claramente reflejada en muchos de sus escritos. Me parece especialmente significativo *El león y el unicornio* ¹¹, en el que desarrolla un sentimiento patriótico inglés ante el fascismo alemán lleno de sugerencias sobre su idea de la organización social.

Cree en una libertad gozosa, libertad a tener una casa propia, a emplear el tiempo en lo que resulta grato; es realmente una búsqueda de la libertad privada, que, deja claro ¹², «no tiene nada que ver con la libertad económica el derecho a explotar a otros por beneficio» ¹³. Orwell defiende la economía socialista y los beneficios de los servicios públicos, pero, sobre todo, cree en la revolución tecnológica que acerca las clases sociales, tanto por la difusión de la educación y el disfrute común de los medios de comunicación, como por el abaratamiento de los artículos de consumo básico, las comodidades en el hogar (con la generalización de la luz eléctrica y el agua corriente); además, la técnica elimina tareas y trabajos pesados y hace a todos un poco más iguales por cuanto reduce el esfuerzo físico. Por este motivo, considera que es importante para el poder romper la tendencia igualadora inherente al desarrollo tecnológico.

En este libro aparece su idea de que el capitalismo es algo caduco: «lo que esta guerra ha demostrado es que el capitalismo privado no funciona» ¹⁴. Frente a la poderosa máquina nazi su argumento es que se precisa una economía planificadora y fuerte, y sólo el socialismo como alternativa puede solucionar los problemas de la producción, el consumo y el empleo. El capitalismo, mandado por el interés privado del beneficio, se mostraba inadecuado para hacer frente al interés público de ganar la guerra: «no se puede vencer a Hitler permaneciendo económica y socialmente en el siglo XIX» ¹⁵.

Por esta curiosa mezcla, patriótica alabanza de las viejas lealtades nacionales, y mayor eficacia económica del socialismo, surge el igualitarismo como necesidad, pues un programa que sea revolucionario ¹⁶ y factible requiere un movimiento social igualitario que pueda servir como aglutinante social, proporcionando la ilusión suficiente para movilizar a la población. Entre las fuerzas inegalitarias y el patriotismo (que debería abrazar la causa igualitaria), apuesta por este último como virtud sustancial a su pueblo.

Orwell cree, pues, en el socialismo, pero a diferencia de otros pensadores revolucionarios estaba más preocupado por la degeneración de la propia revolución que por su consecución, que consideraba absolutamente necesaria e inevitable.

Por eso ataca con más fuerza a la revolución traicionada que al capitalismo, llegando esto a constituir en él una idea obsesiva e injusta en su generalidad. Pues es desproporcionado atribuir al comunismo la pretensión (racional y consciente, como objetivo) de anular la libertad y los movimientos espontáneos libertarios, lo que además refuerza con la expresión de que cada variante del socialismo perpetuaba la falta de libertad y desigualdad social. El origen de la situación de *1984*, llega a decir, está en el colectivismo, en el sistema socialista soviético de economía planificada ¹⁷.

¿Qué podríamos decir de esta monstruosa profecía? Sería insistir en lo obvio repasar el evidente distanciamiento de la economía descrita en *Granja animal* y *1984* de la de la evolución real de las economías de planificación central, en las que movimientos internos han contravertido la orientación de la producción volviéndola hacia el consumo y un mayor bienestar, ya sea privado o de disfrute social de bienes públicos.

En cuanto al igualitarismo, las economías planificadas manifiestan, en general, características más igualitarias en el disfrute del progreso y crecimiento económico, aunque la diferenciación y mantenimiento de situaciones de poder es un hecho social arraigado y posibilitado por el sistema ¹⁸

Pero, ¿es *1984* realmente una profecía? La obra en sí carece de credibilidad, pues el control que presupone no resulta factible ni tampoco sus creaciones técnicas son imaginativas ni novedosas. Esto no impide que carezca de fuerza y que, olvidándose las inconsistencias del argumento, llegue a los más recónditos sentimientos e impresione al lector

con su sentido último: una racionalización absoluta sobre la que se consolida el poder produce una sociedad inconcebiblemente monstruosa. El dato a retener no es, pues, la historia en sí, ni la posibilidad que presenta, sino la racionalización como procedimiento.

El mundo político que describe *1984* es irreal; la mentira y la falsificación de la realidad se llevan a extremos difícilmente admisibles. El esperpento de Orwell trata de presentarnos el control en su acepción más absoluta, y tanto es así que se ha eliminado hasta el azar del juego; en el libro se nos dice que en la lotería, oficialmente controlada, los premios importantes no se pagaban aunque se mantenía entre la gente la ficción del juego, lo cual es factible en una sociedad donde la información está también controlada. La imagen no es anecdótica porque ni siquiera existe la posibilidad de diferenciación que el azar —aún con una probabilidad remota— permite. La planificación y racionalización del control es total. Y aquí es donde Orwell quiere dar la batalla.

Los peligros de la racionalización

Orwell percibe que la objetivación y planificación racionalizadora suponen un intento de identificar verdad y ciencia con el poder (quien tiene el poder dice lo que es verdadero y en qué y cómo debe investigarse), y de aquí podía derivarse el poder más absoluto imaginable. Si bien existían y habían existido formas de dominación, éstas dejaban demasiadas vías de escape; la racionalización absoluta —que Orwell identifica con una derivación del marxismo dogmático y científico— es posible, y a llamar la atención sobre esta tentación, sobre este peligro para la libertad, se dirige su mensaje.

Esta preocupación por la objetivación y la racionalización de la ciencia responde a un doble motivo: la práctica soviética y la simpatía que despertaban en la intelectualidad occidental los procedimientos ordenadores y racionalizadores. En 1946, M. Polanyi publica un libro importante, *Ciencia, fe y sociedad*, en el que expresa, desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, una preocupación similar por lo que Orwell había desarrollado vitalmente con fortísima e influyente expresión literaria.

Cuenta Polanyi que el economista N. I. Bujarin le explicaba en 1935, en Moscú, cómo la funcionalización social de la ciencia en una economía socialista hacía desaparecer la distinción entre ciencia pura y aplicada: «La superación del conflicto entre ambas formas de hacer ciencia no se debía a una imposición sobre los científicos, sino que éstos en su investigación —dice Polanyi— se veían meramente como una confirmación consciente de la armonía preexistente entre objetivos científicos y sociales...»¹⁹.

Bujarin fue ejecutado tres años después. La oficialización de la ciencia hacía que los científicos que se apartaran de las doctrinas y teorías oficiales fueran considerados socialmente irracionales, ya que la organización de la ciencia y de la sociedad formaba parte de la misma racionalidad.

Tres ideas son destacables a partir de este hecho: una, el empeño de Polanyi por «desobjetivizar» la ciencia, en el sentido de desoficializar una opinión predeterminada sobre la verdad científica y potenciar el componente subjetivo y personal del descubrimiento científico. Otra, comprometer a los intelectuales en la denuncia de tales prácticas dictatoriales y la forma en que eran disculpadas, ya que los escritos de autores como Polanyi en contra de la persecución de científicos en la URSS eran considerados —como en determinados círculos lo fue la obra de Orwell— simplemente como propaganda anticomunista. En fin, preocupaba a Polanyi la necesidad de disponer de un método serio de filosofía de la ciencia y del conocimiento²⁰.

Orwell, por su parte, dedica muchas páginas a desarrollar e insistir en su obsesiva idea de que los intelectuales occidentales de izquierda no reprobaban abiertamente los métodos estalinistas, y a atacar esa admiración latente por la planificación y racionalización científica.

Sin embargo, los hechos posteriores no siguen la dirección temida por Orwell. La caracterización racionalizadora del socialismo comunista es exagerada y, desde luego, no se corresponde con la capacidad de crítica interna que ha generado. La imagen monstruosa de un grupo que aplasta sistemáticamente cualquier oposición a su poder no explica el movimiento contestatario de los países de planificación central, ni el pensamiento que allí surge contra las racionalizaciones que impiden el ejercicio de la libertad. Al contrario, quizá por la dureza de las condiciones surge allí un pensamiento más aquilatado que denuncia otras formas de pérdida de libertad.

Hay una racionalización más poderosa que la que de manera consciente pueda imponerse por un grupo dominante que busque perpetuar alguna suerte de poder absoluto. Es la enajenación de la libertad por la aceptación de un tipo de orden más o menos definitivo, el mito jurídico de la norma que, situándose sobre los individuos, constituye la suprema referencia. Y esto enfrenta una forma valiosa de racionalidad, que es lo legal, el descanso en un orden, con el peligro que para la libertad ofrece la aceptación de un principio permanente.

Frente a esta racionalización, donde el orden no representa un descanso momentáneo, un equilibrio provisional, sino renuncia a la libertad, alienada, cosificada en la norma, han surgido prevenciones desde los propios sistemas de planificación, donde el pensamiento ha sido capaz de una crítica comprensiva no sólo del propio intento de imponer una verdad burocrática sino de la falacia de otras formas de racionalidad que surgen de los sistemas de mercado, por cuanto suponen el establecimiento de una forma real de funcionamiento y organización social que impide la práctica de la libertad individual.

Leszek Kolakowski, en *El racionalismo como ideología*, ha realizado tal vez la mejor disección del pensamiento racionalista, cuidando de no caer en la frivolidad —tan frecuente en el pensamiento occidental— de la defensa de lo irracional como contrapunto cultural. Kolakowski ataca el sistema de planificación del que parte, en el que la racionalidad es sinónimo de verdad absoluta detentada por el partido, pero también hace lo propio con el racionalismo positivista, el racionalismo «democrático». Naturalmente, Kolakowski está a favor de la razón pero no de las «reglas definitivas de conocimiento», pues para él lo racional es la imperfección crónica y no un definitivo acabamiento; y así, para él, el racionalista «lo único que no acepta es el riesgo de la satisfacción definitiva dimanante de las firmes convicciones»²¹. De esta forma el racionalismo radical, absoluto, se torna tan irracional como el irracionalismo.

Y también del pensamiento de los países de economía planificada ha surgido la crítica a la manipulación que trata de justificarse por motivos prácticos. Georges Lukács²² habla en este sentido de «el predominio de lo táctico sobre la teoría relativa de los principios», y de cómo la razón práctica de la resolución de los problemas cotidianos hace perder la conciencia histórica, el sentido de los principios.

Orwell manifestó el desencanto que produce en el pueblo la manipulación de la revolución, ya que pese a los posibles resultados positivos que con ello se consiga, el acto no deja de llevar en sí la semilla del mal. Lukács lo expresa diciendo que la manipulación de unos principios ontológicos para obtener resultados económicos de crecimiento de la producción y mejora en el consumo (por otra parte de gran significación) no van a provocar un entusiasmo vital generalizado, pues lo importante es crear conciencia de libertad y costumbre de práctica democrática más que ganar batallas con procedimientos absolutistas que, poco a poco, van, en su misma victoria, anulando las actitudes y comportamientos de libertad.

A propósito de la guerra civil española Orwell había dicho: «El pueblo español fue derrotado, pero las cosas que aprendió durante los dos y medio memorables años volverá un día sobre los fascistas españoles como un “boomerang”»²³. Ser derrotado no era para él lo fundamental si se ha vivido el ser de la existencia y se ha conocido la verdad. Orwell, tan entusiasta de la auténtica revolución, tan creyente en el espíritu revolucionario que vivió una vez en España, era, desde luego, el primero en no creer en la visión descrita en 1984.

En abril de 1984 se celebró en la Universidad de Málaga un homenaje a George Orwell. Las sugerencias, comentarios e ideas de Pilar Hidalgo, Domingo Blanco, Cristóbal Fernández Pineda, Alfredo García Lopera, Horacio Eichelbann y Juan A. Lacomba, han influido de forma notoria en la redacción de estas páginas. Ana M.^a Montiel, que promovió el encuentro, motivó mi intervención en el mismo, de la cual es consecuencia el presente trabajo.

¹ G. Orwell: *Homenaje a Cataluña*. Ariel, 1983, edición original de 1937, pág. 91.

² Aparte de la exageración del juicio de Orwell, es verdad que algunos historiadores de la Guerra Civil se cuestionan por la escasa oposición popular al levantamiento en Andalucía. Por ejemplo, este interrogante lo plantearon los profesores Antonio M. Bernal y Antonio Nadal en la presentación del libro de este último, *Guerra Civil en Málaga*, en la Casa de Cultura de esta ciudad el 25 de mayo de 1984.

³ *Homenaje...*, pág. 97.

⁴ G. Orwell: *Granja animal*. Destino, 1976, edición original de 1945, pág. 177.

⁵ *Granja animal*, pág. 174.

⁶ En su participación en la guerra española algunos de estos productos son los que más se fijan en la mente de Orwell, recogidos luego en su *Homenaje a Cataluña*; por ejemplo, el tabaco, de muy mala calidad, aparece constantemente. Como decíamos, la experiencia española deja la huella, tanto en el fondo como en la forma, en la obra de Orwell.

⁷ No consideró una posibilidad no redistributiva de mantener a grandes masas aparte de las ventajas de la producción y consumo, como hace el desempleo generalizado en la actualidad.

⁸ 1984, pág. 206.

⁹ La industria de la guerra pasa, sin embargo, en la práctica, a ser un instrumento comercial, ocupando un papel de política de oferta, de producción de bienes para la exportación; pero mientras que nacionalmente es una forma de creación de riqueza, internacionalmente cabe la interpretación —siguiendo la de Orwell— de que contribuye al empobrecimiento general, al ser una alternativa a la producción de bienes de consumo. Por otra parte, la utilización de la amenaza de guerra es, en la actualidad, un instrumento de control para orientar las voluntades, llegando a una situación global de manipulación compartida —como en el libro de Orwell— por los distintos sistemas.

¹⁰ 1984, págs. 207-208.

¹¹ Agradezco esta referencia a la profesora Pilar Hidalgo. G. Orwell: *The lion and the unicorn*, Penguin, 1941.

¹² *The lion...*, pág. 40.

¹³ Alain Besançon: «1984: Orwell y nosotros», *Revista de Occidente*, febrero-marzo 1984, dice (pág. 68): «Inglés en esto, Orwell tiene un estricto sentido de la esfera de autonomía de la que debe disponer el individuo, de las vallas que deben proteger su casa, sus costumbres, sus diversiones. El socialismo, según él, tenía como primera misión dejar en paz al ciudadano... «También es una idea democrática que no soporta el snobismo, el desprecio social, la diferencia de «status» entre los hombres ni esas pequeñas barreras difícilmente franqueables que dividen en todos los sentidos la sociedad...».

¹⁴ *The lion...*, pág. 73.

¹⁵ *The lion...*, pág. 74.

¹⁶ El programa incluye: nacionalización de la tierra, minas, ferrocarriles, bancos y principales industrias; limitación de rentas con un abanico de uno a diez; reforma democrática del sistema educativo.

¹⁷ Así lo expresa en la pág. 222 de 1984.

¹⁸ Ver G. Ruiz: *Igualdad humana y realidad económica*. Pirámide. Madrid, 1982. Cap. 5.

¹⁹ M. Polanyi: *Science, faith and Society*. The University of Chicago Press. 1964, pág. 8.

²⁰ Es el camino que siguen Paul K. Feyerabend en su *Contra el método* (1970) y Theodore Roszack en *La formación de una contracultura* (1969). Si prescindimos en esta obra de los aspectos visionarios que se contraponen a la crítica a esta última, estamos ante una argumentación contra la racionalización y objetivización del conocimiento e investigación científica, y el posible control de la misma por los «expertos».

²¹ L. Kolakowski: *El racionalismo como ideología*. Ariel, 1970; edición original de 1967, pág. 100.

²² Holz, Kofler, Abendroth: *Conversaciones con Lukács*. Alianza, 1969, original de 1967, págs. 206 y ss.

²³ G. Orwell: *The lion...*, pág. 122.

S a b e r

3

MICHEL FOUCAULT
UMBERTO ECO
RUGGERO RAIMONDI
PROMETEO MOYA
NIELS JERNE
FERNANDO SAVATER
LLUÍS SALA-MOLINS
RENÉ GIRARD
JORGE WAGENSBERG
ANTONI MUNNÉ
MARCELO COHEN

REVISTA DE CULTURA. Bimestral



EL LENGUAJE ALEJADO DE LA VERDAD

José Manuel
García Rey

«Ningún hombre constituye por sí mismo una *Isla*; cada hombre es una porción del *Continente*, una parte de *Tierra Firme*; si un *terrón* fuese arrastrado por el *Mar*, *Europa* perdería tanto como si se tratase de un *Promontorio*, como si la *Casa Solariega* de tus amigos o la tuya propia fuese; la *Muerte* de cualquier hombre me disminuye, puesto que estoy implicado en la *Condición Humana*; por lo tanto nunca busques saber por quién doblan las *campanas*; están doblando por ti.»

John Doone

«Ocurre que el olvido no sólo es una necesidad higiénica en el hombre, sino también un innoble escamoteo de la verdad.»

Julio Cortázar

Quiero llamar la atención, remitir al lector a ciertas zonas donde lenguaje y realidad

confluyen o se tocan, generando en su contacto figuras equívocas, situaciones desvirtuadas, realidades demasiado parciales —parcializadas, previamente influidas de unos colores que ya conocíamos— y que, como las predicciones de las brujas de *Macbeth*, ponen en movimiento viejos temores, ambiciones soterradas o la pura ignorancia.

Los medios de comunicación nos persiguen y exigen de nosotros: prensa, radio, televisión, vallas publicitarias, revistas del corazón. Es una paradoja actual la que nos permite con muchas menos complicaciones saber lo que sucede en Libano que conocer los problemas de la persona que habita pared por medio. Lo que no queda tan claro es lo que se nos exige —aparte, claro está, de comprar Nivea, unas compresas extraplanísimas o un coche interplanetario—; detrás de la noticia siempre hay algo o alguien. Es probable que en este punto

venga a converger los aspectos más importantes de nuestra responsabilidad frente a este complicado mundo que nos rodea y en el que se nos va haciendo necesario y perentorio decir que no o que sí a una serie de solicitudes urgentes.

Quien conoce los medios de comunicación de su país los conoce todos; entonces sabrá que la información no es nunca objetiva, ni quienes la manejan y difunden seres apartidarios y apolíticos. La manipulación de los hechos es en muchos casos demasiado sutil y subrepticia y siempre repugnante. La manipulación es parcialidad, pero parcialidad disfrazada, disimulada como la falsedad y la felonía; viene con la máscara de la buena voluntad, la objetividad y, muchas veces, el humanitarismo. Es que los intereses de una sociedad capitalista no encuentran barreras ni en el paro, ni en la extorsión ni en los graves problemas ecológicos, y por ello sigue siendo

mejor que la gente no piense ni saque sus propias conclusiones.

Y es que uno de los problemas fundamentales de la realidad deriva del discurso al cual se la somete y se nos somete; y de estas relaciones de la realidad que se nos describen se espera un resultado, una acción que se desea de nosotros. Aquí habita el maniqueísmo y la demagogia: el juego del viejo poder establecido¹.

Quizá por los mismos motivos —y aunque no deje de ser paradójico— la crítica literaria y la misma literatura se han movido recorriendo el amplio espectro que va desde las relaciones íntimas que ésta pueda mantener con la realidad hasta el extremo de la pureza sin contaminaciones; en el mismo momento en que el formalismo ruso intenta independizar el texto de todo tipo de elementos exteriores a él, la mejor crítica marxista, como es la de György Lukács, hace fundamental hincapié en los elementos ideológicos que subyacen al texto y sostienen sus ideas.

Cualquier norma o impronta que intente circunscribir la creación literaria es dudosa y cuestionable en sí misma; sin embargo, la manipulación, la mentira y el engaño no es materia tan opinable y sí, en cambio, cotidiana como los cigarrillos. Y si bien la literatura es de la misma sustancia que los titulares de los periódicos, no resulta nada alentador que le dé la espalda.

¿Qué otra cosa representa la actitud del «engagement», del compromiso sartreano? Se trata de un paradigma del miedo y del asco, de una muela entre metafísica y social, el gesto de un artista que no

puede aceptar una dosis tan abundante de hipocresía y de estupidez. ¿Por qué si no hemos hablado tanto de 1984 de Orwell? ¿Por la coincidencia cabalística de que haya dejado verse un año entero en nuestro calendario, o exactamente al revés, porque estando en camino todavía no hemos llegado? Yo personalmente no creo que puedan seguir usándose en estos tiempos estéticas de salón de té.

El arte será siempre una especie de sismógrafo de la realidad y captará de manera muy especial las pulsaciones del descontento humano, del terror y de la brutalidad. Por lo tanto, el compromiso es un gesto de humanidad, una exculpación y una pregunta; en una palabra, una manera de darle a la vida la importancia del arte (para que éste intente confundirse con aquélla, sin imitaciones posibles) y no convertir al arte en lacayo de aquélla. Claro que el valor último de la obra depende no sólo de las intenciones sino más bien del talento. Supongo que en el fondo todos admiramos a aquéllos que con tanto éxito hacen de tripas corazón; no todos somos tan veloces en el olvido.

Como sostiene Mario Benedetti, creo que es bueno ser subjetivo y que la parcialidad es recomendable cuando es descubierta y da la cara, porque las opiniones claras no buscan el engaño ni insisten en las infinitas máscaras de la mentira.

Es posible que todo lo que vengo diciendo tenga una significación más marcada para un latinoamericano. Tal es la idea de Julio Cortázar y en buena medida me suscribo a ella. No hace falta ser latinoamericano para entender de los problemas de esa parte del

Tercer Mundo, pero tampoco es cierto lo contrario. El hecho es que desde hace aproximadamente cincuenta años —y esto no es una noticia ni un descubrimiento— Latinoamérica es la preocupación principal e insoslayable de sus escritores. No es para menos cuando se piensa que su historia es una historia de engaños: injertos melancólicos, utopías remozadas en los últimos espacios posibles del globo, prolongación de Europa y tierras de ninguna parte y, sobre todo, explotación de las enormes mayorías y una doble muralla entre los hombres y sus raíces. Reverencia a la cultura del viejo continente y sometimiento económico al gran país del Norte como su más inmediato traspatio.

Así, entonces, toda auténtica intención de llegar al ser hondo de Latinoamérica pasa por la política y por el lenguaje. De manera ineludible; y es por esto por lo que su historia se inicia con los levantamientos de la independencia. Por tanto, ese encuentro con la propia naturaleza es, entre otras cosas, la absorción y el reconocimiento de las gentes latinoamericanas y su medio ambiente. Y este es el trabajo que emprenden en sus escritores y, sobre todo, los nacidos en la segunda y tercera década del siglo, quienes son conocidos, todavía, como el «boom» latinoamericano. No es de extrañar, entonces, que apelen antes que nada al lenguaje coloquial de sus lugares², pues el lenguaje se presenta como el elemento por antonomasia que lleva más directamente hacia el verdadero ser del latinoamericano. Con el lenguaje romántico inventado en Europa poco se podía hacer, y esto ya lo supo el gran José Hernández a la hora de escribir su *Martín Fierro*; también esa es una de las

razones por las que la literatura gauchesca ocupe en el Río de la Plata el alto lugar que tiene.

El binomio lenguaje-realidad coincide muchas veces con el que forman lenguaje-identidad. Este es el sentimiento que mueve buena parte de la literatura latinoamericana; inclinación del intelectual hacia una pesquisa de lo nacional y autóctono, lugar en donde la ficción encuentra su correlato objetivo en los campos, en las minas y en las ciudades. Se trata de una conciencia que se busca en su entorno, se investiga y se piensa en sus mismos términos, acuñados en La Boca, San Isidro, Tepito o Paso Molino; dibujada en sus mismas creencias, se manifiesta más que con la fuerza de la claridad con la otra no menos importante ni más débil del sentimiento cuando se autodefine como «latinoamericana»³.

Julio Cortázar: un lenguaje preocupado

Ningún caso más a mano para matizar y ejemplificar este problema, en donde se combinan a dosis iguales el lenguaje, la mentira y la falsificación, que el escritor Julio Cortázar, porque es un gran escritor, es latinoamericano y supo lavarle la cara al lenguaje para apartarlo de toda máscara posible. Y también porque hizo política como debe hacerse, de manera abierta, públicamente y sin rodeos. Y es que lo que hoy me reúne aquí, como lo explicaba hace algo más de dos años el mismo Cortázar en la Universidad Menéndez Pelayo, «parte obligadamente de algo que las ilusiones urbanas, los humanismos elitistas y las buenas conciencias intelectuales prefirieron ignorar o escamotear,

de la misma manera que tantos gobiernos y tantas políticas se atrincheran en el circuito de las capitales y los centros urbanos, marginándose de la inmensidad de los pueblos que los rodean en un silencio de ignorancia, de opresión, de incomunicación, de extranjería, por decirlo así».

Julio Cortázar se ha expresado largamente sobre estos asuntos en coloquios, conferencias, congresos, charlas, artículos periodísticos, etc.⁴. Pero también, y esto es lo más importante —y posiblemente lo más novedoso—, los convirtió en sus problemas vitales, de tal manera que fueron buscando su lugar natural en la obra narrativa, por lo que su arte —como quiero mostrar aquí— buscó mezclarse con la vida, porque, según sus propias palabras: «los poetas no son solamente esos que enumeran los profesionales de la crítica; la poesía está cada vez más en la calle, en ciertas formas de acción renovadora...». Esta declaración retoma una de las actitudes más revolucionarias de los románticos y que más adelante complicaron y enriquecieron de manera inusitada y cargada de intenciones políticas los surrealistas.

Para muchos su actitud resulta aún hoy incomprensible quizá porque es menos problemático no entender y quedarse fuera, desentenderse. Esta respuesta es cosa razonable si se piensa que la comodidad linda con el miedo y la irresponsabilidad, y es una de las conductas que justifica la existencia de masas aborregadas, y a veces asesinas, que creen encontrar en su adocenamiento la garantía de su misma salvación. Dostoievski relacionó esta actitud al miedo profundo e irracional del individuo a la hora de elegir,

miedo que le hace preferir incluso la muerte. El hombre no puede con la incertidumbre, es incapaz de afrontar el tal vez, el quizá, el quién sabe.

Habría que reconocer en Cortázar un hombre lleno de entusiasmo mucho antes que un ingenuo y, lo que es poco común, un ser infinitamente más valiente que oportunista. Y de sus preocupaciones nos habla su obra literaria y periodística. Todos sabemos, finalmente, las excelencias que depara el poder a quienes saben halagarlo y cuánto hubiese podido medrar este escritor si hubiera matizado un poco sus adhesiones políticas, si se hubiera guardado algunas páginas y muchas palabras. En Sitges, en 1982, declaraba: «De sobra sabemos que en América Latina hay escritores que no renuncian a las ferias de las vanidades editoriales y a los galardones de la sociedad privilegiada que los adula, y que se obstinan en el anacrónico refugio de sus torres de marfil. Nada han hecho ni nada harán para evitar que un día pueda caer también sobre ellos el fuego del *napalm* o la bomba de neutrones; acaso creen, basándose en lecturas esotéricas, que el marfil los protegerá de las radiaciones». Pero sabía Cortázar que en el mundo actual hay problemas muy gordos; y lo mostró en su literatura y lo dijo en sus artículos.

Me sigue llamando la atención el extraordinario número de perdonavidas —no siempre los mismos desconocidos— que usan y abusan del lenguaje intentando justificar sus posturas personales con las barbaridades más absurdas y las falacias que se dan de cabeza con la lógica más elemental. Insisten denodadamente en un punto crucial de la estética cortazariana, punto

que no han comprendido y que combaten porque es, evidentemente, el que más les molesta. Se refieren a una «contradicción que no fue nunca admitida por Cortázar. Y resultó siempre extraño el desnivel entre su mejor literatura (el mundo fantasioso y “metafísico” de algunos cuentos) y sus proclamas a la hora de exaltar a Fidel, o de agradecer al Gobierno sandinista la concesión de la Orden Rubén Darío». Ante juicios como éste se podría responder con el popular y transparente: «Chaval, es que ni te enteras», porque la coherencia de su obra es una de las constantes, uno de sus logros más evidentes, y no me refiero exclusivamente a un estilo impuesto por su genio y su paciencia (ya sabemos que en su obra hasta los franceses hablan «argentino»). Se puede discutir, estoy seguro, el valor relativo de cada uno de sus trabajos, de cada una de sus novelas, pero no se pueden negar los ríos profundos que las alimentan.

A ciertos escritores se les perdona la informalidad, cierto abandono del protocolo literario y hasta que se quiten las medias en público —lo que es mucho decir—; sin embargo, desde los polémicos y ricos años sesenta se ha ido convirtiendo en uno de los mejores escritores de habla hispana lástima-que-políticamente-tan-equivocado. Es cierto, sin lugar a dudas, lo que sostiene Torrente Ballester en el prólogo a *La Princesa Dormiente va a la escuela*: «Lo que la sociedad no tolera es que se la juzgue desde fuera, ni siquiera la sociedad de los comprometidos».

Cortázar ha visto desde hace muchos años que no se puede lograr un acercamiento, que es imposible transmi-

tir las idiosincrasias de los pueblos si no se intenta con sus particularidades idiomáticas. Pero esto no es todo; también supo ver la continuidad realidad-ficción como una necesidad inexcusable a la hora de hacer que la literatura entre de lleno en nuestra cotidianeidad y nos cambie de raíz. *Continuidad de los parques* es el paradigma de la obra abierta que golpea al lector y le dice que está perentoriamente vinculado, unido a ella y que ella le afecta como una enfermedad de muerte o como un acto amoroso. El lector asesinado debe ser necesariamente el lector clásico. La otra lectura, la otra relación con el texto no es otra cosa que contar con la piel, con el más próximo placer y con el dolor más inmediato; es no saber, no sentir el dolor del niño que llora por la muerte del gato del vecino. Porque se trata de un gato y, además, es del vecino. Nos acostumbramos con excesiva facilidad a «observar» las catástrofes y la muerte en el planeta a través de la breve pantalla de un televisor en colores y las confundimos con las catástrofes y la muerte de Hollywood. Cortázar invierte esta relación y la ficción se mete despiadadamente en la realidad y nos toca; del televisor sale una mano que nos abofetea.

Nicolás Bratosevich comienza un estudio sobre Cortázar⁵ escribiendo: «El escándalo es una de las variantes del miedo. El que escandaliza juega siempre a la perversidad de declarar absurdo o incompetente un orden cualquiera del mundo, afianzado hasta entonces muy laboriosamente, con paciencia histórica. La dirección misma de la historia queda cuestionada con el tijeretazo del escándalo, porque si éste llega a tener razón, en-

tonces hay que empezar de nuevo a cambiar resueltamente alguno de sus itinerarios, y esto cuesta horrores». Para marcar con fuerza esta dirección, este nuevo itinerario, el mismo Cortázar se ha explicado repetidamente, y en *Carta a Roberto Fernández Retamar* leemos: «De la Argentina se alejó un escritor para quien la realidad, como imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad». He subrayado para que se vea la intención que mueve con claridad poco común la pluma de este hombre. Y más adelante sigue escribiendo: «Comprendí que el socialismo, que hasta entonces me había parecido una corriente histórica e incluso necesaria, era la única corriente de los tiempos modernos que se basaba en el hecho humano esencial, en el *ethos* tan elemental como ignorado por las sociedades en que me tocaba vivir, en el simple, inconcebiblemente difícil y simple principio de que la humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre». Pero no se trata de un entusiasmo lleno de simplicidad, no es un cuento con final efectista ni una apuesta senil (como afirmó Debray, llegó a los setenta años de golpe y de eso murió). Lo suyo fue una elección de integración y autenticidad, libre y consciente; así lo muestran su obra y su actividad infatigable de hombre y artista dirigido por el deseo de hacer converger, mediante una clara inteligencia y un trabajo largo, la ficción y la realidad. Y entonces escribe en *Viaje alrededor de una mesa*: «De manera general se pide (a un escritor comprometido) una obra basada en una concepción harto es-

trecha de la realidad (...) una concepción en la que muchos temas delicados y equívocos, pero que forman parte de la personalidad humana e igual título que su fe política y sus necesidades económicas (me refiero entre muchos otros al erotismo, al sentimiento lúdico, a la imaginación más allá de toda temática verificable por la razón o por la «realidad»), se ven vedados o mutilados en nombre de una cierta noción del *hombre nuevo* que, en mi opinión, no tendría mayor razón de advenir si estuviera condenado a leer lo que le ofrecen aquéllos que obedecen semejantes concepciones de una libertad revolucionaria (...). Pero el error más grave que podríamos cometer en tanto que revolucionarios consistiría en querer condicionar una literatura o un arte a las necesidades inmediatas. *Es preciso repetir que toda creación, más allá de cierto nivel, rebasa el presente de aquel que escribe, y precisamente así es como la creación más audaz se vuelve un acto revolucionario en la medida en que éste se adelanta siempre y por definición al presente y va hacia el hombre nuevo*».

Todo esto ilustra detalladamente una conciencia lúcida que conoce los peligros que entraña la creación desde unos postulados revolucionarios. Dos meses antes de su muerte Mercedes Milá le preguntaba: «¿Y no es peligroso para la creación literaria ese compromiso político que Vd. tiene con gobiernos latinoamericanos?». La respuesta fue ésta: «Yo creo que es muy peligroso para los malos escritores. Ahora, un escritor que tiene una conciencia precisa de lo que es la literatura —como parece que es mi ca-

so— creo que tiene la técnica y los medios suficientes como para establecer una convergencia entre su mensaje literario y su mensaje político sin que el uno sacrifique al otro. Hay que decir que es muy difícil, eh».

Cierta crítica al uso ha querido ver experimentalismo allí donde el escritor jugaba una de sus bazas más importantes. Nadie puede dudar que el término «experimentalismo» está cargado semánticamente de un valor en sí mismo que quiere decir «cosa relativa de la que se espera algún resultado». Se trata de algo que se hace en el laboratorio y aún no se vende en las farmacias. Su peligro estriba en desconocer que todo acto creativo tiene un altísimo porcentaje de «experimento». Entre otras cosas se puede decir que con la literatura auestas se hace la literatura de mañana, la que aún no se conoce.

Y, ¿qué cosa más importante puede pedírsele al arte que no sea comprometerse con la vida? ¿No es curioso que todos esos buenos humanistas estén de acuerdo con estos principios y nunca con su ejecución? Las buenas intenciones se detienen un segundo antes de su puesta en práctica; cuántos buenos cristianos harían lo que estuviera en sus manos por mejorar las cosas del mundo como el hambre, la pobreza, el analfabetismo, la explotación.

Son la crítica al uso y la información manipulada quienes alejan el discurso de la realidad, haciendo de éste una fantasmagoría o una máscara. Por lo tanto, si el lenguaje sirve para levantar realidades soterradas, desapercibidas o desdibujadas, como es el caso de la realidad vital de Latinoamérica, la tarea del inte-

lectual será evitar la «deformación de la inteligencia por medio de la palabra» y el «deliberado confusionismo ideológico» a que nos someten diariamente.

¹ En su libro *Filosofía y/o política*, Rubert de Ventós se refiere a la relación discurso-realidad de la siguiente manera: «El discurso de todos los días se relaciona con la realidad, algo así como la *hiedra* se relaciona con la *columna* por la que trepa. Es algo que a la vez expresa y recubre, subraya y difumina esta realidad». La columna-realidad llega así a metamorfosearse y por obra del discurso-hiedra, que a un tiempo la anuncia y la camufla. Pues bien, el discurso político ha venido a transformarse entre nosotros en algo que es *más* o es *menos* que eso, pero que, en cualquier caso, ha perdido esta delicada posición y función.

² Este mismo contexto abarca el movimiento llamado «indigenista»; claro que no coincide exactamente con él y para intentar explicarlo hay que echar mano de realidades latinoamericanas parcialmente diferenciadas.

³ El término «Latinoamérica» («América Latina» y todos sus derivados) tiene para quienes lo usan un significado emotivo y político y, aunque resultara etimológicamente más «correcto» referirme a ese mundo con términos como «Hispanoamérica» o «Iberoamérica», hay que reconocer que la efectividad difícilmente se deja dirigir. ¿Qué incomprensible le resulta a un español todo esto! ¿No es acaso tan «injusto» llamar a aquel continente América en lugar de Colombia? Por otra parte, Latinoamérica describe una realidad desde dentro y no como una simple etiqueta de atlas geográfico.

⁴ Buena parte de estos trabajos han sido editados en España recientemente por Muchnik Editores en dos libros: *Nicaragua, tan violentamente dulce* y *Argentina: años de alambradas culturales*.

⁵ *Julio Cortázar, antología* (estudio preliminar de Nicolás Bratosevich), Pocket Edhasa, Barcelona, 1978.



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Arbor

Las páginas de ARBOR están abiertas para tender un puente entre "las dos culturas", para propiciar la comunicación entre las ciencias y las

humanidades, y en especial para promover el estudio, la reflexión, el debate y la crítica en torno a la ciencia y la técnica, a sus dimensiones sociales, culturales, educativas, políticas, históricas y filosóficas.

Director:
Miguel Angel Quintanilla

Secretario de Redacción:
Angel Pestaña

Comité de Redacción:
José Manuel Orza
Luis Alberto de Cuenca
Carlos Solís
Rafael Pardo
Eduardo Rodríguez Farré

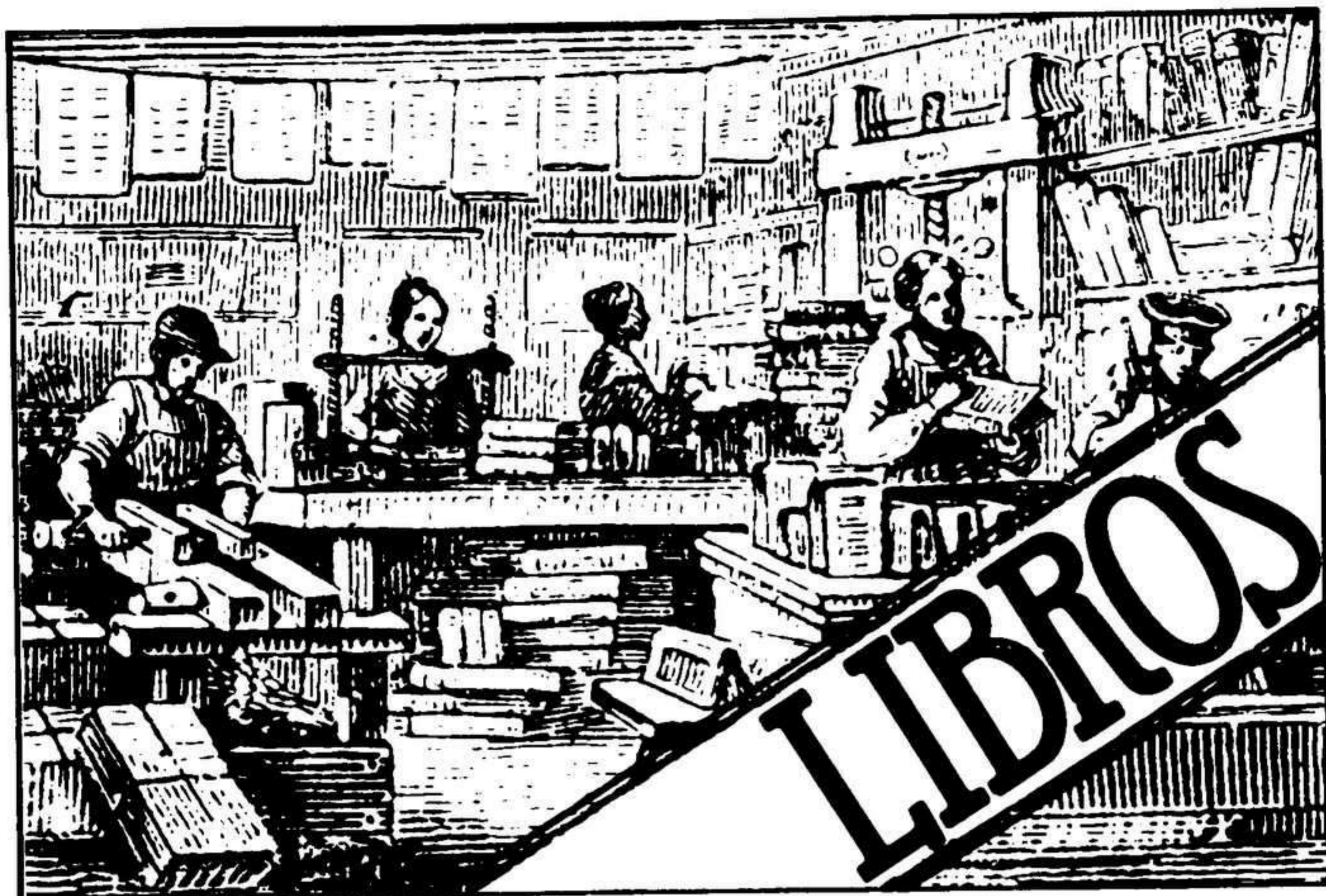
Redacción:
Serrano, 127 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 66 51

Suscripciones:
Servicio de Publicaciones del CSIC.
Vitruvio, 8 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 28 33

Arbor

ciencia

pensamiento y cultura



EL SISTEMA SOVIETICO HOY

Luis Pasamar

VV. AA.

El sistema soviético hoy.

Ed. Pablo Iglesias.

Madrid, 1984.

Se recogen en esta obra quince ponencias, leídas en su mayoría por sus propios autores en el simposio dedicado al sistema soviético organizado por la Fundación Pablo Iglesias y celebrado en Madrid del 12 al 15 de diciembre de 1983.

Analizar con ojo crítico el régimen soviético resulta a menudo tarea harto incómoda en nuestro país. Durante cuatro décadas el régimen anterior hizo del anticomunismo

pieza angular de su filosofía política, generando con esta postura por vía de rechazo una corriente de simpatía o adhesión hacia el comunismo y a su expresión más acabada, la Unión Soviética.

Durante mucho tiempo el resplandor de la Revolución de Octubre alumbró con sus ideales de progreso, fraternidad, igualdad y solidaridad. El proletariado soviético se convirtió en el ejemplo a seguir; él marcaba con su ejemplar entrega a la construcción del socialismo las pautas del movimiento obrero internacional. Para muchos el fulgor de Octubre sigue siendo el faro que alumbra, y analizar o criticar cualquier aspecto de la vida soviética es atentar contra los privilegios sacrosantos, y como tales intocables, del socialismo real.

Afortunadamente estas posturas extremas e intransigentes son cada día menores y hoy se puede criticar el sistema soviético sin que le cue-

guen a uno el sambenito de reaccionario. Como decía Marx, los hechos son testarudos, ahí están para avalar cuanto se pueda decir sobre el socialismo real.

Basta con echar un vistazo a la escasa bibliografía que sobre la URSS hay en España, y el poco interés que los editores muestran por los temas relacionados con la sociedad soviética, para comprobar el escaso interés que se da entre nosotros. Hay que descartar una minoría de fieles a la experiencia soviética, y salvar el puñado de estudiosos serios que confirman la regla.

Un vacío incomprendible

El texto que hoy nos ocupa viene en parte a paliar el vacío informativo y crítico al que hacemos referencia. Aunque de proporciones modestas, *El sistema soviético hoy* tiene la virtud de recoger, en apretada síntesis, una serie de trabajos cuyos principales autores tienen en su haber una obra den-

sa, rica y cualificada de resonancia internacional sobre la URSS y los países del Este.

Alec Nove, profesor de Ciencias Económicas en la Universidad de Glasgow y autor, entre otros, de *La economía soviética*, obra que hace autoridad entre los especialistas, hace referencia en el trabajo que nos ocupa a un documento redactado por un grupo de economistas soviéticos en el que se analiza críticamente la realidad económica de su propio país. Escrito que, según parece, fue inspirado por el difunto Yuri Andropov y que ha circulado bajo manto en la URSS.

El llamado «informe siberiano», salido del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de aquella fría región, fue redactado por una de las más eminentes economistas de la URSS, Zaslávskaja, una mujer. Y en él se preconiza una flexibilización de la planificación y que se tenga en cuenta los gustos del consumidor. Destaca igualmente este escrito la necesidad de introducir algún tipo de competencia en el mercado y en la industria, competencia que sólo se da en el campo de «las industrias de defensa, donde hay una constante e ineludible comparación con la tecnología extranjera».

Por su parte, Alec Nove señala la existencia de una economía subterránea o paralela que viene a suplir las carencias de la oficial o planificada. Las autoridades son hoy menos intolerantes con la economía libre o negra porque, en cierto modo, son conscientes de su labor positiva.

Analizando las posibilidades de cambio Nove considera (1983) que la obra reformadora tímidamente iniciada por Andropov podría muy bien ser proseguida por Gorba-

chov. El profesor escocés avanzó en Madrid que el actual secretario general del PCUS podría ser el sucesor de Andropov. Hubo tan sólo que esperar el fin del gris interregno de Chernenko. Nove destaca igualmente en este texto la gran inteligencia y la valía de Gorbachov, pero pone igualmente de manifiesto algunas de las dificultades con las que iba a topar —resistencia de los burócratas y la gerontocracia— el hoy actual inquilino del Kremlin.

Charles Bettelheim, economista y profesor en L'Ecole d'Hautes Etudes, en París, y autor de varias obras sobre teoría económica socialista, analiza la crisis económica en la URSS y sus contradicciones sociales.

Para Bettelheim la economía soviética está en crisis, crisis que, por otra parte, se enraiza en el sistema, que a su vez se ha vuelto cada vez más ineficaz. Cree que esta situación no puede prolongarse indefinidamente y que tendrán que producirse cambios radicales en un futuro imprevisible.

Podrán producirse cambios —y de hecho siempre se han producido cambios, incluso éstos se producen en los sistemas más inmovilistas—, pero es de temer que no sean tan radicales como desea o anuncia Bettelheim. Pues a menudo acontece lo que dijo Engels: «En Historia siempre ocurre lo contrario de lo que se esperaba».

Edgar Morin o la visión global

Antiguo militante del partido comunista, del que fue expulsado por indisciplina, sociólogo y autor, entre otras, de una obra magna *Sobre la naturaleza de la URSS*. Morin formula una crítica del siste-

ma soviético partiendo de presupuestos de izquierda, y tanto en su vida como en su obra se ha mantenido fiel a esa postura. Cabe recordar aquí un libro brillante y agudo sobre el mayo del 68, y las tomas de posición públicas que siempre ha tomado a favor del socialismo de rostro humano o en contra de los regímenes autoritarios.

Penetrante el análisis que hace Morin de las relaciones partido/Estado y, aunque admite que no fue intención de los bolcheviques crear el monstruo político que fue el estalinismo, subraya con todo que el buró político que empezó controlando al partido terminó dominándolo.

Sin duda por razones de seguridad en su lucha contra el zarismo tuvo el partido que crear órganos de control, perseguir y denunciar al agente infiltrado del zarismo, pero lo cierto es que a lo largo de su historia el temor al enemigo por un lado, y la fe en ser los portadores de la Historia, por otro, ha llevado al PCUS a multiplicar los sistemas de control de forma desmesurada.

Esta tendencia no sólo llevó al partido a eliminar a la oposición sino que devoró a sus propios hijos. De modo que las purgas periódicas hacían afluir nueva sangre y reforzaban el estalinismo que, previamente y en su nombre, había diezmado a los propios estalinistas.

Para Morin no hay lugar a dudas respecto al carácter totalitario del sistema soviético, aunque más correcto sería decir leninista. Paradójicamente el adjetivo que califica la República Socialista «Soviética» fue vaciado de su contenido democrático por el centralismo leninista. En su fuero interno Lenin era profunda-

mente «antisoviético». Ya en 1905 manifestó sus reservas con respecto a esa forma de organización espontánea no controlada por el partido, y en 1917 utilizó los soviets como plataforma para conseguir el poder. Posteriormente se le dio un contenido jurídico a lo que había sido una forma original, espontánea y libre de asociación y se le privó de todo contenido político real y efectivo. Y tras esta disgresión en la línea edgarmoriana volvamos al hilo del concepto totalitario.

Teóricamente el régimen soviético es totalitario para Morin en el sentido que el Estado o el aparato del partido controla al Estado. Un Estado fuerte y débil a la vez. Fuerte en la medida que tiene plenos poderes, no tolera oposición, y controla todas las actividades de la sociedad desde la agricultura, la industria, las finanzas, el ejército, la justicia, la cultura en todas sus manifestaciones. Pero débil también porque en realidad el poder reside en un núcleo reducido de hombres, el buró político del Comité Central. Deja el sistema de ser totalitario en términos absolutos porque la sociedad genera a su vez resquicios que escapan al control del partido o del Estado. Resquicios a través de los cuales se manifiestan corrientes de opinión, manifestaciones culturales o mercado negro. Aunque autores como Dostoievski han estado prohibidos, y otros, como Camus u Ortega y Gasset, lo sigan estando, se editan en tiradas millonarias a los clásicos rusos u occidentales: Gogol, Turgueniev, Shakespeare o Cervantes, cuya lectura facilita a los soviéticos elementos de comparación con la realidad política o cultural que se vive o respira en su país.

No ocurrió en la URSS, recuerda oportunamente Morin, lo mismo que en la revolución china, donde se trató por todos los medios de borrar el pasado cultural. Aunque Morin admite que se puedan producir cambios en la superficie cree que el sistema, con sus contradicciones, puede seguir durante años o siglos.

Mijail Voslenski o la Nomenklatura

Antes de buscar exilio en Europa Occidental en 1972, Mijail Voslenski, historiador, fue profesor en la Universidad Lumumba, de Moscú, y miembro de la Academia de Ciencias de la URSS. Su obra *La nomenklatura. Los privilegios en la URSS*, publicada en 1980, iba a consagrar el término *nomenklatura* para designar y definir a la clase política que tiene el poder y los privilegios. La expresión alcanzó de inmediato gran predicamento y hoy en día sociólogos como Edgar Morin la utilizan para definir la esencia del sistema soviético.

Partiendo de presupuestos marxistas Voslenski analiza la sociedad soviética. Ni los obreros ni los campesinos gobiernan la URSS. Quienes están en los puestos de mando son de origen intelectual y directamente no pertenecen a ninguna de las dos clases antes citadas, lo que en términos marxistas no puede ser más que una clase dirigente. En todos los regímenes comunistas el Estado es muy fuerte, con tendencia a serlo cada vez más. Lo que en términos marxistas el Estado es siempre la expresión de un poder coercitivo de una clase que oprime a las otras clases. Como la existencia del Estado sin clases es inconcebible, se desprende para Marx que una sociedad

comunista o sin clases llevaría parejo la desaparición del Estado. Desaparición que no se vislumbra por ninguna parte.

Voslenski nos dice que unas 750.000 personas figuran en la nomenklatura; si esa cifra la multiplicamos por cuatro personas que forman una familia soviética media nos da la cifra de tres millones, o sea el 1,5 por cien de la población, lo que corresponde a la nobleza de la Rusia zarista en vísperas de la revolución. Los miembros de la nomenklatura disfrutaban de privilegios en todos los órdenes y, de hecho, son los únicos explotadores de la sociedad.

La obra de Voslenski produjo gran impacto en el mundo intelectual occidental, en particular en los hombres de izquierda preocupados por el futuro de la sociedad y por los temas relacionados con el marxismo. Hombres poco sospechosos de adhesión a posturas reaccionarias como el historiador marxista Jean Elleinstein, quien admitió que si bien el texto de Voslenski podía perturbar su mundo intelectual, por ese mismo motivo saludó entusiásticamente *La Nomenklatura* por lo que le hacía cuestionarse sobre muchos aspectos del sistema soviético.

Fernando Claudín: la ideología del expansionismo soviético

Historiador y biógrafo crítico de Santiago Carrillo, Fernando Claudín intenta definir en apretada síntesis, lenguaje claro y conciso, los orígenes ideológicos del expansionismo soviético.

Este tenaz observador de la realidad soviética detecta en Lenin la tendencia inequívoca del expansionismo soviético en el concepto leninista según

el cual la revolución está llamada a extenderse en todo el mundo. No en vano los bolcheviques adoptaron el globo terráqueo como emblema, destaca Claudín.

Pocas veces se había manifestado de modo tan concreto ese impulso subyacente en el comunismo soviético. Sin duda no es ajena a esa postura mesiánica la religiosidad rusa, el paneslavismo y cierto sentido de pureza moral e ideológica que se manifestó a lo largo del siglo XIX tanto en la derecha tradicional rusa como en la formación del socialismo ruso. No olvidemos a aquellos nihilistas que, abandonando bienes y privilegios, se lanzaron a predicar un evangelio de paz, amor y tolerancia entre un campesinado zafio, analfabeto e intransigente que denunciaba a la policía tachando de iluminados a los muchachos y muchachas que les brindaban su credo político.

Con la constitución de la primera República Socialista Federativa Soviética Rusa, a la que siguen la de Ucrania, Bielorrusia, Georgia, donde, tras ganar las elecciones los mencheviques, Lenin ordenó la intervención militar cuya operación represiva fue llevada a cabo por el georgiano Stalin, se inicia el proceso expansionista que seguiría después de la segunda guerra mundial con la intervención del ejército Rojo formando gobiernos dominados por los partidos comunistas en Polonia, Checoslovaquia, etc.

Recuerda oportunamente que la noción de «coexistencia pacífica» fue creada por Lenin en los primeros años de la revolución, y que la política soviética ha tenido como constante mantener buenas relaciones comerciales con los países capitalistas al tiempo que trataba de profundizar las disensiones, primero en la

propia sociedad capitalista y luego entre países democráticos y capitalistas. Uno de los principales objetivos de la política exterior de la URSS consiste en enfrentar a Estados Unidos con los países europeos y a ello dedica sus mayores esfuerzos. La URSS ha presentado siempre su poderío militar como una fuerza en defensa de la paz, y ha sabido movilizar a los movimientos pacifistas contra el militarismo occidental. Si los soviéticos pensaron durante mucho tiempo que sólo mediante una tercera guerra mundial lograría establecerse el socialismo en el mundo, creen ahora que basta con la presión de su poderío militar para hundir al sistema capitalista. Los dirigentes soviéticos siguen haciéndose eco de la creencia en la inevitabilidad del triunfo del socialismo, que el futuro de la humanidad les pertenece. Y si las predicciones de Marx en cuanto a que las sociedades industriales avanzadas estaban llamadas a realizar el socialismo en su seno ha dejado de ser opinión compartida y menos realidad, en cambio parece que las profecías de Lenin con respecto a la incorporación de los países subdesarrollados al socialismo sí parece llevarse a cabo. China, por un lado, y una serie de países subdesarrollados por otro, han adoptado formas de gobierno comunistas o reclamándose de las doctrinas marxistas. Por el contrario, no puede decirse lo mismo de los países occidentales, incluyendo a Estados Unidos. En Europa, salvo el caso de Italia, donde el partido comunista es todavía poderoso e influyente, en los demás países los partidos comunistas han dejado de desempeñar un papel preponderante e incluso hegemónico en el movimiento obrero, como fue durante años el caso en Francia.

Claudín termina su ensayo subrayando que las fuerzas socialistas democráticas son las únicas capaces de ofrecer una alternativa a los países del Tercer Mundo y que, de perdurar en Europa occidental sistemas reaccionarios o conservadores, los rusos saldrán beneficiados en sus relaciones con los países subdesarrollados.

¿UNA IDENTIDAD INEVITABLE?

Antonio G.
Santesmases

Elías Díaz.
De la maldad estatal y la soberanía popular.
Ed. Debate.
Madrid, 1984.

Al iniciar este comentario del libro de Elías Díaz todavía resuenan en mis oídos las recientes palabras de Ronald Reagan: «Descubrimos que el Estado no era la solución sino el problema». Pensar que el Estado es el gran mal, sin embargo, no es una excepción en nuestro momento actual. Como recuerda E. Díaz en el prólogo de su obra, nuestra circunstancia histórica asiste a un rechazo de la política, a una descalificación de lo político desde frentes muy diversos: posiciones integristas, tecnocráticas, existencialistas o neoliberales compiten con postulados neolibertarios o leninistas.

Una época, como señala E. Díaz, en la que la locura de la carrera de armamentos, la in-

satisfacción de las necesidades sociales, el expolio económico y la preparación de la guerra nuclear son justificadas desde «la razón de Estado».

La pretensión de E. Díaz es la de intentar contrarrestar esa ideología de la bondad estatal, ideología siempre presta a ocultar y negar cualquier duda que pudiera surgir acerca de la sagrada e incondicional legitimidad del Estado (pág. 9) sin caer por ello en la ideología de la insalvable y absoluta maldad estatal (página 10). La primera ideología predispone básicamente al conformismo, a la acepción y conservación del orden existente; la segunda suele agotarse en la visión escatológica del Estado como el mal de males, el mal absoluto y el absoluto mal. Teóricos y políticos de la derecha acostumbran a glorificar el Estado (si descontamos las funciones económicas del Estado asistencial), mientras teóricos y políticos de la izquierda acostumbran a trasladar culpas, errores y responsabilidades a las estructuras y condiciones objetivas de los aparatos de Estado.

El libro que comentamos, como el propio título indica, analiza más la segunda ideología que la primera. La crítica total, indiscriminada y generalizada, negadora sin más del Estado, de todo Estado —piensa E. Díaz—, que lo único que logra con su aparente radicalidad es el encubrimiento y la perenne conservación de poderes, instituciones y organismos que, o bien componen el Estado, o bien operan de manera más o menos incontrolada en torno a él. La pregunta es si mediante la indagación y la crítica de esas instituciones y aparatos, por la presión social y la presencia de las clases dominadas en las instituciones jurídico-políticas, el Estado y el Dere-

cho pueden llegar a ser no sólo instrumentos de opresión y dominación sino factores de cambio social y de verdadera liberación. ¿Lograrán cumplir esa función a pesar de la enorme fuerza, en muchos casos superior a la «soberanía» del propio Estado, de las corporaciones y poderes fácticos nacionales e internacionales?

Hasta aquí no he hecho sino intentar sintetizar el planteamiento del libro que nos ocupa. En la primera parte se intenta fundamentar una teoría crítica de la legitimidad democrática. Intentaré resumir la concepción del autor recogiendo algunas de las afirmaciones más importantes: «Dada la pluralidad de concepciones del mundo y de ideologías políticas, dada la pluralidad de criterios axiológicos individuales y de criterios de justicia de cada cual, ¿cómo hacer para determinar y concretar esa voluntad general, esa soberanía popular?... ¿Quién puede y tiene que decidir sobre lo que es, o parece, justo o injusto? ¿Qué criterio habrá que adoptar como regla de decisión?... ¿el criterio de un hombre excepcional, guía del pueblo, prescindiendo pues de la decisión colectiva? ¿El de una minoría más preparada y consciente, o el de la mayoría de los ciudadanos?» (páginas 58 y 59). E. Díaz se pronuncia por el criterio de las mayorías, argumentando que la voluntad de las mayorías no debe suponer negación de las minorías ni negación de la libertad del individuo concreto.

En el libro de E. Díaz esta primera parte va acompañada de profundos análisis sobre las contradicciones de la teoría iusnaturalista o sobre la confusión positivista entre legalidad y legitimidad; es igualmente interesante el debate acerca de la obediencia y

la desobediencia al Derecho. En este comentario me interesa, no obstante, insistir y analizar más ampliamente la segunda parte. Coincido con el autor cuando afirma que «...las dificultades mayores para la legitimidad democrática no provienen en nuestros días tanto de la pura teoría como de la práctica real del Estado representativo...» (pág. 140).

Fruto de esa dificultad «práctica» es la desvalorización y deslegitimación de las instituciones jurídico-políticas por parte de la izquierda anarquista y leninista, al propugnar la destrucción y supresión de las mismas como base para lograr la construcción de una sociedad socialista.

La segunda parte de la obra reza «Crítica marxista e instituciones democráticas». La gran cuestión es: ¿hay una insalvable identidad entre Estado (democrático representativo) y modo de producción capitalista? ¿La crítica socialista al capitalismo debe llevar a una creciente deslegitimación de la democracia representativa? ¿Cuál es la posición marxista sobre el tema?

Para E. Díaz existe una interpretación mecanicista y positivista de la obra de Marx que hay que superar. Según esta interpretación los sectores jurídico-políticos son productos reflejos, inertes y pasivos, entera, unilateral y absolutamente determinados por los datos económico-sociales que definen la estructura de base de la sociedad. Las instituciones políticas estatales son simples epifenómenos de la estructura económico-social. Son meros instrumentos de conservación del orden existente.

El Estado y el Derecho son instrumentos de conservación de un orden desigual, son ins-

trumentos de represión y opresión de clase, constituyen la dictadura de una clase explotadora a la que hay que oponer la dictadura del proletariado, período de transición ineliminable si se quiere alcanzar la sociedad sin clases y con ella la desaparición del Derecho y del Estado.

E. Díaz pone en cuestión el dogma de la extinción del Derecho y del Estado, de todo Derecho y de todo Estado. Frente al fascinante futurible de vivir sin necesidad de un poder, de un Estado, de un Derecho, E. Díaz prefiere reivindicar un Marx maduro, de algún Estado, en una sociedad sin clases (pág. 215).

Con respecto a la dictadura del proletariado coincide con el autor cuando afirma: «Hay que reconocer que Stalin, al imponer la dictadura sin más del secretario general, ha logrado acabar casi definitivamente con la más mínima posibilidad de que en el campo de la política marxista occidental se siga hablando hoy de dictadura del proletariado... por más que los científicos de la sociedad y los historiadores de la filosofía insistan, y con razón, en que la expresión tiene en Marx un sentido democrático completamente diferente al realmente implantado en la URSS por el sucesor de Lenin» (pág. 201).

La interpretación que E. Díaz hace de la obra de Marx puede ser matizada o corregida pero, sin embargo, plantea, a mi juicio, el problema esencial al afirmar: «Hay que reconocer que no pocos marxistas continúan teniendo en nuestros días una fe casi mágica en la violencia... a la violencia se le atribuyen efectos taumatúrgicos y salvíficos de la gran eficiencia, de la capacidad indubitable para la supresión absoluta e instantánea de la esencia del mal y la ins-

tauración completa y definitiva de la esencia del bien»; «...es un hecho que si se niega la posibilidad de cambios sociales a través de vías institucionales se está condenando con ello a la clase obrera a la forzosa ilegalidad y, dentro de ella, o bien al «attentismo» pasivo y dilatorio, o bien a la violencia como única o casi única vía de solución (pues siempre queda abierto el cauce del «trabajo social pacífico», por lo demás «perfectamente compatible con el cambio por vía institucional» (pág. 190).

Me parece que más allá de lo correcto o incorrecto de la interpretación de la obra de Marx, éste es el problema. E. Díaz propugna una vía democrática al socialismo en la cual, mediante la presencia de las clases dominadas en las instituciones jurídico-políticas y la actuación de los movimientos sociales desde la sociedad civil, se vayan logrando transformaciones estructurales de la sociedad capitalista avanzada. Cuando E. Díaz se queja de la desvalorización de las instituciones jurídico-políticas por algunos sectores de la izquierda, cuando plantea que la crítica socialista al capitalismo no puede (no debe) llevar consigo una crítica a la democracia representativa, uno no resiste preguntar: ¿pero hay alguien que todavía siga manteniendo una crítica del capitalismo?

Cualquier lector atento de la obra que comentamos tendrá que reconocer que el autor no se busca enemigos fáciles. El análisis y crítica de la obra de Claus Offe así lo demuestra. Pero antes de entrar en ese análisis me interesa recalcar lo siguiente. Si uno repasa la evolución reciente del socialismo del sur de Europa se encuentra con la transformación de unos parti-

dos que, pretendiendo ir más allá del Estado del bienestar, están realizando políticas guiadas por la magia del mercado.

Estos partidos, una vez más en el gobierno, no defienden «reformismos radicales» que consideren necesario superar los «limitados» progresos logrados por la socialdemocracia. El problema es otro; accediendo al gobierno en momentos de crisis económica se considera tarea prioritaria sanear la economía capitalista, lograr la eficacia económica sin la cual no es posible la eficacia social. Este tipo de políticas no sólo posponen los objetivos del Estado asistencial hasta mejor ocasión, sino que se realizan sacralizando la dinámica del mercado como la única posible y deseable. Por eso mi pregunta era: ¿quién critica, desde el socialismo, el sistema capitalista? ¿No se ha afirmado que éste es el menos malo de los existentes?

El análisis de la obra de Offe es especialmente importante. La interrogante es: ¿existe una insalvable lógica del capital? ¿Puede jugar algún papel la clase dominada frente a la omnipotente e implacable lógica del capital? ¿Hay una identidad entre Estado (democrático representativo) y modo de producción capitalista? El análisis de Offe se centra fundamentalmente en Alemania y Estados Unidos, y plantea que en estos sistemas políticos existe un acuerdo entre los partidos políticos sobre los problemas de fondo. Un acuerdo cimentado sobre una población cuya lealtad es imprescindible para la estabilidad del sistema, una lealtad basada en una apática disponibilidad a la obediencia, con una renuncia total a cualquier exigencia de legitimidad. Los partidos parlamentarios evitan todo motivo de polarización política liquidando toda

duda relativa a la legitimación del sistema.

Este conformismo de los partidos parlamentarios se funda en que sólo persiguiendo los mismos objetivos puede un partido conseguir la posibilidad de ser votado. Las diferenciaciones superficiales y las polémicas ficticias sobrevuelan una conciencia política que se ha ido haciendo cínica. Los procesos sociales son regulados y sostenidos por una intervención política de carácter continuado, las demandas de la población son satisfechas por el Estado asistencial. El aumento descomunal de los servicios choca, sin embargo, con la crisis económica y fiscal del Estado y con la vuelta al liberalismo económico. Frente al carácter providente del Estado del bienestar, el consenso es sustituido por el empleo de la violencia represiva y por la imposición de la fuerza. Frente a la «igualdad de oportunidades» se reivindica la defensa de los intereses de los más fuertes.

El análisis de Offe nos ayuda a percibir que los partidos políticos, el parlamento, el sufragio universal y la democracia representativa conviven con un Estado cuya misión es coordinar los intereses capitalistas en su conjunto, ocultar sus verdaderas funciones bajo una apariencia de neutralidad y excluir cualquier interés anticapitalista. Para lograr este último objetivo pueden valer desde esa conciencia política que ya no se escandaliza por nada, hasta determinadas defensas constitucionales de la propiedad privada.

Todo este análisis de Offe es penetrante y aparece bien expuesto en la obra de Elías Díaz. La pregunta, sin embargo, sigue siendo la misma que hacíamos anteriormente, y que el autor repite machaco-

namente: si la democracia representativa no es un modo eficaz de cambio hacia el socialismo, ¿cuál es la vía? Pienso que ésta es la verdadera cuestión del libro. Si aceptamos que el Estado es el Estado, que el Poder es el Poder, que cualquier objetivo que defendamos es imposible dadas las omnipotentes estructuras objetivas, ¿cómo mantener alguna esperanza de que el mundo pueda ir algún día hacia el socialismo?

El debate sobre esta cuestión es imprescindible por más que en nuestro país, obsesionados por estabilizar una democracia frágil, se hayan ido posponiendo, incluso mentalmente, cualquier tipo de medidas que nos acerquen al socialismo. La consolidación de la democracia se está jugando al precio de una profunda desnaturalización ideológica del socialismo, y es mérito de este libro el seguir apostando por el socialismo. E. Díaz aparece en esta obra como un autor preocupado por temas que, desgraciadamente, ya no preocupan a casi nadie dentro del mundo político socialista de nuestro país.

Dado que el autor de este comentario sí está preocupado por temas parejos a los tratados en el libro, quisiera al final de este escrito mostrar coincidencias y discrepancias. En primer lugar, es muy posible que sean muchos los marxistas, entre los que me incluyo, que consideren que tiene razón E. Díaz al considerar un futurible enormemente incierto la creencia de que un día se extinguirá el Estado, el poder y el Derecho. Es también muy probable que acepten con el autor que la fórmula dictadura del proletariado ha quedado inutilizada tras la experiencia estalinista. Otra cuestión distinta es, sin embargo, la cuestión de la violencia. Coin-

ciendo con el autor en rechazar esa fe mágica en la violencia, «caiga quien caiga», que algunos continúan profesando, me parece que cualquier proceso de transición al socialismo debe contar no sólo con la previsible desestabilización económica o la fuerte polarización ideológica, sino también con las luchas que se darán en el seno de los aparatos coercitivos. Una cosa es seguir pensando en una insurrección armada en los países capitalistas avanzados y otra muy distinta el prevenir acciones antidemocráticas desde el seno de los aparatos militares.

Hecha esta salvedad, yo mismo me pregunto si en nuestras sociedades se producirán esos procesos reformistas-revolucionarios. Es muy posible que no, pero en el caso de que así fuera me parece que será difícil escapar a la identidad entre capitalismo y democracia representativa. Si se quiere superar el dominio del capital es imprescindible transformar esa conciencia política cínica, que por nada se escandaliza, y realizar un trabajo continuo en el seno de la sociedad civil, pero es a la vez ineliminable preparar las batallas que se darán en el seno de esos poderes y aparatos.

El análisis que establece Offe de las iniciativas populares, y la distinción entre aquéllas que constituyen momentos de oposición radical al sistema y las que no son sino apéndices del Estado asistencial, es acertado. Sin embargo, es igualmente acertada la crítica de E. Díaz a la defensa de esos actos calculados de violencia que, como bien dice, acostumbran a potenciar una espiral que no hace sino reforzar los aspectos represivos y policíacos de los celantes del orden.

Si descartamos esa vía «violenta» son imprescindibles,

sin embargo, las iniciativas que, enterrados aquellos entusiasmos sesentayochistas por pedir lo imposible y pedirlo ahora, intentan realizar un trabajo en profundidad en el seno de la sociedad civil. El problema para estas iniciativas ecologistas, pacifistas, es que, si se confirma la identidad entre Estado democrático representativo y modo de producción capitalista, tendrán que seguir realizando su trabajo sin esperar que antes o después la historia les dé la razón. Pudiera ser lo contrario, y últimamente hemos tenido buena muestra de ello al contrastar las promesas que los partidos socialistas del sur de Europa realizaban en la oposición y sus realizaciones una vez alcanzado el gobierno. Si repasamos el debate de estos últimos meses, el «gran argumento» empleado para justificar el abandono de aquellas promesas es justamente el que hay que distinguir entre la realidad y el deseo. Los deseos «pacifistas» tiene «forzosamente» que acompañarse a la «realidad» del Estado. Los efluvios del corazón no pueden obcecar ni confundir los razonamientos de la cabeza. En qué medida estos argumentos reproducen la práctica de los políticos de izquierda, de los que habla E. Díaz en su obra, que acostumbran a trasladar culpas, responsabilidades y errores a las estructuras y condiciones «objetivas» de los aparatos de Estado, es tema que no podemos tratar aquí.

Lo que sí parece previsible es que el futuro debate entre las iniciativas populares de base y la actuación en el seno de las instituciones jurídico-políticas no se va a establecer tanto entre aquéllos que piden lo imposible y lo piden ahora frente a los que recomiendan un proceso más lento y pausa-

do, cuanto entre aquéllos que recuerdan lo que algunos prometieron en la oposición y los que justifican la acción de gobierno dada la inexorable «limitación» de soberanía que sufren los Estados ante el poder de las corporaciones nacionales e internacionales.

Es difícil, en estos momentos, prever cuál puede ser el resultado de este debate. Puede producirse una deslegitimación de las instituciones democrático-representativas, una vez que la «prueba de los hechos» parece ratificar la identidad entre democracia representativa y modo de producción capitalista, o, por el contrario, cabe que las iniciativas populares sean flor de un día y sus reivindicaciones acaben en el cesto de las causas perdidas. Esta última parece ser la creencia de muchos políticos establecidos que miran compasivamente a estos movimientos a los que consideran reminiscencias utópico-poéticas que serán barridas, a su debido tiempo, por la lógica inexorable de la historia.

No es el menor mérito del libro de E. Díaz el recordarnos las dificultades para abolir el dominio del capital, para lograr una sociedad distinta, para evitar que en el futuro el socialismo sea también una causa perdida.

LA FILOSOFIA DE MARX

Miguel Porta Perales

Felipe Martínez Marzoa.
La filosofía de «El Capital», de Marx.
Ed. Taurus.
Madrid, 1983.

Felipe Martínez Marzoa nos tiene acostumbrados a trabajos inteligentes. A una de las mejores *Historia de la filosofía* que circulan por nuestro país (Istmo; 1973), le siguieron los trabajos *De la revolución* (Comunicación, 1976) y *Revolución e ideología* (Fontamara, 1979), que sorprendieron a cierto personal que no alcanzaba a comprender cómo un profesor de filosofía —con inclinaciones heideggerianas, además— pudiera interesarse por temática tan, a su decir, escasamente respetable filosóficamente hablando. Martínez Marzoa nos ofrece ahora *La filosofía de «El Capital», de Marx* que no es sino una interesante continuación y ampliación de las obras anteriores (obras a las que habría que añadir unos *Ensayos marxistas*, publicados en 1978 en lengua gallega, que conozco sólo de oídas por mor de la excelente distribución nacional que tienen los productos culturales escritos en lengua autonómica).

Martínez Marzoa, siguiendo la recomendación heideggeriana de entablar un «diálogo fecundo con el marxismo», se propone descubrir (porque de descubrir se trata) la filosofía de Marx. Para ello ensaya una vía inédita de aproximación al pensamiento de Marx que, inspirándose otra vez en Heidegger, considera el pensamiento de Marx en sí mismo, «como posibilidad», e independientemente de la praxis política que reclama su obra. Martínez Marzoa piensa que el marxismo (esto es, la obra de Marx) ha de verse como un hito más de la historia o «destino» de la filosofía occidental. En este sentido Marx sería el legítimo heredero de Kant y Hegel y el pariente próximo (aunque lo ignorara) de Nietzsche.

En consecuencia, y si Marx es un eslabón de la historia de la filosofía, habrá que estudiar su pensamiento (su filosofía) con el mismo rigor filológico e histórico que se utiliza para analizar la filosofía de otras grandes figuras como Aristóteles, Kant, etc. Y el rigor filológico debe empezar por distinguir en el *corpus* marxista las obras concluidas (y escritas y públicas por Marx) de aquéllas no concluidas o no publicadas por Marx, así como de los manifiestos, programas, declaraciones, etc. (o, por supuesto, de los escritos de Engels). Las segundas tienen un valor inferior o subordinado y la filosofía de Marx debe buscarse en las primeras, especialmente en *El capital*, que es la obra por excelencia, el texto que expresa la forma definitiva (aunque no acabada ni desarrollada) de la filosofía de Marx.

Martínez Marzoa busca, pues, la filosofía de Marx en *El capital* que no sería, como con frecuencia se dice, una obra económica, sino que pertenecería al «nivel» de la filosofía. Mediante un agudo o inteligente análisis del capítulo primero de *El capital*, Martínez Marzoa llega a la conclusión que la teoría del valor es la verdadera filosofía de Marx; es más, todo *El capital* debe entenderse como la expresión desarrollada de la teoría del valor. La filosofía de Marx —basada en la teoría del valor y mediante un proceder ideal constructivo— no sería sino una peculiar antología: la de la sociedad moderna a través del modo en que las cosas son en esta sociedad.

Esta lectura ontológica tiene, por así decirlo, «pruebas de hecho». En efecto, para Martínez Marzoa la teoría del valor (la filosofía de Marx) fundamentaría los dos pilares básicos de la sociedad

moderna: el conocimiento y el Derecho, y el Estado. Pero Marx no sería sólo el teórico de la racionalidad científica y, al modo de Della Volpe, el teórico de los conceptos democráticos y liberales del Derecho y el Estado (de la república democrática), sino que también (y sobre todo), y mediante el concepto de «revolución», Marx nos proporcionaría la posibilidad de superar la contradictoria realidad de un sistema capitalista que ha distorsionado tanto la racionalidad científica como la república democrática.

Ahora bien, la lectura que Martínez Marzoa hace del concepto marxiano de «revolución» es muy distinta a lo que suele ser habitual. Para nuestro autor el concepto marxiano de revolución debe entenderse como «conservación» de la sociedad moderna, como el único posible y efectivo «cumplimiento» de la revolución burguesa (de la república democrática). La revolución burguesa y la revolución socialista serían las dos caras de una misma realidad porque, a la postre, la alternativa no es entre «revolución» y «conservación», sino entre «conservación revolucionaria» y «liquidación abstracta». La «conservación revolucionaria» sería la manera de realizar el ideal de la república democrática, ideal del que participaría Marx y que ha sido rebajado y prostituido por la burguesía. A fin de cuentas, dirá Martínez Marzoa, no hay una democracia obrera opuesta a otra burguesa, sino que la democracia es sólo una (que es la burguesa, pero que no se realiza bajo el poder de la burguesía).

La lectura del trabajo de Martínez Marzoa puede, en líneas generales, propiciar (o provocar) dos actitudes bien distintas. Una que, probable-

mente con cierta irritación, tache a Martínez Marzoa de prestidigitador hermeneuta, de heideggeriano, etc., al tiempo que considere la obra en cuestión como la elucubración filosófica de un profesor del ramo. Otra que piense que Martínez Marzoa alcanza —independientemente de que se esté o no de acuerdo con él— altas cotas de rigor y seriedad y que su trabajo es susceptible de abrir nuevas vías para un mejor acercamiento y comprensión del pensamiento de Marx (en concreto son muy sugerentes sus consideraciones sobre la ideología, las clases, el capital, la plusvalía y el salario, así como la reivindicación de una auténtica democracia sin adjetivos y la negación de ese engendro que es el *diamat*, o de conceptos suprahistóricos capaces de conocer y/o predecir el devenir).

Particularmente yo participo de la última actitud señalada, aunque creo que habría que matizar algunos puntos como la excesiva fe en el desarrollo poco menos que ilimitado de las fuerzas productivas, la consideración de que el materialismo histórico sea ajeno a Marx o la dureza con que se tratan determinados textos que, guste o no, son también marxistas (así, por ejemplo, se es muy crítico con la *Contribución*, pero se saca positivamente a colación la *Crítica del Programa de Gotha* que, en la perspectiva de Martínez Marzoa, sería «sólo» un manifiesto o declaración).

Por lo demás, no sé hasta qué punto es lícito considerar *El capital* prácticamente sólo como un texto filosófico, y no como algo «diferente» (cosa que horroriza a Martínez Marzoa): como «una nueva práctica de la filosofía» (Althusser). Nueva práctica que, de una u otra forma, debería

entenderse y analizarse también (que no únicamente) en relación al «movimiento real» (cosa que también horroriza a Martínez Marzoa). En el Prólogo a la reciente edición catalana de *El capital*, Manuel Sacristán decía que ahora que el marxismo no está de moda es una buena ocasión para profundizar en su estudio. El inteligente trabajo de Martínez Marzoa es, en cualquier caso, una contribución importante en esta profundización.

ALBERT CAMUS, EL COMBATE DE LA LIBERTAD

Santiago S. Torrado

Albert Camus:
Moral y política.
Alianza Editorial.
Madrid, 1984.

Albert Camus:
El revés y el derecho.
Alianza Editorial.
Madrid, 1984.

Las novelas, los relatos y las obras teatrales de Albert Camus (1913-1960) son indisolubles de sus ensayos de carácter filosófico y político. Camus —cuya muerte prematura y accidentada es todavía una herida y un acontecimiento para muchos— fue un testigo moral de primera categoría, de singular envergadura, en torno a los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial que destruyeron a Europa. Los trabajos relacionados con esta temática se contienen de modo especial en el primero de los libros que comento: *Moral y política.*

Este volumen es una especie de balance testimonial de algunos años críticos de la vida pública francesa, más concretamente del 44 al 48. Las posiciones de Camus —polémicas muchas veces— quedan claramente reflejadas en estas páginas. Las «figuras» del catolicismo y de la intelectualidad franceses son, muy a menudo, objeto de su afilado comentario crítico o de su vigorosa y noble denuncia: Mauriac, Emmanuel d'Astier, etc. Y ello casi siempre desde las páginas del periódico *Combat*. Una respuesta suya a Gabriel Marcel, por ejemplo, se ocupa de España, del «odioso» papel de la Iglesia en nuestro país y de la denuncia generalizada a toda clase de totalitarismo.

Y así con tantos otros temas. No hay que olvidar que los más penetrantes artículos periodísticos de Camus se insertan en su profunda indagación sobre la ambigua y compleja condición humana. Al hilo del comentario puntual sobre los hechos más concretos y viscosos se hacen afirmaciones como éstas que caracterizan y dignifican la obra entera de un pensador y de un testigo: «El mundo donde vivo me repugna, pero me siento solidario con los hombres que en él sufren»; «Ninguno de nosotros, si es exigente consigo mismo, puede permanecer indiferente al llamamiento de una humanidad desesperada»; «La acción política y la creación son las dos caras de una misma rebelión contra los desórdenes del mundo»; «Es mejor equivocarse sin matar a nadie y dejando hablar a los demás que tener razón en medio del silencio y de los cadáveres»...

Camus rechaza toda legitimación de la violencia, incluida la violencia «confortable», pero reconoce que detesta me-

nos la violencia en sí que las instituciones de la misma, como son los campos de concentración, y no puede por menos de aceptar —bien a regañadientes— que la violencia es tan injustificable como inevitable. La política de poder significa para él la preparación para la guerra, que hace imposible la liberación social.

La estatura moral de Camus y su categoría de neto intelectual y de riguroso militante aparecen en cada esquina de este libro: son, a mi juicio, incuestionables. La relación entre la moral y la política, entre el no creyente y los cristianos, sus opiniones sobre el pesimismo histórico y el periodismo crítico, las exigencias de la libertad en un mundo amenazado y desesperado... Estos y otros temas configuran un sugestivo mosaico de acusada vigencia para nuestros días y nuestros problemas. Y su prosa transparente y fluida hace más sugestiva la lectura de este volumen.

El revés y el derecho ofrece otro tono, constituye casi un género literario distinto. Los ensayos recogidos en él están escritos en 1935 y 1936, cuando el autor tenía veintidós años. El valor testimonial del libro es también en este caso su mayor riqueza. Lo literario y lo ideológico se mezclan aquí con singular maestría, que lo hace profundamente atractivo. La belleza y la plasticidad literarias alcanzan un nivel casi insuperable en una maravillosa descripción de Italia —en contraste con la de Praga—, a la que Camus llama «tierra hecha para mi alma». En ese contorno cálido y palpable define a la felicidad como «una conciencia atenta y amistosa» y reconoce sentirse «oprimido por tanta belleza ardiente». El autor confiesa repetidamente su amor por

la luz y la vida, que intenta diferenciar de su secreto apego por una cierta experiencia desesperada que a veces pretende describir. Toda una expresión existencial y mediterránea de especial fascinación difícilmente imitable.

Este segundo libro de Camus tiene un carácter más rotundamente vivencial. Apetece —y creo que conviene— dejarle hablar a él, siquiera fragmentariamente, para que nos convenza de la necesidad de su lectura completa —ochenta sabrosas páginas— y nos anime a ella. En un momento determinado, Camus declara que «hay más verdadero amor en estas torpes páginas que en todas las que he escrito después», lo que supone una primera y fundamental garantía. No importan aquí tanto los temas cuanto las reflexiones y vivencias que el autor vierte con destreza y armonía, con penetrante sinceridad. La fuente de inspiración de Camus está en el presente libro y continúa viva a lo largo de toda su obra («en este mundo de pobreza y de luz en el que he vivido tanto tiempo y cuyo recuerdo todavía me preserva de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción»). La nostalgia de este libro primizo y limpio le acompaña siempre.

En un estilo de conmovedora simplicidad Camus nos dice sus opciones, sus preferencias: «la llamada felicidad burguesa me aburre y me horroriza»; «en el fondo de mi corazón sólo me siento humilde ante las vidas más pobres o ante las grandes aventuras espirituales»; «hay una soledad en la pobreza, pero una soledad que da su valor a cada cosa»; «el mayor valor consiste en mantener los ojos abiertos

a la luz, así como a la muerte»...

Es de temer que Albert Camus sea hoy un autor difícilmente entendido, ya que la suya es también una gran aventura espiritual. Y estas cosas se encuentran ahora en buena parte arrumbadas en el desván de la historia, esperando ser rescatadas del desgaste del lenguaje y del imperio tiránico de la moda. Su lectura puede suscitar en nosotros reacciones importantes, como la de «esperar a llegar a ser», la de conmovernos radicalmente ante «la doble humillación de la miseria y de la fealdad» que proporciona el espectáculo de tanta población marginal creciente, o la de constatar con dolor auténtico que «al llegar a un determinado grado de privación —la de la mayoría de los hombres— ya nada conduce a nada».

El combate espiritual, la militancia intelectual de Camus tiene el signo de la libertad. La búsqueda apasionada de la libertad del corazón en la que estriba, sin duda, el corazón de la libertad.

LAS IDEAS CONTEMPORANEAS

Carlos Gómez Sánchez

Jean-Marie Domenach.
Las ideas contemporáneas.
Ed. Kairós.
Barcelona, 1983.

Bajo el título *Las ideas contemporáneas* pretende J. M. Domenach dar a conocer a un

amplio público los principales movimientos del pensamiento actual. La obra quiere ser, intencionadamente, obra de divulgación, en el convencimiento de que la riqueza de ideas presentes han de ser conocidas por un amplio público que no tiene normalmente acceso a las mismas. En primer lugar, porque «con más de cuatrocientos nuevos títulos al mes, hay que ser muy astuto para orientarse», nos indica (pág. 124); también, porque la densidad y el estilo de algunos pensadores sólo resultan asequibles a los «iniciados». Procurando salvar esas dos limitaciones, Domenach confecciona una obra breve que intenta «aplicar ciertos métodos del periodismo al mundo de las ideas» (pág. 10); y, en efecto, el libro tiene su origen en una serie de nueve artículos que se publicaron primitivamente en *l'Expansion*, con el propósito de hacer una «especie de balance prospectivo de la situación de las ideas en Francia» (pág. 11), aunque en el mismo se recogen otros pensadores y se alude a otras corrientes (la Escuela de Frankfurt, la polémica estadounidense en torno a la socio-biología...). El espectro quiere recoger las ideas que se entienden tienen una representación dominante aunque, naturalmente, ello es polémico y perfila una zona indeterminada y vaga que, en cualquier caso, y de manera voluntaria, «descuida en sus dos fronteras investigaciones esenciales: las empíricas que competen a las ciencias humanas y las teóricas que competen a la metafísica y la teología» (pág. 16).

Dentro de estas coordenadas, Domenach aborda sucesivamente los avatares del marxismo, la nueva historiografía, la evolución del psicoanálisis de Freud a Lacan,

los planteamientos de los denominados «nuevos filósofos» y «nuevos libertarios», las formulaciones de la nueva derecha y la socio-biología, los propósitos y avances de la sistémica, y la obra de René Girard.

Esta serie de capítulos se leen, indudablemente, con facilidad. Pero también con cierto estupor, pues, en efecto, sus logros condicionan, asimismo, sus límites y sus carencias. En muchos momentos no hay exposición —siquiera sucinta— ni debate de un cierto rigor, sino opción que se puede compartir o rechazar, pero que no busca fundamentarse —probablemente el modelo expositivo elegido tampoco lo permite— y que en muchas ocasiones es tan sólo inductora y alusiva. Estos límites hacen que la obra —aún teniendo conciencia de su carácter— decepcione. Los franceses son maestros en el arte de «dar a conocer» y de «divulgar» sin que pierdan por ello, necesariamente, seriedad ni adolezcan de ese cuidado que hace tanto más valiosa la empresa «pedagógica» intentada. Pienso, por ejemplo, en libros como *Los juegos sexuales de los niños* (Barcelona, Gedisa), en el que autores de la talla de Octave Mannoni o Françoise Dolto exponen, con rigor pero de manera sumamente accesible, los complejos problemas de la evolución psíquica desde la perspectiva de las teorías psicoanalíticas, sin que el abordar cuestiones cotidianas y el tratar de responder a preguntas consideradas triviales la conviertan en una obra superflua, sino precisamente una obra que sabe cumplir su propósito sin por ello banalizar la teoría subyacente que la mantiene.

Creemos que, desgraciadamente, no es éste el caso del libro que comentamos. Ciertamente que el número de centros y corrientes abordadas, en tan escaso margen, lo hacen más vulnerable y de ello había de ser consciente el autor, pero estimo que habría sido posible, incluso dentro de los cauces por los que se quiere discurrir, evitar simplificaciones abusivas que en todo caso no creo contribuyan mucho a aclarar el panorama sino a desorientar más aún, con lo que el proyecto inicial se frustra. Las cosas, y las ideas, son complejas.

Una obra de divulgación y de síntesis ha de saber entresacar, sin embargo, dentro de esa complejidad, el marco y las líneas fundamentales que atraviesan el cuerpo más vasto de las tendencias y nos las haga presentes en su elementalidad sin amputar esos otros aspectos que, al no poder ser tratados, quedan únicamente aludidos a esa línea explicativa, que no sustituye ni suprime sino que actúa de hilo conductor de referencia, en el que, en la medida que la síntesis sea correcta, gravita y resuena el resto de la realidad abordada. Aspiración suprema del conocimiento humano que muy fácilmente se trueca en su contrario. Las cosas son complejas pero sencillas. Por eso, un tratamiento simplista de las cuestiones acaba siempre por complicarlas.

Afirmaciones como «desde hace un siglo la realidad no cesa de desmentir al marxismo» (pág. 31), y otras por el estilo, de una rotundidad aplastante, hacen que, mal matizadas y mediadas en el resto del discurso, conviertan a éste muchas veces en expresión de tópicos cansinos de

determinadas corrientes de opinión. En ocasiones el autor apunta a problemas reales. Así, al hablar de los nuevos historiadores, cuestiona si «esa historia dilatada y estructuralizada, esa antropología de todos los tiempos y lugares, construida a partir de todas las estructuras formalizables, ¿siguen siendo historia?» (pág. 43); pero ello no puede hacer olvidar —cosa que temo puede ser fácil— los preciosos logros —históricos, por cierto— de autores como Le Goff o Ariés, entre otros. Y es caricaturesco descolgarse con sentencias como «de buen o mal grado, el psicoanálisis se convierte en la justificación, a veces la motivación, de las parejas que se divorcian, los sacerdotes que cuelgan los hábitos y los niños que ya no pueden aguantar a sus padres. Hace que los padres sientan vergüenza de su autoridad y las muchachas de su virginidad» (págs. 53-54). Más justo, a mi entender, en sus reproches a la nueva derecha, creemos excesivas las alabanzas a René Girard que se viene preanunciando demasiado durante toda la obra, aunque ello no impide, es verdad, las objeciones.

Más cuidado también en la selección bibliográfica que se incluye al final de cada capítulo, el libro puede tener un cierto interés para llamar la atención sobre determinadas obras o autores, independientemente del juicio del propio Domenach. Y en cualquier caso, la vulgaridad que asoma aquí y allá a lo largo de esas páginas tiene la ventaja de durar poco más de una hora. El mayor riesgo de intentar mediar entre el periodismo y las «ideas» es que no se haga ni lo uno ni lo otro.

SISTEMA

66

**ELIAS DIAZ: La justificación de la democracia.
F. FERNANDEZ BUEY: Marxismo en España.
A. REMIRO BROTONS: El tratado de no proliferación nuclear.
M. MARTINEZ: Agresión y muerte en la época nuclear.
R. M. RIQUELME: Las Comunidades Autónomas y los tratados internacionales.
NOTAS DE: M. L. ABELLAN, M. GARCIA SOLER y ANNA BALLETBÓ.**

FS

MAYO DE 1985

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 11 (Primavera 1983)

Jacques Julliard: El social-gaullismo de François Mitterrand. M. Barroso, J. M. Contreras: El nuevo desorden informativo. Eduardo Delgado: Espejos y muros: cultura y municipio. José María Maravall: La reforma de la universidad española. Juan Delval: Cambiar la escuela. Ignacio Fernández de Castro: El sistema de enseñanza y el cambio social. Juan Rulfo: Conflictos culturales iberoamericanos. E. Gomáriz, C. Franco, J. Aricó y A. G. Frank: La crisis del marxismo y América Latina. José Aricó: Marx y América Latina. Josep M. Castellet: Las relaciones entre las culturas. Elías Díaz: Política y cultura en el final del franquismo. Entrevista con Günter Grass. Ricardo Doménech: En la frontera de dos tiempos.

NUMERO 12 (Verano 1983)

José Ramón Recalde: Fuerza y legitimidad del Estado. Luciano Rincón: Elecciones municipales: nuevo mapa. Patxo Unzueta: Qué es y qué no es Herri Batasuna. Mario Aguirre: El gobierno, la OTAN y el militarismo. Manuel A. Garretón: La transición política en el Cono Sur. Luciano Pellicani: El liberalismo socialista de Ortega y Gasset. F. Ariel del Val: Crisis de legitimidad del Estado liberal en Ortega. Angel Merino: Ortega: Las raíces de sus frustraciones políticas. Jim O'Connor: Partidos políticos y Estado capitalista. Luis Suñén: La novela de los setenta. Ignacio Amestoy: Cómo calmar la cólera del español sentado.

NUMERO 13 (Otoño 1983)

Ignacio Sotelo: Paradojas y aporías de los socialistas en el poder. Juan José Castillo: Transformaciones del trabajo y dilemas de los sindicatos. Angel Viñas: La seguridad militar en Europa. Carlos Alonso Zaldívar: Guerra y paz en el mundo nuclear. Enrique Gomáriz: La amenaza soviética. Massimo L. Salvadori: Marx y los marxismos. Paolo Sylos-Labini: Marx y las «leyes de movimiento» del capitalismo. José María Ripalda: La crisis del sujeto revolucionario. Fernando Savater: Policía y razón de Estado. Entrevista con Ramón Rubial. Guillermo Carnero: La poética de la poesía social en la posguerra.

NUMERO 14 (Invierno 1983)

Angel Viñas: Economía y política de la defensa en España. Perfecto Andrés Ibáñez: Política de las garantías y «defensa de la democracia». Chantal Mouffe: El futuro del laborismo inglés. Adam Michnik: Carta desde la cárcel de un patriota polaco. Juan C. Maglaya: Una perspectiva política de Filipinas. Fred Halliday: La política internacional soviética en la década de los 80. Karl S. Karol: ¿Es posible la democratización del sistema soviético? Andrei D. Siniavski: La cultura regimentada. Jürgen Habermas: La desobediencia civil. Entrevista con Doris Lessing. Mario Merlino: Lenguaje y erotismo en Cernuda y Lorca. Miguel Rubio: Víctor Erice: La reflexión a partir de la emoción.

NUMERO 15 (Primavera 1984)

P. Brabo-C. Ortiz: Las segundas elecciones al Parlamento vasco. J. Antonio Gimbernat: La Iglesia y el Gobierno socialista. Luis Larroque: Un programa económico frente a la crisis. T. Zaslavskaja y F. Claudín: Informe sobre la crisis económico-social en la URSS. Ludolfo Paramio: La utopía hecha pedazos. A. Heller y F. Feher: El movimiento antinuclear en las sociedades soviéticas. Santos Juliá: La vigencia de Prieto. Luciano Pellicani: Liberar a Marx de Marx. Ramón Vargas-Machuca: Marx en Kreuznach. Mario Merlino: Brecht: la guerra civil española desde el exilio. Guillermo Heras: La resistible visión sacralizadora de Brecht.

NUMERO 16 (Verano 1984)

Fernando Morán: La política exterior española. Joaquín Leguina: Las autonomías: dos puntos de vista. Pilar Brabo, Carmen Ortiz: Las elecciones autonómicas en Cataluña. Ignacio Sotelo: Poder institucional y hegemonía social. Miguel Angel Martínez: Occidente y América Central. Angel Viñas: Este-Oeste, Norte-Sur y Europa Occidental. Giancarlo Pasquini: Italia: la democracia bloqueada. Perry Anderson: Modernidad y revolución. Marshall Berman: Las señales en la calle. Ludolfo Paramio: La izquierda y la crisis económica. Angel Merino: «Leviatán»: la búsqueda de una teoría. Entrevista con Mario Camus. Felipe Hernández Cava: El tebeo, el «cómic» y Dios dirá.

NUMERO 17 (Otoño 1984)

Angel Viñas: Coordinadas de la política de seguridad española. José Miguel Bueno: Política de seguridad española. Enrique Panés: OTAN: de entrada no, no. Antonio Santesmases: PSOE y OTAN. Carlos Bru: España entre dos tratados. S. Juliá, L. Paramio y M. Satrústegui: Dos años de gobierno del PSOE. Didac Fábregas: Un partido para construir y dirigir el cambio. Entrevista con Gabriel Jackson. Santos Juliá: Continuidad y ruptura en el socialismo. Fernando Savater: Perplejidad y responsabilidad del intelectual. Carlos Moya: 1984, señas de Leviatán. Roger Bartra: El 1984 de la izquierda latinoamericana. Enrique Gomáriz: La reconversión de la izquierda.

NUMERO 18 (Invierno 1984)

Jordi Borja: La izquierda: nuevas formas, nuevas ideas. Manuel Escudero: El Estado de las autonomías. Carlos de la Serna: ¿Alternativas a los bloques? Helga Montag: Televisión pública y televisión comercial. Anna Balletbó: La mujer y los medios de comunicación social. Entrevista con Gonzalo Torrente Ballester. Fernando Claudín: Conversación con Agnes Heller. Luciano Pellicani: El futuro del socialismo. M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca: Ideas para el socialismo del futuro. Juan Miguel Lamet: Sobre algunos tópicos del cine español. J. Luis Guereña: Situación apasionada de Vicente Aleixandre.

Suscripción anual: 1.200 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

C/. Monte Esquinza, 30. 28010-Madrid.

CRISIS ECONOMICA.
PARO. ACCION SINDICAL.
ALTERNATIVAS.
RELACIONES INDUSTRIALES.
CONDICIONES DE TRABAJO.
SINDICATOS. HECHOS.
EXPERIENCIAS. IDEAS.



CLARIDAD

REVISTA DE SINDICALISMO

CEC de UGT. S. C. de Imagen. Suscripción anual: 1.500 ptas.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 350 PTAS.